

M29

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Unidad Azcapotzalco

División de Ciencias Sociales y Humanidades



AZCAPOTZALCO
COSEI. DOCUMENTACIÓN

Desde el otro lado del río.

**Las rebeliones campesinas del periodo revolucionario vistas por
la historiografía norteamericana, 1960-1980**

Tesis para obtener el grado de Maestría en Historiografía

Presentada por

Patricia San Pedro López

Asesor: Dr. Nicolás Cárdenas García

Mayo, 2002.

Agradecimiento

Aunque parezcan labores solitarias, la reflexión y escritura de los académicos nunca se dan en el aislamiento; por eso es indispensable reconocer el apoyo de instituciones y personas, sin el cual no hubiera sido posible la culminación de este trabajo.

Deseo expresar mi agradecimiento a mis queridos compañeros del Área de Análisis Sociológico de la Historia, del Departamento de Sociología: Arturo Grunstein, Nora Pérez-Rayón y Javier Rodríguez Piña, por sus valiosos comentarios a las primeras versiones de algunos capítulos de esta tesis, pero sobre todo por compartir conmigo su experiencia profesional y su amistad. La Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco me otorgó la Beca de Estudios de Posgrado durante el año de 1998 y el Departamento de Sociología me dispensó de mis compromisos docentes durante dos trimestres.

Varios profesores de la Maestría fueron muy generosos con su tiempo, sabiduría y entusiasmo, aún después de haber terminado los cursos; en especial quiero mencionar a Silvia Pappé y Saúl Jerónimo, por su dedicación y compromiso cotidianos con estudiantes, docentes y múltiples invitados durante los Encuentros Trimestrales de Investigación, que para mí han sido una de las mejores oportunidades para escuchar y aprender. El director de esta tesis, el Dr. Nicolás Cárdenas García, ha sido más que un mentor intelectual pues gracias a su crítica, siempre certera, aprendí cuánto podemos saber de nuestra ignorancia; gracias a su apoyo constante y enorme paciencia estas páginas se transformaron en un texto legible.

Finalmente, reitero mi gratitud a Daniel, Gabriela y Daniela por darme tanto amor que, no en último sino en primer lugar, fue el mayor aliento para concluir este breve trabajo.

ÍNDICE

Página

Introducción	7
Capítulo 1. Senderos de la historiografía moderna. Algunas reflexiones metodológicas	18
1.1 El establecimiento de la historia profesional. Ranke y la historiografía científica decimonónica.....	22
1.2 La crítica de Nietzsche y Croce a la historiografía científica decimonónica	28
1.3 La crítica "desde adentro". Los <i>Annales</i> y la historia <i>événementielle</i>	31
1.4 La crítica "desde afuera". Estructuralismo y postestructuralismo francés.	36
1.5 El giro lingüístico anglosajón.....	40
1.6 Historia y literatura. Hayden White y la trama narrativa.....	43
1.7 Metodología: la operación historiográfica.....	46
Capítulo 2. El lugar social de la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas. Institucionalización y profesionalización de los estudios <i>latin americanists</i>, 1940-1960	54
2.1 La identificación del " <i>corpus</i> historiográfico".....	54
2.2 Historiografía rural: autores y libros de historia norteamericanos.....	59
2.3 Periodistas, militantes políticos y académicos. Antecedentes de la historiografía <i>latin americanist</i> norteamericana, 1920-1940.....	65
2.4 La profesionalización y consolidación institucional de la historiografía en los Estados Unidos. El periodo de la posguerra, 1940-1960.....	74
2.5 Institucionalización de los estudios <i>latin americanists</i> en 1960.....	79
Capítulo 3. Narrativa histórica estadounidense: "del excepcionalismo norteamericano" a la historia "desde abajo"	90
3.1 Historia y religión: orígenes del excepcionalismo norteamericano.....	91
3.2 En busca de la identidad nacional. La historia romántica.....	93
3.3 Ese noble sueño: objetividad y empirismo en la historia profesional norteamericana.....	98

3.4 La historiografía radical: populistas y progresistas, 1890-1930.....	102
3.5 La historiografía norteamericana del consenso durante el periodo de posguerra, 1940-1960.....	105
3.6 <i>The New Left</i> y la historia “desde abajo” en 1960.....	110
3.7. La historia social y el estudio de las sociedades tradicionales.....	115
Capítulo 4. La configuración del relato histórico: tiempo y espacio en la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas.....	122
4.1 El punto de partida: la historia “desde abajo”.....	124
4.2 El tiempo histórico en la narrativa norteamericana de las rebeliones campesinas.....	128
4.2.1 Las visiones de mediano plazo.....	130
4.2.2 Las visiones de largo plazo.....	138
4.4 La composición de lugar. Geografía y espacio social de la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas.....	151
4.4.1 El espacio geográfico.....	151
4.4.2 El espacio social e histórico.....	156
Capítulo 5. Las representaciones y el aparato técnico. Estilos narrativos y lecturas de la acción de la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas.....	164
5.1.1 Sociedades rurales: comunidades campesinas y pueblos.....	164
5.1.2 Colonias militares y proletariado agrícola.....	167
5.1.3 La nación yaqui.....	171
5.1.3 Los pobres del campo.....	174
5.1.4 Movimiento campesino.....	178
5.2 Revuelta, rebelión y revolución campesinas.....	180
5.3 El aparato técnico de la historiografía norteamericana: nuevas fuentes documentales, nueva historia social.....	188
5.4 Estilos narrativos y tipos de explicación.....	196
5.5 Evidencia histórica y lecturas de la acción.....	200
Conclusiones.....	207
Bibliografía.....	219

INTRODUCCION

Esta investigación tiene por objeto estudiar un conjunto de obras históricas de académicos norteamericanos, centradas en el estudio de las rebeliones campesinas del periodo de la Revolución Mexicana y escritas entre las décadas de 1960 y 1980. Aunque historiadores de otras nacionalidades han contribuido con varios estudios sobre este tema, por el número y la composición de textos de la academia del vecino país del norte, ésta ha predominado cuantitativamente al interior de la historiografía sobre el conflicto rural mexicano.

La importancia de estudiar la historia y la historiografía norteamericana hoy es más que nunca evidente, debido a los estrechos lazos económicos, sociales, políticos y culturales que unen a México y los Estados Unidos; pero ya desde hace casi medio siglo, el destacado historiador mexicano Daniel Cosío Villegas había afirmado que "Si ha habido y hay algún país en el mundo que tuvo, tiene y tendrá necesidad de estudiar y entender a Estados Unidos, ese país es México".¹

Varios estudiosos de la historia han dedicado su esfuerzo a tratar de entender la manera de hacer y escribir la historiografía norteamericana mexicanista,² sin embargo, es importante destacar una característica predominante de estas investigaciones: la mayor parte analiza la historiografía norteamericana a través del estudio de la obra de un sólo autor. Sin descalificar de ninguna manera este procedimiento, nos parece que es necesario elaborar más visiones de conjunto que nos ayuden a comprender los temas, problemas, obsesiones, pasiones, ausencias y olvidos de la historiografía académica estadounidense dedicada al estudio de México. De un modo bastante modesto, este trabajo intenta contribuir a la realización de esta tarea.

¹ Daniel Cosío Villegas, "De la necesidad de estudiar a Estados Unidos", *Anglia*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1968, p. 10.

² Una muestra de los trabajos sobre historiografía norteamericana mexicanista son los de Juan A. Ortega y Medina, "Las culturas prehispánicas en la historiografía anglosajona"; Josefina Zoraida Vázquez, "La historiografía norteamericana y la guerra del 47"; Antonia Pi-Suñer Llorens "La Historia de México de H. H. Bancroft: un análisis historiográfico"; Aurora Flores Olea, "La guerra de 1847 vista por Bancroft"; Eugenia Meyer, "Contracorriente. Hacia una historiografía norteamericana antiimperialista" y Rosalía Velázquez Estrada, "Turner: un historiador de la Revolución", publicados en Álvaro Matute (introducción, edición e índice), *Historiografía española y norteamericana sobre México*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1992.

Por otra parte, mi labor como profesora de Historia de México y de Sociología Rural me guió hacia uno de los “combates por la historia” más interesante de los últimos años: el debate sobre el papel de los campesinos en las revoluciones modernas del siglo XX. Esta discusión ha involucrado a historiadores, sociólogos, antropólogos y politólogos mexicanos y extranjeros, pero los grandes balances de la revolución mexicana de las últimas dos décadas han sido producto de académicos europeos y norteamericanos; más aún, los congresos, coloquios, publicaciones, así como los recursos financieros para las investigaciones tienen en los Estados Unidos su principal sede; también por este motivo surgió la necesidad de analizar la historiografía norteamericana.

El por qué y el para qué de la investigación

Hace pocos años, en el Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, algunos profesores integrantes del Área de Análisis Sociológico de la Historia, del cual formo parte, motivados por varias razones tales como la heterogeneidad de nuestra formación profesional –sociólogos los menos, historiadores los más–, la diversidad de nuestros temas de investigación, y la gran distancia temporal en la que se ubican nuestros objetos de estudios, discutíamos en torno a la cuestión nada nueva pero sí recurrente en las ciencias sociales de nuestra época: ¿cuál era o debía ser nuestra identidad intelectual?

La pregunta no era ociosa porque no éramos los únicos en tratar de responderla al interior de un Departamento universitario, organizado para la enseñanza y formación de sociólogos, pero en el cual los profesionales en la disciplina sociológica eran un conjunto menor que el resto proveniente de otras disciplinas sociales. Sin menospreciar este carácter multidisciplinario, los profesores del Área consideramos necesario abocarnos a la tarea de discutir la relación entre historia y sociología en la investigación particular de cada uno de los profesores del Área; paralelamente, organizamos un seminario permanente sobre el vínculo entre ambas disciplinas. Fue así como emprendimos lecturas que iban desde el análisis de los actores colectivos en la historia moderna mexicana,

pasando por la interpretación revisionista de la Revolución Mexicana hasta llegar al (re)estudio de grandes sociólogos clásicos como Max Weber, o contemporáneos como Reinhard Bendix y Barrington Moore, entre otros; también revisamos algunas obras de prestigiados historiadores tales como Marc Bloch, Fernand Braudel, Jacques Le Goff, y Peter Burke, por mencionar algunos.³

Como resultado de ello, los integrantes del Área de Análisis Sociológico de la Historia iniciamos o modificamos nuestros proyectos de investigación a fin de dar cuerpo a un programa de investigación colectivo. En mi caso personal me propuse revisar el papel del campesinado mexicano en la revolución mexicana, y por qué ésta había tenido una ruta de modernización de tipo "autoritario". Las lecturas de Barrington Moore, Theda Skocpol, John Tutino y Eric Wolf⁴, fueron decisivas en la gestación de este interés por resignificar las luchas de los campesinos en la transición del antiguo régimen a la sociedad moderna mexicana.

Fueron estas las condiciones que me orientaron a la maestría en Historiografía de México, pero también quiero enfatizar otros dos motivos. Primero, debido a mi formación sociológica, la búsqueda de conocimiento significativo acerca de las sociedades rurales, planteó la necesidad de cambiar la perspectiva temporal y, paulatinamente, la indagación fue ampliándose en el tiempo, de tal modo que la trillada frase "para entender el presente hay que conocer el pasado", se convirtió en una necesidad de primer orden. Esta modificación en la percepción temporal fue resultado del esfuerzo por tratar de entender la debilidad social y política de los grupos rurales, campesinos e indígenas, para influir en los modelos de desarrollo nacional posrevolucionarios, y explicar, al mismo tiempo, la constante movilización social de ambos grupos expresada en viejos y nuevos moldes, como la sorpresiva aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional

³ Reinhard Bendix, *Estado nacional y ciudadanía*, Amorrortu, Buenos Aires, 1964; Barrington Moore, *Orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Península, Barcelona, 1991; Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2ª. Edición, 2 vols., Fondo de Cultura Económica, México, 1976; Peter Burke, *Sociología e Historia*, Alianza Editorial, Barcelona, 1980.

⁴ Además de la obra anterior también revisamos otro texto de Moore, *La Injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*, UNAM, México, 1996; Theda Skocpol, *Los Estados y las revoluciones sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984; John Tutino, *De la insurrección*

en enero de 1994, las guerrillas rurales de principios de los setenta o lo que se ha denominado "nuevo movimiento campesino" en los noventa.

Segundo, quiero subrayar que al interesarme en el estudio de la acción colectiva del campesinado en el devenir social e histórico, estaba abordando a un grupo social todavía relevante en la sociedad mexicana y que todavía "persiste", pero que ha sido desdeñado o ignorado por la corriente principal de la sociología contemporánea, aunque en los últimos años presenciamos un *boom* informativo generado por el movimiento neozapatista en Chiapas. Creo que la *mainstream* de la sociología está centrada en el estudio de los fenómenos sociales del presente inmediato (la sociedad moderna y urbana) y, en consecuencia, se ha dado un desplazamiento de la reflexión sociológica sobre las sociedades rurales hacia los márgenes de la disciplina.

Así, el interés por el análisis del conflicto rural en una perspectiva de largo plazo, me condujo a retomar la interpretación histórica, como relato y como disciplina. Como relato, porque era necesario revisar cómo, cuándo, dónde y por qué habían luchado los rebeldes agrarios y cuál era la significación histórica de la participación campesina en la transformación de la sociedad mexicana de principios del siglo XX; como disciplina, debido a que las distintas narraciones o relatos históricos dependían de una práctica profesional: la del historiador.

Muy pronto se presentaron el asombro, las dudas, los temores, los prejuicios, aunque también un serio interés por conocer a aquellos vecinos ahora tan cercanos: los historiadores. Aunque en múltiples ocasiones había utilizado su trabajo, ignoraba cómo ejercían su oficio, por lo que no era gratuito plantearse preguntas tales como ¿Qué hacen los historiadores? ¿qué los distingue de los practicantes de otras ciencias sociales? ¿cómo construyen sus objetos de estudio, sus métodos, sus datos? ¿qué significa hacer conocimiento histórico? ¿qué tipo de relación entre la historia y las ciencias sociales debe establecerse en una comunidad académica que se autodenomina interdisciplinaria? Planteadas de este modo las preguntas exigirían mucha dedicación en tiempo y páginas, pero debo

a la revolución en México. *Las bases sociales de la violencia agraria 1750-1940*, Era, México, 1990; Eric Wolf, *Las luchas campesinas del siglo XX*, Siglo XXI Editores, México, 1985.

advertirle al lector que sólo tienen la intención de manifestar un desconocimiento inicial que nos permita reconocer a la disciplina de la historia, que aliente la comprensión del trabajo efectivo de los historiadores y nos introduzca en el terreno de la historiografía.

Por otra parte, el interés original por abordar un estudio de las rebeliones campesinas a partir de la síntesis de los trabajos monográficos, en su mayoría elaborados por la comunidad de historiadores, implicaba enfrentar un gran reto, dada la diversidad de enfoques, premisas, técnicas, teorías y fuentes de los autores especializados en el tema. La gama de interpretaciones ofrecidas por el conjunto de obras históricas era muy amplia, ¿cómo realizar una síntesis sobre la base de estudios tan heterogéneos?

Si bien al inicio de la maestría mi idea de historiografía la identificaba como un estado de la cuestión, como un recuento sumario de las investigaciones sobre determinado tema, o como una reflexión teórica en torno al oficio de la práctica histórica (noción que se "ajustaban" a mi interés por desarrollar un estudio-resumen), desde las primeras lecturas de metodología esta concepción se vino abajo y, con ella, también mi inquietud original de realizar un estado del arte sobre la historiografía de las rebeliones campesinas del periodo revolucionario.

Aunque no es imposible emprender un trabajo sinóptico de la historiografía de las luchas rurales del periodo revolucionario, creo que es indispensable revisar esta literatura histórica a partir de su propia "historia", es decir, a través de una lectura metodológica que nos permita reconstruir cómo, por qué, cuándo y bajo qué condiciones fue posible que se produjeran estas obras de historia, esta producción de escritura histórica. Así, es claro que la presente investigación aborda la historia de una parte de la escritura de la historia: la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas de la revolución mexicana, producida entre las décadas de 1960 y 1980.

Sin embargo, antes de abordar el análisis de los relatos históricos norteamericanos sobre las rebeliones campesinas, fue necesario pensar cuál sería la estrategia de la investigación más adecuada para no extraviarme en los cientos

de páginas de los textos de historia. El camino a seguir requirió de un mapa intelectual sobre los distintos paradigmas historiográficos del siglo XX y de una reflexión metodológica en torno a la denominada historiografía crítica de los últimos treinta años.

En el primer capítulo de este trabajo se exponen algunos senderos de la historiografía moderna, a partir del establecimiento de la historia profesional o "historia científica" de filiación rankeana, dado que ésta fue el "modelo" de hacer y escribir la historia durante las primeras décadas del siglo XX, hasta llegar a lo que se conoce como el "regreso de la narrativa" de los últimos veinte años. Se trata de hacer una breve síntesis de los problemas epistemológicos y teóricos recurrentes de la disciplina de la historia, para entender por qué hoy día la discusión historiográfica tiene su centro de atención en la "textualidad" o "narración histórica".

Una vez señaladas las coordenadas del debate historiográfico contemporáneo, llevamos a cabo una "toma de posición", es decir, nos pareció pertinente pensar y apropiarnos de una serie de categorías propuestas por los historiadores y filósofos franceses Roger Chartier, Michel De Certeau y Paul Ricoeur, para guiar el desarrollo de nuestra investigación. Aunque estos autores tienen diferentes intereses teóricos e intelectuales, coinciden en definir a la historiografía como el resultado de la relación entre el lugar social desde donde se escribe la historia, los procedimientos o prácticas disciplinarias, y la creación de una escritura; esto es lo que constituye la "operación historiográfica", según los términos de De Certeau.

Siguiendo esta definición, el capítulo dos está dedicado al lugar social de la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas del periodo revolucionario, pero antes se da cuenta de los pasos que nos condujeron a seleccionar un "corpus historiográfico" integrado por siete historiadores estadounidenses (Friedrich Katz, Fowler Salamini, Evelyn Hu-DeHart y tres homónimos, John Womack, John Tutino y John Coatsworth), dentro de un vasto campo de estudios conocido como historiografía rural. Vale la pena subrayar que mi inquietud original por analizar el papel de las rebeliones campesinas en la

formación del México moderno, me llevó a los autores y libros de historia norteamericanos antes mencionados y, desde luego, a la comunidad académica *latin americanist* de la cual son un parte fundamental. Así, el lugar social de la historiografía de las rebeliones campesinas es, principalmente, la comunidad de historiadores latinoamericanistas del vecino país; si bien ésta tiene una antigüedad de más de medio siglo no es sino hasta los inicios de la década de los sesenta cuando alcanzó su plena institucionalización académica.

Desde fechas muy tempranas, numerosos periodistas y militantes políticos norteamericanos han escrito obras relacionadas con la historia de México, entre ellos los nombres de John Reed y John Keneth Turner forman parte indiscutible de la "memoria mexicana"; sin embargo, son los relatos históricos enunciados desde la academia los que han gozado de una mayor influencia a lo largo del tiempo. Ejemplo de ello, ha sido la obra de Frank Tannenbaum la cual ha tenido una gran influencia entre los estudiosos de la revolución mexicana, aunque con altibajos a lo largo del tiempo, pues la interpretación "populista" de este historiador norteamericano tuvo una gran difusión durante los años treinta, pero luego permaneció en los "márgenes" de la academia durante la época de la posguerra, y después fue recuperada por los *baby boomers* de las décadas que van de 1960 a 1980. Además del atractivo particular del relato histórico de Tannenbaum, su "autoridad" proviene, en primer lugar, de su lugar social: la academia.

El "boom" de los estudios latinoamericanos en Estados Unidos fue resultado de varios procesos sociales: el crecimiento explosivo de la comunidad académica de historiadores norteamericanos, la especialización en campos particulares de conocimiento, la creación de revistas y asociaciones profesionales, y las necesidades geopolíticas del gobierno norteamericano. Dichos cambios eran, principalmente, de tipo sociológico, pero al mismo tiempo la historiografía norteamericana tuvo otras transformaciones "internas", es decir, hubo modificaciones de las "ideas" sobre lo que era relevante y lo que no era importante rescatar y problematizar en las narraciones históricas. Estos cambios intelectuales son reseñados en el capítulo tres y el objetivo central es mostrar por qué y cuándo

la mirada histórica norteamericana, tan centrada en sí misma, dirigió su visión a la historia mexicana y, particularmente, a las luchas campesinas del siglo XX.

Este capítulo desde luego no pretende revisar de manera exhaustiva cuáles han sido las distintas maneras de escribir la historia en los Estados Unidos, más bien lo que se busca es identificar cuáles son los "temas centrales de la historia norteamericana" que han permanecido a lo largo del tiempo. Uno de estos temas es lo que se conoce como el "excepcionalismo norteamericano", es decir, la idea de que los Estados Unidos eran la "única" nación exenta de los males de Europa: esclavismo, feudalismo, monarquía, y persecución religiosa. Al igual que en otros países occidentales, la historia norteamericana de mediados del siglo XIX estaba dedicada a "forjar patria", por ello era una historia de tipo romántico; los héroes, las batallas y el "triunfo del bien sobre el mal" eran las figuras retóricas de los relatos históricos de esta época.

Hacia finales del siglo XIX, la historia dejó de ser una actividad "literaria" de hombres ricos e ilustrados para transformarse en una "profesión" universitaria abierta a jóvenes estudiantes de clase media, de ambos sexos. La historia, según uno de los fundadores de la profesión, John Higham, era "para hacerse ciencia, no para hacer literatura". A pesar del nuevo perfil académico de la historia profesional estadounidense, su tema fundamental seguía siendo el "funcionamiento de la sociedad democrática".

Al cambio de siglo, la sociedad norteamericana vivió uno de los períodos más efervescentes de su historia, por lo que la historiografía radical privilegió el estudio del conflicto entre los intereses del pueblo y los intereses de los ricos. En este *momentum* radical se escribieron los relatos de Reed, Turner y Tannenbaum. Después, debido a la Segunda Guerra Mundial y a la prosperidad económica de la posguerra, renació el excepcionalismo norteamericano y con él, la idea de un "consenso" como principio básico del análisis social e histórico. Pero vino la revuelta de los años sesenta y ésta irrumpió en las universidades del vecino país; sólo que ahora no era la vieja sino la Nueva Izquierda la que se instaló en los salones de clases. En este contexto, la mirada histórica norteamericana trató de escribir la historia "desde abajo".

En los dos últimos capítulos de la tesis se hace un análisis de la escritura de los siete historiadores que integran nuestro "corpus historiográfico" sobre las rebeliones campesinas del periodo revolucionario. En el cuarto apartado presentamos cuál es la configuración temporal de esta narrativa histórica, porque consideramos que lo propio de toda escritura histórica es su capacidad de "contar una historia", pues gracias a la secuencia temporal del relato –un principio, un en medio y un final–, el lector es capaz de seguir los acontecimientos del pasado. Con el tiempo y el espacio físicos no solamente marcamos cuándo y dónde sucedieron los hechos sociales sino, según Ricoeur, sólo con el tiempo y el espacio históricos podemos asignar un significado histórico a lo narrado, podemos darle un sentido. Los relatos históricos fueron agrupados, según la escala temporal de los estudios, en visiones de mediano plazo y enfoques de largo plazo. En cuanto a la dimensión espacial, primero se atendió la composición de lugar o espacio geográfico en el sentido literal del término, pero después abordamos lo que identificamos como el espacio social o propiamente histórico.

Por último, en el quinto capítulo describimos cuáles son las imágenes o representaciones del campesinado mexicano, las revueltas, las rebeliones y las revoluciones campesinas. No obstante que los académicos norteamericanos representan en sus relatos históricos una gran variedad de grupos rurales, tales como las comunidades campesinas, colonos militares, jornaleros o proletariado agrícola, aparceros y pueblos indígenas, coinciden en subrayar la figura de un campesinado como una entidad social autogestiva y democrática. Por lo que respecta a la representación de las revueltas campesinas, la preocupación constante de los historiadores del vecino país es distinguir entre una mera protesta y una revolución social. Si bien no todas las rebeliones rurales culminaron en una revolución, a juicio de los estudiosos norteamericanos, la revolución mexicana sí necesitó de las revueltas campesinas.

Hacia el final de este capítulo reflexionamos sobre la historia "desde abajo" y su relación con nuevas fuentes documentales que conformaron un "aparato técnico" más rico, heterogéneo y complejo, a disposición de los académicos de diferentes nacionalidades. Pero, de nuevo, sobresale el hecho de que un gran

número de fuentes documentales de la historia mexicana, están concentradas en varias universidades y archivos nacionales de los Estados Unidos. Sin embargo, la mayor disponibilidad de documentos históricos sobre la historia mexicana en general, y sobre las rebeliones campesinas en particular, no ha resuelto ciertos problemas de índole hermenéutica a los que se enfrentan los historiadores cuando interpretan la acción de grupos populares, a través de documentos generados por otros grupos sociales; paradójicamente, por miembros de las élites dominantes. Este es uno de los aspectos, entre otros, pendiente de discutir más ampliamente en la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas, pero dicho debate no es, por el momento, tarea de esta investigación.

Capítulo 1

Senderos de la historiografía moderna. Algunas reflexiones metodológicas

La historiografía es un campo de estudio que se ocupa de la escritura de la historia, de las distintas maneras en las que ha sido representado en los libros de historia lo que se concibe como el pasado. Durante la primera mitad del siglo XX, este campo de conocimiento tuvo una posición de segundo orden en relación a la disciplina de la historia, pues se pensaba que ésta hacía lo realmente importante; estudiar los acontecimientos del pasado.

La base de esta división jerárquica entre historia e historiografía fue el principio epistemológico positivista de finales del siglo XIX, que presupone la separación entre los acontecimientos del pasado (*history*), los individuos que se dedican a su estudio (los historiadores) y la escritura sobre los hechos históricos (*story*). El sujeto que investigaba el pasado, el historiador, se concebía a sí mismo como distante de su objeto de estudio, porque los sucesos históricos habían ocurrido en un lugar y un tiempo distintos a los del observador; éstos se ubicaban en el pasado, aquél en el presente.

A partir de este principio epistemológico que divorciaba al historiador de su objeto de estudio, el pasado, el pensamiento histórico decimonónico estableció la división entre lo que era propiamente el campo disciplinario de la historia y lo que era materia de la historiografía. Para los estudiosos de Clío la historia era una disciplina que se ocupaba de la investigación del pasado, a través de las fuentes documentales "primarias" (cartas, testamentos, testimonios, biografías, etc.) generadas por los protagonistas y testigos de los acontecimientos históricos; la historiografía estudiaba las denominadas fuentes "secundarias", es decir, los libros de historia escritos por los historiadores. Se entiende así la posición subordinada de la historiografía en relación a la historia, en la medida que las narraciones de los historiadores dependían de los "datos" contenidos en los documentos consultados.

Bajo esta premisa, la historiografía se dedicó a reflexionar sobre la relación que existía entre los textos de los historiadores y el contexto histórico en el cuál

fueron escritos; dicho en pocas palabras la historiografía se ocupó de estudiar la historia de la historia. Por tal razón los historiadores de la primera mitad del siglo XX consideraron que la reflexión sobre sus procedimientos y escritura vendría tiempo después de haber publicado sus libros, y serían otros quienes se encargarían de analizar su trabajo. Así,

Dentro de la concepción tradicional la historiografía se ha enfocado a la tarea de hacer la lectura de los historiadores, y le otorga a ésta un rango de segundo orden con respecto a la "investigación del pasado". Lo cual obedece a una escisión subyacente entre el acontecer y lo relatado, entre *history* y *story*, que presupone la distinción entre documentos, materia prima del conocimiento histórico, y conocimiento. No logra atisbar que tanto un tipo de material como el otro son a un mismo tiempo datos y productos, y que por lo mismo la distinción es arbitraria. Obedece, como señala De Certeau, a un patrón de comportamiento del historiador similar al del consumidor, que "recibe pasivamente los objetos distribuidos por los productores". El historiador "supone que un pasado *dado*, se revela en sus textos...".¹

Aunque la fe ciega en la "verdad" que expresaban los documentos fue cuestionada desde las primeras décadas del siglo pasado, los historiadores pensaron que era posible mantener una "objetividad" parcialmente controlada que diera cuenta de las distintas "subjetividades" involucradas en los documentos históricos. Con todo, hacia los años sesenta, los postulados de la historiografía tradicional fueron objeto de agudas críticas que surgieron desde distintos campos disciplinarios, especialmente de la filosofía del lenguaje y la crítica literaria.

Una nueva concepción sobre la naturaleza específica del "texto" de historia borró las distinción jerárquica entre fuentes "primarias" y fuentes "secundarias", al considerar que no sólo los libros de historia sino también los documentos históricos son productos de procesos de comunicación en los que están presentes los intereses, prejuicios, valores e interpretaciones de individuos y grupos sociales; las huellas del pasado, las fuentes documentales, también son "textos de cultura" producidos en una época y sociedad determinadas. Los documentos históricos no pueden reflejar *directamente* la realidad pasada porque ellos forman parte de una

¹ Guillermo Zermeño y Alfonso Mendiola, "De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica", en *Historia y Grafía* No. 4, Universidad Iberoamericana, México, 1995, pp. 250-251.

red social y cultural más amplia, que es preciso atender cuando el historiador reconstruye lo que sucedió "realmente" en el pasado.

Este énfasis en las mediaciones que lleva a cabo el historiador cuando examina las fuentes documentales para reconstruir el pasado, es una de las características más relevantes de la "nueva" historiografía contemporánea. Aunque la "nueva" historiografía no se contrapone totalmente a la "vieja" historiografía, pues ambas estudian la relación entre el texto de historia y el contexto histórico en el cual surgió, sí difiere de ésta en cuanto a que considera que no sólo los libros de historia sino también las fuentes documentales son "textos" de cultura, no meros "datos" que expresan fielmente la realidad acontecida en el pasado. De este modo, Mendiola y Zermeño señalan que

La historiografía es un enfoque, una forma reflexiva de acercarse a la historia, que renuncia a la objetividad imposible del naturalismo historiográfico, y piensa en el problema central de qué es leer el pasado por medio de sus fuentes. Ésa es una forma de acercarse al pasado que concibe todo resto como documento de cultura, trátase de una crónica o testimonio de algún historiador, o de cualquier fuente. En este sentido, se puede afirmar, finalmente, que a la Historia –con mayúscula– no se llega sino por la historiografía; con la conciencia de que aquélla siempre será más que ésta.²

Sin embargo, la reflexión historiográfica contemporánea ha tenido otros desplazamientos teóricos y metodológicos efectuados desde diversas corrientes intelectuales y diferentes espacios geográficos. Basta mencionar, a manera de ejemplo, las aportaciones de la nueva historia cultural y la filosofía francesas, donde las referencias obligatorias, entre otras, son los obras de Foucault, Barthes, Chartier, De Certeau y Ricoeur; al otro lado del Atlántico, en los Estados Unidos, el llamado "giro lingüístico" anglosajón ha enfocado su interés en la narrativa histórica, aquí la discusión nos remite a los exponentes de la filosofía analítica como Arthur C. Danto, pero también a otros autores como Hayden White.

Pero adentrarnos en la complicada jerga de "discursos", "textos", "relatos" y "metalenguajes" utilizada por los críticos de la historia e historiografía tradicional no es nada fácil; puede provocar una gran confusión y desorientación en vez de ser una guía del análisis sobre los distintos modos de hacer y escribir la historia.

² *Ibid.*, p. 252.

Por ello, con el propósito de no extraviarme en la Torre de Babel consideraré pertinente elaborar un mapa intelectual propio que me permitiera ubicar las principales coordenadas del debate historiográfico reciente, y después tratar de recuperar algunas categorías y proposiciones de esta discusión para plantear una estrategia de investigación sobre la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas.

De esta manera, en las siguientes páginas se presentan cuáles han sido los senderos de la historiografía moderna, desde las primeras etapas de profesionalización de la historia a finales del siglo XIX hasta lo que se ha denominado el "regreso a la narrativa" durante las últimas décadas del siglo XX. Se trata de reconstruir un marco de referencia sobre los principales paradigmas historiográficos, con el objetivo de identificar qué problemas de orden teórico y metodológico están en juego en la reflexión crítica entorno a la historiografía contemporánea.

A partir de este mapa intelectual sobre los distintos tipos de escritura de la historia fue posible llevar a cabo la selección de algunas proposiciones metodológicas de tres historiadores y filósofos franceses, Chartier, De Certeau y Ricoeur, que fueron útiles para elaborar la estructura general de esta investigación. Quizás hubiera sido conveniente proceder a la inversa presentando en primer lugar cuál es la metodología de este trabajo y luego plantear la síntesis retrospectiva de la historiografía moderna, incluso podríamos haber omitido dicha síntesis pero, según lo acotado por De Certeau y Gadamer, uno debe tratar de señalar cuál es el "lugar social" u "horizonte historiográfico" desde el cual se habla y escribe sobre la historia. Además, no negamos la influencia de los orígenes profesionales que, en mi caso, proviene de la (de) formación sociológica y que determinó en gran medida la estrategia y la exposición de este trabajo.

1.1 El establecimiento de la historia profesional. Ranke y la historiografía científica decimonónica

Si bien el estudio de la historia es muy antiguo, su constitución en una *profesión* moderna puede ubicarse hacia mediados del siglo XIX con el surgimiento de la escuela histórica alemana, cuyo padre fundador fue Leopold von Ranke. heredera directa de la filosofía hegeliana, la disciplina histórica cultivada en las universidades germanas enunció como su objeto de estudio el estudio del pasado, es decir, la búsqueda de *wie es eigentlich gewesen ist* ("lo que ocurrió en realidad"). La narración de los acontecimientos históricos que "realmente habían ocurrido" en el pasado tenía como presupuesto epistemológico la posibilidad de conocer el mundo "real" mediante el estudio de las evidencias empíricas y la neutralidad del historiador.³

El programa de investigación de la historiografía alemana a fines del siglo XIX estuvo influenciado por la filosofía idealista que divorciaba al sujeto de conocimiento (el historiador) de su objeto de estudio (el pasado), además, estableció la división tajante entre pasado/presente y tuvo un concepto positivista de la realidad porque ésta podía conocerse directamente a través de los documentos históricos. El método de estudio apropiado para profesionalizar la disciplina fue la crítica filológica.

Sin embargo, antes de Ranke, Federico Hegel (1770-1831) había colocado los cimientos de la historiografía germana ya que en sus *Lecciones sobre filosofía de la historia* logró construir, por vez primera, un sistema de ideas y conceptos sobre cuya base se erigió la historia como disciplina moderna a mediados del siglo XIX; pero la originalidad de la obra de Hegel debe mucho al pensamiento filosófico alemán de su época, especialmente a las reflexiones de Herder, Kant, Schiller, Fichte y Schelling.⁴

A partir de Hegel se estableció claramente la autonomía del pensamiento histórico al señalar que Naturaleza e Historia son dos ámbitos cualitativamente distintos, ya que los procesos naturales son cíclicos y repetitivos; por el contrario,

³ Immanuel Wallerstein, *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI Editores, México, 1996, p. 18.

los procesos históricos están en constante transformación. La naturaleza es estática pero la historia no lo es debido a que la *Razón*, es decir, la voluntad de los hombres, se manifiesta a través de las acciones humanas, y éstas siempre son cambiantes; la historia nunca se repite.

Los hechos vistos por el hombre "desde fuera" constituyen, según el filósofo alemán, los *acontecimientos* pero concebidos "desde dentro" son *pensamientos* humanos; esta doble cualidad de los hechos de la historia –acción y pensamiento–, es la que subyace en la concepción de la historia de Hegel, según la cual toda la historia es la historia del pensamiento. Así, comenta Collingwood, "En tanto que las acciones humanas son meros sucesos, el historiador no puede comprenderlos; estrictamente hablando, no puede ni siquiera asegurar que hayan ocurrido. Sólo son cognoscibles para él como la expresión exterior de pensamientos"⁵, por lo que el historiador deberá tener en cuenta esta ambigüedad del concepto de historia,

Lo que Hegel hace es insistir en que el historiador debe trabajar primero empíricamente estudiando los documentos y otras pruebas históricas; sólo de esta manera puede establecer lo que son los hechos. Pero luego debe considerar los hechos desde dentro y decirnos cómo se ven desde ese punto de vista. Y para él no es réplica decirle que se ven diferentes desde fuera.⁶

De acuerdo a esta definición de la historia, el investigador lleva a cabo una actividad práctica, estudiar los documentos, pero fundamentalmente su tarea es reflexionar sobre los significados, las conexiones que subyacen en los actos individuales y colectivos; por lo tanto, la historia es una disciplina cuyo objetivo es la comprensión, la interpretación de los acontecimientos históricos. Y para dar cuenta de los acontecimientos y del significado histórico que tuvieron tales sucesos, el historiador debe exponerlos en una narración.

Pero no toda interpretación histórica es válida para Hegel, pues el historiador debe partir de un "centro social" que le permita establecer las relaciones que existen entre los hechos y la secuencia entre estos mismos; este punto de referencia para el historiador del siglo XIX era el Estado. De esta

⁴ R. G. Collingwood, *La idea de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1946, p. 117.

⁵ *Ibid.*, p. 119.

⁶ *Ibid.*, p. 122.

manera, es fácil entender el predominio de la historia política en las universidades germanas hacia finales del siglo XIX.

La orientación de la historia decimonónica hacia el estudio del Estado debe enmarcarse en la filosofía hegeliana que concebía a la historia humana como la marcha del hombre hacia la libertad, como el proceso evolutivo en el cual se realizaba la Razón, cuya expresión máxima del progreso era el surgimiento de los Estados modernos. Así, toda la historia de la humanidad debía entenderse como una *historia universal* que nos mostraba el progreso de la humanidad desde los tiempos primitivos hasta la civilización moderna.

Aunque las reflexiones de Hegel fueron decisivas para la constitución del pensamiento histórico moderno, éstas sólo fueron el “embrión” de la historiografía que predominó en la segunda mitad del siglo XIX; durante esta época varias de las ideas centrales del filósofo alemán fueron criticadas por los historiadores más jóvenes, entre ellos Carlos Marx y Leopold von Ranke (1795-1886). Pero la influencia intelectual de estos dos pensadores tuvo distinto peso en la institucionalización de la historiografía alemana, pues debido al radicalismo político del pensamiento marxista, éste no fue incluido en las universidades germanas; por el contrario, los seminarios de Ranke se convirtieron en el “modelo” historiográfico alemán a finales del siglo XIX.

Durante esta época, importantes historiadores como Windelband, Rickert, Simmel y Dilthey entablaron un rico debate sobre el estatuto del conocimiento histórico, pero, a diferencia de Hegel, no consideraron inmóvil al mundo natural.⁷ Este desplazamiento se debió, principalmente, al surgimiento de una nueva concepción de la naturaleza a partir de la obra de Charles Darwin, *El origen de las*

⁷ La distinción entre Naturaleza/Historia existía desde tiempo atrás en la Alemania de Ranke, pero sólo hasta finales del siglo XIX estuvo centrada por el debate Ciencia/Historia. A diferencia de la generación anterior, Windelband, Rickert, Simmel y Dilthey pensaron que las ciencias naturales eran la única forma verdadera de conocimiento, por eso, para ellos el problema central fue cómo definir la particularidad del conocimiento histórico. La solución que la filosofía de la historia germana dio a esta cuestión fue considerar a la historia como un objeto que está separado del historiador, de la misma manera que la naturaleza se enfrenta al hombre de ciencia. Al concebir al proceso histórico como si fuera un proceso natural, la historiografía “científica” alemana, inaugurada por Ranke, tuvo un carácter decididamente positivista. Véase Collingwood, *op. cit.*, pp. 164-174.

especies (1859), según la cual todas las especies no humanas también estaban en constante transformación como resultado de un proceso: la selección natural. Los estudios de Darwin tuvieron gran impacto en el terreno de la cultura, pues al equiparar Naturaleza/Historia como procesos "esencialmente progresivos" se borró la distinción antagónica entre "pensamiento científico" y "pensamiento histórico"; de esta manera, "Ahora se podría utilizar la evolución como término genérico que abarcaría por igual el progreso histórico y natural. La victoria de la evolución significaba, en los círculos científicos, que la reducción positivista de la historia a la naturaleza, estaba cualificada por una reducción parcial de la naturaleza a la historia".⁸

Dado que había más semejanzas que diferencias entre el mundo natural y el mundo histórico-social, la sociología positivista de Comte convocó a la construcción de una "ciencia" social que, imitando a la ciencia natural, tratara de descubrir y exponer los hechos —del pasado y del presente— "tal como son" y, posteriormente, estableciera leyes generales sobre el acontecer humano. Sin embargo, la historiografía alemana inspirada por Ranke consideró suficiente atender la primera tarea, pero se desentendió de la segunda debido a que había creado un método de estudio propio: el método de la crítica filológica.

El método apropiado para el estudio de la historia, según el modelo rankeano, estableció como primer paso de la investigación histórica el reunir las fuentes documentales "primarias" cuyo valor era de primer orden para el investigador porque eran las únicas que le permitían conocer la visión de los contemporáneos sobre los acontecimientos relatados. En el segundo momento de la indagación, la tarea del historiador era distinguir los textos verdaderos de las transcripciones falsas (historia como crítica filológica). Por último, el tercer paso de la práctica histórica era el análisis del contenido y la interpretación de las fuentes; el estudioso debería construir una narrativa detallada de los hechos acontecidos y ofrecer un relato general de lo sucedido.

⁸ Collingwood, *op. cit.*, p. 132.

Sin embargo, más que ofrecer una interpretación personal de lo narrado, el historiador estaba obligado a contar "lo que verdaderamente sucedió", a narrar aquello que tenía significado histórico no para él sino para los actores y testigos contemporáneos de los hechos relatados. Así, el estudioso de la historia interpreta, sí, pero no según su visión particular sino de acuerdo a lo que los documentos expresan "por sí mismos".

Para los historiadores alemanes decimonónicos el hecho de tener un método histórico propio les permitió rechazar las pretensiones de elaborar leyes generales, aunque sí aceptaron el reto de descubrir y exponer los hechos mismos tal como había señalado la famosa frase de Ranke: *wie es eigentlich gewesen*. El éxito de los seminarios dirigidos por Ranke pronto lo convirtió en el "modelo" académico para estudiar la historia en los recintos universitarios alemanes y también en otras instituciones de educación superior en Europa y los Estados Unidos. Pero si la historia profesional estudiaba los hechos del pasado era indispensable interrogarse ¿qué era un hecho histórico?

Los historiadores alemanes decimonónicos adoptaron la definición comtiana de lo que era un *hecho*: en el conjunto de acontecimientos históricos cada hecho empírico podía ser aislado del resto de acontecimientos para ser objeto de un proceso de investigación; de este modo, era posible conocer una enorme variedad de hechos "microscópicos" con gran lujo de detalle en las narraciones históricas. Además, el historiador debería evitar que sus juicios personales interfirieran en la interpretación de los hechos del pasado; sólo un sujeto totalmente "neutral" sería capaz de narrar con toda "objetividad" lo que realmente sucedió.

Esta definición del acontecimiento histórico es, para White, un tipo de *realismo doctrinal*, es decir, la creencia del investigador en que es posible conocer la realidad histórica sin atender su propio punto de vista personal y sin cuestionar el *a priori* que los documentos de archivo son en sí los depositarios de la verdad histórica. Para la historiografía alemana decimonónica, el problema al que se enfrentaba el historiador profesional no era el de definir su objeto de estudio (el pasado "real"), sino el tratar de elaborar una "metodología" pertinente para aprehenderlo.

En resumen, la historiografía decimonónica tuvo como principales elementos: Un modelo "naturalista" para estudiar la historia; el "progreso" en la naturaleza y la historia; el estudio del pasado, entendido como el relato de lo que "realmente había acontecido" y como "objeto" separado del sujeto que investiga; el prejuicio metodológico según el cual la "verdad" está en los documentos en sí mismos; la crítica documental como método; el énfasis en la historia política; y, por último, la historia como relato, como *narrativa* de lo que realmente ocurrió en el pasado.

Si bien Ranke dedicó parte de su tiempo al estudio de la historia de la sociedad, de la literatura y del arte, sus discípulos olvidaron estos temas y se concentraron en la historia política, en la historia narrativa que privilegiaba el estudio de "los grandes héroes", "las naciones" y la "historia universal". A pesar de que existieron otras maneras de "hacer y escribir" la historia –Michelet, Tocqueville y Burckhardt-, la mayoría de los historiadores "estaban inspirados en la esperanza de crear un punto de vista sobre el proceso histórico que fuese tan «objetivo» como aquel desde el cual los científicos observaban el proceso de la naturaleza, y tan «realista» como aquel desde el cual los estadistas de la época dirigían la fortuna de las naciones".⁹

Sin embargo, aún cuando la mayor parte de los historiadores europeos y norteamericanos adoptaron el paradigma de la "historia científica" rankeana como modelo para estudiar la historia, hubo voces que cuestionaron la viabilidad de este proyecto de conocimiento histórico. Desde las primeras décadas del siglo XX, en el mismo momento de la institucionalización de la historia profesional, historiadores y filósofos alemanes manifestaron sus dudas y críticas sobre el proyecto de transformar a la historia en una ciencia según el modelo de la ciencia natural; éstas voces críticas no influyeron en la vocación ni en las prácticas de los jóvenes historiadores, pero es importante dar cuenta de ellas porque décadas después fueron retomadas por la reflexión historiográfica de finales del siglo XX.

⁹ Hayden White, "Introducción: la poética de la historia" en *Metahistoria*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, p. 48.

1.2 La crítica de Nietzsche y Croce a la historiografía científica decimonónica

La oposición al modelo historiográfico rankeano surgió desde el interior de Alemania con Mārx, Burckhardt, Nietzsche y continuó en Italia, con Benedetto Croce. Las críticas fueron en varios sentidos: contra la historia como "ciencia"; contra el "realismo" depositado en los documentos; contra la filosofía idealista que daba primacía a la conciencia sobre el ser y contra la concepción lineal-progresiva del tiempo. Según los opositores a la historiografía científica alemana, la noción de verdad no se identificaba con aquella depositada en los documentos en sí mismos, porque para ellos toda verdad moral, política o científica pertenece a su tiempo, es cambiante, jamás permanente.¹⁰

Para Burckhardt y Nietzsche podían existir tantas verdades acerca del pasado como perspectivas individuales; entendían a la historia como una representación artística, por eso rechazaron cualquier intento de establecer normas y métodos fijos para conocer el pasado. En la visión de Nietzsche, el mundo real está en constante movimiento, transformación y coexistencia de los contrarios; la historia es vivir entre el recuerdo y el olvido. Nos encontramos en medio de esta contradicción y no podemos liberarnos de ella, pero, aunque no sea posible conocer todo el pasado, la historia es la única manera de romper con tradiciones rígidas (recuerdos). Sin embargo, el olvido, es decir, lo *ahistórico* también es necesario.

La idea de la historia en Nietzsche será la de una historia crítica que condena todo lo pasado (pues está lleno de errores), pero reconoce que la memoria no permite olvidarlo. Es pues la visión de la historia como *tragedia*. Su crítica es radical en contra de la historia académica en la que "Nadie se atreve a poner en primer término su propia persona y todos adoptan la máscara del hombre cultivado, del sabio, del poeta, del político".¹¹

Historiadores alemanes reconocidos, como Burckhardt, desconfiaron de las pretensiones "científicas" de la historia moderna, pero fue en un terreno ajeno a la

¹⁰ Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *La verdad sobre la historia*, Andrés Bello, Barcelona, 1998, p. 70.

¹¹ Citado en Corcuera, *op. cit.*, p. 106.

disciplina histórica donde apareció la crítica más radical en su contra: en la filosofía de Nietzsche. El filósofo alemán señaló la necesidad de "liberar" a la conciencia histórica del paradigma "realista", mediante la crítica de los postulados teóricos y metodológicos de la historiografía decimonónica. Ante la pretensión de la historiografía de ser una "ciencia" que narraba el pasado "real", Nietzsche opuso la idea de la historia como "arte", como narración metafórica, pero plenamente autoconsciente por parte del historiador. Cada autor escribe la historia como un artesano de la palabra, que la moldea según vive, goza, valora y sufre el mundo, por eso no es posible, según Nietzsche, que una narración histórica coincida con ninguna otra.¹² No existe tal "objetividad" del historiador, entendida como neutralidad, ni tampoco un sentido trascendente oculto o manifiesto en los documentos o registros históricos; el sentido depende del autor.

De la misma manera que el artista crea su obra, el historiador es "libre" de construir su propio lenguaje; pero éste es un lenguaje de naturaleza poética que no puede estar sujeto a reglas o métodos que pretendan establecer el sentido de la historia (en el caso del propio Nietzsche es un lenguaje metafórico y pleno de aforismos). Más que reconstruir el pasado real, lo que *efectivamente* hace el historiador es la construcción de narraciones históricas; el historiador construye *relatos*.

En otro país, Italia, a principios del siglo XIX, Benedetto Croce, ante el debate del pensamiento histórico como ciencia o como arte, del mismo modo que Nietzsche, se inclinó por esta segunda posición,

La finalidad del hombre de ciencia es comprender hechos en el sentido de reconocerlos como ejemplos de leyes generales: pero no es en este sentido como la historia comprende su objeto: lo contempla, y eso es todo. Esto es exactamente lo que hace el artista; de manera que la comparación entre historia y arte, ya hecha por Dilthey en 1883 y por Simmel en 1892, a los cuales cita Croce, es enteramente justa. Pero para él la relación llega más allá de una mera comparación, es una identidad. Historia y arte son precisamente la misma cosa: la intuición y representación de lo individual.¹³

¹² *Ibid.*, 114.

¹³ Collingwood, *op. cit.*, p. 189.

Sin embargo, a diferencia del arte en general que representa lo posible, la historia narra hechos que han acontecido realmente; a diferencia de la ciencia, la historia no busca leyes, ni crea conceptos, no usa la inducción ni la deducción, no demuestra, la historia narra. Así, Croce afirma que "La historia no tiene más que un deber: narrar hechos".¹⁴

Para el historiador y filósofo italiano, una verdadera narración histórica debe ser capaz de mostrar por qué, cuándo, dónde y cómo sucedieron los acontecimientos relatados en la historia:

Y el saber oficial quiere que, por objetivo que pueda ser un historiador en su representación de los hechos, por juicioso que haya sido en su valoración de las pruebas, por escrupuloso que haya sido en su datación de la *res gestae*, su exposición seguirá siendo algo menos que una verdadera historia si no ha conseguido dar a la realidad una forma de relato. Donde no hay narrativa, dijo Croce, no hay historia.¹⁵

Buscar las causas de los hechos, según Croce, no es sino examinar más de cerca los hechos mismos y aprehender las relaciones individuales entre ellos.¹⁶ Las narraciones del historiador representan a los acontecimientos históricos, hechos que sucedieron realmente y que tuvieron una secuencia temporal; esto implica que el historiador deberá reconstruir lo que sucedió mediante la figura de un relato. Según el famoso *dictum* de Croce "Donde no hay narrativa no hay historia"; en la narración, sin embargo, el historiador no añade nada al contenido de la representación pues sólo en la medida que esta representación o *mimesis* (imitación de la realidad) sea un simulacro de la estructura y procesos de los acontecimientos reales, puede considerarse una narración verdadera, "La historia contada en la narrativa es una *mimesis* de la historia vivida en alguna región de la realidad histórica, y en la medida en que constituye una imitación precisa ha de considerarse una descripción fidedigna".¹⁷

¹⁴ *Ibid.*, 190.

¹⁵ Hayden White, "El valor de la narrativa en la representación de la realidad" en *El contenido de la forma*, Paidós, Barcelona, p. 21.

¹⁶ Collingwood, *op. cit.*, p. 189.

¹⁷ Hayden White, "La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual" en *El contenido de la forma*, p. 43.

No es nuestro propósito exponer, aunque sea a manera de resumen, la complejidad de Nietzsche y Croce como críticos del paradigma historiográfico rankeano, pero siguiendo la exposición sobre los modos de hacer y escribir la historia es relevante subrayar la aparición de una crítica radical temprana al paradigma de la historia científica, desde el momento mismo de su institución en las universidades europeas de finales del siglo XIX. No obstante, el relativismo moral y epistemológico que caracterizó a los críticos de la historiografía científica (rankeana y positivista), no influyó poderosamente en la corriente principal de la historiografía de finales del siglo XIX y principios del XX.

Sin embargo, resulta particularmente importante que varias de las críticas del "relativismo histórico" de principios del siglo XX en contra de la historiografía científica, retornarán medio siglo después bajo diversas denominaciones: giro lingüístico, posmodernidad, "fin de la historia", etc. De este modo, la reflexión crítica sobre la historiografía tradicional se desplazará de los "márgenes" de la disciplina histórica hacia el "centro" del debate historiográfico hacia finales del siglo XX. Pero antes de abordar la crítica contemporánea a la historiografía tradicional que surgió "desde afuera" de la disciplina de Clío, es necesario mencionar a la crítica que surgió "desde adentro" durante el segundo tercio del siglo XX, es decir, la historiografía francesa cuyo proyecto intelectual más conocido es la Escuela de los *Annales*.

1.3 La crítica "desde adentro". Los *Annales* y la historia *événementielle*

Hacia la tercera década del siglo XX surgió otra escritura de la historia que se convirtió en el modelo historiográfico para los jóvenes historiadores franceses y de otros países: la Escuela de los *Annales*¹⁸; pero el debate historiográfico de los

¹⁸ La periodización de un estudioso de esta tradición historiográfica reconoce 4 etapas: la primera representada por M. Bloch y Lucien Febre, que va de 1929- 1939 (un breve paréntesis durante la Segunda Guerra Mundial); enseguida la fase braudeliana que inicia en 1956 y concluye en 1968, la tercera, no tiene una figura dominante sino un "consejo colectivo" integrado por Emmanuel Le Roy Ladurie, Jacques Le Goff y Marc Ferro, entre 1969 y 1989; y una última etapa, que comenzó en 1989 con la renovación de la Revista actualmente titulada *Annales Histoire, Sciences Sociales*. Véase Carlos Aguirre, "De *Annales*, Marxismo y otras historias. Una perspectiva comparativa desde la larga duración" en *Los Annales y la Historiografía francesa. Tradiciones críticas de Marc Bloch a Michel Foucault*, Quinto Sol, México, 1996, pp. 21-37.

años treinta tuvo dos desplazamientos: el primero, geográfico, pues la discusión central dejó de ser dominio alemán y se naturalizó francesa; el segundo, metodológico, ya que el interés principal centrado en la teoría de la historia ahora pasaba a las prácticas del historiador; de esta manera, el énfasis de la historiografía francesa de los *Annales* estuvo centrado en lo que efectivamente hace el investigador, su interés era el "oficio del historiador".

Es importante aclarar que la crítica al modelo historiográfico rankeano existió en Inglaterra, Estados Unidos y Francia¹⁹, pero fue en este país donde la reflexión crítica sobre la historiografía positivista tuvo mayor impacto entre los historiadores profesionales. A pesar de que los fundadores de la Revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale* (1929), Lucien Febvre y Marc Bloch, habían sido entrenados según los cánones de la historia positivista pronto manifestaron su rechazo a la historia centrada en la narración de *acontecimientos* (*histoire événementielle*), y convocaron a los estudiosos a tratar de reconstruir una historia "más amplia y más humana" y que enfatizara el análisis de *estructuras*.

Para ambos pensadores, la historia "científica" y positivista era una *historia narrativa*, una historia fundamentalmente descriptiva que no analizaba los hechos históricos sino únicamente relataba hechos inconexos; además, en la historia política, el principal campo de estudio de la historiografía decimonónica, los historiadores sólo habían escrito narrativas donde predominaban las emociones, el drama, las pasiones. De este modo, para Febvre y Bloch, la historia narrativa no era más que un género literario, un tipo de historia-novela en la que el actor histórico principal eran los *individuos* (héroes individuales o naciones enteras).

¹⁹ Karl Lamprecht (1856-1915), historiador alemán, había denunciado su rechazo a la historia académica de su país, por su énfasis en la historia política, la historia de "los grandes hombres", y se pronunció a favor de una *historia total*, es decir, una historia que abarcara el estudio de todas las acciones humanas y que explicara los hechos históricos en términos de generalizaciones. Pero, a excepción de Otto Hinze y Durkheim, la obra de este historiador sólo tuvo comentarios despectivos de sus colegas alemanes.

En Estados Unidos, en 1890, Frederick J. Turner, convocó a la comunidad académica norteamericana a estudiar todas las actividades del hombre pues "Ningún departamento de la vida social puede entenderse aislado de los demás"; mientras que James Harvey Robinson, contemporáneo de Turner, denominaba *New History* a la historia interesada en todas las actividades humanas y que recurría a la antropología, la economía, la psicología y la sociología. Véase Peter Burke, *Historia y teoría social*, Instituto Mora, México, 1997, pp. 26-27.

En lugar de la historia política, de tipo narrativo, ambos historiadores franceses cultivaron la historia social y la historia de las mentalidades porque para ellos la historia debería estudiar todas las actividades y creencias humanas; además, la investigación histórica debería incorporar al estudio de los documentos escritos, los documentos no escritos -por ejemplo, los restos arqueológicos-, y mantener una actitud abierta a otras disciplinas (lingüística, geografía, psicología, sociología). Otros cambios fundamentales que promovió la historiografía de los *Annales*, en los años treinta, fue la ampliación de la mirada histórica que se extendió del corto al largo plazo y el uso del método comparativo.²⁰

Sin embargo, más que una teoría de la historia al estilo alemán, la corriente de los *Annales*, particularmente Bloch en su libro *Apología para la historia o el oficio de historiador*,²¹ consideró a la historia como un "oficio artesanal" que sólo se dominaba con la práctica; sus recomendaciones metodológicas en todo caso siempre trataron de mantener una "estricta adherencia al oficio del historiador".

La desconfianza hacia la teoría demasiado abstracta y hacia el razonamiento más filosófico desembocan entonces en la afirmación de un empirismo reivindicador, y más general en una postura de insistente acercamiento hacia lo concreto, lo experimental y lo directamente constatable.²²

Después del paréntesis de la segunda posguerra -y de la muerte de Bloch-, el historiador Fernand Braudel fue la figura más destacada de la Escuela de los *Annales*, en los años cincuenta y sesenta, quien, del mismo modo que sus antecesores intelectuales, elaboró sus "lecciones de método" después de haber concluido su investigación más importante: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949). Casi una década más tarde, plantearía de modo explícito los principios metodológicos y epistemológicos que había aplicado en esta magna obra en el conocido artículo *Historia y Ciencias Sociales. La larga duración* (1958), donde se pronunció por la convergencia de la

²⁰ Corcuera, *op. cit.*, pp. 177-179.

²¹ Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, Edición crítica preparada por Étienne Bloch, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

²² Aguirre, "Los *Annales* dentro del universo de la crítica", en "*Los Annales*", p. 163.

historia y las ciencias sociales en una *ciencia del hombre*, que diera razón de las estructuras y de la dinámica de la existencia histórica.²³

Para Braudel, la nueva clave metodológica era la distinción de diferentes duraciones sociales y la larga duración histórica. A partir de una nueva concepción del tiempo, el historiador francés consideró la existencia de tres planos temporales: primero, el tiempo de los acontecimientos o tiempo de la corta duración; segundo, el tiempo de las coyunturas o tiempo medio; por último, el tiempo largo de las estructuras o tiempo de la larga duración histórica. La temporalidad ya no se pensaba en forma lineal y progresiva sino en distintos niveles: *el acontecimiento, la coyuntura y la larga duración* podían coexistir al mismo tiempo en un espacio social determinado.²⁴

El tiempo de los acontecimientos es el de la *histoire événementielle*, se refiere a los acontecimientos o sucesos de corta duración, a los hechos cotidianos de la existencia inmediata (p. ej., un golpe de estado o una revuelta popular); el tiempo medio o de las coyunturas hace alusión a fenómenos que adquieren la forma de "generaciones" o "ciclos" a través de varios años –es el caso de las generaciones literarias o de los ciclos económicos de Kondratiev–; el tiempo de las estructuras, el más difícil de comprender, implica una duración que sobrepasa los siglos y que atiende el ritmo lento de las realidades históricas. La larga duración "alude más bien a ese conjunto de arquetipos, estructuras o realidades, que dentro de la historia humana han sido decisivamente operantes y efectivamente determinantes de los procesos históricos más generales (...). Este conjunto de ensambladuras o andamiajes de larga permanencia en la historia determinan al resto de los fenómenos y hechos históricos".²⁵

Sin embargo, la propuesta metodológica braudeliana sobre la larga duración provocó cierto determinismo histórico que hacía hincapié en la importancia de las estructuras (económicas, políticas, sociales, etc.), como realidades de larga duración que determinaban el curso de los fenómenos

²³ Carlos Aguirre, *Braudel y las ciencias humanas*, Montesinos, Barcelona, 1996, p. 91.

²⁴ *Ibid.*, p. 37.

²⁵ *Ibid.*, pp. 42-43.

sociohistóricos; la historia "narrativa", según la crítica Annalista, no había dedicado mucho atención a la influencia determinante de las estructuras sobre los acontecimientos humanos, por eso era necesario subrayar enfáticamente la importancia de tales estructuras.

Para los *Annalistas* franceses el historiador narrativo no hacía ciencia sino novela y al interesarse demasiado por los sentimientos y emociones sólo podía ofrecer a los lectores "dramas" más no explicaciones sobre el pasado. Sin embargo, a juicio de White, el rechazo de la historiografía francesa hacia la historia narrativa no era tanto por la naturaleza dramática de sus relatos, sino más bien porque esta literatura situaba en el centro de sus narraciones a "agentes humanos en vez de procesos impersonales (que) sugiere que estos agentes tienen algún control significativo sobre su destino".²⁶

Por lo dicho anteriormente, la crítica de los Annales hecha "desde dentro" de la propia disciplina de la historia al modelo historiográfico tradicional señaló como errores de tipo metodológico y epistemológico: la concepción lineal del tiempo, el énfasis en la historia política, el divorcio de la historia y las ciencias humanas, la concepción positivista de los acontecimientos históricos, el interés exclusivo en la *histoire événementielle*, la centralidad de los individuos como agentes de la historia; y, por último, la narración "descriptiva" de los hechos históricos. Todas estas "insuficiencias" fueron agrupadas bajo una misma denominación: la *historia narrativa*; por eso, en el afán de superarla, los historiadores *Annalistas* intentaron llevar a cabo el "eclipse de la narración".

Con todo, las consideraciones teóricas de la Escuela de los Annales no tenían el propósito de derribar el edificio sino de estabilizarlo; aunque la historiografía positivista seguía cultivándose en la academia francesa, hacia la década de los sesenta y, claramente en los años setenta, la escritura de la historia *Annalista* era la corriente historiográfica principal al interior de la disciplina. Pero en los años ochenta las dudas serían de otro tipo, dentro y fuera de la historiografía, hasta el punto de declarar el "fin de la historia"; para entender este

²⁶ White, "La cuestión de la narrativa", en *El contenido de la forma*, p. 50.

debate historiográfico, sin embargo, es necesario revisar la crítica que surgió “desde afuera” de la disciplina que se remonta hacia la segunda mitad del siglo XX. Uno de los escenarios más importantes de este debate, de nuevo, fueron las ciencias sociales y la filosofía francesa.

1.4. La crítica “desde afuera”. Estructuralismo y postestructuralismo francés

El ascenso del paradigma estructuralista, en los años cincuenta y sesenta, fue una de las principales corrientes críticas del pensamiento social francés y tuvo expresiones en distintos campos del saber, principalmente antropológico, psicológico y semiológico.²⁷ El mismo término de *estructura* se ha entendido de distintas maneras pero sobresalen tres enfoques: el marxista, el estructural funcionalista y el estructuralismo francés. Éste último tuvo gran interés en las estructuras como *sistemas de pensamiento o de cultura*, así, “El modelo o la metáfora fundamental subyacente en su pensamiento es el modelo de la sociedad o la cultura como lenguaje”.²⁸ Los principales exponentes del estructuralismo francés fueron Claude Lévi-Strauss, Roland Barthes y, para algunos, Michel Foucault, quienes partieron de la lingüística de Saussure que consideraba a la cultura como un “sistema de signos”.

El antropólogo francés Claude Lévi-Strauss centró su ataque contra lo que él consideró como límites de la disciplina histórica: la creencia de que sólo hay historia donde hay escritura –borrando de un plumazo a pueblos sin escritura–, la imposibilidad práctica de cubrir todas las lagunas del pasado y, en consecuencia, el esfuerzo del historiador trataría de cubrir, arbitrariamente, los vacíos informativos. Alcanzar el ideal de una historia científica era, para Lévi-Strauss, una falsa ilusión.

²⁷ En Francia los estudios de Roland Barthes sobre crítica literaria se aplicaron al estudio de la narrativa en distintos campos de conocimiento; en Rusia los estudios lingüísticos más importantes fueron los de Roman Jakobson, Nicolai Trubetzkoi, Vladimir Propp y Yuri Lotman. De otra nacionalidad, destacan Eco, Benveniste y Genette. Véase Burke, “*Historia y teoría social*”, pp. 129-131 y White, “*El contenido de la forma*”, pp. 51-56.

²⁸ Burke, “*Historia y teoría social*”, p. 130.

Por otra parte, Jean Paul Sartre consideró que la historiografía y la filosofía dominante sólo eran prácticas e instrumentos ideológicos de la clase en el poder; la historia era una verdad "parcial" que respondía a intereses sociales muy específicos. Pero mientras que Sartre suponía la existencia de una verdad inteligible (preexistente) en la historia, Lévi-Strauss puso en duda este *a priori*, al afirmar que "basta que el pasado se aleje temporalmente del presente para que nos sea parcial o totalmente ajeno; incapacitados así de hacerlo nuestro, la posibilidad de su inteligibilidad se convierte en una ilusión".²⁹ La historia moderna no era más que un mito a denunciar. En opinión de Lévi-Strauss, el historiador, a diferencia del etnólogo, sólo estudiaba lo empírico y lo singular por lo que estaba condenado a permanecer en el plano consciente, el nivel más pobre de las *ciencias del hombre*. Desde luego esta crítica feroz se levantó en contra de la historia positivista de principios del siglo XX.

Lévi-Strauss denunció la falsedad de la idea de progreso evolucionista postulada por la historiografía tradicional, según la cual la historia de los distintos pueblos y sociedades eran expresiones de la sociedad humana, por ello la relación entre el sujeto y su objeto de estudio –el pasado de las sociedades modernas–, fue considerada como errónea pues dicho objeto también estaba integrado por otros "sujetos". La discusión iniciada por Lévi-Strauss fue seguida por la crítica literaria de Roland Barthes, quien hizo un análisis estructuralista del discurso histórico, es decir, un estudio detallado de las estrategias textuales de los historiadores y sus efectos sobre el mensaje.

Este autor retomó la crítica nietzscheana en contra de la presunta objetividad de la historiografía tradicional, principalmente en contra de la función ideológica del modo de representación narrativa. También en la línea de pensamiento de Nietzsche, otros teóricos como Lacan, Althusser, Foucault, Derrida y Kristeva definieron a la historia en general y a la narratividad en particular como "prácticas representativas por las que la sociedad producía a un sujeto humano peculiarmente adaptado a las condiciones de vida en el moderno

²⁹ Guillermo Zemeño, "Historia y poder: una relación problemática. (Michel De Certeau, subversión de la historia)", en *Historias*, No. 17, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, p. 29.

Rechtstaat".³⁰ Sin embargo, los miembros de esta crítica de filiación nietzscheana, identificados como postestructuralistas, llevaron a su punto más radical los postulados de sus antecesores estructuralistas.

Así, el estructuralismo y postestructuralismo consideraron a la *historia narrativa* como un instrumento ideológico de las sociedades modernas y como el paradigma del discurso ideologizante en general. El gran mito de la sociedad moderna consistía en haber confundido un método de representación, la narrativa, con el contenido, es decir, con la idea de *una* historia común para todas las sociedades.³¹

Por otro lado, también en los años sesenta, pero desde la reflexión epistemológica encabezada por Cavailles, Bachelard y Canghilhem, la historia de la ciencia moderna fue criticada por haber planteado un modelo discursivo "general" a partir de prácticas sociales particulares; según el punto de vista de este pensador, "el error más grande de la ciencia decimonónica había sido generalizar racionalidades que proceden de momentos contingentes".³² Sin embargo, fue el alumno más brillante de Canghilhem, Michel Foucault, quien desplazó el cuestionamiento epistemológico del discurso científico general al discurso propiamente histórico.³³ Para Foucault, el "trabajo efectivo" del historiador estaba vinculado con la *discontinuidad* más que con la pretendida continuidad histórica hegeliana.

En *Las palabras y las cosas* y en la *Arqueología del saber* Foucault estudió cómo las palabras, siguiendo reglas concretas, constituyen a las cosas, a los conceptos. También concluyó que cada época histórica tiene una *episteme* diferente, un "orden que gobierna todo lo que se puede decir y lo que no se puede

³⁰ *Ibid.*

³¹ White, *El contenido de la forma*, p. 51.

³² Este núcleo de filósofos se congregó en el "Círculo de Epistemología", formado dentro de la Escuela Normal Superior, en el que también participó Louis Althusser. Conferencia de Oscar Martiarena, "Michel Foucault y la Epistemología francesa", en el *Diplomado: Autores y Corrientes Pensamiento Social francés, Siglo XX*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 16 de enero de 1998.

³³ Foucault tuvo que establecer sus propias posiciones intelectuales, con relación al horizonte de la filosofía de Sartre, del estructuralismo y de la historiografía francesa de aquellos tiempos. "Es en este contexto que deben ser leídos tanto el ya citado libro de *Las palabras y las cosas* y su obra titulada *Arqueología del saber ...*" en Carlos Aguirre Rojas, "Michel Foucault en el espejo de Clío", en *Los Annales*, p. 222.

decir; aquello que es (im)posible *pensar* en un lugar en un lugar y tiempo determinados". En *Arqueología del saber* Foucault distinguió tres *epistemes* o campos epistemológicos: el Renacimiento, la época Clásica (siglos XVII y XVIII) y en la Era Moderna (siglos XIX y XX). Cada uno de estos campos epistemológicos ha creado y obedecido a distintas reglas, a una "normatividad" particular, pero entre ellos no existe continuidad sino ruptura.³⁴

A través de caminos distintos, Lévi-Strauss y Foucault coincidieron en su rechazo a la historiografía "científica" (de herencia rankeana y positivista) que se presentaba como "universal", "objetiva" y "realista". Sin embargo, Foucault, a diferencia de Lévi-Strauss, recuperó la historicidad "dentro" de su reflexión epistemológica para dilucidar su papel en la constitución del pensamiento moderno para luego "deconstruirla" en tanto mito de la ciencia decimonónica. La historia, como expresión de esta ciencia positivista, debería renunciar a la construcción de grandes síntesis e interesarse en la fragmentación de los saberes.³⁵

Si ya no es posible pensar en un progreso lineal de la ciencia y la historia humanas lo que prevalece es la discontinuidad histórica, consecuentemente, la relación pasado-presente-futuro no será la misma. El pasado, objeto de estudio de la historia positivista, no es *el* pasado sino que existen varias posibilidades de reconstruir aquello que "realmente ha acontecido", pues podemos elegir una opción, una posibilidad entre muchas. Finalmente, aquello que conocemos como "pasado" es una posibilidad que triunfó sobre otras opciones negadas, según la división presente-pasado, que ha llevado a cabo el historiador.

En síntesis, la crítica "desde afuera" en contra de la historiografía tradicional no era sobre el método o los procedimientos de los historiadores, sino específicamente en contra del "modelo narrativo" que pretendía ser universal, objetivo y neutral; para el estructuralismo y postestructuralismo francés era imperativo denunciar los mecanismos que habían transformado a la escritura

³⁴ Martiarena, *Ibid.*

³⁵ Michel De Certeau, "El sol negro del lenguaje: Michel Foucault", en *Historia y Psicoanálisis*, Traducción de Alfonso Mendiola, Universidad Iberoamericana, México, 1995, pp. 18-23.

historiadora en un tipo de discurso ideologizante. Esto significaba que la historia (disciplina) también tenía una historia (situada en un lugar y tiempo determinado), que los "sujetos" (historiadores) también podían convertirse en "objetos" de estudio (los textos producidos por los historiadores).

Sin embargo, el fuerte rechazo a la historia narrativa que manifestaron distintas corrientes críticas, desde adentro y desde afuera de la disciplina histórica, no tuvo equivalente en los Estados Unidos ya que en este país la academia norteamericana, principalmente la dedicada a la filosofía analítica, tuvo otra concepción de la narración histórica. El debate anglosajón se centró no en la función ideologizante sino en la validez de la historia narrativa como forma de explicación científica.

1.5. El giro lingüístico anglosajón

Al otro lado del Atlántico, en los Estados Unidos, el debate sobre la naturaleza del conocimiento histórico se diferenció de su contraparte francesa (*Annalista* y estructuralista), porque la filosofía analítica norteamericana reivindicó a la narración como un modo válido de la representación histórica y, al mismo tiempo, como un modo de explicación científica.

En gran medida, esta diferencia epistemológica que valorizaba positivamente –en sentido afirmativo– a la historia narrativa se debió a la actitud norteamericana de rechazar a la "filosofía de la historia" (de herencia hegeliana y marxista), a la cual consideraban como la base ideológica de sistemas políticos totalitarios. Este "prejuicio" sobre la reflexión filosófica alemana de finales del siglo XIX y principios del XX (historicismo), impulsó a los filósofos analíticos, durante los años cuarenta y cincuenta, a que trataran de establecer el estatus epistemológico de la narración como un tipo de explicación apropiada de los acontecimientos y procesos históricos.

En los Estados Unidos, al igual que la discusión europea, el debate sobre la historia narrativa se dio dentro de la discusión más general sobre el estatuto de la historia como ciencia y sobre el tipo de "autoridad epistémica" que podía pretender

el conocimiento histórico en comparación con el tipo de conocimiento de las ciencias naturales. Dentro de esta discusión sobre el carácter de la historia como ciencia moderna, el debate giró en torno a la ubicación de la disciplina al lado de las ciencias sociales nomotéticas (sociología, economía, antropología) o al lado de las humanidades (filosofía y literatura).

Es de sobra conocido que la reflexión sobre estas interrogantes del conocimiento histórico comenzó con el artículo de Carl G. Hempel, *The function of General Laws in history*³⁶, según el cual "en la historia como en cualquier otra ciencia empírica, explicar un fenómeno consiste en subsumirlo (*covering*) bajo leyes generales empíricas", equiparando de este modo la explicación histórica con leyes generales de tipo "nomológico deductivo" (*covering-law-model*).

La crítica a este modelo de explicación histórica surgió desde la filosofía analítica, corriente anglosajona centrada en el estudio del lenguaje³⁷, "La atención que la filosofía analítica le ha dado al lenguaje lo constituye en eje de toda su reflexión, llegando a identificarse últimamente, filosofía analítica con filosofía del lenguaje".³⁸ Según los filósofos norteamericanos Gallie (1964), Morton (1965) y Danto (1965), la especificidad de los hechos históricos era su manufactura como hechos contados, como acontecimientos relatados, por ello había que atender la naturaleza *narrativa* del discurso histórico. Fue Arthur C. Danto quien dio la respuesta más acabada al modelo de ciencia histórica hempeliano (la historia

³⁶ Carl G. Hempel, "The function of General Laws in History", *Journal of Philosophy*, 1942. En español, Carl G. Hempel, *La explicación científica*, Paidós, Barcelona, 1979.

³⁷ "La filosofía analítica nace en este siglo. Parte de Ludwig Wittgenstein e incluye filósofos tan diversos como Strawson, Austin, Searle, Rorty, Moore, Carnap, Davidson, etcétera. Ha influido y ha sido influenciada por tendencias tan importantes como el neoempirismo del Círculo de Viena. Podemos distinguir en su desarrollo a tres corrientes: A) La primera fue en la influencia que la lógica formal tuvo sobre la filosofía analítica como ordenadora y reguladora del lenguaje, o en la búsqueda de los diferentes usos o funciones del lenguaje (lógica informal). Entre los filósofos que desarrollaron esta primera tendencia están Russell, y los dos Wittgenstein; así como sus continuadores: Carnap, Quine, Strawson y Ryle. B) La filosofía analítica se interesó posteriormente en la relación entre filosofía y ciencia, subordinando la primera a la segunda. Enfocó sus análisis al problema de la conexión de los enunciados empíricos con los teóricos. C) Esta tendencia se ha enfocado a la significación filosófica del lenguaje y aunque (...) no se reduce a una exclusiva preocupación por el lenguaje, el "giro lingüístico" o reduccionismo lingüístico es típico del método analítico y el que ha tenido consecuencias de mayor alcance", en Norma Durán, Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, *Metodología III. Historia y Narración*, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, 1997, pp. 27-28.

³⁸ *Ibid.*, p. 27.

ofrece explicaciones causales al igual que las ciencias de la naturaleza), al sostener que la realidad sólo podía conocerse a través del lenguaje, por lo tanto, las estructuras sociales y políticas deberían ser estudiadas por medio de su articulación lingüística, como "juegos de lenguaje", según la idea de Wittgenstein.

En su obra *Analytical Philosophy of History* (traducida al español como *Historia y Narración*)³⁹, Danto vinculó el problema de la explicación histórica a la estructura narrativa. De acuerdo al filósofo analítico, lo propio de la práctica historiográfica es encontrar un significado a los eventos relatados y éste "sólo es posible debido a que el presente, desde donde el historiador escribe, viene a ser el *futuro del pasado* que investiga. Nunca un historiador buscaría esta significación histórica basándose en datos que no conoce, es decir (en) futuros".⁴⁰ Esta significación histórica sería aquello que adquiere significado en un futuro desconocido para el agente, es decir, significado para el historiador que narra.

Los acontecimientos se reescriben continuamente y se reevalúa su significación a la luz de la información posterior. Y, como poseen esta información los historiadores pueden decir cosas que los testigos o los contemporáneos no podrían haber dicho justificadamente.⁴¹

La narración en sí misma constituye una forma de explicación por lo que no existe una descripción "pura" en la que no se narre algo, afirma Danto; una narración que no consiga *explicar* no es una narración, una que sí lo hace dice lo que sucedió en realidad. ¿Cómo logra el historiador explicar narrando? Gracias a la construcción de *oraciones narrativas*, que se refieren a dos acontecimientos separados temporalmente entre sí, y que describen únicamente al primero; están en pasado y son escritos desde el futuro del pasado.

Las frases narrativas - o finalmente el relato histórico, con su principio y su final - nos permite visualizar cómo el hombre concibe su actuar, su tiempo y esto sólo lo logra haciendo cierres, no puede contemplar "todo el tiempo". El hombre ante su finitud explica su actuación *narrando*.⁴²

³⁹ Arthur C. Danto. *Historia y narración. Ensayos de Filosofía analítica de la Historia*. Introducción de Fina Birulés, Traducción de Eduardo Bustos, Paidós, Barcelona, 1989.

⁴⁰ Durán, *op. cit.*, p. 30.

⁴¹ Danto, *op. cit.*, p. 15.

⁴² Durán, *op. cit.*, p. 34.

Las oraciones narrativas, en tanto son recursos lingüísticos, organizan y estructuran el actuar humano, contienen verbos-proyecto que anuncian una afirmación futura del pasado. Para crear un discurso narrativo no es suficiente enunciar una serie de eventos necesitamos colocarlos en un orden específico, en una secuencia (un principio, un medio y un final) organizada por el narrador en el discurso que construye. Esta característica de la narración histórica –elaborar secuencias según diferentes estructuras temporales–, nos permite entender que el pasado está tan abierto como el futuro. Para Danto, "Quizás el pasado no cambie, pero sí nuestra manera de organizarlo".

Con su argumentación, Danto demostró que toda explicación histórica es narrativa y que el pasado siempre se escribe *desde el presente*; la especificidad de la explicación histórica es la *narración*. A partir de la propuesta de este autor sobre la especificidad de la explicación histórica –la narración–, se abrió la discusión sobre la narrativa a muchos otros campos disciplinarios (semiológico, antropológico, hermenéutico, etc.).⁴³ Sin embargo, la crítica de la filosofía analítica reducía a la historiografía, con su análisis de oraciones narrativas, a "conjuntos de proposiciones discretas", es decir, a estructuras gramaticales homogéneas en su composición (no en su contenido) como relato histórico; al no haber hecho la distinción entre "contenido" y "forma", según Hayden White, los filósofos del lenguaje no profundizaron en la "verdad de la propia literatura".

1.6. Historia y literatura. Hayden White y la trama narrativa

Ubicado dentro de la discusión de la narrativa como forma de explicación histórica, White desplazó la discusión del ámbito epistemológico al campo de lo literario al destacar en su obra *Metahistoria* (1972) la importancia del aspecto poético en el discurso histórico.⁴⁴ Posteriormente, en *El contenido de la forma* White abordó el problema de la relación entre discurso narrativo y representación histórica. En esta

⁴³ *Ibid.*, p. 37.

⁴⁴ White retoma las teorías actuales del discurso, principalmente, las de orientación semiológica; autores como Jakobson, Benveniste, Genette, Todorov y Barthes han estudiado la relación entre discurso y narrativa, y la validez de ésta para la representación histórica. Véase Durán, op. cit., pp. 37-45 y White, *El contenido de la forma*, pp. 13-50 y 17-39.

obra, el académico norteamericano definió a la narrativa como un "metacódigo", "un universal humano sobre cuya base pueden transmitirse mensajes transculturales acerca de la naturaleza de una realidad común", ⁴⁵ por ello es posible traducir cualquier tipo de conocimiento humano en un relato, en una narración.

Narrativa y narración es el binomio que organiza la reflexión historiográfica de White, a partir del cual define lo que debemos entender por historia (como disciplina). Para que una narración de los acontecimientos se considere una verdadera historia:

El relato debe manifestar un adecuado interés por el tratamiento juicioso de las pruebas, y debe respetar el orden cronológico de la sucesión original de los acontecimientos de que trata como línea base intransgredible de la clasificación de cualquier acontecimiento dado en calidad del causa o efecto (...), además debe narrar, es decir, revelarse como sucesos dotados de una estructura, un orden de significación que no poseen como mera secuencia".⁴⁶

Algunos historiadores y filósofos de la historia de principios de siglo XIX, por ejemplo Croce, habían afirmado que: "donde no hay narrativa, no hay historia" (ver apartado 1.2), sin embargo, para ellos lo importante a destacar era la historia real, contar la verdadera historia (el contenido), mientras que a White le interesa la narrativa como representación de la realidad (la forma).

Gracias a los estudios de la lingüística, la semiótica y la crítica literaria, hoy es más claro que el *discurso narrativo* tiene varias funciones –comunicativas, expresivas o conativas–, que se expresan como "códigos" que transmiten mensajes (la lógica, la poética y la retórica). Para la historiografía convencional "lo único que tiene valor de verdad es el contenido. Todo lo demás es ornamento",⁴⁷ pero, afirma White, precisamente son los adornos retóricos o efectos poéticos los que constituyen parte de los "códigos" que también dicen algo al lector:

Se considera el discurso como un aparato para la producción de significado más que meramente un vehículo para la transmisión de información sobre un

⁴⁵ Durán, *op. cit.*, p. 37.

⁴⁶ White, *op. cit.*, p. 21.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 59.

referente extrínseco. Así concebido, el contenido del discurso consiste tanto en su forma como en cualquier información que pueda extraerse de su lectura.⁴⁸

Lo propio del discurso histórico es que transforma una serie de acontecimientos históricos en la secuencia de un relato (Danto). Este relato es una *trama histórica* porque se refiere a hechos y también es una *trama literaria* porque tales hechos adquieren sentido con la forma narrativa. El lector de obras de historia tiene entonces un doble referente: el primario, los acontecimientos, y el secundario, las estructuras de la trama. "Cuando el lector reconoce el tipo específico de relato –por ejemplo, (un) relato épico, un romance, una tragedia, una comedia o una farsa– puede decirse que ha comprendido el significado producido por el discurso".⁴⁹

White concluye que el efecto de este entramado (el significado aprehendido por el lector) puede considerarse una *explicación*. Ahora bien, si la narrativa histórica dota de significación moral a la secuencia de acontecimientos, sólo puede hacerlo utilizando formas discursivas de la literatura. Al concebir de este modo a la historia narrativa, este autor afirma que la verdad de la historia depende de la verdad de la literatura pues la narración histórica sólo puede decir la verdad de una manera alegórica: el relato histórico es un discurso que dice una cosa y significa otra. Pero al negar la posibilidad de una explicación histórica independiente de las formas literarias, White borró las fronteras entre historia y literatura.

En conclusión este breve repaso de algunos senderos de la historiografía moderna intentó señalar algunos problemas que implica el tratar de producir un conocimiento histórico validado "científicamente", para hacer más inteligible a la que escribe –espero que también al lector– cuáles elementos están "en juego" en el debate historiográfico contemporáneo. Así, podemos destacar los siguientes puntos:

⁴⁸ *Ibid.*, p. 60.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 61.

a) La idea de realidad se desplazó hacia la narrativa. Para algunos autores "lo real histórico" sólo existe en el ámbito discursivo; para otros, la narrativa histórica está situada, además, en una red de relaciones sociales y de poder.

b) La relación lineal entre pasado-presente-futuro se trastoca en la medida en que el pasado es un espacio abierto y lleno de posibilidades para el narrador que escribe desde el presente (y para el futuro). Así, resignificamos constantemente los hechos históricos desde el horizonte cultural desde el cual reconstruimos el pasado.

c) El oficio del historiador consiste en trabajar no con los "hechos en sí" sino con la escritura que se los apropia, construye y re-presenta.

1.7. Metodología: La operación historiográfica

Es difícil no perder el sentido de la orientación, cualquiera que éste sea, entre la jerga actual del debate historiográfico contemporáneo. Entre conceptos de *narrativa*, *discurso*, *relato* y *texto* uno tiene la impresión de que "todo lo sólido se desvanece en el aire". Podríamos considerar simplemente que todo este "fardo teórico" no tiene ninguna relación con la práctica cotidiana de los historiadores. Ignorar y callar es un camino, pero es una opción que desde luego no es la nuestra.

Después de este sucinto recorrido por los senderos de la historiografía moderna, creo que para tratar de abordar el estudio de los textos de historia es pertinente asumir una actitud de ignorancia, humildad y sentido común. En este sentido, mi interés por la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas se relaciona con las "prácticas específicas" de hacer la historia (como relato), y con modos de vivir la historia (como acontecimiento). Para ello retomo algunas categorías analíticas de los historiadores y filósofos franceses, Roger Chartier, Michel De Certeau y Paul Ricoeur, quienes han continuado la reflexión abierta por Foucault sobre la historia de la historia moderna.

Las reflexiones teóricas y metodológicas de estos tres autores, a diferencia de la propuesta del giro lingüístico y de la historia narrativa de White, se han

centrado en la escritura historiadora pero ligándola al mundo social en el cual es producida. Se trata, en mi opinión, de una propuesta crítica que, sin abandonar la importancia del lenguaje y la escritura para la historiografía contemporánea, intenta *rehistorizar* la historia ante las críticas relativistas y nihilistas posmodernas. Así, Roger Chartier, en *El mundo como representación*,⁵⁰ trazó su propia trayectoria intelectual, íntimamente ligada a la tercera generación de los Annales franceses que retomó las proposiciones de Michel Foucault, pero alejada del programa estrictamente lingüístico conocido como *semiological challenge* en los Estados Unidos; también se apartó de otros abordajes de la historia como el "retorno a lo político" tan de moda en los setenta y ochenta en Francia, de esta manera el historiador social marcó un lugar propio deslindando fronteras:

Contra estas formulaciones radicales, estructuralistas o postestructuralistas, es necesario, creo, recordar la ilegitimidad de la reducción de las prácticas constitutivas del mundo social a la lógica que gobierna la producción de los discursos. Afirmar que, para el historiador, la realidad no es accesible más que a través de los textos que quieren organizarla, someterla o representarla no es, por tanto, postular la identidad entre la lógica hermenéutica, letrada, logocéntrica, escrituraria y la "lógica práctica" que gobierna las conductas cuya trama define las identidades y relaciones sociales.⁵¹

Como declaró en una entrevista, el programa de investigación de Chartier atiende las formas de los lugares de producción, las formas de transmisión, y las prácticas de apropiación de las obras; es un programa alternativo que busca una rehistorización del objeto literario, del texto literario.⁵² Metodológicamente, la reflexión del historiador francés gira alrededor de tres proposiciones:

- a) La operación de construcción de sentido efectuada en la lectura es un proceso históricamente determinada según tiempo, lugares y comunidades.
- b) Las diferentes lecturas de un texto dependen de las formas, de los dispositivos del objeto tipográfico que propone su lectura.
- c) La lectura es siempre una práctica encarnada en gestos, espacios, costumbres lo que nos lleva a pensar en comunidades de lectores y tradiciones de lectura.

⁵⁰ Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Gedisa, Barcelona, 1992.

⁵¹ *Ibid.*, p. IX.

Así, las formas textuales y materiales contienen en sus estructuras mismas los deseos y posibilidades del público al que apuntan; las obras producen su campo social de recepción más de lo que son producidas por divisiones previas. Se pueden estudiar los elementos que constituyen a cada lector (historiador) como un lector socialmente organizado, sus competencias compartidas con otros, las expectativas de lectura, las normas y códigos que arreglan las prácticas de lectura en una comunidad dada, los intereses de una práctica, etc. Con esto, se puede dibujar la identidad de una comunidad de interpretación, de una comunidad de lectura. Dentro de este marco puede verse como un individuo juega con estas convenciones, reglas, códigos, normas, cómo apoya su inventiva sobre estas coacciones que lo definen como un lector perteneciente a una comunidad de lectura, al mismo tiempo que la distancia que toma respecto de las reglas compartidas.

Representaciones y escritura historiográfica

Un concepto central en la reflexión metodológica de Chartier es el de representaciones. Inspirado en la sociología de Mauss y Durkheim, para el historiador francés las representaciones colectivas son una forma de internalización, de incorporación en los individuos de la estructura social misma; son esquemas de percepción, de juicio que fundamentan las maneras de pensar, de actuar, etc.⁵³ Nuevamente queda claro que el historiador no puede acceder directamente a la realidad histórica, sino que éste lleva a cabo una serie de mediaciones, de re-presentaciones, para poder significarla, dotarla de sentido.

El concepto de representaciones nos remite a la manera en que los individuos comprenden el mundo social en sus distintas dimensiones, de aquí que nos interesa señalar en esta investigación cuáles son las representaciones de los

⁵² Noemí Goldman y Leonor Arfuch, "Historia y prácticas culturales. Entrevista a Roger Chartier" en *Historias* No. 35, octubre-marzo, INAH, México, 1996, p. 3.

⁵³ El concepto de representación tiene tres definiciones en la obra de Chartier, además de la enunciada arriba, también remite a la construcción dinámica de los lazos sociales a través del mercado de las representaciones; es el objeto de lucha entre la representación propuesta y la representación impuesta; por último, se refiere a la acepción clásica, es decir, la representación es la representación de una identidad, de un poder, de una colectividad a través de sus representantes; un individuo, una institución, una Cámara de diputados, etc. Ver Chartier, "Prólogo a la edición española" de *El mundo como representación*, pp. IV-V y Goldman, *op. cit.*, p. 7.

grupos sociales de la sociedad rural mexicana que, a juicio de los historiadores norteamericanos estudiados, fueron los protagonistas del conflicto agrario; asimismo, revisamos cuáles son las representaciones de lo que se considera como revuelta, rebelión y revolución en cada uno de los relatos históricos analizados.

La escritura como operación historiográfica

Desde este punto de vista, Michel De Certeau es otro autor interesado en las técnicas, en lo que efectivamente hace el historiador, pero su acento está en los constreñimientos que provienen del lugar social, de la institución del saber donde es producida la historia. Para De Certeau (jesuita, historiador, lingüista, psicoanalista y etnólogo), la escritura historiadora es una operación, es el resultado de "la relación entre un lugar (un reclutamiento, un medio, un oficio, etc.), varios procedimientos de análisis (una disciplina), y la construcción de un texto (una literatura)".⁵⁴ Desagregando cada uno de estos tres elementos, a continuación exponemos cómo constituyen una guía metodológica para esta investigación.

El lugar social. El texto histórico es un producto realizado desde un lugar de producción socioeconómica, política y cultural. En nuestro caso, el lugar social que estudiaremos es la academia *latin americanist* norteamericana, lugar marcado por convenciones, normas, estilos, jerarquías, presiones y privilegios; tenemos que considerar las prácticas, normas e intereses de la historia como institución social. Si hablamos de instituciones entonces nos estamos refiriendo a un proceso que implica, a su vez, un hecho y temporalidad específicos: la creación y desarrollo de grupos, el surgimiento y progresiva especialización de disciplinas (naturales y sociales) a través de su creciente diferenciación. "La institución social queda como la condición de un lenguaje científico...cada "disciplina" conserva su ambivalencia de ser la ley de un grupo y la ley de una investigación científica".⁵⁵

⁵⁴ Michel De Certeau, *La escritura de la historia*, 2ª. Edición, Universidad Iberoamericana, México, 1993, p. 67.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 71.

Al mismo tiempo que la institución o lugar social desde donde se organizan los diferentes discursos permite ciertas prácticas, prohíbe otras; los discursos al no hablar de estas presiones dejan de lado aspectos primordiales para comprender los textos históricos, por ejemplo "los efectos de una institución fuertemente jerarquizada y centralizada sobre la evolución científica de la historia, que se ha vuelto muy 'tranquila' desde hace tres cuartos de siglo" o los intereses nacionalistas de las historiografías o bien las limitaciones financieras que constriñen a las investigaciones".⁵⁶

En esta investigación trataré de reconstruir los momentos, prácticas, normas e intereses presentes en la institucionalización de la historiografía norteamericana en las décadas 1960-1980. Particularmente importante para la academia norteamericana (aunque también para cualquier tipo de academia), el lugar de producción del historiador es decisivo ya que una investigación histórica será definida por la relación que mantenga con otros contemporáneos, con un "estado de la cuestión", con las problemáticas explotadas por el grupo y los puntos estratégicos que se van formando junto con los avances y las desviaciones determinadas o vueltas posibles en lo referente a una investigación en curso.⁵⁷

Una práctica disciplinaria. Cuando el historiador produce historia es porque antes ha llevado a cabo varias transformaciones que le permiten "civilizar la naturaleza" (por lo cual la coloniza y la cambia): es él quien reúne distintos objetos y los transforma en "documentos" o datos; junto con un grupo especial crea un lenguaje específico para manejar e interpretar los datos; y se da a sí mismo un lugar propio por el "establecimiento de fuentes", por la creación y el uso de un "aparato técnico". Con este procedimiento, la historia adquiere su carácter científico que no es otra cosa que "la operación que cambia el medio –o que hace de una organización (social, literaria, etc.) la condición y el lugar de una transformación"⁵⁸. Se tratará entonces de abordar cuál es la relación que establecen los historiadores norteamericanos con su aparato técnico, es decir, con

⁵⁶ De Certeau, *op. cit.*, p. 74.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 81.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 85.

sus fuentes documentales, destacando la manera de leer y escribir a partir de ellas.

Una escritura. Toda operación historiográfica produce un resultado: un relato, una escenificación literaria, pero sólo es "histórica" dicha representación cuando se apoya en un lugar social de la operación científica y cuando está, institucional y técnicamente, ligada a una práctica de la desviación referente a modelos. Contradictoriamente, la escritura historiadora funciona de manera inversa a la práctica de investigación porque hace aparecer como comienzo lo que en realidad es un punto de llegada (el resultado final de un estudio); mientras que la indagación histórica es interminable, el texto debe tener fin, y esta estructura de conclusión se va hasta la introducción; la realidad se presenta como una red inextricable de eventos, pero el relato histórico la organiza como un sistema coherente de reglas y conceptos históricos; el sistema de representaciones es "pleno" en contraposición a la "ausencia" que acompaña siempre a la práctica histórica.

Pero sólo en el texto es posible representar los resultados de la investigación concreta. Esto porque la historiografía se escribe como un relato, como un doble acto de "hacer la historia" y "contar historias", posible en la medida que se expone según un orden cronológico. Así, "toda historiografía plantea un tiempo de las cosas como el contrapunto y la condición de un tiempo discursivo", a través de este tiempo referencial la historiografía puede condensar o extender su propio tiempo, producir efectos de sentido, redistribuir o codificar la uniformidad del tiempo que corre.

Según Ricoeur⁵⁹, el historiador puede hacer relatos históricos gracias al manejo de dos herramientas del pensamiento: el tiempo y el espacio; el estudio del pasado se apoya en la idea de un tiempo-espacio físico que se transforma, en la narración histórica, en un tiempo-espacio histórico. El tiempo-espacio de la historia determina un aquí y ahora, nos permite ir del pasado al presente y del presente al pasado y los acontecimientos adquieren una posición en el tiempo

⁵⁹ Paul Ricoeur, "Entre el tiempo vivido y el tiempo universal: el tiempo histórico", en *Tiempo y Narración III*, Siglo XXI Editores, México, 1996, p. 777.

respecto a un punto clave señalado por el historiador. Para Ricoeur, el tiempo histórico “Nos dice en sentido propio dónde estamos en la vastedad de la historia, cuál es nuestro sitio en la sucesión infinita de los hombres que han vivido y de las cosas que han sucedido”.⁶⁰ Una de las tareas de este trabajo será precisamente abordar el tiempo-espacio histórico que configura a cada relato histórico de la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas aquí señalada.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 789.

Capítulo 2. El lugar social de la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas. Institucionalización y profesionalización de los estudios *latin americanists*, 1940-1960

CAPÍTULO 2

El lugar social de la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas. Institucionalización y profesionalización de los estudios *latin americanists*, 1940-1960

En el segundo capítulo abordamos la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas del periodo de la Revolución Mexicana desde el lugar donde se enuncia, es decir, desde la academia estadounidense. Particularmente nos interesa abordar el proceso de institucionalización de los estudios latinoamericanos en la historiografía del vecino país, cuyos antecedentes datan de principios de siglo pero que alcanzaron el estatus de "profesión académica" hasta la década de los sesenta. Sin embargo, el primer paso en la selección del "corpus historiográfico" sobre rebeliones campesinas fue la revisión de la literatura escrita sobre el tema. Una vez que fue posible distinguir el predominio cuantitativo de autores norteamericanos, el siguiente paso nos llevó a indagar el *lugar social*, es decir, la comunidad académica norteamericana; pero los estudios históricos sobre rebeliones campesinas han sido realizados en su mayoría desde un campo especializado de la ciencia social estadounidense: los *latin americanists studies*.

En este capítulo presentamos al lector cuál fue el itinerario que se siguió para identificar y seleccionar un conjunto de autores y libros de historia norteamericana, que ha estudiado las rebeliones campesinas del periodo revolucionario; el inicio de esta búsqueda fue una breve revisión de la historiografía rural de las últimas tres décadas y siguió con la indagación de los antecedentes de la historiografía académica *latin americanist* en los Estados Unidos (1920-1940), para culminar con una mínima historia de la institucionalización y profesionalización de la disciplina de Clío y de los *latin americanists studies* durante la época de la posguerra (1940-1960) en el vecino país del norte.

2.1 La identificación del "corpus historiográfico"

La historiografía contemporánea sobre las luchas rurales en la historia mexicana es una producción de escritura copiosa, diversa y en constante movimiento; a pesar de que existen trabajos sobre el conflicto agrario desde la primera década de este siglo

clasificados como populistas, liberales o tradicionales por los historiadores modernos, es hasta los últimos años de la década de los sesenta cuando observamos el aumento de una literatura histórica especializada en el análisis de la participación campesina e indígena en el conflicto revolucionario mexicano. La historiografía de las rebeliones campesinas escrita por estudiosos "profesionales" de distintas nacionalidades apenas tiene cuatro décadas de existencia, pero tuvo su mayor auge en las décadas setenta y ochenta; numerosos trabajos dedicados al conflicto rural mexicano han centrado su interés en el periodo de la revolución mexicana y sus enfoques han sido denominados "revisionistas" por la propia comunidad de historiadores.

A grandes rasgos, la historiografía profesional de las rebeliones campesinas comparte las características generales de la historiografía "revisionista", tales como su origen académico, así, de acuerdo a Marco Antonio Velázquez, ésta es una escritura histórica "producida sustancialmente desde la academia cuyos destinatarios principales son cientos de lectores localizados en el ámbito de la educación media y superior, así como un marcado énfasis en la recepción de la academia misma".¹ En una breve retrospectiva, este autor opina que los orígenes de la historiografía denominada revisionista se remontan hasta la aparición del libro de John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana* (1969). El término "revisionista" más que designar a una corriente o escuela historiográfica, alude a las nuevas interpretaciones históricas que surgieron en contra de la historiografía convencional. Para el historiador británico, Alan Knight, este concepto

Tiene un sentido neutral y se refiere a las nuevas corrientes de interpretación histórica que, de las maneras que yo menciono, han avanzado en contraposición a la vieja ortodoxia. No tienen nada que ver con el "revisionismo" marxista. Además, no quiero decir que todas las historias recientes sean revisionistas, muchas no tienen un enfoque interpretativo, claro, otras son más bien "tradicionales" u ortodoxas. Pero con todo, creo que la interpretación general de la Revolución que se ha impuesto en los últimos años muestra claros rasgos revisionistas".²

¹ Marco A. Velázquez y Nicolás Cárdenas, *La Historiografía Revisionista, Parte I: Crisis y los Nuevos Horizontes*, Maestría en Historiografía, Universidad Autónoma Metropolitana-A, México, 1997, p. 7.

² Alan Knight, "Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana", en *Secuencia*, No. 13, Instituto Mora, México, 1989, p. 23.

En los años setenta y ochenta, los estudiosos de la Revolución Mexicana organizaron múltiples seminarios, talleres, congresos, mesas redondas, debates en torno a nuevos temas y nuevos actores, entre los que destacaban el campesinado y otros grupos rurales (hacendados, rancheros, peones, etc.); estos grupos sociales habían sido abordados en un gran número de trabajos de índole historiográfico, pero lo novedoso era el enfoque o *approchment* utilizado por los historiadores en sus investigaciones.

Conceptualmente el mismo término de *actor social* daba cuenta de cambios en el lenguaje utilizado por la historiografía revisionista, y de la consolidación de la historia social como uno de los campos centrales de la historiografía mexicana. Después del libro de Womack, se publicaron las obras de Adolfo Gilly, *La revolución interumpida* (1971) y de Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana* (1973), pero mientras el primero representó a los campesinos como un actor político de primer orden para los movimientos revolucionarios, el segundo consideró que el campesinado mexicano sólo había sido una masa manipulada por la élite revolucionaria, que no fue capaz de impulsar un proyecto de cambio social propio. Iniciaba así un debate historiográfico sobre la participación, activa o pasiva, de los campesinos en la revolución mexicana, que todavía hasta fechas recientes ha animado acaloradas discusiones académicas.³

Otro aspecto sobresaliente es que, a diferencia de los estudios históricos de tradiciones anteriores, la historiografía revisionista no trabajó siguiendo un modelo general o nacional, por el contrario, los análisis privilegiaron el ámbito regional (y local) de los diferentes procesos, condiciones, características y resultados de las

³ El debate más reciente se dio entre los historiadores extranjeros autores de nuevas síntesis y grandes balances de la Revolución Mexicana: John Mason Hart, *El México revolucionario: gestación y proceso de la Revolución Mexicana*, Alianza Editorial, México, 1990; Francois-Xavier Guerra, *México: del antiguo Régimen a la Revolución*, 2 tomos, Fondo de Cultura Económica, México, 1988; Alan Knight, *La Revolución Mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, 2 tomos, Grijalbo, México, 1996; y Hans W. Tobler, *La Revolución Mexicana. Transformación social y cambio político, 1876-1940*, Alianza Editorial, México, 1994.

insurrecciones rurales,⁴ aspecto que algunos investigadores han identificado con una nueva posición heurística.⁵

Además de la reducción en la escala de observación, hubo investigaciones históricas con un enfoque interdisciplinario: las técnicas y métodos de la sociología, antropología, ciencia política, psicología, lingüística, demografía, estadística, son algunas de las herramientas usuales del investigador de los conflictos rurales del periodo revolucionario; la práctica de separar en compartimentos o estancos las distintas disciplinas sociales propia de finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, cada vez más se consideró un obstáculo en el afán de construir un conocimiento más riguroso de la compleja realidad social. Esta "fertilización cruzada" de la historia con el resto de las ciencias sociales dio lugar a objetos de conocimiento especializados como la sociología histórica, antropología histórica, nueva historia económica o nuevo institucionalismo.

También es relevante mencionar la ampliación de la escala temporal en varios de los trabajos de esta historiografía académica que, además de los estudios de procesos sociohistóricos de corto y mediano plazo (1910-1920), emprendieron esfuerzos monumentales para analizar periodos de larga duración, es decir, varios siglos hacia atrás. Pero también la mirada histórica se extendió hacia delante ubicándose dos, tres o más décadas posteriores al término de la revolución mexicana.⁶

Sin embargo, hay que destacar que los primeros trabajos revisionistas sobre las luchas campesinas de la etapa de reconstrucción revolucionaria (1920-1940), fueron investigaciones a cargo de antropólogos y sociólogos más que de

⁴ Sobre este punto véase el estudio de Thomas Benjamin, "La Revolución es regionalizada. Los diversos Méxicos en la historiografía revolucionaria" en *Historia regional de la revolución mexicana*, CNCA, México, 1994.

⁵ Erick Van Young, "Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas", en *La crisis del orden colonial*, Alianza Editorial, México, 1994, pp. 429-451.

⁶ Además de las obras de Guerra, Tobler y Knight en las que podemos apreciar una periodización historiográfica más amplia a la tradicional, hay autores interesados en analizar periodos de muy largo plazo como John Coatsworth, "Patrones de rebelión rural en América Latina: México en una perspectiva comparativa"; Evelyn Hu-DeHart, "Rebelión campesina en el noroeste: Los indios yaquis de Sonora, 1740-1976"; Friedrich Katz, "Las rebeliones rurales en el México precortesiano y colonial", todos ellos en Friedrich Katz (comp.), *Revolución, Rebelión y Revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, 2 tomos, Era, México, 1990. Sobresale la obra de John Tutino, *De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria 1750-1940*, Era, México, 1990.

historiadores, o, para ser más precisos, de estudiosos de la antropología histórica o la etnohistoria.⁷ Por último, otra novedad de la historiografía revisionista fue el cambio en el lugar de enunciación, y una redefinición de las comunidades académicas nacionales. Como ha afirmado Velázquez:

la mayoría de la historiografía reciente sobre la Revolución Mexicana, proviene de comunidades académicas norteamericanas, de ahí que la aparición del revisionismo histórico, también marca un cambio en los nuevos espacios de enunciación historiográfica, y éstos ciertamente están íntimamente relacionados con la madurez y recursos que la sociedad aporta a las instituciones de investigación.⁸

En la literatura histórica sobre las rebeliones campesinas del periodo revolucionario es predominante la escritura de autores del vecino país del norte, aunque también es innegable el aporte de la historiografía francesa.⁹ El número de autores norteamericanos que han estudiado las movilizaciones campesinas de este periodo, citados en las notas de pie de página de la literatura comentada, en los estados de la cuestión y en los grandes balances sobre la Revolución Mexicana, aunque no es muy grande –aproximadamente veinte– sí es constante en cuanto a los nombres y obras de referencia; podríamos identificar una comunidad académica norteamericana especializada en las distintas formas de conflicto social en el agro mexicano tanto del periodo revolucionario como de épocas más lejanas como la colonia y el periodo independiente.

⁷ Entre este tipo de estudios podemos mencionar: Roger Bartra (ed.), *Caciquismo y poder político en el México rural*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Autónoma de México, Siglo XXI Editores, México, 1975; Paul Friedrich, *Revolución agraria en una aldea mexicana*, Fondo de Cultura Económica/Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, 1981 y también *Los príncipes de Naranja. Un ensayo de método antropológico*, Enlace/Grijalbo, México, 1991; Frans J. Schryer, *Una burguesía campesina en la Revolución Mexicana. Los Rancheros de Pisaflores*, Era, México, 1986 y *Ethnicity and Class Conflict in Rural Mexico: A Peasant Revolt in a Nahuatl Community*, Princeton University Press, 1991; Rodolfo Stavenhagen, *Neolatifundismo y explotación*, Ed. Porrúa, México, 1968 y *Las clases sociales y las clases agrarias*, Siglo XXI Editores, México, 1971; Arturo Warman, *Y venimos a contradecir: los campesinos de Morelos y el Estado nacional*, La Casa Chata, México, 1976.

⁸ Velázquez y Cárdenas, *op. cit.* p. 20.

⁹ A juicio de varios estudiosos, la obra del historiador francés braudeliano, Francois Chavalier no sólo constituye la obra "inaugural" de la historiografía rural mexicana, sino también la puerta de entrada a una de las corrientes historiográficas más importantes del siglo XX: la Escuela de los *Annales*. Véase Eric Van Young, "Historia rural mexicana desde Chevalier: historiografía de la hacienda colonial" en *La crisis del orden colonial. Estructura agraria y rebeliones populares de la Nueva España, 1750-1821*, Alianza Editorial, México, 1992 y Carlos Aguirre Rojas, "De ediciones, culturas e influencias", en *Marc Bloch. Apología para la historia o el oficio de historiador*, Fondo de Cultura Económica/INAH, México,

Por el tipo de comentarios y número de veces citados sobresalen cuatro homónimos (John) Coatsworth, Hart, Tutino, Womack, Paul Friedrich, Evelyn Hu-DeHart, Heather Fowler Salamini, William K. Meyers, Eric Wolf, Frans Schryer y Friedrich Katz, estos tres últimos son de origen europeo pero han sido miembros de la academia norteamericana la mayor parte de sus vidas. Otros reconocidos investigadores de la misma cuestión pero del periodo colonial e independiente son William Taylor, Paul Vanderwood, Eric Van Young y el ya fallecido, Charles Gibson.

A partir de este conjunto de características sobresalientes de la historiografía contemporánea sobre la Revolución Mexicana y la participación campesina en este suceso surgieron varias interrogantes: ¿Por qué nace esta literatura histórica en los sesenta y no antes o después?, ¿Por qué predomina cuantitativamente la literatura histórica sobre el conflicto rural mexicano escrita desde la academia norteamericana?, ¿A qué se debe una abundante escritura "moderna" en torno a un sujeto "tradicional"?, ¿Por qué existe una gran diversidad de imágenes acerca del papel del campesinado en la transformación revolucionaria de principios de siglo?

2.2 Historiografía rural: autores y libros de historia norteamericanos

Es importante aclarar que la selección de un "corpus historiográfico" especializado en levantamientos rurales del periodo revolucionario, implicó una definición del término campesino debido a que en los estudios que a continuación señalamos prevalece este concepto para titular las investigaciones sobre el conflicto agrario. Si bien para la investigación etnohistórica de la primera mitad del siglo XX, "indio y campesino aparecen como identidades intercambiables, casi como sinónimos",¹⁰ a partir de los años sesenta ambos conceptos son teóricamente diferenciados. Así, los trabajos de investigadores de las distintas disciplinas sociales y la historia que abordaron las luchas rurales, utilizaron preferentemente los conceptos de rebeliones, insurrecciones y revoluciones *campesinas* para designar la acción colectiva de un

1996 y del mismo autor, "A modo de introducción: Los *Annales* en la historiografía latinoamericana", en *Los Annales y la historiografía francesa*, Quinto Sol, México, 1996.

¹⁰ Arturo Warman, "Indios y campesinos en medio siglo de la Revista Mexicana de Sociología", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 51, No. 1, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1989, p. 137.

grupo social subordinado a una elite en el poder, dentro de distintos tipos de sociedades.¹¹ Fue precisamente en la antropología norteamericana donde surgió el concepto de *campesino*, con la obra del antropólogo austriaco, Eric Wolf, exiliado en Estados Unidos; este autor criticó el término de su colega Robert Redfield, para quien la comunidad agraria era la *sociedad folk*,

al insistir en utilizar el término "campesino" (para indicar) una relación estructural y no un contenido cultural particular, en su análisis sobre tipos de campesinado latinoamericano de 1955. (Así) sólo cuando un agricultor está integrado en una sociedad con un Estado –o sea, cuando aquél se convierte en sujeto de las exigencias y sanciones de quienes detentan el poder fuera de su estrato social, podemos hablar del campesinado propiamente dicho.¹²

Las aportaciones teóricas de la antropología norteamericana en torno al *campesinado* se combinaron con otros intereses de las diferentes ciencias sociales, y cada vez más aparecieron nuevos campos de estudio agrupados alrededor de este sujeto social. Así, a mediados de la sexta década surgió un campo de estudios rurales (*Peasant Studies*) en el que participaban investigadores de distintas disciplinas sociales –principalmente antropología, historia y sociología-, cuyo interés central giraba en torno de un sujeto social: los campesinos.

La revisión bibliográfica de autores y obras cuyo tema central es el abordaje de las luchas campesinas (e indígenas) de la revolución mexicana, nos condujo al hallazgo y clasificación de una extensa literatura histórica. Al comienzo de la investigación nos parecía importante contrastar las diferentes visiones históricas en torno a un tema clásico en la historiografía mexicana (y mexicanista), pero ese objetivo era demasiado ambicioso pues implicaba revisar casi un siglo de historiografías de distintas nacionalidades y corrientes teóricas, así que decidimos acotar nuestro trabajo al análisis de la literatura histórica norteamericana escrita entre la década de los sesenta y ochenta.

¹¹ Leticia Reina, "Historia y antropología de las rebeliones indígenas y campesinas en la colonia y en el siglo XIX: un recuento", en *Historias*, No. 17, INAH, México, 1987, pp. 41-42.

¹² El concepto de *sociedad folk* designaba a las comunidades rurales cerradas en sí mismas, y a sus valores, costumbres y tradiciones, mientras que el término *campesinado* de Wolf, ponía énfasis en las relaciones de dependencia de tales comunidades con grupos del exterior. Véase Cynthia Hewitt de Alcántara, *Imágenes del campo. La interpretación antropológica del México rural*, El Colegio de México, México, 1988, pp. 120-123.

Los relatos históricos de los conflictos rurales en el agro mexicano son una de las escrituras más abundantes en el conjunto de la historiografía mexicana y mexicanista, sin embargo, los distintos periodos en que ha sido dividida la historia de México muestran una producción desigual en torno al estudio histórico de las luchas campesinas, pues el periodo de la Revolución Mexicana es el preferido, seguido por la época colonial tardía, mientras que el siglo XIX y la época prehispánica sólo hasta hace dos décadas han alentado investigaciones sistemáticas. Aunque este desequilibrio historiográfico está relacionado con el tipo de fuentes disponibles para los historiadores, no hay duda del fuerte atractivo que ejercen las dos revoluciones nacionales, la de independencia y la de 1910, en las investigaciones de los académicos mexicanos y extranjeros.

Pero habría que aclarar que el predominio de la historiografía de la revolución mexicana escrita desde y para la academia, empezó a crecer en la década de los sesenta, principalmente en el campo de la historia social. Fuera de la disciplina de la historia también ha crecido el conjunto de investigaciones interesadas en la movilización social e indígena del siglo XIX y XX, entre las que destacan los estudios de antropólogos de distintas nacionalidades y de diferentes especialidades: etnohistoria, antropología histórica y la antropología social.

El carácter relativamente reciente de la escritura historiadora moderna ocupada en la sociedad rural y el campesinado, está vinculado al proceso de institucionalización y profesionalización de la historia en México, así como de los Estados Unidos, puesto que los historiadores que han producido la historiografía más abundante de las luchas campesinas del periodo de la revolución mexicana son de origen norteamericano.

Precisamente es un historiador del vecino país del norte, Eric Van Young¹³ quien nos informa acerca de los orígenes del campo de estudios conocido como historia rural, cuyos primeros antecedentes se remontan a principios de la década de los cincuenta del presente siglo. La historiografía rural es un campo que se ocupa de "el estudio de las relaciones económicas y sociales de agricultores establecidos fuera de las ciudades, específicamente en lo que concierne a la producción derivada de la

tierra"; pero luego precisa que durante varias décadas se le identificó como el estudio de la hacienda tradicional mexicana, por lo cual historiadores mexicanos y extranjeros afirmaron la centralidad del gran latifundio para entender la dinámica de la sociedad mexicana durante la etapa colonial y también la del periodo porfirista.

La obra fundacional de la historia rural, afirma Van Young, precisamente llevó el título de *La formación de los latifundios en México* (1952) del francés François Chevalier¹⁴, discípulo destacado de Marc Bloch, uno de los fundadores de la Escuela de los Annales. Casi al mismo tiempo apareció el famoso ensayo del demógrafo norteamericano Woodrow Borah, de la Universidad de Berkeley, en el cual asociaba el colapso demográfico indígena con la consecuente escasez de la mano de obra, complementando así la hipótesis de Chevalier que sostenía que el crecimiento expansivo de la agricultura mexicana había sido resultado de la contracción económica provocada por una baja de la producción minera. Este modelo historiográfico de la hacienda colonial conocido como la tesis Chevalier-Borah fue criticado, una década después, por el trabajo del etnohistoriador estadounidense Charles Gibson, autor de *Los aztecas bajo el dominio español*¹⁵ (1964), en el cual retrató a la hacienda como una empresa comercial con abundante mano de obra, trabajadores en su mayoría libres y que mantenían una relación paternalista con los

¹³ Van Young, "Historia rural", p. 127.

¹⁴ François Chevalier (1952, edición en francés), *La formación de los latifundios en México*, Problemas Agrícolas e Industriales de México, México, 1956. Nueva edición aumentada: Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

¹⁵ Charles Gibson, (1964, edición en inglés), *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, Siglo XXI, México, 1967. En opinión del etnohistoriador norteamericano James Lockhart, la aportación fundamental de esta obra es haber sido el primer estudio que enfocó a los indios como objeto central de estudio, y con una nueva imagen: los indios como agentes activos que trataban de 'manipular' a los españoles. Esta nueva perspectiva permitió nuevas investigaciones como las de su discípulo más sobresaliente, William Taylor, *Drinking, Homicide, and Rebellion in Colonial Mexican Villages*, Stanford, Stanford University Press, 1979 (*Embriaguez, homicidio y rebelión en pueblos coloniales mexicanos*, trad. de Mercedes Pizarro, Fondo de Cultura Económica, México, 1987). Véase James Lockhart, "Charles Gibson y la etnohistoria del centro de México colonial" en *Historias*, No. 20, INAH, abril-septiembre, 1988, p. 37. Este artículo también se publicó bajo el título de "Charles Gibson y la etnohistoria del centro de México después de la conquista" en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (comps.), *Historiadores de México en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica/Conaculta, México, 1995, pp. 160-189.

También John Tutino menciona a la obra gibsoniana junto con el desarrollo internacional de la historia social en los sesenta, como condiciones que permitieron nuevas perspectivas de trabajo de los "especialistas" que explícitamente se dedicaron a estudiar a las "mayorías campesinas", ver John Tutino, "Historias del México agrario", en *Historia Mexicana*, No. 2, El Colegio de México, México, 1992.

hacendados; aún cuando ambos modelos dibujaron distintas imágenes de la hacienda mexicana, en realidad –dice Van Young- mostraron un “rompecabezas” que no habían observado antes los estudiosos.¹⁶

Grosso modo, entre 1950 y finales de los años 1960, las investigaciones históricas ocupadas en la sociedad rural mexicana se centraron en ocho grandes temáticas,¹⁷ una de las cuales específicamente abordó el análisis del conflicto social en el campo mexicano. Los estudios de Taylor, Cline, Martin, Berthe, Bazant, Wolf, Di Tella, Tutino, Brading, Florescano, Meyer y Reina contribuyeron al análisis de las rebeliones campesinas del siglo XIX y principios del XX.

Al igual que Van Young, el historiador John Tutino también señaló a la década de los sesenta como el momento en el que la historia rural dio un giro hacia la “historia desde abajo”, desde entonces, opina este autor, “se ha convertido, en gran medida, en una búsqueda del pasado agrario”. Siguiendo la interpretación histórica de Enrique Florescano, el historiador norteamericano distinguió cuatro grupos de trabajos históricos interesados en las luchas campesinas y la revolución mexicana: el de los observadores contemporáneos (Molina Enríquez, Orozco, Turner, González Roa), las primeras interpretaciones (Tannenbaum, Simpson y Whetten), los que reivindicaron la memoria campesina (Sotelo Inclán y Stavenhagen), y finalmente la historiografía académica que ha recuperado el papel de la mayoría campesina en la historia moderna mexicana (Womack, Gilly, Katz, Knight y Hart). Un quinto conjunto de estudios sería el de antropólogos dedicados al periodo de reconstrucción revolucionaria (1920-1940), pero con un enfoque diacrónico (Warman, De la Peña, Friedrich, Craig, Díaz-Polanco, Schyrer, y Bartra).

Por otro lado, la antropóloga mexicana Leticia Reina distinguió dos perspectivas centrales en la historiografía moderna de las rebeliones rurales: el análisis histórico-marxista y el enfoque liberal agrario; en el primero ubicó los textos

¹⁶ Van Young, “Historia rural”, p. 136.

¹⁷ Van Young identificó los siguientes conjuntos temáticos: 1) el tamaño y la calidad de las haciendas, 2) los tipos de tecnología agrícola empleada en los predios rústicos, 3) las fuentes y funciones de la inversión de capital en las haciendas, 4) significados sociales de la gran propiedad, 5) discusión sobre el carácter “feudal o capitalista” del latifundio, 6) tipos de dominación política, 7) sistemas de trabajo al interior de las grandes propiedades, y 8) el conflicto social en la sociedad agraria, en “Historia rural”, pp.138-160.

de García Mora, Ivanov, Semo, Moreno García y el suyo propio; en el segundo identificó las obras de González Navarro, González y González, Meyer, Velasco Toro y Blanco Rugeiro. En ambas perspectivas destacó la elevada producción extranjera, predominantemente norteamericana, pero sólo mencionó a tres historiadores de las rebeliones campesinas: Tutino, Wasserstrom y Hu-DeHart.¹⁸

Por otra parte, el reconocido y polémico historiador inglés, Alan Knight, en su brillante artículo *¿Revolución nacionalista, burguesa o simplemente una gran rebelión?*,¹⁹ clasificó según corrientes historiográficas los estudios en torno a la revolución mexicana. Knight utilizó el criterio generacional combinado con las corrientes ideológicas, así, identificó cuatro grandes historiografías: la producida por observadores y participantes contemporáneos de la revolución; la tradicional o populista escrita durante las tres décadas posteriores al conflicto revolucionario tanto por mexicanos como extranjeros (Tannenbaum, Gruening, McBride, Simpson); la historiografía revisionista de los años setenta y ochenta, en la cual también contribuyeron mexicanos y extranjeros; finalmente, la historiografía de los grandes balances a cargo exclusivamente de académicos extranjeros.

Entre los estudiosos de origen norteamericano que han analizado el fenómeno revolucionario y que toman en cuenta las luchas campesinas, señalados por Knight, se encuentran los de Benjamin, Fowler, Joseph y Wells, Tutino, Katz y Coatsworth.

Aunque los trabajos de Van Young, Tutino, Reina y Knight son desiguales en extensión y objetivos, fueron los únicos ensayos historiográficos que se ocuparon de estudiar, directa o indirectamente, las investigaciones históricas sobre las rebeliones campesinas o con la "cuestión agraria" del periodo revolucionario. En síntesis, este breve recuento de la historiografía rural sólo tiene como objetivo identificar al conjunto de autores y obras más reconocidas por los propios historiadores, para delimitar un "corpus historiográfico" al que nos dedicaremos en los siguientes capítulos, el cual está integrado por los siguientes historiadores y obras históricas:

¹⁸ Reina, *op. cit.*, p. 41.

¹⁹ Alan Knight, "Interpretaciones", pp. 23-43.

Aunque también se revisaron los artículos de Walter L. Goldfrank, "Theories of Revolution and Revolution Without theory: The Case of Mexico", en *Theory and Society*, No. 7, 1979 y de Enrique

John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*; Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*; Evelyn Hu-DeHart, "*Rebelión campesina en el noroeste: Los indios yaquis de Sonora, 1740-1976*"; Heather Fowler Salamini, *Movilización campesina en Veracruz, 1920-1938*; John Tutino, *De la insurrección a la revolución. Bases sociales de la violencia agraria 1750-1940*; William K. Meyers, "*La segunda División del Norte: formación y fragmentación del movimiento popular de La Laguna, 1910-1911*"; y John Coatsworth, "*Patrones de rebelión rural en América Latina: México en una perspectiva comparativa*".

Si bien la aportación de historiadores de otras latitudes también es importante, como la de la historiografía francesa, alemana y austríaca, la producción escrita norteamericana es la predominante y la más continua en los últimos treinta años, por ello este trabajo desea contribuir a una tarea enunciada desde hace mucho tiempo por Daniel Cossío Villegas: "Si ha habido y hay algún país en el mundo que tuvo, tiene y tendrá necesidad de estudiar y entender a los Estados Unidos, ese país es México".²⁰

2.3 Periodistas, militantes políticos y académicos. Antecedentes de la historiografía *latin americanist* norteamericana, 1920-1940

Aunque el exhorto de Cossío Villegas para estudiar la historia y la historiografía norteamericana data de hace cuatro décadas, hasta fechas recientes todavía eran escasos los estudios sobre la literatura histórica estadounidense interesada en la historia de México; es muy probable que el número reducido de investigaciones historiográficas se deba a la idea dominante del papel "secundario" de la historiografía (como disciplina), dado que no atendía la principal tarea del historiador profesional: relatar lo que en realidad sucedió, o quizás porque sólo estudiaba la "filosofía de la historia" subyacente en la historia narrada. Al respecto, el reconocido

Semo, "La cuestión agraria y la revolución mexicana: nuevos enfoques" en *Historias*, no. 2, abril-junio, INAH, 1988, no fueron de gran ayuda para nuestro propósito.

²⁰ Daniel Cossío Villegas, "De la necesidad de estudiar a Estados Unidos", en *Anglia*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1968, p. 10.

historiador mexicano, Alvaro Matute comentó en su introducción a la obra *Historiografía española y norteamericana sobre México* que:

Los coloquios de análisis historiográfico fueron en cierta forma actos de fe, compartida ésta con Rosa Carmelo y con Antonia Pi-Suñer, entre otras personas. Fe en que estudiar la historia de la historiografía era algo importante y trascendente, lo cual hoy día en la última década del siglo parece algo evidente, pero que en los años en que fueron celebrados (1978-1984) no se les concedía relevancia por no tratarse de asuntos de *historia estructural* (cursivas mías).²¹

En lo que toca al análisis de la historiografía norteamericana sobre México, los estudios contenidos en el libro editado por Matute muestran originalidad por tratarse de investigaciones pioneras en su campo, aunque hay otros, los menos, que manejan con soltura la literatura histórica anglosajona como Juan A. Ortega y Medina, Josefina Zoraida Vázquez y Eugenia Meyer. Esta autora afirma que la historiografía producida por los académicos norteamericanos sobre la revolución mexicana es:

sin duda, la más fecunda, trascendente y significativa de toda la escrita con anterioridad por ellos mismos (...). Tal historiografía relata, informa, deforma, interpreta, juzga y finalmente analiza la vida mexicana desde diferentes ángulos. De la condena se pasará a periodos de comprensión hasta finalmente convertir a nuestra revolución en la "Revolución preferida" de América Latina; sobre todo luego de los tropiezos y sobresaltos que la Revolución Cubana le ocasionó a su política internacional, especialmente a partir de la Primera Declaración de la Habana en 1961.²²

Aunque Meyer distingue dos perspectivas en la historiografía norteamericana sobre la revolución mexicana: una orientada por los intereses del gobierno y las grandes empresas con inversiones en México; otra "antiimperialista", solidaria con Latinoamérica, sólo dedicó su estudio a esta última literatura histórica, cuyos orígenes datan de las postrimerías del Porfiriato "cuando empezó a despuntar una historiografía que pronto se convertiría en antiimperialista".²³ John Kenneth Turner y John Reed serían dos representantes de este enfoque histórico crítico.

Para guiar su trabajo la historiadora mexicana se centró en dos variables: la política de los Estados Unidos y el movimiento socialista norteamericano. Ante un

²¹ Alvaro Matute, (introducción, edición e índice), *Historiografía española y norteamericana sobre México*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1992, p. 11.

²² Eugenia Meyer, "Contracorriente. Hacia una historiografía norteamericana antiimperialista" en Matute, *op. cit.* p. 180.

escenario de agresiva política expansionista estadounidense (1853-1920), los periodistas que Meyer califica de antiimperialistas publicaron artículos y libros de denuncia del intervencionismo del gobierno y empresas norteamericanas en contra de un pobre país que necesitaba justamente lo contrario "la ayuda de todos sus amigos", según Samuel Guy Inman en su obra *Intervention in Mexico* (1919).²⁴

Pero el exhorto de Inman sólo era la convocatoria de un liberal norteamericano, mientras que en *The plot against Mexico* (1919) de Leander J. De Bekker se convirtió en un "yo acuso" contra la intromisión de su país, que presentó a la opinión pública norteamericana "toda la verdad, de manera que no se les pueda llevar a una guerra injusta, provocada por un montón de aventureros capitalistas", aún más, De Bekker mostró una serie de documentos que comprometían al Senado, en especial a Albert B. Fall, cabeza del Subcomité de Investigación sobre las condiciones en que vivían los norteamericanos en nuestro país y sobre los daños a sus bienes y personas. En dichos documentos De Bekker acusó a las grandes compañías petroleras y otras poderosas empresas de intervenir y alentar la invasión militar a México.

Esta misma denuncia también fue bandera de lucha de Turner, quien "llena todo un capítulo aparte en la historiografía sobre México"; periodista al igual que De Bekker, Turner es retratado como:

el socialista valiente y decidido que no se dejó amedrentar por la acción en su contra del gran emporio periodístico de Hearst; fue el intelectual que denunció los planes de una intervención armada en los primeros años de la Revolución; fue el mismo que escribió una y otra vez, para atacar desde un periódico las maniobras del gobierno norteamericano, la sucia política y las intrigas de Woodrow Wilson y la complicidad del Senado de su país y, sobre todo, la forma en que las grandes empresas y monopolios internacionales hacían de las suyas en México.²⁵

Además del libro *Barbarous Mexico* (1911), ampliamente conocido en nuestro país, escrito durante su juventud, Turner publicó otro en 1920, *Hands off Mexico*, precedido de su artículo "*What we should do about Mexico?*" (1919)²⁶; en ambos

²³ *Ibid.* p. 182.

²⁴ Samuel Guy Inman, *Intervention in Mexico*, New York, G.H. Doran Company, 1919, citado en Meyer, *op. cit.*

²⁵ *Ibid.*, p. 191.

²⁶ Publicado el 13 de diciembre de 1919 en la revista *The Nation*, New York, v. 109, No. 2839 y citado en Meyer, *op. cit.*

escritos, el autor arremetió contra las distorsiones de la prensa norteamericana al informar al público de su país de los sucesos revolucionarios en México, así como la subordinación de la prensa a los consorcios económicos:

Lo que nos piden los intervencionistas, es que sacrifiquemos las vidas de norteamericanos, con el pretexto de protegerlos. Es obvio que a los intervencionistas no les importan las vidas norteamericanas como tales, que la protección de las vidas norteamericanas no es el verdadero problema. La fuente principal de la propaganda intervencionista no es una institución caritativa ni humanitaria, sino una asociación de la banca, la minería y otras empresas cuya principal razón de existir es hacerse de ganancias propias.²⁷

Sin embargo, a pesar de que Meyer apuntó la importancia del contexto histórico de los autores que estudió finalmente concede mayor peso a la biografía individual de cada uno de estos personajes, es decir, a la obra de cada historiador como resultado de su experiencia particular. Pero, considero que además hace falta subrayar la decisiva importancia del lugar social, es decir, de la *institución* desde donde fueron escritos los relatos de los periodistas e intelectuales norteamericanos, para entender la influencia de su interpretación histórica en la historiografía norteamericana de carácter académico.

Precisamente, la búsqueda de los antecedentes de dicha historiografía académica que se ha ocupado de las rebeliones campesinas nos condujo a los años veinte y treinta del siglo XX, época en la que apareció uno de los relatos más influyentes en la historiografía norteamericana mexicanista, a saber: el de Frank Tannenbaum. La obra de este autor ha sido una de las bases de la interpretación historiográfica de la revolución mexicana y de las rebeliones campesinas, que ha influido en dos generaciones de estudiosos norteamericanos: la generación radical de la década de 1930 y la Nueva Izquierda de los años 1960.

En el ambiente intelectual en el que se formaron Turner, Reed y Tannenbaum, prevaleció la idea de una sociedad norteamericana dividida en dos naciones a causa del conflicto económico y político: la de la aristocracia y la de la gente común. Aun cuando la distancia entre el último libro de Turner sobre México, *Hands off Mexico* (1920) y la obra de Tannenbaum, *The Mexican Agrarian Revolution* (1928) sólo era de ocho años, la visión de Turner fue marginal con respecto a la historiografía

académica de su época; por el contrario, la importancia de la obra de Tannenbaum en la historiografía *latin americanist* lo elevó a la categoría de "primer intérprete extranjero de la revolución mexicana en los Estados Unidos".²⁸ Su interpretación populista de la "revolución agraria" mexicana aún sigue inspirando a reconocidos historiadores de distintas nacionalidades.

Turner, Reed y Tannenbaum fueron seguidores de la misma causa, mantenían principios políticos semejantes, los tres habían viajado a México en numerosas ocasiones y durante su juventud, en los años veinte y treinta, participaron en un proyecto de socialismo "a la americana". Sin embargo, entre ellos existió una diferencia crucial: la *institución social* desde donde enunciaron sus relatos históricos sobre la revolución mexicana; Turner y Reed básicamente elaboraron retratos de la historia mexicana dentro del periodismo radical estadounidense, mientras que la formación de Frank Tannenbaum abarcó el periodismo, la propaganda política y, principalmente, la *academia* (Universidad de Columbia en Nueva York), a la que sumó sus simpatías socialistas y su enorme facilidad para relacionarse con las mayores figuras de la vida pública mexicana e intelectuales reconocidos de los Estados Unidos.²⁹

Frank Tannenbaum nació en Austria (1893-1969), en el seno de una familia judía campesina que emigró a Massachusetts, Estados Unidos, en 1904. En su adolescencia viajó a Nueva York donde se hizo militante de la *International Workers of the World* (IWW), y participó en varias protestas, una de las cuales le costó un año y meses de cárcel.³⁰

Después de escribir libros sobre las condiciones y derechos obreros, la situación del sistema penitenciario de Estados Unidos, y después de viajar por toda la unión americana, Tannenbaum arribó a México entre 1922 y 1923 como corresponsal de las revistas *Century Magazine* y *Survey Graphics*, de tradición liberal humanista (...) Son célebres sus dos estudios sobre México elaborados alrededor de los treinta: *Mexican Agrarian Revolution* (1928) y *Peace by Revolution: Mexico after 1910* (1933). Desde entonces, Tannenbaum dedicó su vida académica al estudio de

²⁷ Meyer, *op. cit.*, p. 192.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ Helen Delpar, "Frank Tannenbaum. The Making of a Mexicanist, 1914-1933", en *The Americas*, vol. XLV, No. 2, 1988, p. 153.

³⁰ Mauricio Tenorio, "Viejos gringos: radicales norteamericanos en los años treinta y su visión de México", en *Secuencia*, No. 21, Instituto Mora, México, septiembre-diciembre, 1991, p. 99.

México y Latinoamérica y llegó a formar una escuela de *latinamericanists* en la Universidad de Columbia, Nueva York.³¹

- En 1925 el estudioso norteamericano inició una investigación sobre "El sistema agrícola mexicano", que posteriormente se convirtió en su tesis de Doctorado en Economía titulada: *The Mexican Agrarian Revolution*, que se publicó como libro en 1928. Este trabajo, a decir de Charles Hale, fue la única monografía erudita que Tannenbaum escribió durante su larga trayectoria académica, pues contiene información abundante en datos y estadísticas sobre la tenencia de la tierra en México y la reforma agraria. En aquellos años existían fuertes tensiones entre los gobiernos de México y Estados Unidos, debido a los reclamos de ciudadanos norteamericanos que poseían propiedades agrícolas en nuestro país, y la obra de Tannenbaum pretendió ser una guía para la toma de decisiones políticas.³²

Los principales elementos de su interpretación histórica sobre la revolución mexicana, sin embargo, alcanzaron una mayor coherencia y síntesis en *Peace by Revolution*. En este libro, Tannenbaum estableció su tesis más famosa, a saber: "La revolución mexicana fue anónima, fue esencialmente obra del pueblo. Ningún partido organizado presidió su nacimiento, ningún intelectual destacado prescribió su programa, formuló su doctrina, o trazó sus objetivos",³³ y tal revolución buscaba una paz cuya "realización debe encontrarse en los miles de pueblitos que poseen o pueden poseer una estabilidad y unidad reales".³⁴ Para Hale, en el fondo de esta interpretación populista de la historia mexicana, subyace el rechazo a utilizar teorías para dirigir el cambio social y la idea de que la organización de la sociedad debe darse en torno a la comunidad autogestionada, de base moral.³⁵

Mexican agrarian revolution y *Peace by revolution*, los dos estudios más célebres de Tannenbaum, fueron contemporáneos de otros trabajos sobre la cultura, historia y la reciente experiencia revolucionaria de su vecino del sur, y publicados en una época en la que México gozaba de una "*enormous vogue*" en los Estados

³¹ *Ibid.*

³² Charles Hale, "Frank Tannenbaum y la revolución mexicana", en *Secuencia*, No. 39, Instituto Mora, México, septiembre-diciembre, 1997, p. 155.

³³ Tannenbaum, *Peace by Revolution*, p. 15 citado en Hale, *op. cit.*

³⁴ *Ibid.*, p. 105.

³⁵ Hale, *op. cit.*, p. 156.

Unidos; algunas de las obras más conocidas eran las de Ernest Gruening, *Mexico and Its Heritage* (1928); Carleton Beals, *Mexican Maze* (1931) y Stuart Chase, *A Study of Two Americas*, que fue un *best seller* durante seis meses.³⁶

David Brading y Alan Knight³⁷, entre otros autores contemporáneos, han destacado la herencia de la visión populista de Tannenbaum en la historiografía revisionista de finales de los años sesenta, principalmente entre historiadores de origen extranjero; tal es su importancia que se ha constituido en la *bete nôire* de estudiosos académicos recientes o, por el contrario, en la base sobre la cual han iniciado sus investigaciones monográficas varios jóvenes historiadores. Pero ¿qué es el populismo como enfoque historiográfico?, aunque la definición del populismo norteamericano es todavía objeto de debate entre los historiadores del vecino país, nos parece adecuada la definición del populismo norteamericano de Mauricio Tenorio, quien lo describe:

Como un fenómeno histórico (el movimiento del Partido del Pueblo), y luego como, a la manera de Wiles, un "síndrome" más que como una doctrina definida ("síndrome" cuyo contenido esencial es la idea general de que "...*virtue resides in the simple people, who are the overwhelming majority, and in their collective tradition...*").³⁸

Si bien el populismo tuvo sus orígenes y desarrollo en el medio rural, su contraparte en las ciudades fue el "americanismo", una versión de reformismo social a la "americana" como sustituto de un "consciente socialismo", pero al poco tiempo se mezclaron con el socialismo marxista de los años treinta.

Por otra parte, en el transcurso de los años veinte surgieron enfoques reformistas "desde adentro" de la propia academia, como resultado de la incipiente profesionalización de las ciencias sociales y de la historia en Estados Unidos, tales como el "redescubrimiento de la cultura":

Esta nueva perspectiva consideraba la existencia de otras culturas llenas de valores comunitarios y humanitarios. Gradualmente, fue formándose una imagen pública de esas culturas con, por ejemplo, *México: A Study of two Americas* (1933) de Stuart Chase que fue un *best seller* (...) Chase se mostró decepcionado por la

³⁶ Delpar, *op. cit.*, p. 167.

³⁷ David Brading, "Introducción: La política nacional y la tradición populista", en Brading, David (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988, pp. 22-24; Knight, "Interpretaciones", p. 23.

³⁸ Tenorio, "Viejos gringos", p. 97.

industrialización, y fascinado con la imagen idealizada de un México comunitario y solidario. Al igual que hacían los populistas de la última década del siglo XIX, en las ciudades algunos intelectuales buscaban la comunidad perdida. México se convirtió en un lugar a observar.³⁹

De esta combinación de ideas y ambientes surgió el “redescubrimiento de México” por autores como Tannenbaum, quien dirigió su mirada histórica hacia el sur y hacia la otra mitad rural. “Y en esto México fue inventado como ejemplo idealizado de lucha popular y vida comunitaria: lugar de elaboración de la utopía...un sano complemento para la nación norteamericana que creía cumplida la utopía”.⁴⁰ En palabras de este autor “Si bien la visión (histórica) norteamericana dice algo de la realidad mexicana, más habla sobre la propia realidad político-intelectual de Estados Unidos”.⁴¹

Así, los intelectuales radicales y progresistas del vecino país del norte apoyaron con entusiasmo el programa de “reconstrucción” revolucionario en México, entre los que podemos mencionar a Carleton Beals, Ernest Gruening, John Dewey, Bertram D. Wolfe, Katherine Anne Porter y Alma Reed, porque “Era apabullante el atractivo que ofrecía un país no industrializado emprendiendo la aventura del autodescubrimiento y de un profundo cambio social”.⁴²

A pesar del fuerte antisemitismo de la academia anglosajona, Tannenbaum logró ingresar como profesor a la Universidad de Columbia en Nueva York, donde impartió clases durante casi tres décadas y trasladó la interpretación populista de la arena política partidista a las aulas universitarias. Desafortunadamente, a pesar de los orígenes radicales del populismo, éste tuvo consecuencias conservadoras porque fomentó actitudes chovinistas, racistas y antisemitas, por ello comenzó a ser rechazado por intelectuales de los años cuarenta y cincuenta. Después de la Segunda Guerra Mundial, la “amenaza comunista” dio justificación a políticas excluyentes y racistas; en pleno apogeo del macarthismo fueron expulsados mil profesores, sólo en Nueva York, acusados de *unamerican activities*.

³⁹ *Ibid.*, p. 110.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ *Ibid.*, p. 96.

⁴² Hale, *op. cit.*, p. 145.

En los años cincuenta, Tannenbaum logró permanecer en su puesto universitario pero en los márgenes de la academia, así su visión totalizadora de la revolución mexicana pasó al olvido durante los años de conservadurismo político y consenso intelectual (esta punto se desarrolla en el capítulo tres); sería hasta los años sesenta cuando nuevamente su visión de la lucha revolucionaria mexicana fue reeditada por los historiadores *latin americanists*. Además, durante el periodo inmediato al conflicto bélico "la objetividad científica se convirtió en neutralidad científica y apoliticismo, y la inspiración populista en un rezago inevitable de no científicidad, aunque sobrevivió, en los márgenes, como visión totalizadora. Pero ellos, los intelectuales que redescubrieron e idealizaron la realidad mexicana, también sirvieron de puente para la academización de la visión norteamericana de México".⁴³

Pero no sólo el macarthismo sumió en el silencio al enfoque populista de Tannenbaum, también contaron la bonanza económica de la posguerra, la consecuente movilidad social de la comunidad judía, los derroteros del movimiento comunista internacional, y el magnánimo filantropismo reformista norteamericano (a la Rockefeller). La academización de los intelectuales incluyó un poco de todos estos factores. El hecho es que muchos intelectuales dejaron "la bohemia" por el salón de clases y de paso dejaron atrás toda su militancia, pero la desradicalización del enfoque populista –vía la academia– le permitió circular por largo tiempo en las aulas universitarias, convertido ahora en una "cuestión de expertos".

Con todo, la ensayística de estos periodistas e historiadores, afirma Tenorio, fue la base sobre la cual apoyaron sus trabajos monográficos la generación de estudiantes *latin americanists* de los años sesenta. No fue ninguna casualidad la resignificación de este pasado radical, populista y marxista en los *monographers* publicados en otro momento de gran efervescencia política, extensa movilización social en todo Estados Unidos, y explosión de la "utopía": *the sixties*.⁴⁴

El segundo "redescubrimiento de México" (y de sus revoluciones) durante la década de los sesenta también fue la condensación de varios acontecimientos: la

⁴³ *Ibid.*, p. 112.

⁴⁴ Tenorio, "Viejos gringos", p. 101

profesionalización académica y consolidación institucional de la historia norteamericana, el surgimiento de la *New Left* como la segunda generación radical en la historiografía estadounidense, y el ascenso de la nueva historia social y el estudio de las sociedades tradicionales.

2.4 La profesionalización y consolidación institucional de la historia en los Estados Unidos. El periodo de la posguerra, 1940-1960

Durante el periodo inmediato a la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos tuvo una larga etapa de bonanza económica y fue el centro hegemónico del "mundo occidental". Una de las consecuencias de la prosperidad económica norteamericana fue un elevado crecimiento demográfico, pues de un total de 123 millones de habitantes en 1940 la población se incrementó a 179 millones en 1960; al mismo tiempo el aumento de la población joven alcanzó casi el 50% de la población total. Una mayor distribución del ingreso nacional ensanchó el sector de las clases medias (la mitad de las familias vieron aumentar su ingreso anual por encima de los 6,000 dólares, y un tercio superó los 7,500 dólares por año); además, la difusión de los medios masivos de comunicación (radio, televisión, prensa, cine) y la influencia musical del *rock and roll* negro en la música "blanca" fueron algunos de los procesos que dieron una nueva faz a la sociedad de "masas" norteamericana.⁴⁵

En medio de la prosperidad económica florecieron los institutos, centros de investigación y departamentos universitarios en los Estados Unidos; aunque la expansión cuantitativa y geográfica del sistema universitario se dio en todo el mundo occidental, la prosperidad económica y el liderazgo político de los Estados Unidos crearon un ambiente especialmente favorable para el desarrollo de comunidades académicas cada vez más especializadas. Esta transformación estuvo ligada a una inédita situación social al interior de los recintos universitarios: por vez primera en la historia educativa el "experto", el "científico" ahora se multiplicaba en los miles de jóvenes que provenían de las clases medias e incluso de la clase obrera; debido al *boom* demográfico de la posguerra surgió la generación de los *baby boomers*,

⁴⁵ Paul Adams (comp.), *Los Estados Unidos de América*, Siglo XXI Editores, Colección: Historia Universal, Volumen 30, México, 1979, pp. 366-368.

término utilizado por el historiador inglés Alan Knight para designar a la miembros de la tercera generación de la historiografía de la revolución mexicana:

Son más numerosos, quizás más profesionales; tienen una visión más cercana y concentrada; pero, en consecuencia, a veces sufren de miopía. De acuerdo con las tendencias historiográficas globales, se especializan por tema, hasta por metodología. Han saqueado los archivos como nunca jamás (coincidentalmente, los archivos mexicanos aumentaron y mejoraron en organización). Y, a diferencia de sus predecesores, a quienes a veces desprecian, han tratado de evitar la previa concentración en las élites y los líderes y de ver la historia desde abajo; es hora de que los de abajo reciban su merecida atención (irónicamente, estos mismos historiadores a veces concluyeron que los de abajo no eran sino pura carne de cañón).⁴⁶

Los historiadores norteamericanos del periodo de la posguerra, efectivamente, eran más profesionales y especializados que la generación anterior, pues durante la primera mitad del siglo XX los pioneros de la disciplina habían trabajado para lograr su "profesionalización académica": había criterios universales de evaluación, la investigación era una actividad dominante en la disciplina, la enseñanza de la historia en el nivel preuniversitario ya no dependía de los historiadores profesionales, el prestigio social de la disciplina era mayor, y los "académicos" tenían el control de los mecanismos de ingreso y promoción. Todos estos eran rasgos visibles de la profesionalización de los estudios históricos por los cuales, la comunidad académica de historiadores "se enorgullecía de su autonomía frente a las normas de las ciencias sociales y de los enigmas epistemológicos de los filósofos"; a juicio de Peter Novick,

En parte, este nuevo aplomo profesional era cuestión de simple crecimiento. El número de miembros de la *American Historical Association* no era mucho mayor en 1940 que antes de la primera guerra mundial, pero se incrementó en más de 60% entre 1940 y 1950, en la misma proporción en la década de los cincuenta, y en los sesenta, en más de 90% alcanzando 1 800 miembros. El volumen general del profesorado aumentó cinco veces entre 1940 y 1970. Durante la década de 1930, se otorgaron unos 150 doctorados cada año; tras desplomarse durante la guerra, esta cifra pasó a ser de 350 por año a mediados de los cincuenta, de 600 a mediados de los sesenta, y de más de mil para fines de esa década. Muchos de los que ingresaban a la profesión encontraban trabajo en instituciones pequeñas o nuevas, pero los departamentos de historia de las instituciones principales también se expandieron significativamente, alcanzando proporciones nunca antes imaginadas. Departamentos que antes no contaban sino con un puñado de

⁴⁶ Knight, "Interpretaciones", p. 24.

historiadores fijos, llegaron a tener decenas de catedráticos con puestos definitivos.⁴⁷

El explosivo crecimiento de la profesión implicó, a su vez, la mayor autonomía de los campos especializados de la disciplina –o dicho en otras palabras, la fragmentación del conocimiento histórico–, así como la multiplicación de revistas y sociedades especializadas. El crecimiento inusitado del número de historiadores y de publicaciones y asociaciones profesionales tuvo como resultado un creciente elitismo entre los miembros de la *American Historical Association*, porque los directivos sólo provenían de las universidades norteamericanas más prestigiadas.

Por otro lado, el lanzamiento soviético del primer satélite espacial, el *Sputnik*, (1957), hizo de la inversión gubernamental en la educación superior un imperativo de la guerra fría, principalmente en el campo de las ciencias exactas y experimentales y, en menor medida, en las ciencias sociales y la historia. No obstante, en estos dos últimos campos de conocimientos las becas para estudios de posgrado habían crecido de manera constante desde la posguerra, sobre todo para realizar investigación en el extranjero. El aumento de becarios investigadores era, según Novick, causa y efecto de una reorientación del *ethos* académico hacia un saber erudito.⁴⁸

La contratación académica se volvió más meritocrática y universalista, debido a que el antisemitismo predominante en los sectores universitarios fue cada vez más débil, gracias al ingreso masivo de profesores de origen judío, y también de historiadores jóvenes provenientes de los estratos sociales más bajos.⁴⁹ Sin embargo, la composición de género fue asimétrica, ya que el porcentaje de mujeres en la profesión disminuyó tras la guerra:

⁴⁷ Peter Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, 2 tomos, Instituto Mora, México, 1997, pp. 437-438.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 449.

⁴⁹ El presidente del Departamento de Historia de Yale comentó en su informe anual de 1956-57, que "Son demasiados pocos los candidatos a historiadores que son hijos de profesionales; en el apartado correspondiente a la profesión de los padres, hay demasiados vigilantes, intendentes, vendedores, comerciantes, empleados de editorial, contables, empleados de ferrocarriles, de farmacia, sastres, verificadores de cables, mecánicos, empleados en general, revendedores de huevos y mantequilla, y cosas por el estilo. Satisface ver a los hijos de oficios inferiores abrirse paso hacia arriba (...) Puede ser halagador que nos consideren algo así como un ascensor, pero hasta el ascensor más sólido se desplomará si se le obliga a cargar demasiado peso", citado en Novick, *op. cit.*, p. 442.

Desde 1910, aproximadamente, y hasta fines de la década de 1940, las mujeres representaban alrededor de 20% de los nuevos doctorados en historia, cifra que pasó a ser de 10% en la década de los cincuenta, y subió sólo a 12% en los sesenta. Hasta 1949 las mujeres constituían alrededor de 20% de la profesión; esta cifra fue bajando hasta 12% en 1965, porcentaje que se mantuvo varios años.⁵⁰

Otra característica de este periodo que Novick denomina como el de la "profesión" es el abandono de las lealtades regionales, todavía presentes en la orientación de algunos historiadores estadounidenses –por ejemplo, en la controversia de la Mississippi Valley Historical Association–, en pos de una mayor "nacionalización" de la conciencia histórica, y ésta "condujo a sustituir por todas partes las lealtades disciplinarias por lealtades institucionales, sustitución muy reforzada por el enorme incremento de la movilidad horizontal entre historiadores veteranos en la década de 1960".⁵¹

A pesar de que los historiadores profesionales habían aceptado de mala gana abandonar el control de la enseñanza de la historia en el nivel preuniversitario, la revolución del libro de bolsillo en la década de 1950, hizo posible que los estudios académicos llegaran a manos de un público estudiantil más amplio. Sin embargo, la renuncia a un auditorio no profesional, la especialización en campos de estudio y la "elitización" de la investigación produjeron un "cierre en sí misma" cada vez mayor de la disciplina. Con frecuencia y sin tapujos, las obras históricas iban dirigidas a un público "estrictamente académico":

El ensimismamiento en el medio historiador consistía en dar una mayor valoración a la exploración de las cuestiones técnicas de interés puramente profesional (...). El historiador ya no sufría bajo el peso de los obligados compromisos con la imparcialidad, el distanciamiento y la objetividad que habían resultado casi inevitables cuando tenía que escribir para el lector profano y, sobre todo, para las escuelas. Escribir solamente para los colegas historiadores podía ser una especie de liberación que permitiría una búsqueda menos contaminada del viejo ideal.⁵²

Así el estudio del "pasado dentro del pasado" era el equivalente a estudiar "el arte por el arte". Hacia finales de la década de los cincuenta, la profesionalización de la historia era un ideal consumado, por la cantidad y calidad de los trabajos que se estaban produciendo. Los dos ámbitos del saber histórico de la posguerra más

⁵⁰ *Ibid.*, p. 443.

⁵¹ *Ibid.*, p. 444.

⁵² *Ibid.*, p. 451.

atractivos para los jóvenes historiadores norteamericanos eran la historia intelectual y la historia social (el desarrollo de la historia social y el estudio de las sociedades tradicionales se abordará en el capítulo tres). En contraste, en México el proceso de profesionalización académica de la disciplina de Clío comenzaría dos décadas más tarde, es decir, entre 1960 y 1980.⁵³

En Estados Unidos, al igual que en Europa, el campo preferido por los historiadores fue la historia social pero, a diferencia del viejo continente, en aquel país la apertura de los *Area Studies* benefició con mayores recursos financieros a las investigaciones sociales e históricas. Los estudios sobre grandes áreas o regiones del mundo adquirieron el rango de "prioridad nacional" siempre por razones geopolíticas del gobierno norteamericano: a inicios de los años cuarenta debido a la Segunda Guerra Mundial; después, por la disputa hegemónica durante la guerra fría en la década de los cincuenta, y finalmente a causa de la revolución cubana a principios de la sexta década. Además, afirma Wallerstein,

Los estudios de área afectaron también la estructura de los departamentos de historia y las tres ciencias sociales nomotéticas (sociología, economía, antropología). Para la década de 1960 un número considerable de esos departamentos ya se habían comprometido a realizar su trabajo empírico en torno a áreas no occidentales del mundo. Ese porcentaje era mayor en historia y menor en economía, con la política y la sociología entre ambos extremos. Esto significaba que las discusiones internas dentro de esas disciplinas inevitablemente fueron afectadas por el hecho de que los datos que se discutían, los cursos que los

⁵³ Mientras que en Estados Unidos la consolidación del largo proceso de institucionalización académica de los estudios históricos, tuvo su periodo más expansivo en las décadas 1940-1960, en nuestro país la expansión del sistema de educación superior ocurrió entre 1960-1980. En 1961 había un total de 10 mil profesores universitarios, y tres décadas más tarde, en 1990, aumentó más de diez veces al superar la cifra de 105 mil profesores. Sin embargo, el crecimiento más importante se dio entre 1970-1982, ya que tan sólo en este periodo hubo 52 123 nuevas plazas. En aquel entonces la UNAM fundó cinco Escuelas de Estudios Profesionales en el área metropolitana, la UAM es inaugurada en 1974 y la UPN en 1977. Los profesores contratados durante esta etapa se distinguen claramente de sus antecesores, los "catedráticos tradicionales", y constituyen una nueva generación de profesionales dedicada de "tiempo completo" al trabajo académico. También la población de estudiantes creció desmesuradamente y, al igual que su contraparte norteamericana, experimentó cambios en su composición social, "la impresión general es que la composición de los estudiantes fue cambiando en relación con su origen social, sus historias escolares y las nuevas culturas de las que eran portadores. Alumnos originarios de nuevos estratos asalariados, de los servicios y aparatos gubernamentales, de los núcleos con mayores ingresos de la clase obrera y del campesinado dieron a la universidad un marcado, novedoso componente plebeyo", véase Miguel Angel Casillas y Adrián de Garay, "El contexto de la constitución del cuerpo académico en la educación superior 1960-1990", en Manuel Gil Antón (coord.), *Académicos un botón de muestra*, UAM-Azcapotzalco, México, 1992, p. 52.

estudiantes debían tomar y los objetos de investigación legítimos se habían ampliado enormemente en términos geográficos.⁵⁴

Profesionalización y especialización; objetividad y demandas políticas; historia social y estudios de área, fueron procesos complejos que confluyeron, a su vez, en el surgimiento y consolidación de un campo específico de estudios: *latin americanists studies*; éste fue uno de los principales estudios sociales e históricos que florecieron rápidamente en las universidades norteamericanas durante toda la década de los sesenta. Es en este "sector" de la historiografía estadounidense donde ubicamos a los historiadores y obras que estudiaremos en este trabajo.

2.5 Institucionalización de los estudios *latin americanists* en 1960

A mediados de 1935, bajo los auspicios del *Social Science Research Council* (SSRC), medio centenar de académicos se reunieron para crear el Comité de Estudios Latinoamericanos, y al cabo de un año éste ya había publicado el *Handbook of Latin American Studies*, la bibliografía más antigua sobre la región. Ciertamente, esta guía de estudios no era la primera publicación centrada en el subcontinente situado al sur de los Estados Unidos, pues durante la Primera Guerra Mundial había aparecido la revista *Hispanic American Historical Review*, pero ésta tuvo que suspender la publicación de varios números a causa del conflicto bélico.

Sólo cuando se volvió a presentar de nuevo la necesidad de "proteger" a la región del enemigo, el gobierno de los Estados Unidos retomó el interés por Latinoamérica. El presidente norteamericano, Franklin D. Roosevelt, preocupado por la creciente influencia alemana en los países sudamericanos tomó una serie de medidas para contrarrestar la injerencia germana: amplió las relaciones con las naciones latinas más allá de la simple relación diplomática; en 1938 el Departamento de Estado norteamericano estableció la División de Relaciones Culturales, y en 1939 la Librería del Congreso inauguró la Fundación Hispana para apoyar estudios de las

⁵⁴ Wallerstein, *op. cit.* pp. 43-44.

culturas española, portuguesa y latinoamericana.⁵⁵ Poco después, ya iniciada la Segunda Guerra Mundial, Roosevelt creó la Oficina de la Coordinación de Asuntos Interamericanos e invitó al poderoso e influyente empresario norteamericano, Rockefeller, a presidirla. La Fundación Rockefeller apoyó a esta Oficina cuando los fondos oficiales eran insuficientes.

En plena fiebre bélica, en 1942, también se desarrolló una intensa actividad de los académicos norteamericanos *latin americanists*, de tal modo que fue necesario crear un Comité Asociado de Estudios Latinoamericanos, codirigido por el SSRC, el *American Council of Learned Societies* y el *National Research Council*. Sin embargo, el apoyo del gobierno norteamericano a este campo de estudios disminuyó tan pronto como la guerra terminó; también la ayuda de fundaciones privadas y consejos de investigación que anteriormente habían impulsado los estudios latinoamericanos menguó a tal punto que estuvo a punto de desaparecer. El historiador latinoamericanista Howard Cline afirmó que:

*Latin America lost nearly all the priorities and special attention it had recently achieved. The learned councils withdrew their support. Private funds from foundations tapered to an almost negligible point. Harvard did not fill an endowed professorship for Latin American history and economics when the incumbent retired. The Joint Committee was formally disbanded in 1947. This was all reminiscent of the similar decline which ensued after World War I, when the Hispanic American Historical Review had to suspend publication for some years and universities dropped their war-spawned courses and interest in the area.*⁵⁶

Hacia finales de los años cuarenta, los historiadores mexicanos y estadounidenses organizaron el primer encuentro institucional sobre la historiografía de ambos países en Monterrey, México (1949), y sus principales promotores fueron Lewis Hanke, Edmundo O'Gorman, Silvio Zavala, Merle E. Curti, Samuel Eliot Morison y Frank Tannenbaum. En opinión de Tenorio, la atmósfera de

⁵⁵ Gilbert W. Merkx, "Foreword", en *Latin American Research Review. Index 1965-1995*, vol. 31, No. 4, *Latin American Institute, University of New Mexico*, 1996, p. iv.

⁵⁶ "Latinoamérica casi perdió todas las prioridades y la atención especial que recientemente había logrado. Los consejos conocidos retiraron su apoyo. Los fondos privados de las fundaciones disminuyeron hasta un punto insignificante. El Comité Asociado fue disuelto formalmente en 1947. Todo esto fue evocador del declive similar tal como había resultado después de la Primera Guerra Mundial, cuando la *Hispanic American Historical Review* tuvo que suspender su publicación por algunos años, y las universidades excluyeron sus cursos "productos de la guerra" y disminuyó su interés en el área" (Traducción personal) en Howard F. Cline, (1966), *The Latin American Studies*

internacionalismo que prevalecía en el periodo inmediato a la posguerra alentó el encuentro de ambas historiografías nacionales.⁵⁷

Estos encuentros no pretendían el desarrollo de análisis y enfoques comparativos a la manera como más tarde propusiera Louis Hartz, o al estilo de los estudios comparativos que se pusieron de moda en los años setenta en Estados Unidos. Por el contrario, se trataba de establecer un diálogo entre dos tradiciones historiográficas, y no una mera cacería estadounidense en el extranjero de las preocupaciones historiográficas similares a las suyas, o de fenómenos históricos paralelos (no historia comparada, sino historia estadounidense expandida).⁵⁸

Inmersos en tal ambiente internacionalista, los historiadores mexicanos y estadounidense llegaron incluso a concebir la idea de escribir una nueva historia universal tolerante y una ciudadanía universal, pero sin promover la idea de una sola historia común basada en el mito de la *greater America*. El primer encuentro intentó promover el conocimiento y entendimiento de dos tradiciones historiográficas, filosóficamente distintas. Posteriormente, en 1958, se llevó a cabo el segundo encuentro de historiadores mexicanos y norteamericanos, en Austin, Texas, cuyo tema principal fue *the frontier thesis*, que estaba de moda en los Estados Unidos.⁵⁹

Desafortunadamente, en el tercer congreso (1968) no predominó el espíritu de diálogo entre ambas historiografías por lo que el "encuentro" devino en foro para historiadores mexicanos y estadounidenses dedicados a la *historia mexicana*. De esta manera, afirma Tenorio: "Se fue configurando una sutil jerarquía de subdisciplinas en los departamentos de historia de las universidades de Estados Unidos: en la cima, la historia estadounidense, luego la europea, por último el resto. El diálogo entre iguales se hizo imposible".⁶⁰

Hacia 1958 solamente una universidad importante del país había iniciado un programa general de investigación del área latinoamericana; los jóvenes practicantes de este campo de conocimiento se esforzaron por tratar de evitar que la especialización que ellos habían elegido no degenerara en un "*shabby genteel*

Association: A Summary Survey with Appendix", LARR 2, no. 1, 1966, pp. 58-59, citado en Merckx, *op. cit.* p. iv.

⁵⁷ Mauricio Tenorio, "De encuentros y desencuentros: la escritura de la historia en Estados Unidos. Ensayo de una visión forastera", en *Historia Mexicana*, vol. XLVI, No. 4, El Colegio de México, 1996, p. 893.

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ *Ibid.*, p. 895.

academic slum" (un pomposo y miserable tugurio académico). En este mismo año, los consejos regionales de estudios latinoamericanos concurren a la Conferencia de Sagamore, Nueva York, convocados por la Universidad de Syracuse y la *Creole Foundation*, para discutir la creación de una asociación nacional: la Asociación Americana de Estudios Latinoamericanos (ALAS).

Pero tan pronto nació esta asociación afrontó numerosas dificultades administrativas y financieras: el comité directivo pocas veces se reunió y sólo editó dos veces su hoja informativa, e incluso no reconoció pagos pactados con anterioridad; para 1962 era evidente –afirma Cline– la agonía de ALAS como organización nacional de *latin americanists*. Con todo, la lección (quizás la única) de este gran fracaso fue el esmerado cuidado que se puso en la fundación de la revista *Latin American Research Review* (1965) (LARR), y en la creación de *Latin American Studies Association* (1966) (LASA). Richard Schaedel, profesor de antropología en la Universidad de Texas y primer editor de la revista, abrió el número inaugural de LARR con la siguiente declaración en español:

Con este número se inicia la publicación de una nueva revista dedicada al intercambio continuo y sistemático de información referente a investigaciones que se están llevando a cabo en la actualidad en América Latina en los campos de las Ciencias Sociales y las Humanidades.⁶¹

La aparición de la revista aceleró la organización profesional que tomó vida en 1966: *Latin American Studies Association*; durante los siguientes años la revista y la asociación unieron sus esfuerzos hasta convertir a LARR en la publicación oficial de LASA. El Instituto de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Texas, dirigido por John Harrison fue la sede anfitriona de la revista; en 1973, ésta se trasladó a la Universidad de Carolina del Norte, y ocho años más tarde la Universidad de Nuevo México asumió la responsabilidad como institución anfitriona.

Por otra parte, fuera de los recintos universitarios, el curso que había tomado la Revolución Cubana dirigida por Fidel Castro derivó en importantes sucesos como el desembarco de las tropas norteamericanas en la Bahía de Cochinos (1961), la crisis de misiles cubana (1962) y la "Alianza para el Progreso" del presidente John F.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 902.

⁶¹ "A Nuestros Colegas Latinoamericanos", *LARR*, No. 1, 1965, p. 3, citado en Merx, *op. cit.* p. vi.

Kennedy; de este modo, la revolución socialista del país caribeño creó un clima en el cual los estudios latinoamericanos parecían ser más importantes que dos décadas atrás. La necesidad de mecanismos para *institucionalizar* el campo de estudios se hizo más evidente que nunca. De esta manera, en 1960, los estudios latinoamericanos fueron agregados a la lista de campos que podían ser financiados, según el VI Título del Acta de Educación de la Defensa Nacional. Pocos años antes de la fundación de LARR, la fundación Ford había apoyado programas de estudios latinoamericanos y copatrocinado la formación de *latin americanists*, a través del Programa de Becas en Áreas Extranjeras, junto con el *American Council of Learned Societies* y el *Social Science Research Council*.

Richard Morse, un prestigiado historiador norteamericano al ser interrogado sobre su condición de *brazilianist*, declaró que

(Esta etiqueta) se dio en una época en que el cuerpo de profesores latinoamericanistas en Estados Unidos estaba expandiéndose rápidamente, después de Fidel Castro y la revolución cubana, cuando se dispuso de mucho dinero de fundaciones para el estudio de América Latina. Así, creció rápidamente el número de latinoamericanistas, y naturalmente surgieron también los "mexicanistas", luego los "argentinitas" y los dedicados al Cono Sur, etc. En la actualidad existe una asociación de "andínistas" y otra dedicada a Centroamérica y el Caribe.⁶²

Si bien él mismo comenzó sus primeros estudios sobre Brasil en 1947, la mayor parte de su obra *latin americanist* la desarrolló a comienzos de los años sesenta, cuando

vino el momento de la explosión de los estudios latinoamericanos en nuestro país. Entonces se dijo que no contábamos con los expertos necesarios, que teníamos esos comunistas en Cuba. ¿Qué pasaría si Rusia se apoderara de todo el continente?, y los guerrilleros, y las revoluciones de campesinos, etc. Entonces, pues hubo consenso en que teníamos que conocer mucho mejor a América Latina. Por tanto se ofrecieron substanciosas becas en las universidades. Fue la época en que el número de estudiantes estaba aumentando, y de repente estudiantes que en otras circunstancias se hubieran dirigido a ser, no sé, banqueros, diplomáticos, periodistas u otra cosa, decidieron que el estudio de América Latina era interesante. Ahora en vez de recibir 3 000 dólares anuales recibirían 16 000 dólares con cuatro meses de vacaciones, becas para ir a Latinoamérica y sin tener que enseñar tanto

⁶² Helena María Bousquet, "La historia como vocación. Entrevista a Richard Morse", en *Secuencia*, No. 19, enero-abril, Instituto Mora, México, 1991, p. 153.

como antes. Así se logró reclutar mucha gente. Como había necesidad de estos estudios, la promoción fue bastante rápida.⁶³

Por su parte, el prestigiado historiador de Harvard, John Womack, en una entrevista que llevó a cabo la revista de izquierda, *Historical Radical Review*, declaró que su formación profesional como historiador había sido accidental, porque inicialmente había pensado estudiar periodismo. Al tratar de conseguir una carta de recomendación de uno de los profesores que había conocido durante su estancia en la Universidad de Londres, para obtener una beca de estudio en Harvard, éste le sugirió estudiar historia latinoamericana: "*It had never occurred to me to study Latin America, but it was interesting at the time, particularly from a journalistic point of view, because of the Cuban Revolution and the Bay of Pigs*".⁶⁴

Por lo dicho hasta aquí, la década de los sesenta anunció una "Nueva frontera" para los intereses académicos orientados hacia el estudio de Latinoamérica. Esta orientación se reflejó de manera evidente en los planes de estudio de las instituciones de educación superior norteamericanas y, poco después, en el número sin precedentes de disertaciones doctorales sobre temas latinoamericanos que alcanzó la exorbitante cantidad de 3 355 tesis presentadas en universidades de Estados Unidos y Canadá. De este total, 842 fueron aceptadas durante la primera mitad de la década y 2 513 durante la otra mitad. Tan alto nivel de producción de tesis todavía resulta más sorprendente si se considera que entre 1869 y 1960 se presentaron 2 253 disertaciones.⁶⁵ (Ver cuadro 1).

⁶³ *Ibid.*, pp. 154-155.

⁶⁴ Henry Abelove (comp.), *Visions of History*, New York, 1984, p. 248.

⁶⁵ Nelly González, "Latin American Doctoral Dissertations of the 1960s" en *Latin American Research Review*, vol. 18, No. 3, pp. 157-164.

Cuadro 1

Number of Dissertations by Institution			
1869-1960		1961-1970	
1. Columbia University	239	1. Columbia University	189
2. Univ. Of California at Berkeley	209	2. The University of Texas	171
3. Harvard University	146	3. Univ. of California at Berkeley	145
4. University of Texas, Austin	142	4. University of Wisconsin	136
5. University of Michigan	99	5. Univ. of California at L.A.	133
6. University of Chicago	92	6. Harvard University	129
7. Yale University	70	7. New York University	94
8. University of Illinois	63	8. Cornell University	90
9. New York University	63	9. Michigan State University	90
10. Stanford University	56	10. Stanford University	84
11. University of Wisconsin	54	11. University of Florida	78
12. Northwestern University	51	12. University of Illinois	75
13. University of Pennsylvania	50	13. University of Southern California	73
14. University of Southern California	49	14. Yale University	69
15. Cornell University	48	15. University of Michigan	68
16. Univ. of California at L.A.	40	16. Indiana University	67
17. Catholic University of America	38	17. University of Arizona	59
18. Ohio State University	35	18. University of Chicago	58
19. Johns Hopkins University	34	19. University of New Mexico	56
20. University of Minnesota	30	20. University Pennsylvania	54
21. Princeton University	30	21. Louisiana State University	50
22. Univ. of N. Carolina at Chapel Hill	30	22. University of Colorado	45
	Sub-total 1,668	23. University of Minnesota	42
Remaining 73 Institutions	585	24. Princeton University	41
TOTAL	2,253	25. University of Pittsburgh	39
		26. Tulane University	39
		27. University of Oregon	37
		Sub-total	2,211
		Remaining 125 Institutions	1,144
		TOTAL	3,355

Fuente: Nelly S González "Latin American Doctoral Dissertations of the 1960s", en *Revista Latin American Research Review*, Vol. XVIII, No. 3, 1981, p. 162.

La primacía de México como la principal área de interés dentro del conjunto salta a la vista, pues casi 800 tesis (23% del total) trataron algún tema concerniente a nuestro país, preferencia que puede explicarse, según Bushong por "el rico y significativo pasado precolombino, su papel como uno de los centros mayores del sistema colonial español en el Nuevo Mundo, la larga y tumultuosa búsqueda de independencia y madurez política de la región, y su desarrollo dinámico en el siglo veinte".⁶⁶ A lo cual agregaríamos los intereses geopolíticos norteamericanos en su

⁶⁶ Allen David Bushong, "Doctoral Dissertations on Pan American Topics Accepted by United States and Canadian Colleges and Universities 1961-1965", *Latin American Research Review*, No. 2 supplement (Spring 1967), citado en González, *op. cit.*, p. 158.

34. Venezuela	57	103
35. Virgin Islands (U.S.)	2	6

Fuente: Nelly S González "Latin American Doctoral Dissertations of the 1960s", en *Revista Latin American Research Review*, Vol. XVIII, No. 3, 1981, p. 159.

Un dato que vale la pena anotar, según Javier Rico, es que la primera investigación de doctorado sobre la historia de México fue la tesis de doctorado de Charles Cleyton Kohl, *Claims as a Cause of the Mexican War*, presentada en la New York University, en 1910. Desde entonces hasta mediados de siglo se realizaron alrededor de 54 disertaciones doctorales sobre algún aspecto de la evolución histórica de México y,

si bien la historia mexicana ya era un tema recurrente desde 1950, en 1965 –seguramente un par de años antes si se considera el tiempo normal de una investigación– creció notablemente el interés por distintos aspectos del desarrollo histórico de México. En los últimos seis años del periodo analizado, es decir, entre 1965 y 1970 se realizaron 81 investigaciones (59% de las realizadas entre 1950 y 1970).⁶⁷

En cuanto a la distribución institucional de la producción académica, del conjunto total de tesis doctorales sobre Latinoamérica, presentadas en la década de 1960s, sólo quince universidades norteamericanas concentraron la mitad de éstas, a pesar de que fueron más de ciento cincuenta las instituciones de educación superior que aceptaron al menos una tesis de doctorado.

Por lo que se refiere a México, las universidades norteamericanas que tuvieron una mayor producción historiográfica fueron la *University of Chicago*, *Stanford University* y la *Harvard University*, donde se presentaron disertaciones doctorales sobre el porfiriato y la revolución mexicana. Otras instituciones relevantes fueron las universidades de los estados fronterizos del sur de Estados Unidos (Texas, Nuevo México y California), y la *University of Texas at Austin*, ésta última concentró casi el 50% del total de los trabajos presentados.⁶⁸

Pero la creciente y rápida institucionalización de los estudios latinoamericanos en los Estados Unidos, apoyada en gran medida por los intereses geopolíticos del

⁶⁷ Javier Rico Moreno, *Cultura y representación historiográfica. La Revolución Mexicana en los orígenes del revisionismo*, Tesis de Maestría en Historiografía, UAM-Azcapotzalco, México, 1996, p. ⁶⁸ *ibid.*, p.

gobierno norteamericanos y fundaciones privadas no impidió la crítica en los análisis de los científicos sociales, por el contrario la agresiva política intervencionista del país anglosajón hacia Latinoamérica fue objeto de denuncia y debate en diferentes espacios académicos, incluyendo a las principales revistas sobre la región.⁶⁹ Así la *"Institutionalization of Latin American studies as a professional field took place amid this context of tension and controversy in interamerican relations"*.⁷⁰

⁶⁹ El gobierno de Estados Unidos patrocinó la invasión de Bahía de Cochinos en abril de 1961, seguida de la crisis de misiles cubana en 1962; en 1964, los militares brasileños derrocaron un gobierno civil con el apoyo tácito de los norteamericanos; en 1965 el presidente Lyndon Johnson ordenó entrar a los marines norteamericanos hacia República Dominicana. Al año siguiente, el régimen militar del General Juan Carlos Onganía tomó el poder en Argentina y, para mediados de los años setenta, la mayor parte de Latinoamérica estaba bajo la égida de gobiernos militares, apoyados por el gobierno estadounidense.

⁷⁰ Merx, *op. cit.* p. vii.

CAPÍTULO 3

Narrativa histórica estadounidense: Del “excepcionalismo norteamericano” a la historia “desde abajo”

En el capítulo anterior destacamos que la academia norteamericana es uno de los principales lugares de enunciación de la literatura histórica, tanto de las rebeliones campesinas durante el periodo de la revolución mexicana como de varios campos de la historia de nuestro país. En parte, la producción historiográfica estadounidense sobre temas mexicanistas y latinoamericanos es resultado del proceso de institucionalización y profesionalización académica de la historia profesional en el vecino país del norte: la apertura del campo de estudios conocidos como *latin americanists studies*, la fundación de revistas y asociaciones profesionales, los congresos nacionales e internacionales dedicados al área latinoamericana, y la creación de colecciones, archivos y fondos especiales en bibliotecas especializadas en la región, son algunos de los principales aspectos de dicho proceso.

Sin embargo, estas características de la historiografía profesional norteamericana nos informan sólo del crecimiento cuantitativo de la academia estadounidense interesada en la historiografía latinoamericana más no de las normas, orientaciones y debates propiamente historiográficos de la escritura histórica norteamericana. Desde luego que no es propósito de este trabajo abordar toda esta compleja narrativa histórica, pero consideramos necesario elaborar un bosquejo general de la historia de la historia en los Estados Unidos, a partir de ciertas líneas generales que nos permitan responder interrogantes como ¿cuál es el objeto de estudio de la ciencia histórica norteamericana? ¿qué características debe cumplir la historia como ciencia? ¿quiénes deben ser incluidos y quiénes no en la historia? ¿cuándo y porqué la historia de otros países y, particularmente, la historia de grupos populares –en nuestro caso, las rebeliones campesinas-, se convierte en foco de interés para la academia norteamericana?

La comunidad de historiadores estadounidenses latinoamericanistas forma parte de una tradición particular de conocimiento, en el sentido amplio de la

palabra, es decir, de una cultura específica que orienta, informa e interpreta los hechos históricos de acuerdo a valores, prejuicios e ideales. No obstante, es preciso reconocer que cualquier tradición de conocimiento histórico se forma a partir de distintas corrientes y preocupaciones intelectuales, situadas en un lugar y tiempo específicos.

Por ello consideramos necesario abordar en este capítulo un bosquejo de la historiografía moderna norteamericana que nos permita destacar cuáles han sido los problemas, las características y los debates sobre la historia como ciencia. De lo que se trata es de tener un panorama sintético del "desarrollo interno" de la disciplina histórica, a fin de distinguir en qué momento y bajo que condiciones fue posible que las preocupaciones de los historiadores norteamericanos incluyeran a sociedades y grupos tradicionales de otras naciones.

3.1. Historia y Religión: orígenes del excepcionalismo norteamericano

En el siglo XVII los puritanos de la Nueva Inglaterra habían llegado al nuevo continente con la esperanza de establecer en América una Nueva Canaán, un Estado guiado por la Ley Divina, "El éxito de su experimento, creían, era de primordial importancia para toda la humanidad, ya que su sociedad iba a ser una ciudad sobre una colina, un modelo visible que demostraría a los hombres de todo el mundo el justo camino para la redención. Describir las operaciones de dicho modelo, de tal manera que todas las naciones de la tierra pudieran comprenderlo, se consideró el momento culminante. Ese fue el propósito de tales historias como las de Edward Johnson, Nathaniel Morton, William Hubbard, y Mather, escritas en esta época".¹

Tal idea de la historia estaba íntimamente ligada a la concepción religiosa de los habitantes de las colonias anglosajonas, según la cual "cada evento era una manifestación directa de la voluntad de dios". El lugar especial que ocupaban los Estados Unidos según los primeros relatos históricos de la época, se explicaba por el "favor divino" que permitió crear un nuevo mundo antitético al viejo mundo,

destacando los siguientes elementos: la herencia de instituciones anglosajonas, el régimen de gobierno republicano, un continente de tierras vírgenes y un mercado libre formado por pequeños productores. Vista de este modo, la historia norteamericana era interpretada como la "utopía" en la tierra, destinada a servir como ejemplo para el resto del mundo.² La convicción de que "América" estaba destinada a cumplir una misión divina fue la principal idea que la narrativa norteamericana transmitió a las sucesivas generaciones, y esta idea del "excepcionalismo americano" moldeó a la historiografía de Estados Unidos hasta bien entrado el siglo XX.

En 1776, después de la Independencia, en los Estados Unidos hubo un acalorado debate político sobre el rumbo que debía tomar la joven nación, entre dos visiones opuestas: el gobierno de la aristocracia *versus* el gobierno del pueblo. El desarrollo de los acontecimientos históricos inmediatos a la Independencia (ca.1800), inclinó la balanza hacia una mayor participación política popular y, en consecuencia, los valores de la democracia republicana tales como libertad, igualdad, fraternidad y progreso se incluyeron como aspectos esenciales de la experiencia histórica estadounidense.³ La mayoría de los escritos políticos de esta época comenzaron a representar a los Estados Unidos como el baluarte de la libertad: tierras libres, igualdad entre los hombres, e instituciones democráticas. De esta manera, el ideal puritano que exaltaba a dicho país como la ciudad sagrada ejemplar también se introdujo, por la vía política, en la narrativa norteamericana.

¹ Oscar Handlin, "Temas centrales de la historia norteamericana", en *Secuencia*, No. 14, Instituto Mora, México, 1989, p. 39.

² Dorothy Ross, "Grand Narrative in American Historical Writing: From Romance to Uncertainty", en *American Historical Review*, vol. 100, No. 3, junio de 1995, p. 652.

³ La llegada de Thomas Jefferson a la presidencia de los Estados Unidos fue la punta de lanza del "poder del pueblo" contra el gobierno de la élite, cuya base social de apoyo fueron miles de asociaciones voluntarias de origen rural, el aumento de la población alfabeta y una prensa y opinión pública "popular". En 1787, con la *Northwest Ordinance*, Jefferson amplió la frontera norteamericana hacia el Oeste, y reforzó el mito de la "Tierra prometida" con la expansión de los pioneros "individualistas, emprendedores y autónomos" hacia los fértiles valles y praderas occidentales. Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *La verdad sobre la historia*, Andrés Bello, Barcelona, 1998, p. 108.

3.2 En busca de la identidad nacional. La historia romántica

En el siglo XVIII, la idea de la historia norteamericana como un pueblo predestinado a cumplir una "misión divina", paulatinamente adquirió un carácter secular gracias a la influencia de la ilustración europea; al separarse de las creencias religiosas, la historia escrita concedió mayor importancia a las explicaciones naturales de los hechos históricos, es decir, a la búsqueda de las causas en los acontecimientos mismos. Por ello, la evidencia documental adquirió un rango de primer orden en la construcción de los relatos históricos y la búsqueda de los orígenes de la "nación" fue el tema fundamental.

La influencia de los pensadores románticos europeos llegó a los Estados Unidos, cuyo impacto se tradujo en una historia interesada en los grandes personajes y escrita en un tono épico. Este tipo de historia ponía el acento en la *narración*, pues implícitamente se creía que la historia cronológica organizaba e integraba "las partes en el todo"; la historia narrativa fue el estilo dominante en los escritos históricos de la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX. Así, Handlin señala

Un rompimiento importante en los patrones de la historiografía norteamericana ocurrió después de 1820. Después de las largas interrupciones que precedieron a la Revolución y a las guerras de Napoleón, los ciudadanos de los Estados Unidos empezaron a restablecer contactos culturales con Europa. Empezaron a entrar las corrientes del pensamiento romántico que estaban de moda en Francia, Inglaterra y Alemania, y nuevas concepciones transformaron su opinión de la historia.⁴

La historia norteamericana fue escrita según la trama narrativa del *romance*, es decir como una historia singular, la del "pueblo norteamericano", que está inmersa en la búsqueda de una identidad "única": la realización de la utopía cristiana. George Bancroft, padre fundador de la historiografía moderna estadounidense, en su *History of the United States* (1834-40), comenzó su historia de los Estados Unidos con la llegada de los puritanos y la terminó con la victoria revolucionaria en 1782 y el logro de la independencia de Europa, la unidad nacional y la libertad democrática. En su relato, Bancroft asoció el compromiso ciudadano con la virtud democrática, y mezcló ideales políticos con valores

religiosos. Su historia patria fue una historia del progreso político y económico de los Estados Unidos, y tal historia se convirtió en un modelo "ejemplar" para el resto de las naciones.

Así, la historiografía norteamericana del siglo XIX era una historia narrativa con una función pública muy clara: forjar patria, tejer la trama del Estado norteamericano; los historiadores que escribieron la épica de la "república democrática", por lo general, fueron hombres de gran riqueza y con suficiente tiempo para dedicarse durante años a la investigación histórica. Henry Adams, un prestigiado historiador, cuya imponente historia de los Estados Unidos, en nueve volúmenes, había sido un rotundo fracaso comercial, denominó a la disciplina histórica "la más aristocrática de todas las profesiones, porque exige al historiador ser muy rico al igual que ilustrado".⁵ Además del énfasis de los historiadores de Estados Unidos en la calidad literaria de sus relatos, también ponían cuidado en la "exactitud" de sus datos, por ello trataban de abarcar todas las fuentes documentales primarias a su disposición. Las historias que los eruditos norteamericanos relataban eran historias "escrupulosamente verdaderas".

Además de la influencia del nacionalismo en la historiografía estadounidense decimonónica, otras ideas y experiencias incidieron en la idea de la historia norteamericana como ciencia. Una herencia de la Ilustración, nacida en Francia, fue la reivindicación de la razón por encima de la fe, es decir, la autonomía del individuo frente a la autoridad religiosa, lo que llevó al enfrentamiento radical entre los pensadores modernos y la Iglesia Católica; sin embargo, en los Estados Unidos, la oposición extrema entre ciencia y religión no tuvo el carácter militante de la experiencia francesa. Los primeros protestantes modernos usaron la Biblia como arma contra los dogmas de la Iglesia romana:

En Inglaterra, vincularon ciencia y religión, argumentando que ésta, bien entendida, podía fundamentar a aquélla. Esta peculiar alianza perduró hasta el siglo diecinueve. Los puritanos ingleses defendieron Parlamento y Biblia, e incluso declararon la guerra a su rey, decapitándolo en 1649. En el proceso, otorgaron a la cultura angloamericana una interpretación singular de la ciencia y

⁴ Handlin, *op. cit.*, p. 41.

⁵ Richard Hofstadter, "History and sociology in the United States" en Seymour Martin Lipset y R. Hofstadter (eds.), *Sociology and History: Methods*, Basic Books Inc., New York, 1968, p. 4.

la religión, cuyo resultado fue una versión menos iracunda de la Ilustración, menos anticlerical y más convencida de progreso, que situó a los norteamericanos en una vía que aún sella su vida cultural.⁶

Por otro lado, ya desde los siglos XVII y XVIII la influencia del dualismo cartesiano y el modelo newtoniano se hizo evidente en el desarrollo de la ciencia en Estados Unidos; las ideas de estos dos científicos enunciaron la importancia del acopio de datos, la experimentación esmerada y laboriosa como elementos clave del conocimiento. La ciencia no era otra cosa que la búsqueda de leyes naturales universales que se repetían en todo tiempo y espacio; así, el mundo fue dividido entre "naturaleza" y "sociedad", entre mundo físico y mundo social.

Esta idea de la ciencia imponía al científico la necesidad de una actitud objetiva y neutral porque tenía la obligación de "reflejar lo que efectivamente sucede en la naturaleza".⁷ La concepción realista de la naturaleza en los Estados Unidos, al igual que la europea, tuvo como base la creencia en que el mundo (físico y social) podía ser conocido según su existencia real y objetiva. El modelo de las ciencias naturales fue el modelo a seguir por las ciencias sociales en Estados Unidos, por tal motivo todo conocimiento "imaginado e imaginario" fue relegado al campo de la filosofía o de la literatura. Así, la objetividad, la neutralidad y el empirismo pasaron a formar parte del ideal científico norteamericano, válido para las ciencias de la naturaleza y para las ciencias humanas que las imitaron, entre ellas la historia. El modelo historiográfico "científico" era de origen europeo, pero en Estados Unidos el ideal por una absoluta objetividad

justificó un pragmatismo tosco pero eficaz y un énfasis sobre la objetividad de los hechos. El conocimiento del pasado era accesible por medio del estudio paciente y objetivo y sólo requería industria, la supresión de opiniones personales, y un ejercicio sistemático de imparcialidad. James Ford Rhodes creía que la imparcialidad, el abandono de todas las nociones preconcebidas, la diligencia y la exactitud eran suficientes para formar un historiador. Mientras esta actitud prevaleciera, las amplias teorías de la historia que pretendían abarcarlo todo tendrían poco efecto directo o consciente en la forma en que escribían los norteamericanos.⁸

⁶ Appleby, *op. cit.*, p.52.

⁷ *Ibid.*, p. 38.

⁸ Oscar Handlin, *La verdad en la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, p. 92.

Hacia 1850, estas actitudes fueron características de la disciplina histórica que logró su autonomía gracias a la separación de los estudios universitarios y las instituciones religiosas. "Al trasladar la Biblia, mediante la hermenéutica, al contexto protestante, la historia científica enfrentó el último escollo que se oponía a su pleno control de la historia pasado, y emergió triunfante".⁹ Sin embargo, la imagen angloamericana decimonónica de la ciencia no eliminó del todo su origen puritano.

El proceso de institucionalización de las ciencias sociales inició a mediados del siglo XIX con la creación de varias disciplinas (historia, economía, sociología, ciencia política y antropología), y una de las primeras que logró una vida institucional fue la historia. Sin embargo, desde el comienzo de su institución, no había claridad respecto al lugar que debía ocupar esta disciplina en el conjunto de las ciencias sociales, para algunos la historia debería estar junto a las ciencias sociales nomotéticas (sociología, economía y antropología); para otros, su lugar estaba al lado de la filosofía y la literatura. Quienes sostenían esta última posición, la característica peculiar de la historia era precisamente su origen literario y humanística, "Por generaciones, por siglos, la historia fue sobre todo una historia para ser contada y entendida, y los sucesos dependían del alcance de la línea narrativa"¹⁰ del escritor, por tal motivo, todo historiador que pretendiera ser aceptado en la disciplina, debería ser un magnífico escritor, un excelente literato.

En 1862, la Ley Morrel impulsó la creación de varias universidades dedicadas a las ciencias físicas, técnicas, humanas y sociales, logrando una mayor democratización de la educación superior norteamericana, al debilitar aún más el control clerical sobre algunas de las principales instituciones de educación superior.¹¹ La apertura de nuevas universidades y la educación laica que se impartió en ellas favoreció el surgimiento de un nuevo tipo de historiador, moderno y profesional, que ensalzó a la ciencia y la libertad como valores fundamentales de la "República" liberal norteamericana.

⁹ En 1880, algunas universidades estatales indagaban la filiación religiosa de los candidatos a profesor, pero en la mayoría de los recintos universitarios ya había dejado de existir desde años atrás este requisito de ingreso. *Ibid.*, p. 54.

¹⁰ Hofstadter, *op. cit.*, p. 3.

Pero, a pesar de la aspiración por convertir a la historia profesional en una historia científica, la ideología del excepcionalismo norteamericano tuvo un peso muy importante en el desarrollo de la joven disciplina. Como ha señalado Daniel Bell

La idea del excepcionalismo tal como se la ha utilizado para describir la historia y las instituciones estadounidenses, no sólo supone que los Estados Unidos han sido distintos de las demás naciones, sino que son excepcionales en el sentido de que son ejemplares (una ciudad sobre un alcor), o un faro universal; o bien que son inmunes a los males sociales y a la decadencia que han acosado a otras repúblicas del pasado; o que están exentos de seguir el curso histórico de las "leyes sociales" del desarrollo a que las demás naciones tarde o temprano deben someterse.¹²

En tal concepto del excepcionalismo norteamericano destacan tres dimensiones: la primera se refiere a los Estados Unidos como nación ejemplar, la segunda destaca a esta nación como exenta de las leyes de la decadencia, y la tercera describe al vecino país como la *primera nación nueva*, consciente de sí misma y con capacidad para controlar su destino y su futuro, esto es, como la nación moderna. Esta última dimensión es la que ha influido poderosamente en la vida intelectual norteamericana desde el siglo XIX hasta nuestros días. Pero no solamente en la historia influyó el acendrado nacionalismo, también las disciplinas sociales, afirma Dorothy Ross, plantearon sus preguntas, lenguajes y modelos explicativos bajo el marco discursivo del excepcionalismo norteamericano.¹³

En resumen, la historiografía norteamericana del siglo XIX estuvo entretejida por la idea de la historia de los Estados Unidos como un pueblo que servía de ejemplo del progreso occidental, y como la única nación donde éste había alcanzado su punto culminante. Pero la separación entre religión y ciencia, entre el mito y la historia moderna, condujeron a la búsqueda de un "ideal": la historia como ciencia objetiva, neutral y empírica. El énfasis en la existencia de un mundo real que es objetivo y cognoscible, gracias a la evidencia empírica, y el llamado a la neutralidad del observador fueron las características más relevantes

¹¹ Appleby, *op. cit.* p. 56.

¹² Daniel Bell, "El 'secreto hegeliano'. La sociedad civil y el excepcionalismo norteamericano", en *Vuelta*, No. 157, México, Diciembre 1989, p. 9.

¹³ Dorothy Ross, "Las ciencias sociales en Estados Unidos desde la perspectiva de una historiadora", en *Secuencia*, No 28, Instituto Mora, México, enero-abril 1994, p. 125.

de la disciplina histórica finesecular, en los Estados Unidos. El modelo de conocimiento histórico estuvo inspirado por el modelo de las ciencias naturales pero, a diferencia de las historiografías europeas, la norteamericana manifestó desde sus inicios un profundo rechazo a la "filosofía de la historia", por considerar que sólo oscurecían en vez de iluminar las prácticas de los jóvenes practicantes de la disciplina de Clío.¹⁴

La suma de estas características dieron un perfil propio a la historiografía norteamericana, desde el comienzo de su institucionalización en las universidades, y aunque la importancia de la ideología nacionalista no fue exclusiva de la narrativa histórica norteamericana, sí alcanzó uno de los puntos más elevados en la escritura de la historia moderna. Es por esto que Ross denominó a la historiografía norteamericana del siglo XIX y principios del XX, una gran narrativa centrada en los Estados Unidos.

3.3 Ese noble sueño: objetividad y empirismo en la historia profesional norteamericana

La narrativa histórica norteamericana, centrada en los Estados Unidos, y su confianza en el favor divino sobrevivieron hasta finales del siglo XIX, cuando el debilitamiento de las creencias religiosas y la modernización de la sociedad estadounidense plantearon otras interrogantes. Hacia 1880 los historiadores que aspiraban transformar a la historia en una "profesión", separaron a la historia del romance y trataron de recuperar el pasado en forma realista, es decir, "tal como sucedieron los acontecimientos", ello significaba abandonar la figura literaria del romance que dominaba todavía en la narración histórica. John Higham, reconocido historiador norteamericano, lo dijo en pocas palabras "La historia era para hacerse ciencia, no para hacer literatura".¹⁵

Con todo, varios historiadores de finales del siglo XIX y principios del XX siguieron escribiendo grandes narraciones, dirigidas al público más amplio y no

¹⁴ Immanuel Wallerstein, *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI Editores, México, p. 18.

¹⁵ Ross, "Grand Narrative", p. 654.

sólo a sus colegas en la academia, porque pensaron que la ciencia debía apuntalar el edificio construido por la historia literaria, más no derribarlo.¹⁶

Para los historiadores de finales del siglo XIX hacer historia profesional era sinónimo de “ciencia” de la historia, “que nunca más sería el campo de los literatos sino de expertos profesionales, entrenados en las técnicas precisas para la indagación objetiva de la verdad”¹⁷; además del rechazo a la narración romántica como formato dominante del relato histórico, otros aspectos no menos relevantes distinguieron a los historiadores modernos de sus predecesores, entre los que podemos destacar su mayor preocupación por el uso adecuado de las fuentes históricas originales. Al tratar de ser fieles a los documentos o evidencias empíricas, los historiadores norteamericanos “elevatoron la precisión al puesto de la más alta virtud”,

Eso explicaba sus ansias por profesionalizar las técnicas, por reducir a métodos precisos los recursos para verificar los datos. Los seminarios, ya introducidos en las universidades de Michigan, Harvard y John Hopkins, imitando a los de Alemania, habían de ser talleres en los cuales los jóvenes aspirantes podrían adquirir la habilidad de la ciencia; el doctorado iba a ser la contraseña de admisión en la cofradía; y la Asociación de Historia Norteamericana (*American Historical Association*), fundada en 1884, a través de sus juntas y publicaciones fomentaría el mantenimiento de niveles apropiados. Una multitud de eruditos tenaces se propuso la tarea de crear el arsenal bibliografías y guías y manuales, de los que sus sucesores podrían extraer las armas que usarían en la lucha para hacer más precisas las aproximaciones a la verdad.¹⁸

Con el desarrollo de la historia profesional, a principios del siglo XX, apareció un nuevo tipo de historiador, en vez de hombres de gran fortuna eran cada vez más jóvenes de la clase media los que ingresaban y obtenían plazas y puestos universitarios. Mientras que los historiadores narrativos escribieron para un público muy amplio, los jóvenes académicos se dirigían a sus pares, es decir, a un público también cada vez más “profesional”; el creciente número de revistas académicas y editoriales universitarias fue causa y efecto de la expansión de este

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Handlin, “*Temas*”, p. 43.

¹⁸ *Ibid.*, p. 44.

nuevo público. Para la nueva generación de historiadores el imperativo no era forjar patria sino el hacer ciencia, la ciencia de la historia.¹⁹

Desde luego que la división tajante entre historia narrativa e historia profesional no ocurrió de manera tan esquemática, pues hubo historiadores que no consideraron un dilema hacer historia y hacer ciencia; a pesar de que la corriente principal de la disciplina estuvo orientada por el modelo científico naturalista, la historia literaria o narrativa siguió cultivándose entre destacados historiadores norteamericanos hasta las primeras décadas del siglo XX.

Sin embargo, el nuevo formato para la presentación de las investigaciones fue el *monographer*, un trabajo análogo al reporte de investigación en las ciencias físicas, "La monografía aisló un problema histórico particular sacado a relucir para que todos los acontecimientos relevantes, giraran alrededor de él –acumulados y manejados con las técnicas más refinadas- y rindieran una conclusión evidente apoyada con pruebas. Desde 1880 los avances más importantes en el conocimiento histórico se han producido dentro de la investigación de tipo monográfico".²⁰ Para algunos historiadores la monografía histórica podía estudiar cualquier tema; para otros debía abordar problemas más generales que preocupaban a todas las ciencias sociales y, al predominar esta posición, la historia estuvo asociada con aquellas en los departamentos universitarios de los Estados Unidos.

Una vez que la investigación y la enseñanza de la historia profesional se extendieron en una escala más amplia, la especialización temprana de los estudiosos norteamericanos fue otro rasgo de la profesionalización académica, debido al aumento de materias disponible en las bibliotecas y universidades estadounidenses, por lo cual "se volvió cada vez más peligroso aventurarse en un campo extraño y cada vez más necesario para cada casero, limpiar su propia casa". En síntesis, a partir de 1880, los aspectos más evidentes del carácter profesional de la historia en los Estados Unidos eran el apego estricto a las fuentes originales para describir "lo que realmente aconteció" en el pasado, el

¹⁹ Hofstadter, "History and sociology", pp. 4-5.

²⁰ Handlin, "Temas", p. 45.

adiestramiento en las técnicas y métodos documentales, la presentación de los trabajos de investigación en una monografía, la especialización en un solo campo de estudio, y la organización de los historiadores en agrupaciones profesionales. Ciertamente, la narrativa histórica había dejado de ser "literaria" y se había convertido en una de tipo "científico".

Pero, la aspiración por una historia "científica" llevó a la corriente principal o *mainstream* de la historiografía norteamericana, y de las ciencias sociales en general, a imitar el modelo de la ciencia natural para establecer un conocimiento verdadero, en aquél entonces identificado con el establecimiento de "leyes científicas", como afirma Ross

Fue hasta los años veinte de nuestro siglo cuando el cientificismo cautivó a la corriente principal de todas las disciplinas de ciencias sociales, y éstas tomaron la determinación consciente de modelarse exclusivamente de acuerdo con las ciencias naturales, decisión que estaba basada en alguna versión de la creencia positivista de que la ciencia brindaba un acceso privilegiado a la realidad.²¹

A pesar de las numerosas diferencias entre los historiadores profesionales de finales del siglo XIX y los de la generación posterior, había una afiliación común: el excepcionalismo norteamericano, como el centro de sus preocupaciones historiográficas, pues para todos ellos la idea de la historia era la idea de los Estados Unidos como la "única" nación exenta de los males de Europa: esclavismo, feudalismo, monarquía, y persecución religiosa. El tema fundamental de la historia profesional estadounidense de las primeras décadas del siglo XX, seguía siendo el "funcionamiento de la sociedad democrática".

Aunque la historiografía norteamericana tuvo como ideal el modelo de la ciencia (natural), en realidad, afirma Mauricio Tenorio, fue la ciencia la que se puso al servicio de la elocuencia o retórica nacionalista en Estados Unidos. La nación de "sociedad democrática" era en sí una compleja argumentación cuya veracidad era inseparable de la escritura histórica como retórica (persuasión,

²¹ Ross, "Las ciencias sociales", p. 121.

argumentación, debate), y en el nivel más profundo de la historiografía norteamericana está presente el mito de la "nación única".²²

Así pues, el excepcionalismo fue el marco discursivo en cuyo interior trabajaron las ciencias sociales, el lenguaje que estableció su problema medular y modeló la lógica de sus soluciones al mismo. El papel del excepcionalismo no era meramente retórico, sino profundamente retórico. Esto también quiere decir que su papel era profundamente político y, en consecuencia, que las propias ciencias sociales eran profundamente políticas (...). El lenguaje del excepcionalismo norteamericano se construyó alrededor de un conjunto particular de actitudes y valores políticos que necesariamente inclinaron a la ciencia social norteamericana hacia la construcción republicano-liberal del mundo social y a una profunda sospecha del cambio histórico.²³

Efectivamente, a finales del siglo XIX, un asunto que provocó la división entre los historiadores "científicos" fue la posición política que debían tomar frente a los conflictos laborales y agrarios de su época. Para algunos, la escritura histórica debía apoyar la preservación del Estado liberal y democrático en contra de los males que llegaban desde el exterior: el socialismo y la modernización; para otros, era claro que los Estados Unidos no eran la "tierra prometida" sino una "casa dividida" por el conflicto de clases sociales.²⁴

3.4 La historiografía radical. Populistas y progresistas, 1890-1930

La primera crisis a la que se enfrentó la narrativa del excepcionalismo norteamericano estuvo ligada a la aparición de agudos conflictos sociales entre grupos, clases y regiones de los Estados Unidos, extensos en su composición social y en su duración ya que abarcaron la última década del siglo XIX y las primeras del siglo XX.²⁵ La industrialización acelerada trajo consigo un violento

²² Mauricio Tenorio, "De encuentros y desencuentros: la escritura de la historia de Estados Unidos. Ensayo de una visión forastera", en *Historia Mexicana*, vol. XLVI, No. 4, El Colegio de México, 1996, p. 905.

²³ Ross, "Las ciencias sociales", p. 125.

²⁴ Ross, "Grand Narrative", p. 656.

²⁵ La efervescencia social comenzó con las violentas huelgas ferrocarrileras a nivel nacional en 1877 y termina con el fin de la depresión en 1897. Durante estas dos décadas llegaron oleadas masivas de inmigrantes de varios países, con las que también llegan ideas y grupos socialistas, marxistas y anarquistas, principalmente a Nueva York y Chicago; en esta ciudad, ocurrió el asesinato de los "mártires de Chicago", el 1º de mayo de 1886. Durante ese mismo año se fundó la *American Federation of Labour (AFL)*. Hacia finales del siglo XIX, las corporaciones monopólicas dominaban la economía norteamericana. Véase, Andrés Linares, *Historia de los grupos de izquierda en los Estados Unidos*, Castellote Editor, Madrid, No. 15, 1976, pp. 53-79.

conflicto de clases y el temor a que el país siguiera el mismo curso histórico de Europa, de esta manera

La amenaza a la identidad histórica "excepcional" convirtió el tema del cambio histórico en central, galvanizando a dos generaciones de científicos sociales para enfrentar el desafío. La primera generación constituyó las ciencias sociales —economía política y política histórica en primer lugar— en disciplinas universitarias, con la esperanza de reconfirmar los principios tradicionales de gobierno y economía norteamericanos sobre la base del conocimiento científico moderno.²⁶

Una nueva generación de historiadores inspirada, parcialmente, por el marxismo, dejó de referirse al pueblo y empezó a hablar de clases y del papel del conflicto social en el pasado de la nación; pero el uso de este concepto era simplista ya que sólo sustituyó la vieja antinomia entre el "pueblo" y los "ricos", mas no hubo una interpretación realmente dialéctica de la historia norteamericana.

En los años veinte surgió la corriente historiográfica progresista, etiqueta que se le adjudicó debido a sus esfuerzos por reformar la política de los Estados Unidos. En 1913, Charles Beard, publicó *An Economic Interpretation of the U.S. Constitution*, en la cual representó al pueblo norteamericano como una mayoría sin capacidad de decisión política, "Por primera vez el historiador profesional norteamericano se divorciaba de los guardianes de la singularidad nacional".²⁷ Para Beard, el historiador debería desvelar los intereses ocultos detrás de todo grupo económico, pues cada clase social lo que en realidad buscaba era imponerse sobre las demás.

Hacia 1927 Charles y Marie Beard, en *Rise of American Civilization*, representaron la historia norteamericana como una lucha por el progreso, y consideraban que la identidad nacional sólo se afirmaría transformando a la sociedad capitalista en una democracia social y cooperativa. En esta obra, relataron la historia de su país como la historia de "una civilización", como una historia total que implícitamente ligó el progreso de los Estados Unidos al progreso de la civilización y. al igual que en su libro anterior, Beard interpretó la historia norteamericana como un conflicto continuo entre los grupos agrarios y los

²⁶ Ross, "Las ciencias sociales", p. 126.

²⁷ Appleby, *op. cit.*, p. 136.

"intereses" mercantiles y capitalistas. Y, según Christopher Lasch, ésta fue la clave de la interpretación histórica de los Estados Unidos para toda una generación: la de los historiadores progresistas en los años treinta.²⁸

A pesar de su interpretación crítica sobre el excepcionalismo norteamericano, los historiadores progresistas mantuvieron la esperanza de poder reformar la política norteamericana, para que retornara a su cauce original: la libertad personal y el progreso económico. No pretendían la desaparición del excepcionalismo americano, sino simplemente renovarlo. Persiguiendo este propósito Charles Beard, Thorstein Veblen (economista radical) y el filósofo John Dewey fundaron la *New School for Social Research*, "que tornó accesible la educación superior a adultos que no poseían las calificaciones habituales".²⁹

Los progresistas incorporaron ideas del historicismo liberal, al señalar que los Estados Unidos no era una nación aislada sino que formaba parte de la historia occidental (Europa), pues dependían de las mismas fuerzas creadoras de la modernidad: el desarrollo del capitalismo, la diferenciación social, la política democrática y la ciencia. Pero la noción de que Estados Unidos era el ejemplo a seguir se desplazó a un nivel más universal, puesto que se le identificó como la "quintaesencia del centro del cambio liberal". La esperanza utópica de una sociedad armónica (la "Tierra Prometida"), según los progresistas, no debía buscarse en el pasado sino proyectarse en el futuro.³⁰

Sin embargo, para mediados de los años treinta, la interpretación progresista de la historia había perdido su contenido crítico y comenzó a "degenerar" en un acendrado nacionalismo cultural norteamericano que sólo producía "una literatura de culto a los héroes y de alabanzas a la propia nación".³¹ Además de su chauvinismo cultural, el énfasis en el conflicto social, en las clases sociales como actores históricos y la exageración de las determinaciones

²⁸ Christopher Lasch, "Prólogo" en Richard Hofstadter, *La tradición política norteamericana y los hombres que la formaron*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, p. 10.

²⁹ Appleby, *op. cit.*, p. 138.

³⁰ Ross, *"Las ciencias sociales"*, p. 130.

³¹ Lasch, *op. cit.*, p. 10.

económicas como causas del cambio social, motivaron la crítica y el abandono paulatino del enfoque progresista de la historia.

Los distintos enfoques radicales que habían predominado durante el primer tercio del siglo XX, dos décadas más tarde cayeron en desuso y dieron paso a una "historiografía afirmativa y consensual que contribuyó a restablecer la confianza en el viejo ideal"³², es decir, en la historiografía centrada en los Estados Unidos; la interpretación progresista de la historia norteamericana, con su acentuado énfasis en el conflicto social, en la lucha del "pueblo" contra los "intereses económicos", a juicio de muchos historiadores, había llegado a su límite.

El trauma posterior a la guerra mundial y la reacción al periodo de posguerra, allanaron el camino a posiciones relativistas de la historia que, a diferencia del enfoque progresista, eran escépticas del progreso económico y la libertad individual norteamericanas. La desilusión moral y política ante el progreso de los Estados Unidos, condujo a una buena parte de los historiadores a asumir puntos de vista también radicales sobre la práctica historiográfica, que alentaron el escepticismo, el pragmatismo y el relativismo cognoscitivo. En consecuencia, el ideal de una ciencia histórica "objetiva, neutral y realista" estaba en entredicho.

Al llegar a los cincuenta, el medio histórico era bastante más heterogéneo socialmente, y era ligeramente más pluralista que medio siglo antes. La crítica relativista, si bien no había sido totalmente rechazada estaba contenida y trivializada, y los historiadores de mediados de siglo eran más modestos en cuanto a la medida en que su erudición era objetiva y libre de valores. Aun así, y al igual que en los años anteriores a la primera guerra mundial, la mayor parte de las "grandes verdades" de la historia eran tan palmarias que, conforme a un criterio comunitario de verdad, entrar en el consenso significaba, *ceteris paribus*, ser objetivo.³³

3.5 La historiografía norteamericana del consenso durante el periodo de posguerra, 1940-1960

¿Qué sucedió entre 1940 y 1960 en la academia norteamericana que se relegó al olvido a las interpretaciones radicales de la historia? Además del creciente conservadurismo social y político de la sociedad norteamericana durante estos

³² Peter Novick, *op. cit.*, p. 389.

³³ *Ibid.*, p. 390.

años, otro elemento importante fue el arribo de la denominada historia del consenso como horizonte intelectual de la comunidad de historiadores anglosajones, quienes se enfrascaron en la búsqueda de la identidad y conciencia "americanas". Richard Hofstadter, un prestigiado historiador norteamericano identificado como uno de los protagonistas principales de este enfoque, anotó que

El abandono de la historia basada en el conflicto fue en parte una respuesta a un nuevo ambiente político, y a una nueva modalidad intelectual. Con la devastación europea, había una disposición a buscar una vez más la promesa del futuro sobre bases nativas, una resurrección del viejo sentimiento de que los Estados Unidos son mejores y diferentes (...). La guerra fría trajo un cierto cierre de filas, una disposición a acentuar los objetivos comunes, un retroceso del marxismo y su tendencia a pensar en el conflicto social como algo llevado á *outrance*.³⁴

En un contexto de Guerra Fría, las posturas críticas y radicales no tenían cabida ni en los partidos políticos ni tampoco dentro de la academia. La corriente historiográfica del consenso, hizo del ataque a los historiadores progresistas un aspecto central de su identidad intelectual, y la palabra "consenso" resumía los esfuerzos por crear un nuevo marco interpretativo de la historia estadounidense que destacó, por encima del conflicto de clases, los elementos comunes que habían unido a los norteamericanos. "Los historiadores de la posguerra vieron la defensa de la libertad como la trama que teje toda la historia de Estados Unidos"³⁵, de esta manera, la narrativa histórica norteamericana consensualista, de nuevo, estuvo orientada por la ideología del excepcionalismo norteamericano.

Durante la posguerra los Estados Unidos estaban disfrutando el "momento americano" del "siglo americano", pues se encontraban en la cúspide del poder mundial y listos para reafirmar los valores de su historia "excepcional"; el péndulo de la narrativa histórica volvió a girar en torno a la narrativa del excepcionalismo norteamericano. La historia de los Estados Unidos aparecía como una *happy story*, sin conflictos fundamentales.³⁶ Fue en esta etapa cuando se produjeron una gran cantidad de relatos históricos sobre el "carácter nacional" y el "hombre

³⁴ Richard Hofstadter, "Historiadores progresistas", p. 401.

³⁵ *Ibid.*, p. 404.

³⁶ Tenorio, "De encuentros", p. 907.

norteamericano", al estilo de David Potter en *People of Plenty: Economic Abundance and the American Character* (1954).³⁷

Los historiadores Richard Hofstadter, Louis Hartz y Daniel Boorstin forjaron los cimientos de la interpretación consensualista de la historia, aunque con diferencias importantes en su valoración del legado progresista; el primero de ellos afirmó que la generación radical de los años veinte y treinta:

Había llevado tan lejos el conflicto polarizado como principio de interpretación histórica, que ya no se podía dar un paso más en esa dirección sin arriesgarse a exagerar hasta el ridículo la idea misma. El péndulo tenía que oscilar en la dirección opuesta: comenzó a resultar claro que para que pudiéramos lograr alguna intovisión nueva la historia norteamericana, había que evitar que se acentuara excesivamente el conflicto y mirar el pasado norteamericano desde otro ángulo.³⁸

Así, entre 1940 y 1960, la interpretación histórica giró en la dirección opuesta y los puntos de vista anteriores fueron "revisados", por lo cual se puso atención en nuevas fuerzas sociológicas. Pero lo nuevo cualitativamente nuevo en la historiografía consensual, era la recuperación de las *ideas y actitudes* como fuerzas que actúan en la historia, en reacción a la vieja antinomia de la interpretación histórica progresista que oponía ideas e intereses, apariencias y realidad; así, la agencia humana y la influencia de las ideas en la historia ocupó otra vez a los historiadores de la segunda posguerra.

La perspectiva histórica del consenso, también fue posible gracias a las aportaciones de otros campos del saber humano como el psicoanálisis freudiano y la sociología del conocimiento, que obligaron a los historiadores a ser más conscientes de los aspectos emocionales y simbólicos de la conducta. Además, los modelos explicativos del funcionalismo –al estilo de Robert K. Merton- y las técnicas de la sociología y la economía (principalmente las encuestas y los métodos cuantitativos), proporcionaron nuevas herramientas de trabajo a los jóvenes historiadores. Particularmente hubo un esfuerzo por vincular una estructura teórica a los trabajos monográficos.

³⁷ Ross, "Grand Narrative", p. 658.

³⁸ Hofstadter, "Conflicto y consenso", p. 401.

No obstante, la interpretación histórica del consenso más que una nueva explicación, afirma Hofstadter, se desarrolló como una contraafirmación, como un conjunto de nuevos planteamientos sobre la medida en que prevalece el acuerdo en una sociedad. Uno de los temas reinterpretados por los historiadores de la época del consenso fue el populismo, al que representaron como un movimiento retrógrado, antiintelectual y antisemita. Sin embargo, Grunstein señala que Hofstadter exageró deliberadamente los rasgos negativos del movimiento populista norteamericano a fin de lograr una evaluación "equilibrada", porque su principal intención era colocar un centro en la balanza de las interpretaciones historiográficas sobre el populismo, es decir, "intent(ó) romper tanto con el determinismo exageradamente mecanicista como con la idealización romántica de la escuela progresista".³⁹

La crítica de Hofstadter a la interpretación progresista del populismo, afirma Grunstein, hizo añicos la idea mítica del granjero norteamericano, que lo idealizaba como un productor autosuficiente e incólume ante la corrupción del capitalismo; ante el proceso de acelerada industrialización y urbanización que experimentó la sociedad norteamericana, durante las primeras décadas del siglo XX, resultaba todavía más incongruente sostener la creencia de que los intereses agrarios eran los intereses de la nación.⁴⁰

Es importante destacar que la principal novedad de la interpretación consensualista de Hofstadter fue su tesis de que el divorcio entre las demandas económicas legítimas del populismo y su irracionalismo ideológico, se debía a la "ansiedad de estatus". La ansiedad o frustración social de los pequeños productores agrícolas, era resultado de la pérdida de posición social y política del granjero ante la industrialización y la urbanización galopantes de Estados Unidos hacia finales del siglo pasado. De esta manera, los líderes agrarios populistas a fin de cuentas sólo eran individuos fracasados e insatisfechos con su estatus, que

³⁹ Arturo Grunstein, "El populismo", en Víctor Arriaga, *et. al.*, *Estados Unidos visto por sus historiadores*, Tomo 2, Instituto Mora/UAM, México, 1991, p. 10.

⁴⁰ *Ibid.*

dirigieron el descontento social para conseguir un "ascenso" social y político individual.⁴¹

Con esta interpretación del conflicto agrario y político prevaleciente en la sociedad rural norteamericana a finales del siglo XIX, Hofstadter ofreció una explicación "psicológica" del conflicto agrario al considerar que existían "fuerzas subconscientes" que empujaban a la gente hacia actitudes irracionales. A pesar de que Hofstadter fue muy cuidadoso y no identificó a la protesta social populista como una *patología* social, ni tampoco consideró la aceptación del *statu quo* como indicador de la salud mental, otros historiadores de la etapa del consenso no dudaron en hacer tal asociación.⁴² Sin embargo, el historiador norteamericano al negar la existencia de un verdadero conflicto ideológico en la sociedad norteamericana, "ayudó a preparar el cambio para los teóricos del acuerdo ideológico de la década de 1950, quienes vieron este acuerdo no sólo como la principal característica del sistema norteamericano sino como la fuente de su estabilidad".⁴³

No obstante, sería injusto y parcial afirmar que Hofstadter se convirtió en la principal figura de la historiografía del consenso. A lo largo de la década de los cuarenta y cincuenta, el prestigiado historiador norteamericano mantuvo relaciones ambiguas con los promotores de esta interpretación histórica, y hacia el final de los años sesenta había manifestado que dicha escuela "ya no me parece tan satisfactoria como hace diez o veinte años".⁴⁴ A la vuelta de la década, el escenario optimista de la posguerra había cambiado por completo, una ola de movimientos sociales derribó la interpretación consensualista de la historia norteamericana y fue "el principio del fin" para muchos intelectuales del vecino país.

A principios de la sexta década, nuevamente surgió un sentido de crisis de la "identidad nacional", como ha afirmado Robert Darnton

⁴¹ *Ibid.*

⁴² Novick, *op. cit.*, p. 410.

⁴³ Lasch, *op. cit.*, p. 13.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 18

El conflicto racial, las "contraculturas", el radicalismo estudiantil, la guerra del sureste de Asia, el colapso de la presidencia, destruyeron la visión de la historia de Estados Unidos como un consenso espiritual. Entraron los historiadores sociales, no a llenar el vacío sino a hacer a un lado las ruinas de la vieja *New History*, no para reconstruir un pasado único sino para lanzarse en diferentes direcciones.⁴⁵

O como ha señalado Ross, el acercamiento de los historiadores a los conceptos y métodos de las ciencias sociales; los vínculos de la historiografía norteamericana con la nueva historia sociocultural de la Escuela francesa de los Annales y con los historiadores ingleses reunidos alrededor de la revista *Pasado y Presente*, aunado a los cambios en la composición social de los estudiantes y profesores hacia mediados de la década de los sesenta, habían preparado ya el escenario para la nueva historia social. Así, los conflictos sociales y políticos de la época sólo le dieron mayor energía y dirección a una nueva tendencia historiográfica

*The concatenation of the civil rights movement, the war in Vietnam, youth rebellion, and the women's movement decisively ended the "American Moment" and the premonitions of triumph and disaster it had locked in ironic embrace. What has been called the "New Left" drew into political debate and then into the historical profession a range of radical views, based in liberal democratic, populist, Marxist, and feminist tradition as well as in contemporary radical movements.*⁴⁶

La historiografía de la Nueva Izquierda norteamericana de los años sesenta metodológicamente estuvo orientada por una "historia desde abajo"; el objeto de estudio de esta nueva historiografía ya no era el Estado y la identidad nacional norteamericanos, sino los grupos excluidos por la historiografía anglosajona: los obreros, los campesinos, las mujeres, los grupos étnicos minoritarios, las sociedades tradicionales, etc. En pocas palabras la historiografía norteamericana, durante los años sesenta, era una historia escrita *from bottom up*.

3.6 *The New Left* y la historia "desde abajo" en 1960

Durante el periodo de posguerra existió un acuerdo amplio sobre los temas fundamentales de la historiografía norteamericana, principalmente en relación a la

⁴⁵ Robert Darnton, "Historia intelectual y cultural" en *Historias*, No. 19, octubre-marzo, INAH, México, 1988, p. 42.

postura objetivista y el consenso ideológico, pero al llegar la sexta década resurgieron tendencias sustancial y sistemáticamente opositoras o como afirmó un agudo crítico norteamericano, Tom Engelhardt, había comenzado "el fin de la cultura de la victoria".⁴⁷ Para Peter Novick, "Los sesenta fueron años de desconfianza, tanto hacia las instituciones principales de la sociedad como hacia los que eran sus portavoces; la creciente desconfianza no sólo era hacia la "verdad oficial" sino hacia cualquier verdad, incluyendo la académica". Sin embargo, las distintas posiciones críticas de la historiografía consensual, han sido identificadas bajo una misma denominación: *The New Lew Left*.

Si bien el término de Nueva Izquierda no es útil para designar clara y definidamente una corriente ideológica o política dentro de la academia norteamericana, se le ha utilizado para asociar a algunos profesores con la facción más extremista del movimiento estudiantil norteamericano de los años sesenta,

Por supuesto, la nueva historiografía de izquierda y la nueva izquierda estudiantil tenían importantes raíces comunes. Ambas surgieron por 1960, en un clima caracterizado por el declive del macartismo, la frustración por la estupidez de la política en los años de Eisenhower, la admiración por el naciente movimiento de los derechos civiles en el sur, las primeras sacudidas de oposición a la carrera de las armas nucleares y la agitación en el movimiento comunista, ocasionada por el discurso de Jruschov en el XX Congreso del partido comunista ruso y por el aplastamiento soviético del levantamiento húngaro.⁴⁸

Sin embargo, a diferencia de otros movimientos juveniles de la década de los sesenta, que reivindicaron sus ligas con sus predecesores, la New Left norteamericana se declaró ajena a la vieja generación de socialistas y comunistas, así

El orgullo de la Nueva Izquierda estaba puesto en la palabra "nueva", que indicaba que estos jóvenes se habían hecho de nuevo a sí mismos. Y existía una visión que, en sus impulsos y acciones, se diferenciaba de las doctrinas programáticas y algo escolásticas de los movimientos izquierdistas de los años treinta. Tres rasgos componían esta *weltbild*: la idea de una democracia

⁴⁶ Ross, "Grand Narrative", p. 663.

⁴⁷ Tom Engelhardt, *El fin de la cultura de la victoria. Estados Unidos, la guerra fría y el desencanto de una generación*, Paidós, Barcelona, 1997. Segunda y Tercera parte.

⁴⁸ Novick, *op. cit.*, pp. 500-501.

participativa, el rechazo al privilegio de "la piel blanca" y la adopción de un sueño romántico y revolucionario puesto en el Tercer Mundo.⁴⁹

Los académicos radicales que se graduaron entre mediados de los años cincuenta y principios de sexta década tuvieron, en general, experiencia de primera mano en la "vieja" izquierda (James Weinstein, David Montgomery, Staughton Lunds, Howard Zinn, Eugene Genovese, Aileen Kraditor), o nexos de juventud con el ala socialdemócrata de la vieja izquierda (Gabriel Kolko, Jesse Lemisch, Stephan Thernstrom y N. Gordon Levin); y también existían los "liberales de izquierda" como Barton Bernstein y Christopher Lasch. Este primer grupo de la Nueva Izquierda era, culturalmente hablando, muy "convencional", mientras que los académicos que llegaron después "tendían más bien a desplegar una sensibilidad contracultural, y eran más susceptibles que los del primer grupo a adoptar una orientación activista".⁵⁰ Los semilleros de la Nueva Izquierda fueron, al igual que a principios del siglo XX, las universidades de Columbia y Wisconsin y su principal revista *Studies on the Left* comenzó a publicarse en 1959.

Los jóvenes historiadores izquierdistas se consideraban marxistas pero eran notables por su heterodoxia teórica, y la mayor parte de su trabajo era una imagen acartonada de la lucha de "el pueblo" contra "los intereses capitalistas". Sin embargo, a pesar de su novedad en el uso de categorías marxistas, los historiadores radicales no modificaron los principios epistemológicos de la historiografía norteamericana, porque al igual que la tradición marxista, su orientación era acentuadamente objetivista; su esfuerzo científico estaba orientado por la necesidad de "ver las cosas tal como son", de "perseguir la verdad, ceñirse a los más rigurosos criterios de indicios y pruebas e intentar hacer de la historia una ciencia", como una obligación de todo historiador de izquierda.

Esta segunda generación radical de historiadores estaba convencida de que lo que ofrecían no sólo era la verdad objetiva, sino que era la única verdad; uno de ellos era el reconocido *latinoamericanist* John Womack, quien afirmó

⁴⁹ Daniel Bell, "Guerras culturales. La vida intelectual norteamericana, 1965-1990", en *Vuelta*, No. 186, México, mayo 1992, pp. 32-33.

⁵⁰ Novick, *op. cit.*, p. 502.

Lo más radical que existe es la verdad sobre algo. En un mundo de muchas clases de mentiras, obligadas, compulsivas y deliberadas (...) decir la verdad no sólo es un acto comunista sino un acto revolucionario. Y la verdad más importante acerca de la historia latinoamericana, por lo que sé, es la historia sobre su lucha de clases, que significa la lucha entre éstas. De modo que enseñe lo que me parece más importante en mi campo.⁵¹

Los historiadores radicales de los años sesenta desdeñaron la historia "pura" y, en vez de emplear un estilo retórico frío y desapasionado, hicieron de la pluma una arma de lucha y se manifestaron en contra de la "neutralidad política"; los editores de *Studies* afirmaban que el historiador izquierdista era "tanto un erudito como un inconforme, tanto un investigador honrado como un radical".⁵² Para Womack, no había contradicción en ser un historiador objetivo y un militante de izquierda, pues

Su partidismo, su tendencia, llámese como se quiera, le da una cierta objetividad. Al situarse en oposición a las instituciones establecidas y a las concepciones convencionales, en el estudioso radical está ausente la preocupación por su seguridad o conservación, lo que le permite llevar a cabo investigaciones por caminos que el estudioso "objetivo", conservador o liberal, no se atrevería a pisar.⁵³

Por tales características, la Nueva Izquierda interpretó a la historia norteamericana desde la óptica de la lucha entre capitalismo y socialismo, entre proletarios y burguesía, entre el pueblo y las élites. Al igual que la generación radical de los años veinte y treinta, los historiadores norteamericanos de los años sesenta reivindicaron el carácter auténticamente democrático y radical del movimiento agrario norteamericano del siglo XIX. Fue así como el movimiento populista, otra vez, se consideró como una alternativa frente al capitalismo corporativo y frente a la estructura estatal burocrática norteamericanos; sin embargo, para la generación radical de *the sixties* el movimiento agrario decimonónico

contenía un proyecto de transformación radical-democrático mucho más profundo que el reformismo liberal que representaba para la historiografía progresista (...) Desde su perspectiva, el populismo superó las desviaciones

⁵¹ John Womack, "Radicalism of disclosure", en *Studies on the Left*, t.1, Otoño 1959, pp. 3-4, citado en Novick, *op. cit.*, p. 507.

⁵² Novick, *op. cit.*, p. 509.

⁵³ *Ibid.*

autoritarias del socialismo burocrático de una época posterior en su visión de una comunidad cooperativa, genuinamente democrática y popular.⁵⁴

Bajo la mirada de los historiadores de la Nueva Izquierda, el conflicto social derivado de la lucha de clases, la búsqueda de la utopía (una sociedad democrática más que socialista), y la idealización del granjero norteamericano eran elementos que informaron su interpretación de la historia de los Estados Unidos; aunque también influyeron en la interpretación historiográfica norteamericana de otros grupos rurales, campesinos e indígenas, allende sus fronteras. Para algunos historiadores de esta etapa, entre ellos Howard Zinn, el nuevo énfasis en el conflicto social y político los comprometía a sostener una "perspectiva activista" y a subordinar la historia a las necesidades del "movimiento".⁵⁵

La mayor parte de los historiadores de la segunda generación radical norteamericana, llevaron a cabo sus investigaciones en el campo de la historia social, el área de conocimiento histórico más productivo y floreciente dentro de la profesión. Varias de las tesis producidas durante los años sesenta y setenta recibieron la influencia de la teoría de la modernización parsoniana, pero sobre todo de la obra del historiador británico E. P. Thompson, quien los convocó a recuperar la "experiencia vivida" y el protagonismo de las capas bajas de la sociedad a fin de contrarrestar el determinismo economicista del marxismo norteamericano. Por supuesto que Thompson no era el único historiador influyente en la Nueva Izquierda pero a partir de la publicación de su libro, *The making of the english working class*, aumentaron los estudios "desinstitucionalizados" de la política; además, su concepto de economía moral alentó nuevas interpretaciones de las luchas populares, obreras y campesinas, de sociedades tradicionales o preindustriales.

A pesar de la importancia de la aparición de la *New Left* en la historiografía norteamericana, ésta era sólo uno de las transformaciones "internas" de la ciencia social en los Estados Unidos; otras preguntas e inquietudes surgieron de otros

⁵⁴ Grunstein, *op. cit.*, p. 13.

⁵⁵ Lasch, *op. cit.*, p. 18.

campos disciplinarios, principalmente en la antropología, que dirigieron la atención de los estudiosos hacia las sociedades tradicionales, comunidades rurales y grupos étnicos.

3.7. La historia social y el estudio de las sociedades tradicionales

Además del contexto social, político y cultural que favoreció el renacimiento de interpretaciones radicales en la historiografía norteamericana, es importante señalar también que al interior de la ciencia social del vecino país, se plantearon interrogantes específicamente epistemológicas que guiaron a la comunidad académica tanto de historiadores como de sociólogos, antropólogos y politólogos por nuevos senderos de la historia social.

La historia social se convirtió en el campo predominante en la historiografía norteamericana al interior de las principales universidades, en la aparición de nuevas revistas y en las tesis y artículos publicados a partir de la sexta década. La "historia desde abajo" se convirtió en la punta de lanza de la historia social entregada a la tarea de rescatar del olvido las vidas de los hombres y mujeres ordinarias, así como las de los grupos populares, abriendo una historia orientada hacia diferentes rumbos:

La historia de los negros, la historia urbana, la historia obrera, la historia de las mujeres, de la criminalidad, de la sexualidad, de los oprimidos, de los inarticulados, de los marginales; se abrieron tantas líneas de investigación que la historia social pareció dominar la investigación en todos los frentes.⁵⁶

La historia social no era un campo de estudios inaugurado durante la etapa de la posguerra, ya que desde las primeras décadas de este siglo había sido elemento fundamental de la *New History* norteamericana de James Harvey Robinson, Charles A. Beard, Frederick Jackson Turner y Carl Becker; Turner proponía en 1890 que "Deben tenerse en cuenta todas las esferas de la actividad del hombre; mientras que Robinson y Beard defendieron el proyecto de la 'nueva historia' ocupada en el análisis de las tendencias sociales y abierta a las ciencias

⁵⁶ Darnton, *op. cit.*, p. 42.

sociales”.⁵⁷ Sin embargo, sólo hasta después de 1960 la “fertilización cruzada” entre la historia y las ciencias sociales se convirtió en práctica común, de modo tal que la historia (partes de ella) empezó a utilizar herramientas de las ciencias sociales como los métodos cuantitativos, modelos de cambio social, consumo de “datos masivos” como las encuestas, y la aplicación de conceptos teóricos como estructura y función, rol social, parentesco y familia, socialización, desviación y control social, clase o burocracia, entre muchos otros.⁵⁸

La obra de Max Weber también fue una influencia teórica muy importante en los años sesenta, cuya interpretación histórica era vista como una alternativa de la interpretación marxista; Durkheim también fue recuperado por los estudiosos norteamericanos. Sin embargo, “los historiadores que se creían científicos sociales eran seguramente una minoría en la profesión, pero la presencia de esa minoría cada vez más visible, generaba algo parecido a una crisis de identidad disciplinaria”. La aparentemente vieja y olvidada discusión sobre la naturaleza de la historia (ciencia/literatura), resurgió en la academia norteamericana. En este contexto que debe enmarcarse, por ejemplo, la frase de John Womack, el reconocido historiador de Harvard, que había escrito en el prefacio de *Zapata y la Revolución Mexicana*: “Incluido en este libro va un *relato*, y no un *análisis*, de cómo tuvo lugar la experiencia de los campesinos de Morelos” (cursivas mías).

El empleo de estructuras teóricas por parte de los historiadores norteamericanos y de otras latitudes, afirma Wallerstein: “Era una forma de oposición al paradigma “historicista” establecido que acentuaba enfoques hermenéuticos y de lenguaje lo más cercanos posibles a las fuentes”.⁵⁹ La historia crítica o “ciencia social histórica crítica” fue reivindicada por los estudiantes

⁵⁷ Peter Burke, *Sociología e Historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1980, pp. 31-32.

⁵⁸ Hofstadter señala que antes de la segunda mitad de este siglo, hubo serios intentos por emprender un mayor acercamiento de la historia con otros campos del saber, principalmente la sociología, así en la década de los treinta se publicaron veinte volúmenes de *History of American Life*, pero este proyecto fracasó aún antes de terminar su publicación debido a la ausencia de una estructura conceptual que le diera sentido y coherencia a temas tan diversos: la construcción del drenaje, el entretenimiento popular, los deportes, las modas. En 1954, el *Social Science Research Council* convocó varias conferencias para discutir la relación entre los estudios históricos y la ciencia social, sin embargo, estos esfuerzos no lograron vencer la resistencia de los historiadores quienes sentían amenazada su “identidad intelectual” a causa de la intromisión de extraños en sus dominios académicos. Véase Hofstadter, “*History and Sociology*”, p. 8.

universitarios que le reprocharon a la vieja historia haber favorecido el mito del consenso, asimismo denunciaron su enfoque eurocentrista al aplicar conceptos occidentales al análisis de culturas muy diferentes. Desde distintos frentes disciplinarios, pero sobre todo de la antropología, surgieron críticas en contra del parrioquialismo de toda la ciencia social; de nuevo, la comunicación entre la historia (cultural) y la antropología aportó teorías y métodos para la (re)interpretación de la cultura.⁶⁰

Así, el conjunto de las ciencias humanas enfrentó una revuelta intelectual "desde dentro" de sus propios saberes; el reclamo de la nueva generación de científicos sociales, entre ellos los historiadores, fue un reclamo de descolonización de la ciencia social, "es decir, de transformación de las relaciones de poder que crearon la forma particular de institucionalización de las ciencias sociales que hemos conocido hasta ahora".⁶¹ Era hora de poner en claro los prejuicios o postulados que constituyen el cimiento de las construcciones analíticas de las ciencias humanas.

Para Barrington Moore, "en cualquier sociedad los grupos dominantes son los que más tienen que ocultar acerca de la forma en que ésta funciona"⁶², por eso los historiadores de izquierda tenían que ser suspicaces ante la ideología dominante; Howar Zinn manifestó que lo más cercano a la "objetividad" en la historia era dejar constancia de *todas* las subjetividades de una situación, es decir, el punto de vista de las élites debería ser complementado con una representación del punto de vista de los dominados. Los historiadores radicales de los años sesenta asumían que su identificación con "los de abajo" en todo caso no era peor o mejor que la identificación no reconocida con "los de arriba".

⁵⁹ Wallerstein, *op. cit.*, p. 49.

⁶⁰ Los estudios de la "cultura" a mediados del siglo XX se dirigieron a tres grandes temas: primero, los estudios de género y todo tipo de análisis "no eurocéntricos", segundo, el análisis histórico local, que algunos han identificado como una nueva "actitud hermenéutica"; finalmente, trabajos sobre los valores asociados con realizaciones tecnológicas. Este conjunto de estudios han sido obra, principalmente, de literatos, antropólogos y personas dedicadas a cuasidisciplinas relacionadas con los pueblos "olvidados" por la modernidad. Ver Wallerstein, *op. cit.*, p. 71.

⁶¹ *Ibid.* p. 62.

⁶² Novick, *op. cit.*, p. 509.

Hacia 1968, Eric Wolf, uno de los antropólogos más sobresaliente en los estudios campesinos en Estados Unidos y México durante los setentas, consideró en 1968, que la antropología necesitaba repensar su objeto de estudio, en el sentido de situar las vinculaciones culturales en su contexto político y económico, es decir, histórico. Esto significaba abandonar las formas de representación histórica tradicionales centradas en la comunidad, región o nación aisladas y tener en cuenta que la historia es un proceso mundial en el que participaban conjuntamente pueblos occidentales y no occidentales:

Ahora ya no podemos conformarnos con escribir solamente la historia de las élites victoriosas, ni con detallar el subyugamiento de los grupos étnicos dominados. Tanto los historiadores sociales como los sociólogos de la historia han hecho ver que la gente ordinaria fue a la vez que agente activo del proceso histórico, víctima y testigo silencioso del mismo. Así pues, necesitamos poner al descubierto la historia de "la gente sin historia", es decir, las diversas historias activas de acosadas minorías "primitivas", de campesinos, trabajadores, inmigrantes.⁶³

Durante la posguerra, en la era de la Guerra Fría, el análisis social e histórico dividió al mundo en el Oeste, Este y Tercer Mundo, este último caracterizado por su atadura a la "tradición" y estrangulado por sus propios esfuerzos por alcanzar la modernización. Para Wolf, las preocupaciones de las ciencias sociales a partir de los años cincuenta giraban en torno al proceso de modernización (desde Weber hasta Parsons), y el binomio comunidad-sociedad, identificaba a la sociedad tradicional como el polo negativo. La teoría de la modernización identificó la palabra "moderno" como sinónimo del modelo norteamericano.

La sociología de la modernización "al dividir el mundo en sociedades modernas, transicionales y tradicionales, impidió la comprensión eficaz de la relación entre ellas"⁶⁴; el problema epistemológico para Wolf era ¿cómo establecer las conexiones entre estas categorías conceptuales? El marxismo fue en gran medida la respuesta a esta preocupación teórica, ya que ofrecía una visión integrada de los componentes de la sociedad como un todo.

⁶³ Eric Wolf, *Europa y la gente sin historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p. 10.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 27.

De aquí la importancia concedida, por parte de la comunidad de historiadores norteamericanos en los años sesenta y setenta, al estudio del papel de los grupos tradicionales, entre ellos los campesinos, en la transformación de las sociedades tradicionales en sociedades modernas. Tales estudios florecieron en el campo más prolífico de la historiografía de la época, que fue la historia social:

Como porcentaje entre todas las tesis sobre historia, los estudios de historia social se cuadruplicaron entre 1958 y 1978, rebasando a la historia de las ideas, que antes era el campo predilecto de los jóvenes eruditos. Si bien gran parte del nuevo saber social-histórico, recibía desde principios de la década de 1950, los aportes de la sociología parsoniana con la "teoría de la modernización", la historia social seguía siendo, como siempre, un terreno relativamente hospitalario para los jóvenes radicales.⁶⁵

Aunque no es fácil identificar "tradiciones" historiográficas norteamericanas, en el sentido estricto de la palabra, en este capítulo hemos tratado de señalar ciertas orientaciones, problemas y debates dominantes en la historia de la historia del vecino país del norte. Durante el siglo XIX y principios del XX prevaleció una historiografía alimentada por el excepcionalismo norteamericano; después, hacia la década de los veinte y treinta, la historiografía progresista orientó la interpretación de los historiadores profesionales; posteriormente, durante la segunda posguerra, el péndulo osciló hacia la historiografía de consenso, pero éste retornó de nuevo a las interpretaciones radicales durante los años sesenta con la aparición de la Nueva Izquierda. Ninguna de estas interpretaciones históricas ha excluido totalmente a las demás, ni tampoco han existido acalorados debates por la teoría de la historia en la academia norteamericana.

Sin embargo, a pesar de los riesgos de caer en modelos esquemáticos, este repaso breve de los momentos más importantes de la historiografía norteamericana nos permite afirmar que el interés de ésta en la historia mexicana, específicamente en las luchas populares, está vinculado a periodos en los cuales la ideología nacionalista —el excepcionalismo norteamericano— ha sido objeto de críticas radicales. Este ha sido el caso de la historiografía radical de los años treinta y de la historiografía de la Nueva Izquierda en los años sesenta; en ambos momentos u horizontes historiográficos, la crítica a la historiografía nacionalista

norteamericana permitió la apertura hacia nuevos campos problemáticos. Así fue posible poner la mirada en el "otro": un país, un continente, o a los de abajo.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 526.

CAPÍTULO 4

La configuración del relato histórico: tiempo y espacio en la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas

En este capítulo llevamos a cabo una lectura de "desmontaje" de cada uno de los textos históricos que conforman el corpus historiográfico sobre rebeliones campesinas del periodo revolucionario; se trata de una pequeña muestra de las investigaciones históricas realizadas entre la década de los sesenta y los ochenta, por académicos del vecino país del norte.

Como habíamos mencionado en el capítulo uno, los criterios de selección de autores y obras fueron la identificación de una adscripción o pertenencia no sólo institucional a la comunidad norteamericana de historiadores –comunidad académica y científica-, sino también interdisciplinaria pero preocupada centralmente en la historia "desde abajo" o más ampliamente conocida como nueva historia social; también se consideró la fuerte influencia, o por lo menos una gran presencia, de los autores en la comunidad intelectual mexicana –principalmente entre historiadores, antropólogos y sociólogos-, además, elegimos a estudiosos del conflicto agrario que han mantenido un diálogo cercano y continuo a lo largo de las últimas dos décadas. Por tales razones optamos por siete autores que comparten preocupaciones comunes: John Womack, Friedrich Katz, John Coatsworth, John Tutino, Evelyn Hu-DeHart, Heather Fowler y William K. Meyers.

Publicados en distintas fechas que van de 1969 a 1990 (en español), los trabajos de los académicos norteamericanos originalmente fueron redactados como tesis de doctorado y, posteriormente, se convirtieron en libros editados en inglés y español (Womack y Katz han sido traducidos a otros idiomas). La obra de Tutino es una investigación amplia pero centrada exclusivamente en la violencia agraria predominante en el campo mexicano de principios del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX; Hu-DeHart abarca un extenso periodo de estudio que cubre desde el siglo XVI hasta el XX, cuyo propósito es mostrar la resistencia cultural del pueblo yaqui en distintos momentos y contextos históricos; mientras

que Coatsworth hizo un estudio cuantitativo de los patrones de rebeliones rurales latinoamericanas, durante el periodo 1799-1900, aunque le dedicó más atención al caso de México.

Los textos de Womack y Katz son dos grandes síntesis globales de la revolución mexicana (1910-1920), pero cada uno centra su interés en el estudio del zapatismo y villismo; mientras que los estudios de Fowler y Meyers son dos *monografías* regionales especializadas en el análisis de dos acontecimientos locales pero ligados al inicio y desenlace del periodo revolucionario. Meyers revisa el papel de la movilización popular de La Laguna en 1910-1911 y Fowler analiza la formación y desintegración del movimiento campesino veracruzano durante la etapa posrevolucionaria, 1920-1938.

A excepción de los textos de Coatsworth, Hu-DeHart y Meyers que son artículos de una obra colectiva –aunque fueron producto de sus investigaciones de tesis –, todos los demás trabajos son extensos libros publicados por reconocidas casas editoriales en México: Siglo XXI Editores y Editorial Era. Como el público consumidor de este tipo de obras históricas se compone principalmente de investigadores, docentes y alumnos universitarios, el tiraje de cada uno de los libros fue de mil a tres mil ejemplares cada edición; solamente *Zapata y la Revolución Mexicana* de Womack ha tenido un alto tiraje de cuarenta mil ejemplares –todo un *best seller*- en la coedición de la Secretaría de Educación Pública y Siglo XXI Editores¹; *La Guerra secreta en México* de Katz también alcanzó millares de libros sumando casi una decena de reimpressiones y una segunda edición en un sólo tomo de más de setecientas páginas.

Aún cuando existe una distancia temporal de dos décadas entre la publicación en español de *Zapata y la Revolución Mexicana* (1969) y los dos tomos coordinados por Katz, *Reuelta, Rebelión y Revolución* (1990), así como una gran diversidad en los objetos de estudio de los historiadores que nos ocupan,

¹ La Secretaría de Educación Pública en colaboración con Siglo XXI Editores publicó la Colección Cien de México, que según los propios editores son "Cien textos fundamentales para el mejor conocimiento de México". Sobresale la edición cubana de *Zapata y la Revolución Mexicana* con un tiraje de 90 000 ejemplares.

podemos afirmar que todos ellos parten de una premisa común: la nueva historia social o historia "desde abajo".

4.1 El punto de partida: la historia "desde abajo"

Para el conjunto de los estudiosos norteamericanos la imagen de la historia convencional dominante hasta mediados de este siglo, operó como modelo negativo, es decir, como un conjunto de prácticas e intereses que había que abandonar. Entre algunos de los puntos que se criticaron fuertemente destaca el enfoque o visión de la historia "desde arriba", es decir, el relato de los acontecimientos desde el punto de vista de las élites, de los héroes, de los vencedores, un relato que privilegió especialmente el estudio de los Estados más que de las sociedades. El paradigma tradicional había escrito la historia a partir de las opiniones y actos de líderes, gobernantes, o personajes destacados de la política y la economía de un país, así que la tarea que se impuso así misma la nueva historia social fue la de recuperar las visiones de los grupos populares, de las clases marginadas y de los sectores olvidados por la historiografía convencional (obreros, campesinos, etnias, mujeres, etc.).

John Womack² se inspiró en la obra del historiador británico Richard Cobb³, quien había escrito sobre los ejércitos revolucionarios franceses, y decidió hacer

² John Womack Jr., nació en Norman, Oklahoma, Estados Unidos, en 1937. Es Doctor en Historia por la Universidad de Harvard. Su tesis doctoral fue *Emiliano Zapata and the Revolution in Morelos, 1910-1920*, que se publicó en español bajo el título de *Zapata y la Revolución Mexicana* (1969). Este libro ha sido traducido y publicado en México, Cuba, Francia, Italia, Alemania y Japón, por lo cual ha obtenido uno de los públicos más extensos que cualquier otro trabajo sobre Latinoamérica. Womack ha enseñado historia latinoamericana en la Universidad de Harvard desde 1965. Ahí ha sido Director del Departamento de Historia. También es un colaborador frecuente de *New York Review of Books* y Editor de *Marxist Perspectives*. Por recomendación de uno de sus profesores, había comenzado una investigación sobre la violencia agraria en Colombia pero, después de algunos intentos fallidos, eligió México como país de estudio por dos motivos: primero, la historia de los movimientos agrarios era una cuestión que podía "entender" porque este había sido el tema de sus tesis de licenciatura (sobre los arrendatarios agrícolas en Oklahoma); segundo, a pesar de que otros países latinoamericanos habían tenido movimientos agrarios similares, en el momento que inició su investigación era más fácil obtener información sobre México. Véase Henry Abelove (comp.), *Visions of History*, Nueva York, 1984, pp. 247-263.

³ Richard Cobb fue profesor de historia en Oxford, aunque es de nacionalidad inglesa gran parte de su obra la dedicó al estudio de temas de la historia francesa, entre ellos los *sans-cullottes*. Su obra más conocida es *Les armées révolutionnaires. Instrument de la terreur dans les départements*, París Mouton & Co., *Ecole Pratique des Hautes Etudes, Sorbonne*, París, 1961 y sobre el problema de la subsistencia en la sociedad tradicional francesa escribió, *La protestation populaire en France*, trad. del inglés de Marie-France Palomera, Calmann-Lévy, París, 1975. En opinión del historiador

un estudio sobre el ejército revolucionario sureño, pero "lo que había comenzado acerca del ejército zapatista se convirtió en el estudio del movimiento zapatista, y éste no podía ser separado de los pueblos".⁴ El interés central de Womack era entender cómo surgió y se organizó el movimiento zapatista, cuáles eran sus fortalezas y debilidades. Así, en el prefacio advierte al lector:

Incluido en este libro va un relato, y no un análisis, de cómo tuvo lugar la experiencia de los campesinos de Morelos, de cómo su anhelo de vivir una vida tranquila, en un lugar con el que estaban familiarizados, dio lugar a una lucha violenta, de cómo llevaron a cabo sus operaciones, de cómo se comportaron cuando fueron dueños del territorio y cuando estuvieron sometidos, de cómo finalmente volvió la paz y de cómo entonces los trató el destino. Zapata ocupa un lugar destacadísimo en estas páginas no porque él mismo tratase de llamar la atención sobre sí sino porque los campesinos de Morelos lo hicieron su jefe y constantemente acudieron a él para que los guiara, y porque otros campesinos de la República hicieron de él su paladín. A través de él, los campesinos se abrieron camino en la Revolución mexicana. Si la suya no fue la única clase de experiencia revolucionaria, sí fue, creo yo, la que tuvo mayor significación.⁵

Cuando Womack comenzó su investigación sobre el movimiento zapatista, a principios de los años sesenta, no había mucha información sobre los miembros de la guerrilla zapatista, no obstante, gracias a la consulta de archivos poco conocidos y sus contactos personales con historiadores y varias personajes de la época pudo redactar su tesis sobre la composición y organización del ejército zapatista.

Después de una década de la publicación del libro de Womack, en 1979, la socióloga norteamericana Heather Fowler Salamini criticaba a los historiadores que "tienden a descuidar el estudio de los movimientos políticos regionales que no han ocasionado cambios profundos en la estructura de la sociedad (bajo el supuesto de que) sólo deben ser registrados como casos marginales en la historia".⁶ Para esta autora, los estudiosos de los movimientos campesinos tenían

francés Le Roy Ladurie, Cobb es uno de los historiadores más prominentes en el tema de los *sans-cullottes*, al que describe como "historiador de archivos (que) ejerce al máximo su elocuencia", en Emmanuel Le Roy Ladurie, *Entre los historiadores*, Trad. de Tomás Segovia, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, p. 146.

⁴ Abelove, *op. cit.*

⁵ John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, Secretaría de Educación Pública y Siglo XXI Editores, México, 1985, pp. XI-XII.

⁶ Heather Fowler Salamini, es profesora de Historia en la Universidad Bradley, en Peoría, Illinois. Tiene títulos de la Universidad de Toronto (M.A., 1963) y de la American University (P.H.D., 1970).

el deber de recuperar la historia de los grupos olvidados y de regiones poco atendidas por la historiografía de su época, por lo cual declaró en la introducción a su libro *Movilización campesina en Veracruz*:

He tratado de analizar la marginalidad política del movimiento campesino de Veracruz desde el punto de vista de sus protagonistas, es decir, desde el punto de vista de los perdedores políticos. Ha inspirado mis esfuerzos la observación de Irving Horowitz, de que el modo más fructífero de analizar los acontecimientos es escribir la historia desde el punto de vista de quienes ya no tienen historia, desde el punto de vista de los perdedores, de los relegados al cesto de la historia por los conserjes de la sociedad.⁷

Mientras que para el estudioso austriaco, Friedrich Katz⁸, el debate académico en torno a la figura de Villa y el movimiento que dirigió todavía no

Ha publicado artículos en *Historia mexicana* y en *Contemporary México*. Además, es autora de *The agrarian revolution in the state of Veracruz, 1920-1940. The role of peasant organizations*, Washington American University 1970, 602 pp. y de *Agrarian Radicalism in Veracruz, 1920- 1938* (University of Nebraska Press, 1978).

⁷ Heather Fowler Salamini, *Movilización campesina en Veracruz, 1920-1938*, Siglo XXI Editores, México, 1979, p. 9.

⁸ Friedrich Katz nació en Austria en 1927 y, junto con su familia, llegó a México en 1940 en busca de asilo político. Estudió en el Liceo Franco Mexicano donde se graduó en 1945. Posteriormente se inscribió y graduó en el *Wagner College* (1948), en Staten Island, Estados Unidos, pero de nuevo regresó a México para asistir a cursos de posgrado en el Instituto Nacional de Antropología e Historia y "así empezó su capacitación profesional como historiador". Al año siguiente regresó a Austria, país que poco recordaba, para estudiar el doctorado en la Universidad de Viena. Su tesis de doctorado, *Las relaciones socioeconómicas de los aztecas en los siglos XV y XVI*, fue publicada en alemán en 1956 y en español en 1967. Katz ocupó una vacante en el departamento de historia de la Universidad de Humboldt, en Berlín Oriental, para lo cual tuvo que realizar una tesis posdoctoral (*habilitationsschrift*) que se publicó en 1964 bajo el título *Deutschland, Diaz un die mexikanische Revolution*, cuyo tema eran las relaciones germano-mexicanas durante el periodo revolucionario. A petición de editores mexicanos y norteamericanos, en 1970, Katz revisó este libro con el objetivo de actualizarlo y publicarlo en español e inglés, pero terminó por escribir un libro diferente: *La guerra secreta en México: Europa, Estados Unidos y la Revolución Mexicana*. Así, Katz señaló en la introducción a esta obra que "Toda la urdimbre de las políticas internacionales, la interacción entre los intereses económicos y sus gobiernos, y su papel en los trastornos políticos y sociales de la emergente revolución tuvieron que ser explicados". En 1968, Katz impartió la cátedra de historia como profesor huésped en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Un año después fue invitado por la Universidad de Texas. Una vez instalado ahí, la Universidad de Chicago le ofreció la cátedra de historia latinoamericana. A partir de 1971 Katz se trasladó a Chicago y ahí ha permanecido desde entonces. Esta breve semblanza biográfica nos permite observar que la formación académica de Katz ha sido de lo más variada, geográfica y culturalmente, pero, como afirma Coatsworth "Katz encontró la Universidad de Chicago estimulante y a su gusto; sus años en ella han sido extraordinariamente productivos. No obstante, lo más impresionante de su trabajo desde que se mudó a Estados Unidos es su coherencia y consistencia con su obra anterior. No volvió a su interés por la historia precolombina, pero continuó su devoción por la historia social y la política exterior del periodo de la Revolución Mexicana. Antes de mudarse a Chicago ya había empezado a estudiar a Pancho Villa y el movimiento villista. Residir en Chicago le facilitó a Katz llevar a cabo su investigación en México y Estados Unidos; lo acercó a otros historiadores de México y América Latina, incluyendo a los muchos graduados que se

contaba con bases sólidas para sostener argumentos en pro o en contra del caudillo del norte, debido a "la falta de un conocimiento real acerca de la composición social del movimiento villista, de la ideología de Villa y de los cambios que realmente se realizaron en los territorios que controló durante casi dos años. Esto es especialmente cierto en relación con el aspecto agrario de su movimiento".⁹ Por otro lado, John Tutino subrayó que la preocupación central de su texto, *De la insurrección a la revolución en México*, era buscar las causas de los levantamientos según las perciben los pobres del campo".¹⁰ Así, su tarea principal la define de la siguiente manera:

Mi objetivo primordial es explicar los actos de la mayoría de los insurgentes que fueron seguidores de los rebeldes. Sin llegar a compartir en todo momento sus intereses con los jefes rebeldes, fueron ellos quienes arriesgaron la vida para emprender movimientos insurreccionales de masas. Pocos entre las decenas de miles de insurgentes mexicanos del campo dejaron constancia de sus metas. Pero es posible estudiar sus actos por medio de la historia social comparada.¹¹

A pesar de la convocatoria abierta por los historiadores norteamericanos desde la década de los sesenta, al parecer no eran suficientes los adeptos a la historia "desde abajo" pues todavía a principios de los ochenta, David Brading anotaba que "si desea lograrse el equilibrio histórico, por lo menos se requiere prestarles tanta atención a los vencedores como a los derrotados"¹², y John Coatsworth subrayó que la producción historiográfica era insuficiente como para equilibrar nuestra comprensión de las luchas agrarias en el campo mexicano, por ello afirmó:

En contraste con la historiografía de otras regiones del mundo, donde terratenientes y campesinos tienen *todos* un papel crucial en el desarrollo de los modernos sistemas políticos, la bibliografía latinoamericana se refiere generalmente a las elites y oligarquías terratenientes como si sólo sus intereses, nunca impugnados por nadie, hubieran determinado tanto la estructura como las estrategias de los regímenes modernizadores en el siglo XIX (...). Podemos

congregaban en Chicago para estudiar con él" en John Coatsworth, "Prólogo" a Friedrich Katz, *Ensayos mexicanos*, Alianza Editorial, México, 1996, p. 12.

⁹ Friedrich Katz, "Movimiento campesino y reforma agraria en el movimiento villista", en David A. Brading (ed.), *Caudillos y campesinos en la revolución mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

¹⁰ John Tutino, *De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750/1940*, Era, México, p. 32.

¹¹ *Ibid.*, p. 9.

¹² Brading, *op. cit.* p. 7.

concluir, en cualquier caso, que se sigue subestimando la importancia de las rebeliones rurales en la historia mexicana (y en la evolución histórica de otras regiones de América Latina), aunque menos que en cualquier otro momento del pasado.¹³

4.2 El tiempo histórico en la narrativa norteamericana de las rebeliones campesinas

En el capítulo uno mencionamos que una de las condiciones de inteligibilidad para el conocimiento histórico es la distancia temporal que existe entre los acontecimientos narrados y el horizonte particular desde el cual escribe el historiador los relatos históricos (Danto); además de conocer el “futuro del pasado”, el investigador puede reconstruir –en la trama histórica- los eventos o estructuras que le interesa representar, a partir de la recolección, selección e interpretación de sus datos y evidencias. Toda reconstrucción del pasado, en tanto representación mediada por la escritura historiográfica es una interpretación particular, es una posibilidad entre muchas otras.

Como se anotó en el primer capítulo de este trabajo, Michel De Certeau afirmó que “empleo la palabra historia en el sentido de historiografía, es decir, que entiendo por historia una práctica (una disciplina), su resultado (un discurso) y la relación entre ellos”¹⁴, lo cual supone estudiar la relación que existe entre un lugar social, varios procedimientos de análisis y la construcción de un texto. En el segundo y tercer capítulo de esta investigación se abordó el lugar social de la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas, donde se trató de mostrar cómo y cuándo surgió dicho lugar como un campo especializado de la historiografía norteamericana (*latin americanists studies*).

En el cuarto y quinto capítulo la atención se centra en algunos procedimientos de análisis de los historiadores estadounidenses que nos ocupan, así como en ciertas características de sus relatos históricos. En este capítulo presentamos dos categorías centrales del análisis histórico: el tiempo y el espacio,

¹³ John Coatsworth, “Patrones de rebelión rural en América Latina: México en una perspectiva comparativa”, en Friedrich Katz (comp.), *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, tomo 1, Era, México, 1990, p. 60.

¹⁴ De Certeau, *op. cit.*, p. 67.

pues gracias al uso de estos conceptos es posible pensar y entender los acontecimientos del pasado que se reconstruyen en los libros de historia. Aunque el historiador utiliza distintos tipos de técnicas en sus investigaciones, lo propio de la disciplina de Clío es transformar una serie de sucesos reales en una historia (*story*) situada en un lugar y tiempo determinados.

La pretensión más importante de la historia profesional es narrar los acontecimientos que han sucedido realmente en el pasado pero, según lo dicho al inicio de este trabajo (apartado 1.2), lo "real" es configurado por el relato que construye el historiador. Para llevar a cabo esta configuración las nociones de tiempo y espacio son fundamentales porque permiten al historiador conectar el tiempo-espacio físicos con el tiempo-espacio universales. Sólo a partir de este vínculo o mediación es posible hablar de un tiempo y espacio propiamente históricos:¹⁵ Desde luego, el historiador utiliza estas categorías como instrumentos de pensamiento sin preguntarse sobre sus condiciones de posibilidad o sobre el significado que tienen para su investigación; no tiene por qué hacerlo porque el tiempo y el espacio son su punto de partida.

La temporalidad y el espacio son dos categorías centrales del pensamiento histórico que permiten al investigador establecer cuándo y dónde ocurrieron los acontecimientos que son relevantes para su estudio, pero también son ligas que le ayudan a marcar un principio, un medio y un final en su relato histórico, esto es, la configuración propiamente dicha de la narrativa histórica. El orden o secuencia de las narraciones históricas exige el manejo de distintos niveles temporales y espaciales; así, podemos hablar del tiempo histórico como un tiempo del calendario. Éste es un tiempo que registra la vida de las sociedades y la vida de los individuos en sociedad, es pues un tiempo socializado por eso es posible señalar un comienzo y un final en cualquier relato histórico; además, podemos identificar acontecimientos "significativos", es decir, que le dan "sentido" a la narración que escribe el historiador.

¹⁵ Paul Ricoeur, "Entre el tiempo vivido y el tiempo universal: el tiempo histórico", en *Tiempo y Narración III*, Siglo XXI Editores, México, 1996, p. 777.

Con el tiempo histórico podemos determinar un aquí y ahora, podemos ir en retrospectiva del presente al pasado y viceversa; los acontecimientos son marcados en el tiempo, de acuerdo a un punto fijo o momento axial definido por el historiador, y aún más “Nos dice en sentido propio dónde estamos en la vastedad de la historia, cuál es nuestro sitio en la sucesión infinita de los hombres que han vivido y de las cosas que han sucedido”.¹⁶ A continuación se presenta al lector el uso de la temporalidad de los historiadores norteamericanos, divididos en dos grupos: los que ubican su trabajo en un tiempo corto y los que abordan un tiempo largo.

4.2.1 Las visiones de mediano plazo

Del conjunto de textos históricos que analizamos, cuatro de ellos manejan una escala temporal de corto y mediano plazo (Womack, Fowler, Katz y Meyers); en el otro extremo, los estudios de Tutino, Hu-DeHart, Coatsworth son investigaciones de índole más ensayística y fuertemente interpretativas ya que su interés central es observar distintos modelos de rebelión agraria a lo largo de varios siglos; aún a pesar de los riesgos que supone para el historiador manejar lagunas, vacíos o discontinuidades de las fuentes documentales sobre las luchas campesinas en períodos tan extensos. A estos historiadores les pareció conveniente abordar su investigación a partir del análisis de la producción historiográfica acumulada hasta mediados de la década de los ochenta.

Womack, Katz, Meyers y Fowler centraron su análisis en el periodo revolucionario aunque con énfasis diferentes. Mientras que los textos de Womack y Katz cubren la década que va de 1910 a 1920, Meyers sólo dedicó su atención a la movilización popular de La Laguna durante el primer año de la revolución, 1910-1911; por su parte, Fowler emprendió el estudio de la movilización campesina en Veracruz durante la etapa posrevolucionaria que va de 1920 a 1938. Aunque estos cuatro académicos norteamericanos extienden su relato hacia atrás –hasta principios del siglo XIX- o hacia delante –hasta mediados del siglo XX-, las escalas temporales que privilegian en sus investigaciones son los ciclos cortos y de

¹⁶ *Ibid.*, p. 789.

mediano plazo, o, siguiendo el modelo braudeliano, el tiempo de los acontecimientos y coyunturas históricas.¹⁷

Para estos cuatro autores, la revolución mexicana como suceso nacional y regional tuvo sus orígenes en procesos de mediano plazo como la rápida expansión del capitalismo durante toda la etapa porfirista, cuyos efectos sociales fueron, en el caso de Morelos, una nueva opresión de los terratenientes sobre los agricultores y la expropiación masiva de tierras comunales (Womack); en el caso de la sociedad norteña, hubo una migración masiva de trabajadores temporales hacia la Laguna y el despojo de tierras de las colonias militares en Chihuahua (Meyers y Katz).

Tanto para Womack como para Katz, hacia finales del siglo XIX “los países latinoamericanos fueron absorbidos en grado cada vez mayor por el frenético desarrollo del capitalismo mundial”¹⁸, fue entonces cuando los campesinos sureños se enfrentaron a los hacendados y al gobierno porfirista¹⁹, en tanto que la sociedad rural fronteriza del norte, de carácter tradicional, se transformó en una sociedad moderna pero socialmente polarizada.

A pesar de las diferentes estructuras agrarias regionales del norte y sur del país, Womack y Katz identificaron como denominador común en ambas regiones la existencia de una tradición de lucha agraria que en el caso de los zapatistas se remontaba hasta la época de independencia, pasando por la Guerra de Reforma y la Intervención Francesa, así “la rebelión zapatista formaba parte de aquella tradición”; en el norte del país, los colonos militares también habían adquirido una

¹⁷ El tiempo de la historia se divide entre el acontecimiento, la coyuntura y la larga duración, según la propuesta de Braudel. La historia tradicional, el paradigma dominante del siglo XIX, es una historia escrita sobre los acontecimientos, los fenómenos cotidianos, la vida de los individuos día a día; es el tiempo por excelencia del cronista, del periodista. Para la primera mitad del siglo XX, este tipo de relato de “corto aliento” cedió su lugar central a un nuevo modo de relato histórico, el relato de la coyuntura, que trabaja con decenas, veintenas o cincuentenas de años; la historia económica y social produjeron la mayor producción escrita con este enfoque temporal; la historia de larga duración, es el tiempo de las estructuras, de las “arquitecturas” de marcha lenta; todos los niveles temporales se comprenden a partir de la larga duración, todo gravita en torno de ella. Es, para el historiador francés, una de las posibilidades del lenguaje común para la confrontación de las ciencias sociales. Véase, Fernand Braudel, “Historia y ciencias sociales. La larga duración” en *Escritos sobre Historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

¹⁸ Friedrich Katz, *La Guerra secreta en México*, 2ª. Ed. en un tomo, Era, México, 1998, p. 19.

¹⁹ Womack, *Zapata*, cap. II.

tradición guerrera a lo largo del siglo XIX como resultado de su lucha contra las incursiones apaches en sus tierras. Sin embargo, en opinión de Katz, las tradiciones de revuelta rural mostraron patrones distintos que continuaron hasta la revolución mexicana:

En consecuencia las revueltas rurales solían ser mucho más autónomas en el centro de México que en la periferia. Estas tradiciones divergentes pueden haber constituido una de las causas originales de las profundas diferencias entre los movimientos rurales del centro y del norte de México en la revolución de 1910. De acuerdo con la tradición del siglo XIX, los campesinos revolucionarios de Morelos produjeron sus propios dirigentes, mientras que los campesinos del norte siguieron dejando que los caudillos los encabezaran.²⁰

A estas dos causas de mediano plazo –acelerada expansión capitalista y tradición de lucha campesina–, los dos autores sumaron otros factores de tipo coyuntural o inmediatos tales como: sequías recurrentes, crisis económica en el vecino país, incremento del precio de alimentos, desempleo y caída de los salarios, así como la falta de espacios políticos para resolver los conflictos por la tierra debido al predominio de gobiernos oligárquicos en Morelos y Chihuahua.

Una vez que establecieron las causas mediatas e inmediatas de la movilización campesina y popular en cada región, Womack y Katz proceden a reconstruir el desarrollo de los dos movimientos sociales más importantes de la revolución mexicana, es decir, el zapatismo y el villismo. Tanto para uno como para otro, las fuerzas populares que dieron vida al huracán revolucionario fueron cambiando según los acontecimientos, por lo cual consideraron importante analizar cómo surgió la protesta rural, cómo se transformó ésta en algo más que un motín, es decir en una *revuelta* y finalmente cómo se convirtió ésta en una *revolución*.

La reconstrucción de los movimientos zapatista y villista fueron el eje de análisis de todo el trabajo de Womack y de buena parte de la investigación de Katz, respectivamente; al seguir el curso de cada uno de los ejércitos populares, su origen, movilización y organización nos mostraron cómo y en qué dirección operó el cambio social. Con el objeto de analizar cuál fue el desarrollo de cada movimiento social, los estudiosos del vecino país del norte distinguieron fases o

etapas de la lucha campesina y popular. Para Womack el movimiento zapatista tuvo cuatro fases principales, la primera comenzó con el levantamiento armado local de varios pueblos morelenses en 1910 y terminó con el enfrentamiento de Zapata y Madero en octubre de 1911. Durante estos meses a Zapata no se le reconoció autoridad fuera de su región y fueron pocas las comunidades que tomaron el camino de las armas. Por ello, la lucha agraria sólo fue una *revuelta* campesina.

La segunda fase abarcó el gobierno de Madero y la política de represión hacia sus antiguos aliados en Morelos, política que sólo incrementó las fuerzas rebeldes simpatizantes de Zapata (1911-1913). Ante la falta de organización, "la acción que los zapatistas llevaron a cabo en Morelos fue más un motín rural que una rebelión". La situación se modificó a principios de 1913, porque mientras Huerta luchó contra los revolucionarios de la región norteña, los rebeldes sureños pudieron integrarse en una gran coalición revolucionaria bajo el mando de Zapata: El Ejército Libertador del Sur.

De esta manera comenzó la tercera etapa del movimiento zapatista, un movimiento mucho más grande, organizado y profesional dirigido por una junta revolucionaria, "ahora (eran) un poder firmemente establecido en el estado".²¹ Al mismo tiempo que los campesinos morelenses habían creado una poderosa organización militar, la revolución mexicana que había sido principalmente una *revolución política* se transformó en una *revolución social*.

La cuarta fase (1914-1915) comenzó con la instauración de un gobierno civil zapatista, independiente de la jefatura constitucionalista, y fortalecido por revolucionarios "profesionales" –intelectuales anarcosindicalistas– que enarbolaron el agrarismo como el elemento más importante de la política nacional. Durante esta fase "la *revolución* se llevó a cabo con todo vigor" (cursivas mías), es decir, los campesinos se dedicaron a materializar la "utopía campesina".²²

²⁰ Friedrich Katz, "Las rebeliones rurales a partir de 1810", en Katz, *Revuelta*, p.187.

²¹ *Ibid.*, p. 158.

²² *Ibid.*, p. 236.

La quinta y última fase abarcó el reconocimiento norteamericano *de facto* al gobierno de Carranza (octubre de 1915), y la derrota de los villistas en el norte y centro norte del país hasta la muerte de Zapata en 1919. La ruina de la revolución agraria en Morelos no fue instantánea sino "un confuso, amargo y desgarrador ir cediendo".²³ Después de una breve defensiva, Zapata fue asesinado por sus enemigos políticos y sus seguidores continuaron luchando, pero "la revolución que vino después, por lo tanto, no fue una derrota local, sino un trasplante, otra feliz colaboración de patrones y protegidos".

Por lo que respecta al movimiento villista, Katz distinguió tres fases importantes, la primera coincide con la periodización de Womack, al señalar que entre 1910-1913 la revolución encabezada por Madero fue una *revolución política*, pero, a diferencia de la protesta popular sureña, en la región norteña los rebeldes del campo y de la ciudad sí tuvieron una dirección organizada: el Partido Antirreeleccionista. La segunda etapa fue de 1913 a 1914 y se caracterizó por un gran levantamiento popular en Chihuahua encabezado por Villa y otros dirigentes campesinos que, al igual que los zapatistas, impulsaron una *revolución social*. Sin embargo, la debilidad de la organización política favoreció las tendencias militares al interior del movimiento villista. Adicionalmente, subraya Katz, Villa no favoreció una inmediata reforma agraria en el estado de Chihuahua por razones de estrategia militar y porque la presión campesina no era tan fuerte como en el caso de Morelos.

Mientras que en el estado sureño los campesinos estaban ocupados con la realización de su "utopía campesina", en el movimiento villista se fortaleció aún más la tendencia militar y surgieron intereses conservadores dentro de las filas revolucionarias en Chihuahua. Después de su derrota militar ante Carranza, comenzó la tercera y última fase del villismo (1915-1920) y durante esos años la División del Norte se transformó en un ejército guerrillero semejante al zapatista pero, a pesar de un renovado crecimiento del movimiento norteño, no logró recuperar el apoyo social que tuvo al principio de la revolución. A la derrota militar se sumó el fracaso político de la Convención Revolucionaria sostenida por villistas

²³ *Ibid.*, p. 243.

y zapatistas. Con todo, el movimiento villista logró subsistir cinco años más como fuerza guerrillera en el estado de Chihuahua.

Hay que destacar que la periodización de la revolución mexicana en dos tipos de revolución, la política y la social, no es sólo para caracterizar la naturaleza de los distintos movimientos revolucionarios sino que conceptualmente ayudan a Katz a anticipar cuál será el final de su historia:

El hecho de que Villa pudiera vender los productos de las haciendas confiscadas en los E.U y adquirir así armas al otro lado de la frontera, le impidió llevar a cabo una reforma agraria en gran escala en las primeras fases de su movimiento. Como resultado de ello, se desencadenó una serie de acontecimientos que acabaron por aislar a Villa del campesinado que constituía la base de su movimiento. (...) La decisión de posponer la reforma agraria, no sólo condenó a Villa a la derrota al hacerle perder el apoyo de los campesinos, sino que también significó el aplazamiento de la reforma agraria en la mayor parte de México por muchos años.²⁴

A pesar de las aportaciones novedosas de la investigación de Katz sobre el villismo, el historiador de Chicago consideró que todavía era insuficiente el conocimiento sobre la composición social de este movimiento popular y los cambios que tuvieron lugar durante los dos años de gobierno villista en Chihuahua. Estas cuestiones las estudió con mayor profundidad durante las dos décadas siguientes a la publicación de *La guerra secreta*, y recientemente dio a conocer los resultados de su acuciosa y brillante investigación en el libro *Pancho Villa*, que se convirtió en un gran *best seller*.

En el estudio sociológico e histórico de Fowler, el movimiento campesino en Veracruz tuvo un carácter "tardío" debido a que surgió después de iniciada la revolución mexicana. En esta entidad la expropiación de tierras comunales estaba "casi completa" hacia 1894, y las rebeliones rurales más importantes de finales del siglo XIX –Ixcatepec, Papantla y Acayucan- habían sido sofocadas rápidamente por las autoridades locales y el ejército federal porfirista. Fue hasta 1915 cuando "la revolución creó profundos cambios sociales que más tarde tuvieron enormes repercusiones en el desarrollo y organización del movimiento campesino en

²⁴ Brading, *op. cit.*, p. 86.

Veracruz²⁵; durante los años de lucha revolucionaria surgieron varios grupos guerrilleros y dirigentes campesinos en la región y "la mayoría de la población agrícola se hizo más móvil, abierta al exterior y susceptible de politizarse", sin embargo no hubo líderes agrarios –al estilo de Zapata o Villa- capaces de impulsar un movimiento social poderoso que se enfrentara a la élite terrateniente, anotó Fowler.

No es sino a principios de la década de los veinte cuando aparecieron condiciones propicias para la movilización campesina, tales como la alianza de grupos campesinos con organizaciones obreras, movimientos de arrendatarios y el Partido Comunista local; estos grupos externos proporcionaron el elemento indispensable, según la académica norteamericana, para la organización campesina: una dirección no campesina. Para Fowler, gracias a la presencia de los agentes urbanos en las comunidades rurales fue posible que los campesinos trascendieran su horizonte local y tradicionalista. Pero la *coyuntura* política decisiva, afirma Fowler, fue la alianza de los hombres del campo con el gobernador Adalberto Tejeda, ya que:

El movimiento campesino nunca se hubiera desarrollado más allá de sus etapas formativas si no hubiera sido por el surgimiento de un líder no campesino, de antecedentes urbanos. El ascenso del Coronel Adalberto Tejeda Olivares a la gubernatura del estado, poco después de la rebelión de Agua Prieta en 1920, tuvo un impacto tan profundo en la organización campesina que fue el factor determinante del movimiento campesino.²⁶

Durante la primera fase de la movilización popular en Veracruz se creó la primera Liga Campesina estatal cuyo carácter radical la distinguió de otras organizaciones del mismo tipo (1920-1929); la segunda etapa estuvo marcada por la creación de un "bloque político" tejedista-campesino que logró la "hegemonía" política y militar en la entidad y fue la "edad de oro del agrarismo" porque durante estos años (1919-1932) se realizó la distribución de tierras "más rápida que se recuerde". en la historia posrevolucionaria de Veracruz, sólo entonces hubo una verdadera transformación de la estructura agraria en el estado, afirmó la académica norteamericana. Durante esta fase la influencia de los actores externos

²⁵ Fowler, *op. cit.*, p. 31.

–el Partido Comunista y el gobernador Tejeda- “tuvieron un efecto acumulativo sobre el desarrollo de la organización campesina”²⁷ porque la ideología radical proporcionada por el primero se complementó con las acciones agraristas del segundo.

Sin embargo, la dirección del movimiento campesino –externa y urbana- no logró dar un salto “cualitativo”, es decir, la dirección no se transformó en un movimiento nacional, con una ideología definida, una dirección orgánica y programas e instituciones propias opuestas a las de los grupos dominantes debido a que los líderes agrarios se preocuparon más por su bienestar personal que por las demandas del movimiento campesino veracruzano, a juicio de la socióloga-historiadora.

Por este motivo, la tercera y última fase del movimiento campesino veracruzano comenzó con el declive de la gobernatura tejedista, hacia 1933, pero el final del “bloque político” no fue estrepitoso sino que duraría todo el resto de la década de los treinta; durante esos años los campesinos organizados estuvieron a la defensiva, la clase terrateniente emprendió un ataque sistemático contra los agraristas, y por consiguiente aumentó el nivel de violencia agraria. Hacia finales de la tercera década del siglo XX, la Liga campesina estatal había sido incorporada a la CNC y la dirigencia campesina se había burocratizado (1938-1940).

A medida que el movimiento campesino veracruzano se transformó en una organización burocrática, la distancia entre las aspiraciones campesinas y el papel de los líderes fue mayor hasta convertir a la Liga campesina estatal en un mero “cascarón”. En consecuencia, afirma la autora, a partir de los años cuarentas no existió un “verdadero movimiento campesino”, por lo tanto no existe una “verdadera historia del movimiento campesino en Veracruz” después de esa fecha (cursivas mías).

²⁶ *Ibid.*, p. 45.

²⁷ *Ibid.*, p. 110.

4.2.2 Las visiones de largo plazo

En el otro extremo del corpus historiográfico, los textos de Coatsworth, Hu-DeHart, Tutino fueron investigaciones más recientes pues, con excepción del trabajo de Hu-DeHart (1981), los demás ensayos históricos se publicaron en inglés entre 1986 y 1988. No es casualidad que estos grandes *ensayos interpretativos* hayan aparecido a lo largo de la década de los ochenta, pues los propios autores reconocieron que gracias a la elevada producción historiográfica escrita durante las dos décadas anteriores, fue posible que se aventuraran a establecer modelos e hipótesis de largo alcance temporal y espacial; a pesar de las lagunas y vacíos en las fuentes documentales sobre las luchas campesinas de los últimos tres siglos, los estudiosos consideraron, sin embargo, la pertinencia de llevar a cabo estudios históricos de larga duración.

El libro de Tutino, *De la insurrección a la revolución en México*, es un ensayo de análisis histórico estructural sobre la violencia agraria en el campo mexicano durante el periodo 1750-1940; mientras que el ensayo de Hu-DeHart se ocupa de la continuidad de las rebeliones rurales de la comunidad yaqui, que surgieron entre 1760 y 1940; el trabajo de Coatsworth sólo se dedica a elaborar un retrato cuantitativo de las movilizaciones agrarias latinoamericanas del periodo 1700-1900.

Para los académicos norteamericanos, la pertinencia de los estudios sobre los conflictos agrarios a lo largo de los últimos tres siglos, pero especialmente a finales del siglo XIX y mediados del XX, se justifica a partir de un interés común de las ciencias sociales contemporáneas, a saber: cuál fue el papel de los campesinos en las diferentes rutas de modernización de las sociedades modernas. Particularmente, les preocupa cómo las luchas campesinas se transformaron en una revolución, política y social, y qué resultados tuvo en distintos casos.

Tutino, Hu-DeHart y Coatsworth comenzaron sus grandes relatos sobre el conflicto agrario a partir de las últimas décadas del periodo colonial, hacia finales del siglo XVIII, y concluyeron sus investigaciones hasta la primera mitad del siglo XX; sin embargo, la disponibilidad de fuentes documentales fue la que les permitió

centrar su estudio en ciertas etapas o momentos de su extensa revisión histórica. Tutino dedicó especial atención a los primeros años de la lucha de Independencia, a la década de 1840 y a la revolución mexicana; Hu-DeHart revisó con detalle la primera rebelión yaqui en 1765 y el periodo nacional 1821-1880. Coatsworth destacó que el mayor número de textos históricos abordaron el estudio del siglo XIX, por lo cual comentó con más detenimiento las características de esta escritura histórica.

No obstante las rupturas y discontinuidades de la información documental sobre los distintos periodos analizados, estos tres autores señalaron que, aún cuando sus investigaciones no cumplen con los requisitos de una historia académica convencional, lo realmente importante era construir narraciones con mayor significación histórica. A diferencia del primer conjunto de obras que tienen un periodo temporal más acotado en la revolución mexicana, y que analizan a los movimientos campesinos como movimientos sociales, en este segundo bloque de trabajos históricos la temporalidad se abrió hasta abarcar dos o más siglos de la historia mexicana.

Como el cambio social se estudió a largo plazo, los historiadores utilizaron modelos o patrones de revueltas y revoluciones campesinas; para Tutino las luchas rurales paulatinamente se transformaron de "insurrecciones" a "revoluciones" agrarias; mientras que para Hu-DeHart predominó la "resistencia cultural" yaqui a lo largo de los últimos tres siglos. En opinión de Coatsworth los movimientos agrarios más difundidos en los últimos años del siglo XIX, los levantamientos de pueblos y las coaliciones populares- a pesar de su orientación "hacia el pasado"-tuvieron consecuencias revolucionarias en la transición de las sociedades tradicionales a otras de carácter moderno.

Al ser los modelos conceptuales los que guían a esta literatura histórica, prevalece la historia "externa" de las luchas campesinas, es decir, el énfasis en las condiciones, causas, contexto y resultado de los levantamientos agrarios y pasan a segundo plano o se omiten las características "internas" de los movimientos rurales como son la composición social, el liderazgo, la organización, ideología, entre otras.

Las categorías de periodización no son las fases o coyunturas, sino las tendencias y procesos de largo plazo, así como las estructuras -económicas, sociales, políticas y culturales-, y la continuidad y/o cambio de las relaciones sociales agrarias. El método comparativo es otra herramienta de investigación de estos tres historiadores, para diferenciar los patrones de rebelión rural en un *continuum* histórico y según distintos escenarios espaciales (un país o varias regiones).

Sin embargo, aunque estos cuatro académicos norteamericanos coinciden en varios aspectos en el protocolo de sus investigaciones -ampliaron la escala temporal de sus relatos, usan modelos de luchas campesinas, comparan estos patrones en el largo plazo y distintos espacios, y se interesan más por el cambio social histórico que por la continuidad-, existen diferencias notables en el manejo de la temporalidad. El largo periodo de dos siglos revisados por Coastworth sólo sirve como un mero "registro" contable para distinguir el aumento de las revueltas rurales durante el periodo 1820-1900, y un cambio en el patrón de los conflictos agrarios -aparecen los movimientos campesinos aliados con caudillos regionales y aliados a movimientos políticos nacionales-, para luego observar una disminución drástica de las rebeliones campesinas durante el porfiriato (1876-1910).

Los relatos históricos que extienden su visión en el largo plazo, comenta Coatsworth tienden a dar explicaciones "estructurales", es decir, subrayan las tendencias generales que produjeron cambios "sistémicos", mientras que los estudios en el corto plazo tienden a privilegiar las explicaciones en base a las fluctuaciones económicas y políticas. Así, "El vínculo entre tendencias económicas y política estatal parece especialmente importante al comparar los levantamientos de pueblos de los Andes y Mesoamérica entre 1820-1870".²⁸

Sin embargo, a juicio de Coastworth, el aumento inusitado de revueltas rurales después del siglo XVIII, así como la estrategia a la "ofensiva" de las luchas campesinas entre 1840 y 1880, se debe a una *tendencia política*: la debilidad del Estado nacional, esto porque:

²⁸ Coastworth, *op. cit.*, p. 51.

La independencia modificó los determinantes políticos de la revuelta rural (...). Los gobiernos débiles eran ineficaces recaudadores de impuestos. La depresión económica aminoró el incentivo para la usurpación de tierras comunales (...). La autonomía de los pueblos sobrevivió y tal vez quedó reforzada, incluso, después de la independencia.²⁹

Durante el periodo 1700-1820 el principal patrón de revuelta rural fue el levantamiento de pueblos autónomos en la esfera local, mientras que para el siguiente medio siglo los movimientos regionales interclasistas dirigido por líderes criollos o mestizos y por caudillos fueron el modelo de conflicto agrario más importante, según el autor. De nuevo, la esfera política es la que permitió superar el conflicto y la diversidad de los distintos grupos rurales, en opinión de Coatsworth, ya que ésta "representaba el único medio viable para unificar a la comunidad rural y los intereses de clase".³⁰

Siguiendo la interpretación del historiador norteamericano, las constantes luchas rurales del siglo XIX fueron un "proceso de ensayo y error" para los campesinos que aprendieron a incluir sus demandas en las luchas políticas, de ahí que "la crisis política de 1910-1911 desencadenó un huracán para el cual todo un siglo de luchas había preparado ya a una gran parte de la población del centro de México".³¹

No obstante la articulación de las luchas campesinas con las luchas políticas nacionales, para este historiador, el significado histórico de los movimientos agrarios no es muy claro pues afirma que durante los siglos XVII-XIX,

mientras que los esclavos buscaban liberarse de la servidumbre, la población rural de México y los Andes luchaba por objetivos que los historiadores no han podido identificar como tan claramente modernos. Las revueltas rurales del siglo XIX en estas regiones planteaban demandas de tierras comunales y preconizaban el autogobierno colectivo y la autonomía del pueblo indio colonial. Los indios se convertían en campesinos afirmando un modelo del pasado.³²

Paradójicamente, afirma Coatsworth, aunque las rebeliones rurales apuntaban hacia el pasado, éstas tuvieron importantes consecuencias para el futuro de la sociedad mexicana en su conjunto: "En los años 1840 y 1850, las

²⁹ *Ibid.*, p. 55.

³⁰ *Ibid.*, p. 58.

³¹ *Ibidem.*

rebeliones rurales contribuyeron a poner el sistema de propiedad agrícola al borde del colapso y la desintegración en muchas zonas de México"³³, en consecuencia, el poder de la élite terrateniente se debilitó y fue posible una evolución más democrática, así fuera por un breve periodo (la República restaurada).

Por el contrario, la derrota de los levantamientos agrarios, como la del pueblo yaqui y el de Tomóchic, favoreció la vía autoritaria de la modernización en México. Posteriormente, la Revolución Mexicana a través de las rebeliones rurales destruyó a la oligarquía terrateniente, impulsó la reforma agraria cardenista de los treinta y, por ende, favoreció un desarrollo industrial más rápido que en otras regiones donde las élites rurales habían conservado el poder.³⁴

La antropóloga-historiadora, Evelyn Hu-DeHart, se ocupó de las revueltas y resistencia cultural yaqui a lo largo de cuatro siglos, desde finales de la colonia hasta mediados del siglo XX; a pesar de que identifica cambios en los patrones de rebelión indígena, esta autora subrayó la *continuidad* histórica de las luchas de este grupo rural, pues "Durante tres siglos, los yaquis resistieron los cambios culturales dirigidos por los estados seculares y lograron movilizarse cuando sentían amenazada su integridad territorial y su particular modo de vida".³⁵

Hu-DeHart utilizó la periodización clásica de la historiografía mexicana, es decir, la era colonial, el periodo independiente, el siglo XIX, el porfiriato, la revolución mexicana y la etapa posrevolucionaria. Al igual que el resto de los autores, parte del supuesto de una estabilidad social agraria durante la colonia debido, principalmente, a que en la frontera noroccidental existía un "equilibrio demográfico" entre los colonos españoles, jesuitas e indígenas yaquis; la "paz jesuita" fue resultado de la unidad y seguridad que proporcionaron, durante más de dos siglos, a las misiones donde concentraron a la población indígena de la región.

El cambio o ruptura de la estabilidad social sobrevino a causa de varios factores que, hacia finales del periodo colonial terminaron con la "unidad y

³² *Ibid.*, p. 57.

³³ *Ibid.*, p. 61.

³⁴ *Ibid.*

seguridad" social; la autora aborda tendencias de mediano y corto plazo, entre ellas las reformas borbónicas con la consecuente secularización de las misiones jesuitas, las mejores oportunidades económicas de mineros y hacendados de la región que incrementó la demanda de la mano de obra yaqui, así como una sequía y hambruna regional.

"Si en todo el periodo colonial sólo se produjo una gran rebelión yaqui, el siglo XIX se distingue por revueltas yaquis casi continuas que tomaron diversas formas", afirma Hu-DeHart; sin embargo, la falta de información sobre la sociedad tribal interna, después de la independencia, limita el análisis de la autora acerca de los cambios que tuvo a lo largo del siglo decimonónico, por eso subraya que, a pesar de los cambios externos que amenazaron la subsistencia y modo de vida tradicional yaqui, éste sobrevivió gracias a la fuerte identidad y resistencia cultural del grupo étnico.

Entre las modificaciones más importantes del siglo XIX que tuvieron repercusiones en las revueltas rurales del noroeste, a juicio de la académica norteamericana, destacan procesos y tendencias externas: el surgimiento del Estado nacional con la consecuente aparición de nuevas instituciones como el municipio y el ejército que entraron en conflicto con las instituciones tradicionales de la comunidad indígena –autonomía local–, por un lado; y el aumento de la inmigración y colonización del territorio yaqui durante la segunda mitad del siglo XIX, por otro lado. Así pues, son las grandes fuerzas o estructuras económicas y políticas las que explican el aumento de las rebeliones rurales a lo largo del extenso periodo de estudio que abarca Hu-DeHart.

Del mismo modo que Coatsworth, Katz, y Tutino, Hu-DeHart asegura que entre 1820 y 1887, las revueltas indígenas no sólo eran numerosas y eficaces sino que incluso llegaron a crear y fortalecer una "Nación yaqui", pues durante estos años los miembros de este grupo étnico eran la principal fuente de mano de obra, indispensable para los mineros y hacendados de la región noroccidental. Gracias a la dependencia mutua entre yaquis y empresarios, según la lógica de esta historiadora, la "resistencia cultural" de los indígenas se prolongó hasta mediados

³⁵ Hu-DeHart, *op. cit.*, p. 162.

del siglo siguiente (aunque no aclara cuál es su concepto de resistencia cultural, tal parece que supone la conjunción de una identidad cultural y la resistencia armada).

Después de una efímera paz (1897-1899), la modernización económica porfirista impulsó otra vez la revuelta del grupo indígena sonoreño, pero a diferencia de las luchas anteriores, la rebelión rural se transformó de un problema "local" en una cuestión "nacional", porque el encargado de lograr la pacificación del grupo rebelde fue el gobierno porfirista que entabló una guerra prolongada contra el pueblo yaqui, durante la primera década del siglo XX. Durante esta "guerra sin cuartel", los rebeldes yaquis estuvieron a punto de desaparecer, pero "lo que los salvó de una probable extinción cultural fue la revolución mexicana de 1910"³⁶, afirma Hu-DeHart.

En toda la década revolucionaria de 1910-1920, los yaquis nuevamente se aliaron a distintas fuerzas revolucionarias nacionales (Villistas, Maderistas, Obregonistas), pero con demandas muy particulares: recuperar sus tierras y autonomía política. Al no conseguir estos objetivos, la rebelión indígena continuó; sólo hasta la presidencia de Adolfo de la Huerta los yaquis lograron "reemprender su propia forma de vida, aunque a cambio tuvieron que aceptar la superioridad del Estado mexicano y la convivencia con los colonos.

En 1926 todavía surgió "un breve levantamiento de poca importancia contra Obregón", pero pronto fue sofocado. Más adelante, sin embargo, la situación cambió drásticamente. Hu-DeHart sostiene que "El punto decisivo de la historia yaqui es la reforma agraria de Cárdenas en 1937; a la vez que hacía justicia social al pueblo yaqui, también sentaba las bases para su integración en el sistema económico y social mexicano"³⁷; con el reparto de tierras inició la reconstrucción de las comunidades indígenas y el resurgimiento de la agricultura de subsistencia, consecuentemente, anota la autora, la década de los cuarenta fue una época de estabilidad rural en el Valle del Yaqui.

³⁶ *Ibid.*, p. 156.

³⁷ *Ibid.*

Pero durante la década siguiente, la construcción de grandes presas en la región tuvo graves efectos sobre la autonomía e independencia del grupo étnico, pues "Estos grandes sistemas de riego representaban la moderna tecnología que ha permitido al Estado posrevolucionario mexicano forzar a los yaquis a aceptar cambios impuestos que un siglo de presiones políticas y militares no habían logrado (...), los yaquis dejaron de ser indispensables como mano de obra barata. Así, perdieron su baza más valiosa en la negociación: la demanda de su mano de obra".³⁸

Al mismo tiempo, la integración de este grupo étnico en el sistema económico mexicano erosionó paulatinamente la identidad cultural de las comunidades campesinas, porque disminuyó su independencia económica al disminuir el empleo y aumentó la diferenciación social interna de los pueblos yaquis. El debilitamiento de los lazos de solidaridad y los valores básicos tradicionales, es decir, la "progresiva erosión cultural", a juicio de Hu-DeHart, "explica por qué los yaquis no han podido movilizarse para actuar políticamente en el último medio siglo".³⁹

Finalmente, el libro de Tutino, *De la insurrección a la revolución en México*, es el trabajo más claramente orientado por la sociología histórica interesada en el análisis histórico de las estructuras y procesos a largo plazo, y que trata de explicar distintos modelos de rebelión agraria. Pero a este historiador social no sólo le preocupa saber bajo qué *condiciones* los hombres del campo se rebelan sino también trata de indagar cuáles fueron los *motivos* que los indujeron a tomar las armas.

A excepción de Fowler, Tutino es el único historiador del *corpus* historiográfico que explícitamente parte de un modelo teórico al estilo weberiano, es decir, de un tipo-ideal de la movilización campesina, pero tal modelo sólo es una guía teórica utilizada en un marco histórico. Después de exponer su modelo teórico, elige la sociedad mexicana de los siglos XVIII-XX para ponerlo a prueba.

³⁸ *Ibid.*, p. 159

³⁹ *Ibid.*, p. 163

Su exposición más propiamente histórica –en el sentido tradicional- se centra en el siglo XIX, pero extiende su análisis hacia atrás y hacia delante hasta abarcar cuatro siglos de la historia mexicana; al igual que el resto de los autores, Tutino parte del supuesto de que durante la época colonial prevaleció la estabilidad social y que los pocos conflictos agrarios de los últimos años de la colonia fueron locales y aislados.

Sin embargo, desde la independencia hasta principios del siglo XX, la sociedad mexicana experimentó un largo ciclo de violencia campesina, por lo cual Tutino se plantea indagar qué fue lo que ocurrió entre estos dos grandes periodos, uno de estabilidad y otro de rebelión agraria para tratar de identificar los factores que contribuyeron al establecimiento de la paz social y de la violencia agraria. Según él, el cambio radical se debió a una *transformación estructural* de la agricultura mexicana, provocada por la expansión comercial de algunas zonas, como el Bajío, Jalisco y Tierra Caliente, y el aumento de la población.

Los efectos de esta gran transformación estructural sobre la población rural fueron adversos pues por un lado provocaron incertidumbre en las condiciones laborales de los trabajadores residentes de las haciendas del Bajío, por el otro, alentaron un ataque de las grandes propiedades a las tierras de las comunidades campesinas aledañas a Guadalajara. Entre 1760 y 1820 se gestó un periodo de *compresión agraria* combinada con crisis minera e industrial, crisis política y hambruna ocasionada por sequías subsecuentes; en conjunto, estas condiciones motivaron sentimientos de agravio en los diferentes grupos rurales que los condujeron a participar en insurrecciones agrarias. Así, "Fue el brote de una masiva y sostenida rebelión agraria por primera vez en la historia moderna de México lo que dio significado a Hidalgo y a la revuelta dirigida por él"⁴⁰, afirma Tutino.

No obstante, la rebelión de independencia sólo fue una *insurrección* por dos razones: primero, la transformación agraria fue limitada, porque sólo hubo cambios en Guanajuato y Jalisco hasta el punto de romper la relación de simbiosis entre la hacienda y la población rural; en contraste, en otras regiones como San

Luis Potosí y el Altiplano central la dependencia entre la gran propiedad y las comunidades campesinas permaneció estable o bien la pérdida de autonomía de algunos pueblos ya era cosa del pasado, no como en Jalisco donde fue un suceso rápido. Segundo, la oportunidad política que tuvieron los rebeldes durante la independencia fue "falsa" porque la escisión entre las facciones de la élite rural no era muy profunda y logró mantenerse unida frente a las masas campesinas levantadas en armas. Con todo, afirma Tutino:

los cambios estructurales que suscitó la Independencia nacional dispararon una cadena de procesos que cambiaron la sociedad agraria mexicana de una manera sustancial. Las relaciones rurales pasaron de la explotación estable y simbiótica al enfrentamiento violento.⁴¹

Después de una década de luchas, el Estado nacional fue débil económica y políticamente, la élite terrateniente también enfrentó serias dificultades financieras a causa de la huida de capitales hacia España, las haciendas comerciales redujeron sus ganancias y estos cambios, a su vez, "beneficiaron a los rancheros y a los pobres del campo a costa de las atribuladas elites"⁴²; la expansión de la producción campesina y ranchera y el aumento de arrendatarios de las haciendas favoreció un periodo de *descompresión agraria* entre 1820 y 1880.

Sin embargo, la etapa de descompresión agraria que abarcó casi todo el siglo XIX tampoco fue un periodo de estabilidad social en el campo, por el contrario, en esos años la violencia agraria, a decir del historiador, se volvió "endémica" y se convirtió en la característica principal de las relaciones sociales entre la élite rural y los grupos campesinos. Aquí, debe anotarse un giro en la explicación de este historiador para este periodo, ya que el énfasis centrado en las transformaciones de la estructura agraria precedentes a la insurrección de 1810, ahora lo pone en el surgimiento y consolidación del Estado nacional y su alianza con la élite terrateniente, que buscaba resarcir sus pérdidas económicas con el avance sobre las tierras comunales.

⁴⁰ Tutino, *De la insurrección*, p. 48.

⁴¹ John Tutino, "Cambio social agrario y rebelión campesina en el México decimonónico: el caso de Chalco", en Katz, *Revolución*, tomo 1, p.132.

⁴² Tutino, *De la insurrección*, p. 197.

El modelo teórico del historiador norteamericano queda suspendido como explicación central de las rebeliones campesinas del siglo XIX, para este periodo, el "contexto histórico" es el marco de referencia utilizado por Tutino para entender la oleada de insurrecciones en diversos puntos del país; las guerras internacionales (con Estados Unidos en 1848 y Francia en 1862), la legislación liberal contra la propiedad corporativa de las comunidades campesinas, los conflictos de tierras y aguas entre hacendados y grupos de la población rural y las dificultades financieras del Estado son los factores que explican el predominio del conflicto agrario durante el segundo tercio del siglo decimonónico.

Según Tutino, otro cambio fundamental de las revueltas rurales del siglo XIX, fue la distinta composición social de los principales grupos rebeldes: en 1810 éstos se integraban de trabajadores y arrendatarios dependientes de las haciendas; entre 1840 y 1880, las comunidades campesinas eran el grupo más activo de las revueltas rurales, lo que indicaba, a juicio del autor, el "desmoronamiento" de la relación de simbiosis hacienda-comunidades campesinas. También hubo un cambio espacial ya que los levantamientos campesinos anteriormente locales y aislados, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, comenzaron a coordinar sus fuerzas y demandas hasta llegar a formar movimientos regionales.

Hacia el último tercio del siglo XIX fue en aumento la politización de las protestas agrarias, ya que las comunidades campesinas insertaron su lucha dentro de un contexto político nacional y entablaron constantes revueltas contra el gobierno –aliado a las élites locales-, de este modo, "Los levantamientos de fines de 1870 apresuraron la politización de la violencia agraria que habría de culminar en la revolución de 1910".⁴³ A pesar del fracaso de las revueltas campesinas, según Tutino,

la derrota militar no siempre significa fracaso. Los insurrectos de los decenios centrales del siglo XIX prolongaron las dificultades económicas de quienes pretendían gobernar. Demoraron la consolidación del poder político de los

⁴³ *Ibid.*, p. 231.

liberales. Y aplazaron en forma significativa la puesta en vigor de las leyes que debían privatizar los terrenos comunales.⁴⁴

En otro estudio sobre el conflicto agrario del Altiplano central, el estudioso norteamericano también sostuvo que, gracias a sus luchas, "los campesinos de Chalco obtuvieron la posibilidad de vivir como campesinos durante unas décadas más"⁴⁵. Una vez afianzada la estabilidad política durante el porfiriato, comenzó una época de crecimiento económico que ocasionó nuevas transformaciones estructurales aunque de mayor extensión y mayor intensidad que las de un siglo antes. El resultado de estos cambios sería otro periodo de *compresión agraria*. El aumento de la población y una pujante comercialización agrícola, entre otros factores, redujeron la autonomía de las comunidades campesinas, incrementaron la dependencia e inseguridad de los trabajadores de las haciendas y aumentó la incertidumbre de los aparceros dependientes de los dueños de las grandes propiedades.

Hacia finales del siglo XIX, la evolución social agraria había transitado de una estable relación de simbiosis entre la hacienda y los pobres del campo al "desmoronamiento" lento de dicha relación, hasta llegar al "derrumbe total" a finales del porfiriato. La compresión agraria limitada a dos regiones en 1760-1810, a la vuelta del siglo, se tornó en un largo proceso de descompresión (1820-1880), para luego retornar a otro periodo de intensa compresión; la revolución mexicana de 1910 fue así "una guerra política nacional tan empapada de insurrección agraria que se volvió *revolución social*".⁴⁶ (Cursivas mías).

Al analizar el periodo revolucionario, el autor de nuevo retoma su modelo teórico para comparar el desarrollo de las relaciones sociales agrarias en cuatro regiones de México, afirma que en todas ellas los rápidos cambios sociales, "a menudo en una sola generación" produjeron dos modelos de resentimiento agrario: uno, en el norte y las tierras bajas costeras donde la población trabajadora que vivía bajo una dependencia segura experimentó una creciente inseguridad subordinada; el otro, en el centro-norte y el altiplano central, donde la autonomía

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ Tutino, "Cambio social", p. 133.

⁴⁶ Tutino, *De la insurrección*, pp. 236-37.

comunal combinada con la creciente dependencia de las haciendas también se vio reducida a una subsistencia incierta. Ambas transformaciones fueron un "proceso radical y doloroso" y tuvieron "explosivas e insurreccionales consecuencias", "esos agudos resentimientos comprimidos explotaron con fuerza revolucionaria" en 1910⁴⁷.

A diferencia de la rebelión de Independencia, señala Tutino, en 1910 se dieron las condiciones favorables para una extensa revuelta agraria: la crisis económica se sumó a una grave crisis política que dividió a la élite mexicana y provocó el derrumbe del Estado⁴⁸; las insurrecciones campesinas se transformaron, por ende, en una gran *revolución agraria* (cursivas mías). Así, el movimiento de Zapata "obligó a las facciones revolucionarias a hacer de la reforma agraria el problema social primordial de la época y (a pesar de la derrota zapatista) llevaron a los mexicanos a una transformación revolucionaria".⁴⁹

La Constitución de 1917 reconoció tanto a la propiedad de la élite rural como a la propiedad comunal de los pueblos, por causa de este compromiso contradictorio, según Tutino, persistió la violencia agraria al término de la revolución mexicana durante las dos décadas siguientes. Para este autor el movimiento fue una "insurrección agraria", pero de nuevo abandonó su modelo teórico y su análisis se basa en la investigación de Jean Meyer que la define como un movilización popular, cuyos orígenes fueron los agravios cometidos por el Estado contra los valores y propiedades de los rancheros.

Posteriormente, Tutino sintetiza el debate sobre la reforma agraria a inicios de los años treinta y finaliza su extenso relato con el reparto agrario cardenista, para concluir que "La época de violencia agraria iniciada en 1810 llegó por fin a su término con la reforma de la tierra de los años 1930"⁵⁰, aún cuando en la actualidad persisten fuertes desigualdades y conflictos en el campo mexicano, "desde las reformas de Cárdenas de los años 1930, México no ha vivido las oleadas de variadas insurrecciones que caracterizaron la época de la violencia

⁴⁷ *Ibid.*, p. 237.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 277.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 286.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 295.

agraria. La reconstrucción agraria que acabó por cerrar la larga época de insurrecciones es la marca indeleble dejada sobre México por millares de insurrectos agrarios «derrotados».⁵¹

4.3 La composición del lugar. Geografía y espacio social de la historiografía de las rebeliones campesinas.

El espacio como una de las principales categorías de medida y de orientación de la historiografía moderna, requiere distinguir tres niveles de esta escala tratada por los historiadores del corpus historiográfico analizado. En primer lugar, es fácil reconocer un espacio físico o estrictamente geográfico, es decir, una localización del relato en determinadas zonas definidas por sus recursos naturales, orografía, clima, etcétera. En segundo lugar, y asociado al primero, se encuentra el espacio social representado por los distintos tipos de relación entre la naturaleza y el hombre, y entre los distintos grupos sociales; la estructura agraria y la especialización productiva de una región, municipio o comunidad son ejemplos de estas relaciones sociales construidas sobre y dentro de un espacio geográfico determinado. Finalmente, tenemos un espacio histórico, que es resultado del trabajo narrativo e interpretativo de cada autor, es el espacio con mayor nivel significativo y simbólico recreado dentro de cada obra histórica.

La descripción espacial inicialmente trata de elaborar un mapa geográfico que permite al autor y al lector marcar un lugar con orientación "neutra", así ubicamos un norte o sur, o un centro, por ejemplo. Luego, los autores "componen" un lugar a partir de su paisaje y el ambiente natural en el cual desarrolla su historia. Elabora lo que podríamos denominar un "escenario" donde tienen lugar las acciones de los hombres y las fuerzas a las que se ven sometidos.

4.3.1 El espacio geográfico

Ninguno de los estudiosos que abordamos expone explícitamente cuál es su concepto de espacialidad, pues se parte del supuesto que a un espacio físico o acotación de límites territoriales corresponde un "lugar social". Resulta obvio que

⁵¹ *Ibidem.*

los historiadores ubicaron su investigación en aquellos lugares donde hubo importantes movimientos campesinos, como fueron el norte, centro y sur del país. Aunque otras regiones de México también han sido estudiadas por la historiografía norteamericana, las regiones de mayor conflicto agrario durante la revolución mexicana ocuparon más la atención de los estudiosos del vecino país.

Sin embargo, Womack y Katz no obstante que centran sus relatos en determinadas regiones –sur y norte, respectivamente-, escribieron relatos nacionales sobre la revolución mexicana pues vincularon los acontecimientos locales con los de índole nacional e internacional, tratando de establecer la influencia mutua entre estos niveles espaciales. También Tutino considera que más que las particularidades de una zona geográfica fue la gran “dimensión regional” del conflicto rural a lo largo y ancho del país lo que explica la transformación de la insurrección agraria en una revolución nacional.

Por su parte, Fowler, Hu-DeHart y Meyers se ocupan de “regiones” que abarcan varios municipios de una entidad estatal (zona central de Veracruz, el Valle del Yaqui y la Comarca Lagunera, respectivamente); a pesar de que los tres historiadores establecen algunos vínculos entre el espacio local y el ámbito nacional, su relato histórico privilegia la continuidad geográfica de las revueltas rurales dentro de un territorio geográficamente delimitado: la región.

Coatsworth es el único autor que aborda un espacio transnacional: el área latinoamericana, sin embargo, como su enfoque es cuantitativo la escala espacial sólo es un mero referente geográfico que utiliza para situar modelos de rebelión rural. Su perspectiva comparativa solamente sirve para identificar zonas (países) con más o menos conflictos agrarios; el trabajo de este autor es el más amplio en cuanto al espacio geográfico pero es el menos comprensivo de la radiografía de las rebeliones campesinas.

A excepción de Coatsworth y Tutino, los demás estudiosos norteamericanos elaboran cuidadosos paisajes naturalistas de los lugares donde se desarrolla su narración, destacando el clima, relieve y la disponibilidad de recursos naturales. La descripción de Womack es la más prolija y llena de detalles

de principio a fin. La geografía del espacio también se utiliza para marcar límites físicos ligados al tipo de sociedad que describen. Todos los historiadores coinciden en separar campo y ciudad como dos escenarios distintos del conflicto social agrario. La revolución mexicana es dividida entre una "revolución del campo" y una "revolución urbana".

Otra división espacial común es la de centro-periferia. Algunos movimientos de protesta rural son caracterizados por la posición que tienen respecto al centro político dominante; Tutino, Hu-DeHart y Fowler subrayan el carácter periférico de las rebeliones campesinas que surgieron como respuesta de las comunidades campesinas y grupos étnicos ante el control del Estado sobre las tierras comunales.

La periferia no sólo significa relaciones de dependencia política sino también "frontera" territorial y psicológica, como en el caso de Womack:

Familias pobres y desposeídas habían habitado el lugar durante siglos; ahora, psicológicamente, lo ocuparon de verdad. Lo que conquistaron, desmontaron, allanaron y poblaron no fue un territorio que simplemente habían recuperado, sino una sociedad, que de tal manera recrearon. Como otros inmigrantes y pioneros, actuaron inciertamente, a veces por la fuerza de las necesidades inmediatas y otras veces en virtud de sueños a los que no querían renunciar. Pero en este territorio socialmente salvaje avanzaron, con dirección notablemente constante, hacia el establecimiento de municipios democráticos, vecindarios rurales en los que cada familia ejercía una influencia en la utilización de los recursos locales. Morelos era suyo y sólo suyo.⁵²

En la opinión del historiador de Harvard, el acendrado provincialismo del movimiento zapatista era una fuerza pero también una debilidad de la rebelión del sur. Después de la muerte de Zapata, la revolución "vino de fuera" y se tornaría en "otra feliz colaboración de patrones y protegidos".

Para estos académicos norteamericanos, en las periferias fronterizas fue relativamente más fácil para las comunidades campesinas y otros grupos rurales como los colonos militares, conservar el control sobre amplias franjas de territorio durante varias décadas; cuando comenzó a consolidarse el Estado nacional y se aceleró la expansión capitalista, el control campesino sobre distintas regiones del

⁵² *Ibid.*, p. 220.

país ya no fue posible y, de nuevo, la elite terrateniente se apropió de las tierras de los campesinos; la pérdida de las tierras comunales sería una de las principales causas de las rebeliones rurales.

El espacio geográfico como sistema ecológico está presente en los relatos de Womack, Katz, Meyers, y Fowler; las alteraciones drásticas del clima al afectar seriamente las actividades agrícolas de las cuales dependía la población del campo incidieron en el surgimiento de protestas agrarias; aunque nunca constituyeron una causa directa de los conflictos en el agro, los desastres naturales aparecen como una constante en los análisis históricos de las rebeliones campesinas del periodo revolucionario y de periodos precedentes.

Para los historiadores norteamericanos, es evidente la estrecha relación de dependencia de los campesinos respecto a los ciclos agrícolas, pues el abasto de alimentos o la hambruna influyeron en los niveles de subsistencia y condiciones de vida de los habitantes del agro. En ciertas situaciones, los desastres naturales tendían a agudizar las tensiones sociales.

La influencia de la naturaleza también se aprecia en el desarrollo mismo de las revueltas agrarias, la mayor parte de los movimientos rurales comenzaron al término de la cosecha y los periodos de reflujo de la lucha campesina están ligados al periodo de siembra; además, una buena cosecha podía garantizar temporadas de rebelión más largas. A la inversa, la falta de víveres podía dejar latente el descontento agrario. De este modo, un ciclo social de revueltas campesinas estaba ligado a un ciclo natural: el ciclo agrícola.

Finalmente, los historiadores entretienen el espacio geográfico con las luchas agrarias en sus narraciones históricas. Para los académicos norteamericanos, la característica básica y recurrente de las protestas rurales es su dimensión local, es decir, la movilización de grupos rurales en torno a líderes comunes que sólo tienen un radio de acción limitado a un pueblo, municipio o conjunto de comunidades campesinas contiguas. Aunque los rebeldes del campo establecieron alianzas con otras clases y grupos sociales allende sus fronteras locales, aseguran los historiadores, permanecieron leales a su grupo original.

Por otro lado, al no contar con suficientes recursos financieros y militares la mayoría de los levantamientos campesinos se convirtieron en movimientos guerrilleros que dominaron territorios poco conocidos por el ejército regular (montañas, ríos, desiertos, bosques). La accidentada geografía del territorio nacional, además de ser escenario es "personaje" de los relatos históricos, pues ella permite la movilidad y defensa de los rebeldes agrarios.

Todos los autores subrayan el carácter local y guerrillero de las movilizaciones campesinas, pero Womack y Katz enfatizan la importancia decisiva de la geografía física e histórica para los dos principales ejércitos populares de la revolución mexicana, para ambos historiadores las fuerzas y debilidades de ambos movimientos estuvieron relacionadas con el espacio regional en el que se desarrollaron, y con el uso estratégico y simbólico que zapatistas y villistas dieron al territorio local y nacional.

Para Fowler explícitamente y para Katz, Hu-DeHart y Meyers implícitamente, la teoría de la localización explica el éxito o fracaso de las luchas campesinas. Según Fowler, la mayor comunicación y contacto de las comunidades agrarias con las ciudades de Jalapa y Veracruz ampliaron el horizonte cultural de los campesinos. Mientras que para Hu-DeHart, la integración de una parte del pueblo yaqui a la economía regional mantuvo activo al núcleo rebelde durante más de un siglo, porque los yaquis "pacíficos" apoyaron con dinero y armas a los rebeldes.

Según Katz y Meyers, la fusión de las luchas agrarias y las protestas de grupos urbanos explica la explosividad de los conflictos revolucionarios y la movilidad territorial de los ejércitos norteros; pero en el sur, según opina Katz, existían muchas circunstancias especiales que la convirtieron en un "semillero de agitación campesina", una de éstas fue la cercanía de Morelos a la Ciudad de México que abrió un mayor "horizonte cultural" a los campesinos morolenses. Para Tutino, esta teoría de la localización no es fundamental en su explicación de las revueltas campesinas.

4.3.2 Espacio social e histórico

Anenecuilco, a decir de Womack, fue un "paradigma de la crisis de otros pueblos de Morelos y del país", un ejemplo del conflicto entre comunidades campesinas y grandes hacendados. Y si este pequeño pueblo podía ser una metáfora de lo que ocurría en el sur de Morelos, a su vez, la región zapatista podía ser la metáfora de todo el sur y centro del país. Para el historiador de Harvard, los revolucionarios zapatistas de Anenecuilco representaron la lucha del sur campesino y tradicional; representaron, por tanto, a la revolución mexicana como una *revuelta agraria*.

En el otro extremo de México, hacia la frontera norte, Katz y Meyers también describieron cuáles eran los grupos sociales que habitaron la región, pero como el espacio social que reconstruyeron era más heterogéneo no tomaron como modelo a algún pueblo o localidad. "La frontera norte" es un término que designa un gran conjunto de poblaciones de los estados de Sonora, Coahuila y, principalmente, Chihuahua. A diferencia de la homogeneidad social del sur de Morelos, en la zona fronteriza del norte "todo era heterogeneidad".

La integración de la economía mexicana al mercado mundial capitalista durante el porfiriato, fue el principal motor del cambio social, temporal y espacial. La demanda del mercado internacional ubicó a México en una nueva posición como productor minero y agrícola, que significó nuevos usos sociales del territorio y los recursos naturales; esto motivó el enfrentamiento de diversos grupos de la sociedad rural que se disputaron el control del espacio físico y social.

En el caso del centro y sur del país, los efectos de la modernización capitalista, anota Katz, se tradujeron en una masiva expropiación de tierras comunales, mientras que en la frontera norte las tribus nómadas fueron aniquiladas para integrar este territorio al resto del país y al sur de los Estados Unidos. Durante este periodo, las grandes potencias económicas tuvieron en México uno de sus principales escenarios de rivalidad económica y diplomática. La convergencia de estos tres procesos –sociales y espaciales– explica, a juicio de Katz, el carácter "singular" de la revolución mexicana en el contexto latinoamericano.

La interpretación del historiador de Chicago sobre el zapatismo tuvo como base el estudio de Womack y la bibliografía secundaria más relevante de los años setenta; mientras que su investigación histórica más original se concentró en la movilización popular de Chihuahua y la Comarca Lagunera. Describe a los principales grupos sociales de la sociedad norteña: elites, clases medias, obreros, mineros, agricultores y lumpenproletariado; luego identifica cuáles son los grupos en conflicto —en Chihuahua, una oligarquía estatal contra la población rural y urbana—, y retrocede en el tiempo hasta la época colonial para identificar, al igual que Womack, una tradición de lucha y memoria local de las colonias militares y de algunas comunidades campesinas tradicionales.

A diferencia de Chihuahua, la región de La Laguna fue una zona poco habitada hasta finales del siglo XIX, pero durante el porfiriato tuvo, según Katz y Meyers, el crecimiento económico más acelerado de todo el país; la integración al mercado nacional e internacional de la región, sin embargo, tuvo consecuencias negativas sobre las comunidades campesinas y los miles de migrantes que trabajaban en la zona. Meyers nos ofrece una descripción más detallada de la estructura agraria de la Comarca Lagunera y de las relaciones entre las localidades donde surgió una amplia movilización popular, que involucró a jornaleros agrícolas, comunidades campesinas, pequeños propietarios y obreros.

En todo el norte del país, las relaciones sociales agrarias fueron menos tradicionales porque la población rural era más autónoma y colaboró con hacendados en su lucha contra los apaches; además, la vecindad con Estados Unidos facilitó la movilidad de la clase trabajadora hacia empleos mejor pagados en el vecino país. Debido a todo esto, miles de trabajadores emigraron al norte en busca de trabajo y mejores salarios. Sin embargo, el crecimiento económico significó la exclusión social para la mayoría de los sectores de la sociedad norteña.

Sin embargo, Katz y Meyers anotan que el enfrentamiento entre los grandes terratenientes y la población rural sólo tuvo lugar en Chihuahua, donde hubo una gran movilización popular —no sólo campesina— decisiva para el inicio de la

revolución mexicana en 1910-1913; mientras que en Sonora y Coahuila prevaleció la tradición colaboracionista decimonónica entre hacendados y campesinos.

La regionalización definida como una categoría espacial física, social e histórica se reconstruye en la obra de estos dos autores, a partir de una dimensión fundamentalmente económica, aunque Katz también consideró las tradiciones, costumbres y memoria locales. Su relato comienza con grandes estructuras espaciales como el mercado mundial capitalista y paulatinamente nos coloca ante escenarios nacionales (México), regionales (norte, centro, sur), estatales (Chihuahua, Sonora, Coahuila, Morelos) y locales (Parral, Juárez, Casas Grandes, La Laguna). Meyers, por el contrario, parte de la caracterización de una región para aclarar y comprender las "particularidades" de la movilización popular que "resultó fundamental para la historia revolucionaria de la región del norte", por eso nos describe cuatro localidades de La Laguna donde existía descontento agrario, ya que "los levantamientos particulares tenían su origen en las circunstancias locales y en problemas pasados".

El enfoque espacial de Katz está centrado en la influencia que ejercieron fuerzas externas (gobiernos europeos y norteamericano, empresarios) sobre los diferentes ejércitos revolucionarios; Katz es el historiador que reconstruye minuciosamente el espacio geográfico y social de la frontera norte como un escenario y como un personaje de la revolución mexicana. Para este historiador los mapas humanos y el espacio geográfico son variables explicativas del curso que tuvieron los distintos ejércitos del norte y sur del país. Las haciendas azucareras y los campos cañeros podían dividirse entre las familias zapatistas, no así las extensas llanuras ganaderas y las prósperas haciendas agrícolas del norte, porque el movimiento villista necesitaba recursos y armas para sostener a un ejército semiprofesional. Mientras que en Morelos el predominio de campesinos en las filas zapatistas presionó en favor de un reparto agrario rápido, en Chihuahua la heterogeneidad social de las tropas villistas y la necesidad de mantener la producción de las haciendas agrícolas y ganaderas para conseguir dinero y armamento, pospuso la reforma agraria en el estado.

Tutino, a diferencia de Womack y Katz, no hace descripciones detalladas de la geografía física y el medio ambiente de sus "escenarios" de rebelión campesina; aunque también tiene una perspectiva nacional de los sucesos que culminaron en la revolución mexicana de 1910, se interesó más por identificar los distintos *modelos* de rebelión campesina que tuvieron lugar entre 1750 y 1940, en el campo mexicano,

La primera rebelión agraria masiva, la rebelión de independencia, tuvo mayor alcance y duración que las protestas rurales de la era colonial, debido a la existencia de varias insurrecciones locales y regionales que tuvieron lugar al mismo tiempo y en distintas zonas; pero Tutino distingue dos patrones de movilización campesina regional. El primero fue el caso del Bajío y el segundo el de Guadalajara. Para contrastar las zonas rebeldes también consideró otras regiones donde no hubo insurrecciones agrarias con el objetivo de exponer más claramente su modelo teórico de las rebeliones campesinas.

Entre 1750 y 1810, la transformación de la estructura agraria propició el enfrentamiento de la élite hacendada y los peones residentes de las grandes propiedades en el Bajío; también alentó la disputa entre haciendas comerciales y comunidades campesinas autónomas en los alrededores de Guadalajara. En ambas regiones, subraya Tutino, hubo una ruptura de las relaciones de simbiosis que habían mantenido la paz colonial durante tres siglos.

En cambio, en el centro norte y el altiplano central no hubo tal disolución de las relaciones tradicionales de dependencia entre terratenientes y campesinos, por lo cual éstos permanecieron leales al régimen colonial. Debido al carácter espacialmente limitado de la transformación agraria, afirma Tutino, el levantamiento de Hidalgo fue, principalmente, una *insurrección* agraria. Sobre el periodo de la independencia, el relato más exhaustivo de Tutino es acerca de la región del Bajío y el Altiplano central, regiones a las que dedicó una investigación histórica propia, mientras que sobre Jalisco, San Luis Potosí, Tierra Caliente, El Mezquital y Sierra Gorda las fuentes que utilizó fueron secundarias.

Para el periodo que va de finales de la independencia hasta comienzos del porfiriato, Tutino describe las principales rebeliones rurales en México, pero el tratamiento del espacio cambia de nivel, pues el relato centrado en los dos modelos regionales de insurrección agraria se transformó en este punto en un mero recuento general, en un "registro" de levantamientos agrarios en distintas zonas del país. El espacio social es menos atendido y se privilegia el espacio físico en tanto se señala, a manera de banderas, aquí y allá, la repetición de conflictos agrarios a lo largo y ancho del país.

El uso de la hipótesis explicativa queda suspendido para este periodo, y las bases de apoyo del análisis de Tutino son las explicaciones de la historiografía política que acentúan el papel del Estado nacional y su alianza con las élites locales como factores de la movilización campesina. La exposición histórica del autor sobre la segunda mitad del siglo XIX más que analítica es didáctica, ya que los distintos patrones de rebelión rural sólo son "ejemplos" de la creciente ruptura de las relación de simbiosis entre la hacienda y los peones y comunidades campesinas. El espacio geográfico se va ampliando en esta parte del relato histórico pero a costa de reducir la representación de los diferentes espacios sociales de la sociedad rural mexicana del siglo XIX.

En la última parte de su narración, Tutino retoma, otra vez, su modelo teórico para diferenciar cuatro modelos regionales de rebelión campesina en 1910; el norte, centro-norte, centro-sur y las tierras bajas costeras -regiones que a su vez tienen subdivisiones-, son los espacios que observa el académico norteamericano para constatar la dilatación de la transformación estructural agraria que comenzó a finales del siglo XVIII. Entre 1880 y 1910 el conflicto agrario tuvo mayor extensión e intensidad debido a que

En gran parte del territorio mexicano se conjuntaron la rápida pérdida de autonomía y el cambio forzado a la inseguridad subordinada (aparcería). Los dos modelos de resentimiento agrario empezaron a fundirse con explosivas e insurreccionales consecuencias (De esta manera) La *dimensión regional* de las condiciones sociales que generaron agudos resentimientos fue, por lo tanto, el

factor fundamental que limitó las insurrecciones en 1810 y que les dio amplia extensión después de 1910.⁵³ (Cursivas mías)

El uso de modelos explicativos también está presente en la obra de Fowler, pero la escala temporal y espacial es más reducida y el análisis es más esquemático; para la académica norteamericana, la movilización campesina en Veracruz no surgió como causa sino a consecuencia del conflicto revolucionario de 1910. La descripción de las relaciones agrarias de la región central del estado es definida en términos convencionales, es decir, a la gran hacienda latifundista opone la existencia de comunidades campesinas, algunas sujetas y otras libres, y de peones agrícolas.

A pesar de la polarización social en el campo veracruzano, la autora afirma que no hubo rebeliones campesinas durante 1910, fundamentalmente porque "Esa alianza entre el proletariado rural y el urbano dentro del PLM y luego dentro del movimiento maderista no se materializó"⁵⁴; de ahí que los principales factores de la movilización campesina, en 1920, hayan sido agentes "externos" a los grupos rurales. En correspondencia con su teoría de la localización, así como la revolución del campo dependía de su cercanía a los centros urbanos, del mismo modo, la movilización campesina sólo fue posible cuando líderes externos tomaron la dirección de los rebeldes agrarios (sindicatos, partidos políticos y gobernadores). La relación entre el principal líder de los grupos campesinos agraristas, el gobernador Adalberto Tejeda, y el gobierno nacional, es la que más interesa a Fowler, pues para ella constituye la arena de disputa política entre un poder regional urbano y el poder nacional. A partir de la relación entre el poder regional y el poder nacional, la autora desarrolló su relato sobre el surgimiento y el fracaso de las luchas campesinas veracruzanas.

Finalmente, en el trabajo de Hu-DeHart el espacio social, a diferencia de los estudiosos anteriores, no es descrito en términos geográficos o ecológicos sino culturales; el Valle del Yaqui simplemente se concibe como una unidad homogénea, como un hábitat natural de las comunidades indígenas a través de

⁵³ *Ibid.*, p. 302.

⁵⁴ Fowler, *op. cit.*, p. 31.

los siglos. Las misiones jesuitas se convierten, después de la independencia, en una gran "Nación yaqui" que, gracias a su "resistencia cultural" logró sobrevivir durante más de un siglo.

Capítulo 5. Las representaciones y el aparato técnico. Estilos narrativos y lecturas de la acción de la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas

CAPÍTULO 5

Las representaciones y el aparato técnico. Estilos narrativos y lecturas de la acción de la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas

A partir de la concepción central de la historiografía moderna que separa tradición-modernidad, el estudio de las sociedades decimonónicas –al igual que las del presente- se rige por la división dicotómica entre lo rural y lo urbano, entre el campo y la ciudad. La historiografía profesional de la revolución mexicana, producida durante los últimos cuarenta años, parte de esta clasificación que nos dice desde el principio cuáles son sus principales intereses, sus más profundas preguntas y orientaciones, a saber: cuál es la relación entre nuestro “presente” con el pasado inmediato, presente que puede entenderse como la época moderna inaugurada propiamente después de la revolución y pasado que se remonta bien a los primeros años del siglo XX o incluso hasta comienzos del siglo XIX.

De esta manera, el común denominador de los autores norteamericanos revisados es la ubicación de la sociedad rural mexicana, específicamente a las comunidades indígenas y comunidades campesinas, en un *tempo* no moderno, en algunos casos *antimoderno*.

5.1.1. Sociedades rurales: comunidades campesinas y pueblos

Como modelo “clásico” de revolución campesina durante la revolución mexicana, el zapatismo es, en el escrito de Womack, una revolución básica y fundamentalmente hecha desde, por y para los *pueblos* campesinos del estado de Morelos. Si bien sólo reconstruyó a detalle el levantamiento de los habitantes de Anenecuilco, a decir del historiador de Harvard, éste podría considerarse como un “paradigma” de lo que estaba sucediendo en la mayoría de los pueblos de Morelos y, aún más, de toda la república.

Pero antes de describir cómo eran estas comunidades agrarias, desde el principio de su relato distingue una “oposición del campo” y una “oposición de la ciudad” al régimen porfirista; que serán la base, respectivamente, de una “revolución armada” y una “revolución oficial”. Para Womack, la oposición

auténticamente popular y, por lo tanto, realmente revolucionaria fue la que emprendió la gente del campo, pues mientras los revolucionarios oficiales, gente de ciudad, se preocuparon por la legalidad y las reformas de papel, los campesinos habrían de convertir lo que comenzó como una revolución política en una *revolución social*.

Una vez marcada esta división campo-ciudad, las dos categorías centrales manejadas a lo largo del texto son las de comunidades campesinas y pueblos, que a veces son utilizadas como sinónimos, pero cabe destacar algunos matices en su empleo. La representación de la comunidad agraria o de la "aldea mexicana" del sur de Morelos es la imagen dada por la antropología norteamericana de los años sesenta (Redfield y Wolf): pequeñas unidades sociales o 'muérganos' solidarios, vinculados por lazos de parentesco, usos y costumbres locales, tradiciones centenarias, tierras comunales, y gobierno autónomo. Aunque se reconozcan tensiones internas, las diferencias sociales y jerárquicas se borran por lo que prevalece a lo largo de toda la narración: la solidaridad, igualdad y coherencia de las comunidades agrarias.

Así, el término de comunidades campesinas sirve al autor para dibujar un cuerpo social particular, completo y homogéneo, mientras que el concepto de *pueblo* denota una entidad política y moral porque, afirma Womack, del pueblo emanan los derechos locales fundamentales (tierra, agua, ciudadanía), la dignidad local y la base de todo buen gobierno. De los pueblos emana la fortaleza de la revolución campesina. A lo largo de la lucha agraria de los campesinos sureños, los protagonistas centrales fueron los pueblos, pues aún con todas sus diferencias, los motores tradicionales de la sociedad local (los usos y costumbres) se convirtieron en las fuentes del poder y del sustento cotidiano del zapatismo. Esta sólida y poderosa revolución local fundada en los pueblos pudo seguir su curso a pesar de la mala fortuna de los zapatistas en la Ciudad de México: "La gente del estado seguía su propio camino, sin necesidad de padrinos de fuera. Y allí la Revolución se llevó a cabo con todo vigor".¹

¹ Womack, "Zapata", p. 236.

Gracias a la fortaleza moral y social de la revolución de los pueblos, el ejército zapatista mantuvo su carácter popular y evitó el predominio de las tendencias militaristas; el poder civil emanado del pueblo se sobrepuso así al poder militar de su propio ejército. Fue el pueblo no el ejército quien hizo cumplir las decisiones y demandas campesinas, las autoridades locales (consejos de los pueblos) se encargaron del cumplimiento de la ley. Zapata respetó el establecimiento de democracias locales, de municipios democráticos, por eso la gente siempre mantuvo la confianza en el líder agrario, afirma Womack.

Si bien la representación de las comunidades campesinas tradicionales de Morelos en el relato de Womack, es la de la antropología norteamericana de los años sesenta (Wolf), la representación de los pueblos zapatistas descansa en el arquetipo jeffersoniano más antiguo, pues éste consideraba a la sociedad norteamericana fundamentalmente como una sociedad agraria, como una "Nación rural" integrada por familias campesinas autosuficientes con una tradición política de autogobierno. Para Jefferson, en el "pueblo" norteamericano radicaban los valores esenciales de la democracia republicana, pues los pequeños propietarios o campesinos habían creado, desde su llegada a América, vigorosos gobiernos locales que se oponían a todo gobierno central; además, esta democracia local era igualitaria porque todos los miembros de los pueblos eran hombres "libres" y propietarios y mantenían un estilo de vida frugal.²

Por otra parte, Katz y Meyers también reconocieron la participación de comunidades campesinas libres en la gesta revolucionaria pero, debido a que en la región norteña eran poco numerosas, consideraron que no tuvieron un papel decisivo, por sí solas, en los acontecimientos de 1910; sin embargo, ambos historiadores señalaron que las causas del levantamiento de las comunidades

² Thomas Jefferson (1743-1826) redactó la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y fue candidato del Partido Republicano a la presidencia, misma que ocupó durante dos periodos 1800-1804 y 1804-1808. Encabezó un proyecto político cuyos objetivos eran reducir la influencia directa del gobierno federal, reducir el antagonismo entre sectores socioeconómicos y regionales, y mantener una política exterior aislacionista. Para Jefferson, Estados Unidos constituía una experiencia inédita en la historia universal porque era el gran experimento de la igualdad y el autogobierno, y esto era posible debido a su carácter de "Nación rural". Véase Angela Moyano, Jesús Velasco y Ana Rosa Suárez, *EUA. Síntesis de su historia*, tomo 1, Instituto Mora, México, 1988, pp. 235-238.

campesinas del norte fueron, al igual que en el zapatismo, de carácter local. Para Meyers, "Las poblaciones libres como Cuencamé, Matamoros y Viesca tenían un legado de lucha tanto contra los grandes latifundistas como contra los funcionarios de Díaz en torno a cuestiones como las tierras, el agua o la política".³ De acuerdo a Katz, la fortaleza de los rebeldes zapatistas era su homogeneidad social y solidaridad colectiva:

De todos los movimientos revolucionarios, el de Zapata era el más homogéneo en su composición. Sus miembros compartían prácticamente los mismos antecedentes: la gran mayoría eran campesinos libres, algunos de los cuales se habían empleado durante temporadas como trabajadores agrícolas y una minoría eran peones de hacienda. Tenían además los mismos enemigos: los hacendados que se habían apropiado las tierras en comunidades campesinas. Compartían también las mismas demandas: la restitución de las tierras de los latifundistas.⁴

Para el resto de los historiadores –Tutino, Fowler, Hu-DeHart y Coatsworth–, la representación de las comunidades campesinas también es la de una entidad cuya naturaleza social es homogénea, localista y unitaria, pero ésta categoría sociológica no constituye el centro de su relato pues la subsumen o incluyen dentro de otros términos más amplios tales como: *colonos militares*, *proletariado agrícola*, *nación yaqui* y *movimiento campesino*. Con excepción de Coatsworth cuyo ensayo cuantitativo abarca prácticamente a todos los "movimientos sociales rurales" y, por lo mismo, no aterriza en ningún grupo campesino en particular; los demás historiadores norteamericanos centraron su atención en alguna de las categorías mencionadas.

5.1.2. Colonias militares y proletariado agrícola

Katz, al igual que Womack, afirma que el amplio descontento de las comunidades campesinas del centro y sur del país (Morelos) dio origen a la "mayor rebelión campesina de la historia de México", a causa de la expropiación en gran escala de las tierras comunales y el sometimiento político de los pueblos. Para Katz, las comunidades campesinas eran entidades sociales que habían logrado subsistir desde la época colonial, pero durante el siglo XIX enfrentaron numerosas

³ Meyers, *op. cit.*, p. 125.

dificultades que pusieron en peligro su existencia; sin embargo, aunque el descontento agrario prevalecía en amplias zonas del país, de acuerdo a Katz, el carácter revolucionario de la lucha campesina del sur (del zapatismo) fue resultado de dos condiciones: "Una de ellas era su cercanía a la capital, que había evitado que sucumbieran al provincialismo, con su consecuente reducción de exigencias materiales y restricción del horizonte cultural. Otra era la facilidad para conseguir armas"⁵, de este modo, el autor subraya la condición de "modernidad" o "urbanidad" como un factor importante para la creación de ejércitos campesinos.

El historiador de Chicago consideró a la lucha zapatista como la mayor *rebelión campesina* del período revolucionario y retomó, sin darle créditos, el relato histórico de Womack sobre los campesinos de Morelos; pero las pocas imágenes que utilizó del movimiento zapatista las comparó con las del ejército villista para destacar cuáles fueron las fortalezas y debilidades de ambos grupos populares. Una revolución campesina en el norte, según este autor, era impensable porque en la región fronteriza existían pocas comunidades campesinas tradicionales y la población local era más heterogénea y más urbana, debido a ello la revolución en el norte comenzó con un amplio levantamiento popular que involucró a los principales grupos rurales -colonos militares, tribus indígenas y jornaleros agrícolas-, y también a sectores urbanos.

Semejantes a las comunidades campesinas de Morelos, por la posesión de tierras y su autonomía política local, los campesinos de Chihuahua, sin embargo, no tenían "lazos tradicionales" de dependencia con los hacendados, por el contrario, habían colaborado juntos en la lucha contra los pueblos "bárbaros" o indios nómadas hasta finales del siglo XIX; además, la independencia económica y política de los colonos militares era mucho mayor que la de los zapatistas, lo que les permitió conformar un prototipo de "clase media agraria".

Los habitantes de las colonias eran privilegiados en muchos sentidos en comparación con los habitantes de las comunidades campesinas del centro y del sur de la república. A diferencia de estos últimos, no habían sido pupilos de la corona durante el período colonial, sino que gozaron de derechos generalmente

⁴ Katz, *"La guerra secreta"*, p. 147.

⁵ *Ibid.*, p. 23.

reservados a los españoles y a sus descendientes, los criollos. Eran propietarios individuales de sus tierras y tenían derecho a venderlas o a comprar tierras adicionales. Generalmente poseían más tierra y más ganado que los campesinos libres de las otras regiones de México. Sus comunidades tenían derecho a una mayor autonomía interna y los colonos militares tenían no sólo el derecho sino el deber de portar armas.⁶

A pesar de las diferencias entre las regiones y la composición social de los grupos rebeldes, para Katz, lo que explica el surgimiento de movimientos revolucionarios en el norte y en el sur de México son los efectos sociales negativos de la modernización económica y la centralización política en la sociedad rural de ambas zonas, de ahí que los levantamientos esporádicos en ambas regiones al unirse en el tiempo, 1910, se transformaron en una *revolución nacional* (cursivas mías).

El carácter revolucionario de la lucha de los colonos militares no sólo derivó, afirma Katz, de la magnitud de la protesta agraria sino también de la alianza de este grupo con todos los estratos sociales, rurales y urbanos, en contra de la oligarquía estatal; así, solamente en la sociedad fronteriza del norte la rebelión campesina se unió a la rebelión de grupos no campesinos –en su mayoría urbanos–, por ello adquirió la forma de un gran “levantamiento popular”. Además, a diferencia de los revolucionarios de Morelos, los colonos militares tuvieron más facilidad para adquirir armas en la frontera con Estados Unidos y contaban con una antigua “tradición guerrera” que los había adiestrado en el manejo de tal armamento. Por otra parte, el estudio de William K. Meyers sobre el movimiento revolucionario en la Comarca Lagunera también señala que “una coalición de indios tradicionales de los pueblos, pequeños terratenientes, mineros y trabajadores industriales formaron el movimiento popular que contribuyó a derrocar a Díaz y transformó La Laguna en un semillero revolucionario”.⁷ Sin embargo, para Meyers “La mayor fuente potencial de rebelión estaba en el elemento más numeroso y desposeído: el proletariado agrícola, carente de tierras y transitorio”.⁸

⁶ *Ibid.*, p. 24.

⁷ Meyers, *op. cit.*, p. 113.

⁸ *Ibid.*, p. 124.

Del mismo modo, Katz afirma que aún cuando los colonos militares constituyeron el elemento principal del campesinado que se integró a las filas del movimiento villista, no eran el grupo rural predominante ni tampoco el más influyente; en cambio, los peones modernos sí tuvieron una participación decisiva debido a su gran potencial revolucionario. Este semiproletariado agrícola y semindustrial había surgido durante el porfiriato, a causa de las migraciones masivas de los trabajadores del centro y sur del país a los nuevos centros económicos del norte como La Laguna, en Coahuila; los migrantes ocuparon empleos agrícolas, mineros e industriales de manera rotativa, de los que dependía por completo su existencia. Ante la falta de lazos tradicionales de todo tipo —con la hacienda, la comunidad o la familia—, los peones eran un grupo muy frágil económica y socialmente, pero con mayor movilidad geográfica que la de los campesinos de los pueblos, por ello estaban más dispuestos a ingresar a las filas de los ejércitos revolucionarios.

Así, para Katz y Meyers la “acción revolucionaria” de este semiproletariado estuvo impulsada por su “necesidad de sobrevivir” y por la ausencia de lealtades tradicionales; no era extraño entonces que se convirtieran en la “principal fuente” de la revolución en el norte. Sin embargo, a diferencia de los campesinos zapatistas, no lograron formular un programa político ni una ideología social coherente.

Aunque reiteradamente el autor señala que la revolución en el norte fue un movimiento social heterogéneo, y que el campesinado no logró crear un movimiento agrario autónomo, la narración de la revolución mexicana está vinculada al tema de la “cuestión agraria”, principalmente, para explicar la respuesta de Villa ante el triunfo de Carranza

Después de la derrota decisiva de Villa en Celaya, su política social cambió. Ahora era él quien estaba en desventaja y al igual que Carranza, obligado a ampliar su base social (...). Ahora intentó llevar a la práctica la reforma agraria y darle un fundamento legislativo.⁹

⁹ Katz, *op. cit.*, pp. 322-323.

En cuanto a las tribus indígenas, Katz sólo mencionó el ejemplo de la tribu yaqui, cuya lucha era por recuperar sus tierras comunales y defender su autonomía política, pero no describe detalladamente cuáles eran las características sociales, económicas y políticas de este grupo rural, sólo comentó que las tribus indígenas:

habían logrado conservar sus tierras y cierto grado de autonomía durante el periodo colonial español y el primer medio siglo de independencia. A diferencia de los colonos militares que estaban concentrados principalmente en el estado de Chihuahua, la tribu india más militante provenía del contiguo estado de Sonora. Ésta era la de los yaquis, que habitaban una de las regiones más fértiles del estado, el valle del Yaqui. Había habido varios intentos frustrados de despojarlos de sus tierras anteriormente, pero no fue sino hasta que Díaz llegó al poder cuando se montó una ofensiva militar concentrada con el objeto de expulsarlos de sus tierras.¹⁰

En cambio, el estudio de la antropóloga e historiadora, Evelyn Hu-DeHart, es el que dedicó más atención al estudio de las rebeliones del "pueblo yaqui", desde finales del siglo XVIII hasta la primera mitad del siglo XX. Aunque durante la primera parte de su relato enfatizó el concepto de "Nación yaqui", posteriormente sólo utilizó el concepto de "pueblo yaqui" para abordar el periodo que va desde 1910 hasta 1940.

5.1.4 La nación y pueblo yaqui

En el estudio de Evelyn Hu-DeHart se revisa la historia de cuatro siglos de revueltas de un grupo indígena del noroeste de México: los yaquis. Para esta autora la continuidad de los levantamientos agrarios en esta región se explica por la existencia de una *Nación yaqui* que, a pesar de las transformaciones sociales de la sociedad mayor, logró mantener una fuerte identidad cultural desde la colonia hasta principios del siglo XX. Así, la estudiosa describe que

La nación yaqui en el estado noroccidental de Sonora, ha destacado en la historia mexicana por su prolongada y eficaz resistencia a la aculturación y asimilación en la sociedad mexicana. Desde que los europeos "descubrieron" a los yaquis en 1533, éstos han defendido su identidad tribal por encima de todo, y han emprendido numerosas guerras para no perder sus comunidades, sus tierras y su modo de vida propio en el fértil valle del río Yaqui. Han mantenido

¹⁰ *Ibid.*, p. 26.

firmemente alguna forma de organización y gobierno tribales durante más de cuatro siglos.¹¹

A pesar de que la estudiosa norteamericana menciona que el origen de tal "Nación" yaqui es producto de la reorganización de varias aldeas dispersas en una "Misión" con ocho comunidades administradas por jesuitas, durante el siglo XVII, consideró que tal concentración territorial además de permitir la creación de un sistema de producción eficiente, "también acrecentó el sentido de unidad cultural y política de los yaquis; (y) significativamente, su mito de la creación se inicia con estos ocho pueblos de la misión".¹²

Hacia el siglo XIX, después de la independencia, cada uno de los ocho pueblos ex-misioneros que integraban la denominada "nación yaqui" se transformaron en "pueblos" libres y cada uno tuvo un gobierno local propio, a pesar de ello, Hu-DeHart afirmó que compartían un sentido de identidad común, a saber, su "yaquidad". Estos pueblos ya no eran autosuficientes como lo habían sido durante el dominio jesuita, por ello complementaban sus ingresos con el trabajo asalariado en las minas y las haciendas de la región sonoreense; no obstante, la "estructura social siguió siendo igualitaria y carente de diferencias de clase".

Esta representación del pueblo yaqui, de nuevo, nos presenta una organización social comunitaria homogénea y libre de conflicto en su interior, a pesar de que la antropóloga-historiadora reconoció que existían muy pocos estudios o fuentes documentales que dieran cuenta de la vida social y política de las comunidades yaquis después de la salida de los jesuitas, pues como ella misma señaló "resulta difícil describir la sociedad yaqui a principios del siglo XIX o señalar los cambios que tuvieron lugar".¹³ La imagen de un "pueblo yaqui" como una entidad social permanente, no obstante las transformaciones históricas, le permite a Hu-DeHart abordar las rebeliones de este grupo étnico a partir de una categoría antropológica: la identidad cultural.

Así, las continuas rebeliones a lo largo del siglo XIX tuvieron como actor principal a la "nación yaqui" que seguía manteniendo una fuerte identidad tribal,

¹¹ Hu-DeHart, *op. cit.*, p. 135.

¹² *Ibid.*, p. 136.

arraigada en la tierra, pero, a diferencia de la época colonial, tal sociedad había adquirido rasgos fuertemente militaristas, debido al liderazgo dominante de un "capitán general" sobre los gobernadores tradicionales de los pueblos, y a la menor influencia de la iglesia y clero católico en la población yaqui. Aunque el faccionalismo fue una característica de las revueltas yaquis decimonónicas, es decir, la división política entre yaquis "pacíficos" y yaquis "rebeldes", la nación yaqui prevaleció como sujeto y como ideal pues "todos los yaquis se mantenían siempre fieles a su innegociable principio de autonomía, que implicaba la residencia exclusivamente yaqui y el control colectivo de sus tierras tradicionales a ambos lados del río Yaqui. La autonomía también implicaba una clara separación entre su propio gobierno tribal y el gobierno mexicano".¹⁴

Después de la severa represión y deportación masiva de los yaquis durante las luchas en contra del ejército porfirista, estuvieron a punto de desaparecer como organización social y política, aunque la autora implícitamente sostiene que los pueblos yaquis que siguieron luchando durante y después de la revolución mexicana mantenían básicamente las mismas características y el mismo objetivo de lucha: la subsistencia de su identidad cultural. Irónicamente, después de la revolución mexicana, el reconocimiento de sus derechos agrarios y su incorporación a la economía nacional, debilitaron su identidad cultural y, por ende, su capacidad de respuesta política.

El punto decisivo de la historia yaqui es la reforma agraria de Cárdenas en 1937: a la vez que hacía justicia social al pueblo yaqui, también sentaba las bases para su integración en el sistema económico y social mexicano. El agente principal de este cambio dirigido fue el Banco Ejidal que, mediante el control del crédito, forzó a los yaquis a abandonar su agricultura tradicional a favor de la agricultura moderna, a remplazar su agricultura independiente de subsistencia por el cultivo de productos comerciales. En la transición, los pueblos libres de los yaquis perdieron todo poder sobre las decisiones agrícolas. Tuvieron que cambiar su independencia económica y su autonomía tradicionales por el control externo, la dependencia y la pobreza. (...) La consecuencia más profunda de la dependencia económica es la erosión de la identidad de los yaquis, su sentido de la comunidad y su cohesión cultural. (Así) La progresiva erosión cultural

¹³ *Ibid.*, p. 147.

¹⁴ *Ibid.*, p. 148

explica por qué los yaquis no han podido movilizarse para actuar en el último medio siglo.¹⁵

5.1.3 Los pobres del campo

Por otro lado, el estudio de Tutino más que centrarse en un solo grupo de la población rural, utilizó el concepto de "los pobres del campo", para entender los orígenes de los levantamientos agrarios en dos momentos de la historia mexicana: la independencia y la revolución mexicana. El sociólogo-historiador señaló que,

Comparto con Eric Wolf y James Scott la creencia de que a los pobres del campo les preocupa primero la subsistencia de la familia. La interminable labor de sobrevivir debe tener prioridad sobre todas las demás actividades. Wolf ha formulado una útil división en categorías de los modos de vida campesinos según el modo que tiene la gente de ganarse el sustento. Los tres tipos básicos son campesinos, jornaleros y rancheros. Todos viven como labradores del campo sujetos al Estado y a las élites económicas, y todos generan un excedente en beneficio de esos detentadores de poder. Pero, tal como señala Wolf, los campesinos, los jornaleros y los rancheros viven, hacen frente a sus gobernantes y producen excedentes de muy distintas maneras.¹⁶

Después de haber planteado su concepción de los "pobres del campo", el autor procede a analizar temporal y espacialmente, cuándo y dónde surgieron rebeliones rurales y cuáles fueron las condiciones más importantes que favorecieron su aparición. Según Tutino, en la época Colonial predominó la estabilidad social en la sociedad rural novohispana aunque hubo protestas agrarias de algunas comunidades campesinas hacia finales del siglo XVIII, pero éstas habían sido de carácter local, de corta duración temporal y surgieron en respuesta a agravios muy particulares. Sin embargo, la paz social en el campo mexicano fue interrumpida por la *revuelta* de masas durante el movimiento de independencia; el carácter masivo del levantamiento agrario es interpretado por este historiador como un indicador de la ruptura del "equilibrio social" que había logrado mantener el régimen colonial por más de tres siglos. Para explicar por qué ocurrió la rebelión de independencia, Tutino describe las condiciones particulares de las sociedades agrarias donde hubo revueltas masivas: el Bajío y la zona circundante a Guadalajara.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 162-163.

En Guanajuato había una población rural heterogénea que, al igual que la sociedad agraria del norte de México durante la revolución, experimentó una rápida transformación agraria debido al crecimiento económico de fines de la Colonia, sin embargo, las consecuencias de la expansión de la agricultura comercial en el Bajío fueron adversas para dos grupos dependientes de las haciendas: los arrendatarios y los empleados de las haciendas. Ambos grupos, afirma Tutino, habían gozado de una relativa seguridad y movilidad social, aunque no autonomía, que les aseguraba una dependencia segura, sin embargo, la crisis agraria aunada a la crisis minera, textil y política, condujo al primer levantamiento campesino de tipo moderno en la historia de México: la insurrección de independencia de 1810.

A diferencia del Bajío, en Guadalajara los principales grupos rebeldes fueron las comunidades campesinas aledañas a las grandes haciendas de la región tapatía considerada como la "segunda cuna de la insurrección"; los pueblos campesinos resultaron afectados por la expansión de los cultivos de las haciendas comerciales interesadas en aprovechar los altos precios del maíz. En esta región no existía una relación de *simbiosis* entre la hacienda y los pueblos, comenta Tutino, pero su disputa por el control de las tierras en un escenario de menor autonomía y creciente inseguridad de las comunidades, creó las condiciones en las que "era elevado el riesgo de un conflicto entre las dos instituciones clave de la vida rural en aquella región".¹⁷ Sin embargo, para Tutino "El factor primordial que precipitó la insurrección en Jalisco en 1810 fue la anterior insurrección en el Bajío".¹⁸

A pesar de las diferencias en las sociedades agrarias donde ocurrieron los dos levantamientos rurales más importantes durante la independencia, el común denominador para Tutino es que ambas sociedades experimentaron una fuerte *compresión agraria*, es decir, una gran presión social sobre los recursos naturales que condujo al enfrentamiento entre las elites y los pobres del campo fueran éstos arrendatarios, empleados o comunidades campesinas.

¹⁶ Tutino, *De la insurrección*, p. 34.

¹⁷ *Ibid.*, p. 151.

Con todo, este conflicto agrario sólo surgió en las dos zonas mencionadas – el Bajío y Guadalajara- mientras que la mayor parte de las regiones de la todavía Nueva España permanecieron estables, (Tutino comparó lo sucedido en el Altiplano central y San Luis Potosí, en donde los campesinos permanecieron fieles al gobierno realista), de ahí que el levantamiento agrario encabezado por Hidalgo sólo fue una *insurrección agraria*, es decir, una gran revuelta masiva pero sin una dimensión nacional.

Después de una revisión de la creciente violencia agraria en la periferia norte y sur de la joven nación, el relato de Tutino centró más su atención en el Altiplano central (Chalco) pues sobre esta región ha realizado la mayor parte de su investigación histórica, lo que explica las numerosas referencias documentales a la vida social y agraria de las haciendas del centro de México¹⁸. No obstante, el periodo que va de 1820 a 1880 es atendido por este historiador en un nivel muy general y sólo se describe como un ciclo de *descompresión agraria*, en el cual los distintos grupos rurales gozaron de una relativa ventaja sobre la elite terrateniente y, en algunas regiones, las comunidades campesinas obtuvieron victorias sobre las haciendas.

Por otra parte, la novedad en esta parte de la narración histórica de Tutino es que dejó de lado su modelo explicativo y se apoyó más en la historiografía política convencional, para explicar las numerosas revueltas campesinas de este periodo como resultado de la debilidad del Estado nacional y de la alianza de la élite terrateniente con la élite política en contra de los "pobres del campo" (comunidades campesinas, colonias militares, pueblos indígenas). Debido a la ofensiva de las haciendas y de los grupos liberales en el poder en contra de las tierras campesinas, los protagonistas principales de las rebeliones rurales, fueron estos tres tipos de comunidades agrarias durante la segunda mitad del siglo XIX. Las sociedades rurales son, en este momento del relato de Tutino, escenarios y contextos del conflicto político nacional más que del conflicto agrario específico.

¹⁸ *Ibid.*, p. 155.

¹⁹ La Tesis de Doctorado de John Tutino se titula: *Creole Mexico. Spanish Elites, Haciendans, and Indian Towns, 1750-1810*, University of Texas at Austin, 1976 y el trabajo que publicó en Katz,

Durante el porfiriato (1880-1910), de nuevo, las transformaciones económicas y políticas del periodo tuvieron como resultado otra etapa de compresión agraria; este periodo es revisado con más detenimiento que la etapa anterior por el historiador-sociólogo. El modelo teórico sobre las rebeliones campesinas que utilizó para explicar la insurrección agraria durante la independencia, también lo aplicó al estudio de cuatro regiones distintas del país – norte, centro-norte, costa y sur-, durante la etapa porfiriana. Dichas regiones eran mucho más estratificadas y diferenciadas entre sí que las sociedades agrarias de principios del siglo XIX por ello, afirma Tutino, los tipos de conflicto agrario en la sociedad porfirista se volvieron más numerosos y, por vez primera en la historia mexicana, dejaron de limitarse a un lugar o región para alcanzar una *dimensión nacional*.

En una apretada síntesis de historiografía regional, Tutino analizó cuatro tipos de sociedad rural para explicar, a su vez, distintos patrones de revuelta agraria; dos son ejemplificadas con las zonas de mayor crecimiento económico y cuya producción estaba orientada a la exportación (Chihuahua y la Comarca Lagunera en la frontera norte, y Veracruz, Tabasco, Yucatán y Chiapas en la costa), pero que tuvieron patrones laborales muy distintos –en la primera región había movilidad de los trabajadores y en la segunda, predominó la coacción sobre la fuerza laboral- que, entre otros factores, explican comportamientos sociales contrapuestos: revolución y estabilidad agraria.

Las otras dos sociedades rurales son la meseta central del norte (Jalisco, San Luis Potosí, Zacatecas y el Bajío) y el Altiplano central, en ambas zonas las haciendas estaban orientadas al mercado interno y los arrendatarios y pueblos eran dependientes de las elites terratenientes; como resultado de una dependencia cada vez más insegura en las dos regiones, surgieron levantamientos rurales que, combinados con las revueltas de la zona norte y de las tierras bajas de la costa, se transformaron en una revolución agraria nacional.

Revolta, "Cambio social agrario y rebelión campesina en el México decimonónico: el caso de Chalco", pp.94-134.

De este modo, la representación de la sociedad rural porfirista es, en el relato de Tutino, una caleidoscopio de estructuras agrarias heterogéneas, complejas y dinámicas que sin dejar de reconocer modelos centrales como la hacienda-comunidad o hacienda-arrendatarios, da cuenta de la importancia de otros grupos como las tribus indígenas, los rancheros y los peones agrícolas en la lucha revolucionaria de 1910; a diferencia de las narraciones de Womack y Katz, no hay un *sujeto* más o menos revolucionario sino la conjunción crítica de condiciones específicas que hicieron posible una revolución política y agraria con dimensión nacional.

Para este historiador, los levantamientos rurales de 1910 fueron producto de las transformaciones de la estructura agraria mexicana ocurridas durante la segunda mitad del siglo XIX, sin embargo, a diferencia de la rebelión de independencia, el conflicto agrario de principios del siglo XX no fue una insurrección sino más bien una *revolución social*, esto porque la división de la élite dominante ocasionó que las revueltas locales se convirtieran en un levantamiento a nivel nacional.

5.1.4 Movimiento campesino

La historiadora-socióloga, Fowler Salamini, consideró que la rebelión campesina "más seria" que surgió en el estado de Veracruz en 1906, la rebelión de Acayucan, fue un conflicto agrario en el que participaron "liberales políticamente motivados, surgidos de la clase media baja, indios despojados de sus tierras ejidales, asalariados sin tierra y arrendatarios insatisfechos con la opresiva situación socioeconómica".²⁰ Pero el descontento social agrario en Veracruz no dio lugar a un gran levantamiento campesino, como en Morelos, por el contrario, la revolución estuvo dirigida "desde arriba" por carrancistas y terratenientes. Con todo, asegura Fowler, la revolución "creó profundos cambios sociales que más tarde tuvieron enormes repercusiones en el desarrollo y la organización del movimiento campesino en Veracruz".²¹

²⁰ Fowler, *op. cit.*, p. 29.

²¹ *Ibid.*, p. 31.

Del mismo modo que Katz y Meyers, Fowler sostiene que la cercanía de las comunidades agrarias a las ciudades de Veracruz y Jalapa facilitó el contacto con sindicatos obreros así como la ampliación de su horizonte cultural, por ende, las comunidades campesinas de la zona central del estado fueron las primeras que se levantaron durante la revolución, aunque esta movilización campesina tuvo un carácter limitado debido a que "El ambiente político no era favorable al desarrollo de una conciencia radical, revolucionaria, y a la formación de una sólida estructura organizativa. El campesinado de Veracruz tuvo que esperar a la aparición de condiciones propicias en 1920 para asistir a la formación de su primera liga campesina".²²

Pero, el movimiento campesino veracruzano de los años veinte estuvo supeditado a fuerzas políticas externas que impulsaron la organización campesina por distintos motivos a los agrarios (el movimiento obrero, el movimiento de inquilinos y el Partido Comunista), pues tales agentes urbanos:

Proporcionaron a los sindicatos campesinos y a los comités agrarios, recursos financieros, técnicas organizativas y, lo más importante, una dirección fuerte y efectiva capaz de formular los objetivos, programas y tácticas del movimiento. Sin embargo, a pesar de la íntima relación entre dirigentes obreros y campesinos, el movimiento campesino nunca se hubiera desarrollado más allá de sus etapas formativas si no hubiera sido por el surgimiento de un líder no campesino, de antecedentes urbanos. El ascenso del coronel Adalberto Tejeda Olivares a la gubernatura del estado, poco después de la rebelión de Agua Prieta de 1920, tuvo un impacto tan profundo en la organización campesina que fue el factor determinante del movimiento campesino.²³

Esta representación de las luchas agrarias como resultado de "agentes externos" tiene su base en los estudios sobre luchas campesinas de los años setenta, que enfatizaban la importancia de la alianza de los grupos campesinos con otros sectores sociales, principalmente urbanos, para formar un "bloque" capaz de disputar el poder político²⁴. Para Fowler las sociedades agrarias

²² *Ibid.*, p. 43.

²³ *Ibid.*, p. 45.

²⁴ Fowler Salamini retoma las afirmaciones de varios estudios marxistas, entre ellos: Gerrit Huizer, *El potencial revolucionario del campesinado en América Latina*, México, Siglo XXI, 4ª. Ed., 1977 y con Rodolfo Stavenhagen, "Peasant Movements and land reform in Latin America: Mexico and Bolivia", en Henry Landsberger (comp.), *Rural protest: peasants movements and social change*, Nueva York, Barnes and Noble, 1973; James Petras y Hugo Zemelman, *Peasants in revolt: a Chilean case study, 1965-1971*, Austin, Texas, University of Texas Press, 1972; John Duncan P.,

tradicionales "no son protagonistas de una historia propia sino objetos de la historia de clases elitistas" y, además, su aislamiento social y geográfico les impide "percibir" cualquier posibilidad de cambio social. Así

Es fundamentalmente a través de los dirigentes, que despierta y se desarrolla la conciencia campesina. Los dirigentes campesinos con cierto grado de educación o de conocimiento del modo de vida y pensamiento urbano, tienen conciencia de un mundo de posibilidades y alternativas que les permite trascender la inmediatez, la singularidad y el localismo de su ambiente rural y comprender el medio socioeconómico y político en que vive el campesinado. Se convierten en organizadores de la experiencia de las masas campesinas sin ser ellos mismos intelectuales. Tales dirigentes están ansiosos por transformar (con frecuencia por motivos personales), a un campesinado tradicionalmente apático y pasivo, en una organización más o menos coherente, y por despertar sentimientos de descontento, desconfianza, resentimiento y resistencia al mundo de la opresión.²⁵

De acuerdo a la interpretación de Fowler, el movimiento campesino en Veracruz alcanzó su mayor desarrollo entre 1923 y 1933, porque durante este periodo se establecieron alianzas entre el campesinado y distintos grupos urbanos, que le permitieron arribar a una posición política privilegiada en el estado. Al terminar el periodo de gobierno de Tejeda, sin embargo, la movilización campesina se mantuvo a la defensiva y, posteriormente, durante los años cuarenta, debido a la burocratización del liderazgo de la principal organización agraria, la Liga Campesina Veracruzana, terminó la "verdadera historia del movimiento campesino de Veracruz porque (ya) no hay un verdadero movimiento campesino del cual hablar. Hubo en cambio una agencia campesina burocrática, totalmente integrada al PRI, que sólo nominalmente representaba al campesinado".²⁶

5.2 Revuelta, rebelión y revolución campesinas

A pesar de lo extenso del conflicto agrario en Morelos, sólo en el sur del estado surgió un levantamiento campesino debido a la combinación de varios factores:

Political mobilization of the Venezuelan peasant (no tiene la referencia bibliográfica completa) y Peter Singelmann, "Campesino movements and class conflict in Latin America: the functions of exchange and power" en *Journal of International Studies and World Affairs*, 16, núm. 1, febrero de 1974.

²⁵ Huizer, *El potencial revolucionario*, p. 20, citado en Fowler, *op. cit.*, p. 175.

²⁶ Fowler, *op. cit.*, p. 174.

un fuerte orgullo local, tradición de lucha, patriotismo nacional, incipiente conciencia de clase y una esperanza de cambio representada por el Maderismo. Para Womack, además de la disputa por la tierra entre terratenientes y campesinos, eran necesarios tanto un odio profundo y extenso hacia los hacendados como un sentimiento renovado de esperanza en los campesinos sureños para que éstos se decidieran levantarse en armas; de esta manera, el levantamiento de numerosos pueblos del sur de Morelos fue una *rebelión* adjetivada de campesina.

La rebelión campesina sureña se caracterizó por un "populismo vigoroso, basado en los pueblos y rancherías, con demandas específicas y un dirigente responsable y resuelto".²⁷ Sin embargo, hacia la primera mitad de 1912, la lucha de los zapatistas se desarrolló sin una organización de su movimiento y sin un liderazgo regional unificado, es por ello que Womack consideró que la violencia campesina parecía más un *motín rural* que una rebelión propiamente dicha.²⁸

Los rebeldes armados –campesinos de los pueblos y pequeños productores– lograron dominar "el campo" en Morelos que, a decir de Womack, constituía "una base social, pero no política"²⁹, mientras tanto los revolucionarios a favor de la legalidad –"gente de ciudad"– consiguieron el control del gobierno estatal durante el régimen maderista. Pero " a medida que la esperanza de una revolución oficial se iba perdiendo en los pueblos, Zapata y sus aliados volvieron a ser figuras allí, pues su rebelión obstinada daba claro testimonio de que eran los probados y verdaderos campeones del pueblo".³⁰ Aunada al desánimo y desilusión popular, la dictadura de Huerta establecida "agravó los disturbios hasta convertirlos en una terrible crisis y México se hundió en una profunda *revolución social*" (cursivas mías).³¹

La rebelión campesina en Morelos se transformó en una *revolución popular*, opina Womack, debido a distintas causas: la feroz represión del ejército huertista

²⁷ Womack, *Zapata*, pp. 89-90.

²⁸ *Ibid.*, p. 127.

²⁹ *Ibid.*, p. 139.

³⁰ *Ibid.*, p. 153.

³¹ *Ibid.*, p. 156.

en contra los pueblos de Morelos, la unificación de las fuerzas de la oposición y el reconocimiento pleno del liderazgo militar y moral de Zapata. Asimismo, a diferencia de la etapa anterior, el movimiento zapatista ahora sí contaba con una *organización*, promovida principalmente por un líder urbano e intelectual: Manuel Palafox; la lucha local y desorganizada de los primeros meses se convirtió en un movimiento más profesional que llevó a la práctica una "política programada" y, "A medida que se fue reorganizando y volviéndose auténticamente zapatista, toda la revolución del sur fue floreciendo".³²

Según Womack, la organización cada vez más fuerte del ejército zapatista a partir de la creación de una estructura militar, la Junta Revolucionaria del Ejército Libertador del Sur, permitió el avance militar de las tropas campesinas dentro y fuera del estado de Morelos; aunque para Zapata era clara la importancia política de avanzar hacia la Ciudad de México, debido a la falta de armamento y a su renuencia a pactar con sus enemigos, los carrancistas, no pudo llegar victorioso a la capital del país. No obstante,

Aunque los tratados (de Teoloyucan) podían hacer caso omiso de los zapatistas, no los podían hacer desaparecer. Era verdad que Zapata había perdido una buena oportunidad política, pero al menos, al no entrar en tratos deshonorosos, había salvado plenamente su honor revolucionario. Claramente los zapatistas habían contribuido al derrocamiento de Huerta y a meter la revolución, sus descubrimientos y esperanzas, en el camino de la historia de la nación.³³

Con todo, para este autor la revolución zapatista siguió un curso parecido al de los primeros colonizadores norteamericanos, pues los rebeldes del sur trataron de construir su propia utopía campesina: conquistar la tierra prometida. Gracias a la nota del traductor y remitiéndonos al relato historiográfico norteamericano, podemos ver la influencia del concepto de "territorio de frontera" en la interpretación del historiador de Harvard, ya que para él la ocupación zapatista en Morelos no sólo fue geográfica sino también psicológica:

Familias pobres y desposeídas habían habitado el lugar durante siglos; ahora, psicológicamente, lo ocuparon de verdad. Lo que conquistaron, desmontaron, allanaron y poblaron no fue un territorio que simplemente habían recuperado, sino una sociedad, que de tal manera recrearon. Como otros inmigrantes y

³² *Ibid.*, p. 170.

³³ *Ibid.*, p. 187.

pioneros, actuaron inciertamente, a veces por la fuerza de las necesidades inmediatas y otras veces en virtud de sueños a los que no querían renunciar. Pero en este territorio socialmente salvaje avanzaron, con dirección notablemente constante, hacia el establecimiento de municipios democráticos, vecindarios rurales en los que cada familia ejercía una influencia en la utilización de los recursos locales.³⁴

De nuevo, el relato histórico de Womack sobre el zapatismo está influenciado por la tradición política norteamericana de origen jeffersoniano, pues para él la verdadera revolución es aquella que viene desde abajo, la que surge desde el poder local en contra del poder nacional; es aquella que defiende la propiedad y la vida de las comunidades agrarias del avance de fuerzas externas, y es también la que pone por encima los intereses del pueblo sobre los mezquinos intereses de los ricos. En pocas palabras, la rebelión que se transforma en revolución social sólo puede ser la revolución del pueblo.

También Katz y Meyers, consideran que en Chihuahua y La Laguna surgió un levantamiento popular pero, a diferencia de Morelos, éste incluyó a todos los sectores de la sociedad norteña; sin embargo, en estas zonas, la rebelión popular también tuvo un carácter *revolucionario* porque, a juicio de ambos autores, representó una ruptura con el pasado y tuvo tendencias radicales. A pesar de que Meyers reconoce que la movilización popular en La Laguna "No fue estrictamente una revuelta campesina"³⁵, cuando examina los levantamientos agrarios en la región señala que "El origen y el grado de interrelación de estas revueltas es muy difícil de establecer con precisión, Aunque su situación en el tiempo indica una clara respuesta al llamado de Madero a la insurrección, la mayoría de los levantamientos tenían su origen en las circunstancias locales y en problemas pasados".³⁶

Meyers define a las luchas locales, campesinas y obreras como *revueltas o rebeliones* pues no estaban organizadas ni tenían un plan común pero, a medida que se incorporaron al maderismo tomaron mayor fuerza política y un mando militar unificado, lo que les permitió dar origen a una *revolución*.

³⁴ *Ibid.*, p. 220.

³⁵ Meyers, *op. cit.*, p. 113.

³⁶ *Ibid.*, p. 125.

Aunque no fue en apariencia un éxito, el asalto a Gómez Palacio fue la chispa que encendió la rebelión popular de la región y señaló el inicio oficial de la Revolución Mexicana en La Laguna. Seis meses más tarde, Jesús Agustín Castro condujo a Torreón un ejército victorioso, aunque desorganizado, de cinco mil "insurrectos", y allí Emilio Madero, hermano de Francisco, los proclamó la Segunda División del Norte. El movimiento popular había triunfado y La Laguna estaba ahora, literalmente, en manos de una coalición armada de sus trabajadores, campesinos y pequeños propietarios. Su revuelta constituía la primera sublevación masiva de La Laguna y determinó la historia subsecuente de la región y de la Revolución.³⁷

A pesar de haber tomado el control de Torreón los antiguos aliados de la coalición popular se transformaron en enemigos políticos al enfrentarse los maderistas con las otras facciones rebeldes, de tal manera que "En el aniversario de la revolución, la fragmentación del movimiento popular de La Laguna era completa. No volvería a unificarse hasta 1936".³⁸

Además de la heterogeneidad social de la rebelión popular en la sociedad norteña, Katz destaca el hecho de su temprana "profesionalización" que favoreció la consolidación y sostenimiento a largo plazo de ejércitos revolucionarios. Además, la revolución social en Chihuahua estuvo dirigida por Francisco Villa, un caudillo de estilo decimonónico pero con un proyecto de cambio social. Así, las imágenes de la revolución en el norte corresponden principalmente a la descripción del movimiento villista en Chihuahua:

Efectivamente, en donde el movimiento sureño se veía limitado por la estrechez de los intereses que representaba, el del norte tenía la base social más amplia que se pueda imaginar: no había una sola clase social mexicana que no estuviera representada en él. Mientras que el ejército sureño se caracterizaba por su inmovilidad, el del norte, compuesto en mayor medida por elementos no campesinos, estaba preparado para combatir dondequiera. Por otra parte, los puntos fuertes de los revolucionarios del sur eran las debilidades del ejército norteño. Mientras que en el sur había unidad, en el norte todo era diversidad: allí no había movimiento que no terminara tarde o temprano, dividido en una ala conservadora y otra radical. Lo que en el sur era unidad de principios, en el norte era ambigüedad: ninguno de los movimientos norteños podía seguir una línea firme debido a la multiplicidad de intereses conflictivos que había en su seno. Si en el sur había lealtad, en el norte no había tanta. Una vez que faltaron los fondos, muchos de los oficiales y soldados norteños se negaron a seguir peleando.³⁹

³⁷ *Ibid.*, p. 114.

³⁸ *Ibid.*, p. 148.

³⁹ Katz, *La guerra secreta.*, p. 152.

Además, para Katz, los dos movimientos revolucionarios, el del norte y el del sur, tuvieron un desarrollo distinto debido a una variable externa: la vecindad con los Estados Unidos. En el caso de todos los ejércitos revolucionarios del norte, especialmente el villista, esta vecindad influyó notablemente en la dependencia económica y la ambivalencia de sus posiciones políticas, entre ellas su ambivalencia con respecto a la reforma agraria.

Aunque al inicio de la revolución mexicana los colonos militares estuvieron representados en la dirección del movimiento villista su participación fue cada vez menor, debido a la incorporación de sectores conservadores –intelectuales, militares y hacendados- en la dirección del ejército nortero. Ante la influencia de estos grupos conservadores, entre otras razones, Villa tuvo poco interés en impulsar una reforma agraria inmediata. El gobierno de la Convención, del cual Zapata y Villa formaron parte, tampoco fue capaz de formular un acuerdo nacional sobre el reparto de tierras:

Hasta mediados de 1915, después de su derrota militar, el movimiento convencionista se mostró incapaz de elaborar un programa para la transformación social y económica de México. Esta incapacidad para desarrollar concepciones teóricas y darles realidad en caso de que existieran, sobre todo en lo tocante al problema agrario, fue fatal para la Convención.⁴⁰

Una vez derrotado por Carranza, Villa se vio obligado a ampliar su base social por eso intentó poner en práctica una reforma agraria en la región que todavía dominaba: Chihuahua, sin embargo, el radicalismo social del caudillo sólo condujo a la ruptura con los sectores conservadores de su movimiento, pero el objetivo principal no se alcanzó pues el reparto agrario nunca se llevó a cabo.

Otra debilidad del movimiento villista, según Katz, fue la ausencia de una organización política que constituyera la base de su poder, por eso la movilización popular terminó siendo dirigida y controlada por la única organización existente: el ejército; a pesar de que Villa se pronunció en contra del gobierno de los militares,

⁴⁰ *Ibid.*, p. 313.

las tendencias militares predominaron sobre la estructura civil del movimiento revolucionario en el norte.⁴¹

Para la antropóloga-historiadora, Hu-DeHart, las continuas revueltas yaquis en el estado de Sonora a lo largo de cuatro siglos, sí constituyen una "clásica rebelión campesina a gran escala" porque, al igual que en el caso de la rebelión zapatista, en Sonora las rebeliones del pueblo yaqui tuvieron su origen en la excesiva expropiación del excedente, durante el periodo colonial, y en la expropiación de las tierras yaquis, a lo largo del siglo XIX y principios del XX. También esta autora sostiene que durante la época colonial no hubo revueltas campesinas en las misiones jesuitas, debido a que había un "equilibrio social" entre los tres grupos regionales más importantes: las autoridades coloniales, los misioneros jesuitas y las comunidades yaquis.

La primera "revuelta" agraria de la "nación yaqui", en 1740, surgió por la combinación de tres procesos que dieron fin a dicho equilibrio social: el aumento de la demanda agrícola y de la mano de obra local; la centralización política en las autoridades civiles y militares; y la exigencia de los yaquis de un control jesuita menos autocrático y personalista. Se trata, por lo tanto, de una rebelión motivada "desde fuera" debido a los cambios económicos y la secularización política; a estos factores se sumaron "agravios" como el encarcelamiento de líderes yaquis y una hambruna generalizada en la zona ocasionada por errores de los misioneros jesuitas.

Posteriormente, a lo largo del siglo XIX, las continuas rebeliones de la "nación yaqui" surgieron como respuesta a la expansión territorial de hacendados sonorenses y a la represión política de los gobiernos liberales, principalmente durante la época porfirista. Aunque los rebeldes yaquis establecieron alianzas con grupos de distintos signo político y nacionalidad –liberales, conservadores e imperialistas franceses–, su intención, asevera la historiadora, no era tomar el poder político regional sino reconstruir sus antiguas comunidades y fortalecer su autonomía étnica. De aquí, se infiere, las luchas agrarias de los yaquis sólo pueden ser consideradas como "rebeliones campesinas" y no como

⁴¹ *Ibid.*, p. 182.

“revoluciones”, aún cuando hayan participado al lado de varios ejércitos revolucionarios durante el conflicto de 1910.

La base de las rebeliones yaquis es pues una de tipo cultural y no solamente agraria, ya que la supervivencia de una fuerte identidad étnica (la “nación” o “pueblo” yaqui) es el factor clave, de acuerdo a Hu-DeHart, que explica la resistencia de las comunidades indígenas y su gran adaptación a los cambios sociales en distintas etapas históricas. Pero, a mediados del siglo XX, la creciente dependencia económica, la mayor diferenciación social y la consecuente erosión de la identidad cultural yaqui, afirma Hu-DeHart, debilitaron profundamente la capacidad de movilización política de dicho grupo social y, por ende, su capacidad para defender sus intereses.

Los conceptos de revuelta y revolución son el eje de análisis del relato de Tutino, ya que para el historiador-sociólogo los conflictos agrarios del periodo colonial sólo dieron lugar a *revueltas campesinas*, es decir, a protestas locales, aisladas y de muy corta duración; pero, en 1810, con la movilización del ejército rebelde de Hidalgo, la protesta rural aislada se transformó en una revuelta agraria masiva, en un gran levantamiento agrario en el que participaron más de ochenta mil rebeldes, cuya base eran los arrendatarios y empleados de las haciendas del Bajío. Esta revuelta de masas se dirigió contra las haciendas y, a diferencia de las protestas coloniales, “exigían cambios estructurales en la vida mexicana”.

Pero, según la interpretación de Tutino, los insurgentes de 1810 “carecían de toda ideología explícita de justicia agraria. No proponían reformas estructurales para corregir los entuertos que tan hondamente sentían”⁴², por ello fueron derrotados. Sin embargo, más que la ausencia de una ideología agraria, para este historiador “Fue la pasividad predominante de la mayoría de los mexicanos del agro, aunada a la firme oposición de las elites coloniales más poderosas, lo que garantizó el fracaso de los intentos insurgentes por derribar el régimen colonial”.⁴³ Así, las rebeliones rurales del movimiento de independencia son clasificadas por Tutino como *insurrecciones agrarias*.

⁴² Tutino, *De la insurrección.*, p.184.

⁴³ *Ibid.*

A lo largo del siglo XIX, el conflicto social en el campo mexicano dio lugar a una "endémica violencia agraria" que se manifestó en una ola de revueltas campesinas a lo largo de todo el país, pero mientras este tipo de conflicto se mantuviera separado del conflicto político no había oportunidad para que los rebeldes agrarios se tornaran en un sujeto revolucionario. Por lo tanto, para Tutino, la revolución de 1910 fue una gran *revolución* agraria nacional debido a la magnitud de la violencia rural y a la división de la elite política dominante, en pocas palabras, debido a la conjunción del conflicto agrario y el conflicto político:

Para 1910, sin embargo, había llegado a su fin la separación de los conflictos políticos y los agrarios. Los contendientes en la lucha por el poder político nacional empezaron a cortejar el apoyo agrario y los insurgentes agraristas plantearon activamente a los dirigentes políticos sus demandas de tierra y de justicia. El resultado fue una guerra política nacional tan empapada de insurrección agraria que se volvió *revolución social* (cursivas mías).⁴⁴

5.3 El aparato técnico de la historiografía norteamericana: Nuevas fuentes documentales, nueva historia social

Como se mencionó en el capítulo dos, la historiografía norteamericana se ha caracterizado, hasta la década de los setenta, por tratar de lograr un conocimiento histórico objetivo, es decir, "científico" y, a lo largo de un siglo, éste fue el ideal común para las distintas interpretaciones historiográficas; la profesionalización de la historia como disciplina estuvo influenciada por el modelo de Ranke. Para que la historia asumiera el estatus de ciencia, ésta tenía que buscar la verdad, a través de una actitud objetiva y neutral del científico, y narrar "lo que realmente pasó".

Para ello se estableció como un requisito indispensable el establecimiento de fuentes documentales "primarias", es decir, producidas en la época de estudio seleccionada por el historiador, y sujetas a una crítica textual para distinguir los documentos falsos de los verdaderos. Una vez reunidos los documentos necesarios –los datos–, el historiador podía descubrir lo que había sucedido realmente. Este "realismo doctrinal" (White) está presente como punto de partida en la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas y, aunado al desarrollo específico de la disciplina histórica en los Estados Unidos, ha favorecido

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 236-237.

un fuerte empirismo y también un rechazo, implícito más que explícito, a las discusiones de orden teórico y metodológico provenientes de la teoría y la filosofía de la historia, pero también a otras de índole propiamente historiográfico.

Sin embargo, la historiografía norteamericana de las rebeliones campesinas como parte de ese vasto continente denominado historia social, experimentó una importante "revolución documental", debido a la disposición de nuevas fuentes primarias y a la creciente producción de investigaciones históricas centradas en el tema, mismas que se convirtieron en un creciente acervo documental de fuentes secundarias. En conjunto, la historiografía norteamericana –y de otras latitudes– interesada en la historia mexicana asistió a un "descubrimiento" documental sobre el periodo que va de mediados del siglo XIX a mediados del siglo XX. Varios de los historiadores aquí citados comentaron que, hacia principios de los años sesenta, el periodo más estudiado de la historia mexicana –y también de América Latina– era el periodo colonial debido, entre otras razones, a la disposición de importantes archivos nacionales, en México o Sevilla, sobre varios tópicos de aquella época. Por el contrario, comentó Womack:

There was a pretty thorough organization of much colonial stuff, but if you wanted to study national history, you couldn't do it. The archives for that period were nightmares. I have to say, however, that in the last few years there's been a tremendous improvement in the archives for the colonial and the national periods.⁴⁵

Además de esta limitación documental, el historiador de Harvard señaló otra de orden político:

American historians don't understand how political doing history is in Latin America. The politics comes from two directions. First, from the outside, as you say, from the United States, from our scholarly establishments, which define subjects and sponsor and cultivate research on them. Second, from the inside, from the past and the present of the country itself, which accounts for the difference in the condition of the archives of different periods. For the colonial period, they had Spain as the enemy, and the organization of colonial archives is in the interest of the national states, to provide records of the empire's oppression. But for the national period, the archives are to a highly significant and embarrassing extent a collection of records of collaboration, first with the British, later with Americans, so the organization of these records and the

⁴⁵ Abelove, "Visions of History", p. 254.

*convenience de scholarly access to them aren't attractive propositions to families who are still powerful, and the records go to the dogs.*⁴⁶

En el caso particular de la obra de Womack debemos subrayar que su estudio sobre Zapata inauguró el comienzo de una nueva historia social, profesional y latinoamericanista, pues si bien ya existían tesis, artículos y biografías sobre los líderes y el movimiento campesino zapatista, fue él quien por vez primera reunió documentos y entrevistas inéditas sobre los rebeldes sureños, a lo largo de una extensa investigación que le ocupó varios años.⁴⁷ A pesar de que no fue el primero ni el único estudio histórico de un académico norteamericano sobre Zapata, sí fue el que tuvo mayor impacto en la historiografía *latin americanist* en los Estados Unidos debido, en parte, al ascenso de la *New Left* en las universidades del vecino país.

Durante el tiempo en los que elaboró su tesis doctoral se publicaron biografías y memorias de veteranos o testigos de la revolución zapatista (cinco tomos de las memorias de Gildardo magaña entre 1951-1952; la biografía "más cuidadosa y completa" de Zapata escrita por Soto y Gama), y tuvo acceso a los archivos personales de Zapata, Amezcua, Sotelo Inclán, Robles Domínguez, García Pimentel y Marte R. Gómez. Sin embargo, en ese entonces, los archivos de la Secretaría de la Defensa Nacional, donde se resguardaba información relevante sobre los distintos ejércitos revolucionarios, no estaban abiertos a la consulta pública.

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ A pesar de que Womack destaca varias cualidades académicas de la tesis de Douglas M. Crawford, *The Suriano Rebellion in Mexico, 1910-1919*. Tesis de Maestría, *University of California* en Berkeley, 1940, consideró como su principal el que las fuentes eran "pocas y superficiales". Otros artículos producidos desde la academia norteamericana y consultados por Womack fueron los de John P. McNeely, "Origins of the Zapata Revolt in Morelos", *Hispanic American Historical Review*, XXVI, 2, mayo de 1966 y Arthur G. Pettit, "Relaciones Zapata-Carranza, 1914", *Anuario de historia*, V, 1965. Sin embargo, el artículo que el historiador de Harvard consideró como el más importante, no por las fuentes utilizadas sino por la "interpretación fecunda" es el de Francois Chevalier, "Un facteur décisif de la révolution agraire au Mexique: le soulèvement de Zapata, 1911-1919", en *Annales. Économies, Sociétés-Civilisations*, XVI, 1, enero de 1961. "Fue éste el primer artículo escrito a propósito de la revolución suriana por un historiador profesional, y, precisamente, por el mejor preparado, gracias a su excelente estudio anterior de las haciendas coloniales, para advertir sus orígenes y la estructura particular de sus fuerzas". Véase la "Nota bibliográfica" de *Zapata y la revolución mexicana*, p. 414.

Casi una década después, quien sí los pudo consultar fue Katz y, a pesar de su desilusión por no haber encontrado mucha información sobre las relaciones exteriores de México, comentó que sí "Constituyen una fuente importante de datos biográficos de los jefes militares de la revolución y de la historia militar y social de ésta".⁴⁸ Junto a Womack, Katz es el historiador de nuestro corpus historiográfico con mayor número de fuentes documentales y tiempo dedicado al estudio de temas vinculados con la revolución mexicana, pero tuvo más suerte que el primero porque él tuvo acceso a información hasta entonces desconocida: "En los últimos años ocurrieron profundos cambios en la organización de los archivos (el Archivo General de la Nación) y se descubrieron grandes cantidades de nuevas fuentes en sus depósitos; éstas son accesibles ahora a los investigadores. Los más importantes de estos documentos son los de la Secretaría de Gobernación. Contienen sobre todo los registros de los grandes haciendas que fueron confiscadas y más tarde devueltas a sus antiguos propietarios".⁴⁹

El aspecto más sobresaliente de las fuentes documentales utilizadas por Katz, es el estudio exhaustivo de los archivos de varios países: Austria, Cuba, España, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, México y Alemania, destacando los archivos de los ministerios de relaciones exteriores, de los servicios de inteligencia militar y de grandes corporaciones empresariales; sin embargo, el acceso a dichas fuentes también fue diferenciado ya que mientras los dos primeros fueron asequibles para el investigador, ninguna de las grandes empresas norteamericanas establecidas en México le permitió utilizar sus archivos. Es importante aclarar que el estudio de Katz sobre los aspectos sociales y agrarios movimiento villista estaba en su etapa inicial cuando escribió *La guerra secreta en México*; después de la publicación de este libro se dedicó diez años al estudio del personaje de Villa y del movimiento villista, que publicó como *Pancho Villa*.⁵⁰ Resulta significativo la declaración de Katz al respecto:

Me interesa el personaje (Villa) hace veinte años, pero en los últimos diez trabajé intensamente en este libro. Trabajé en sesenta archivos en ocho países, me

⁴⁸ Katz, *La guerra secreta*, p. 717.

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ Friedrich Katz, *Pancho Villa*, Ediciones Era, México, 1998.

tomó años. Ante todo porque Villa no dejó archivo personal y tuve que encontrar el material en los papeles de sus colaboradores, informes de la Defensa Nacional, en informes de los servicios secretos británico, norteamericano y alemán, informes consulares que tuvieron mucho que ver con él. Así es que duró mucho tiempo.⁵¹

Heather Fowler, al igual que Womack, señaló que tuvo dificultades de tipo político para acceder a los archivos, pues: "Aun cuando en la ciudad de México no hay restricción alguna, la delicada índole política del proceso de reforma agraria y las prácticas visiblemente corruptas del delegado agrario estatal me impidieron ir muy lejos en la investigación en los archivos de Jalapa, (por el contrario) El archivo mejor estudiado fue el de Adalberto Tejeda, ubicado en el Departamento de Historia de la Universidad de Veracruz, en Jalapa".⁵²

Para Fowler, los documentos más importantes para su investigación fueron los que integraban el archivo personal de Adalberto Tejeda pero, debido a que todavía no había sido clasificado en su totalidad, la historiadora norteamericana no pudo consultar legajos correspondientes a los años que van de 1928 a 1931. Esta laguna documental la trató de complementar con información oral, recortes periodísticos y una colección de libros proporcionada a la autora por la familia Tejeda. Mientras que para Hu-DeHart, el microfilm de una colección documental del Vaticano, ubicado en la Universidad de Saint Louis, constituyó la base de información más relevante para su extenso estudio sobre las rebeliones yaquis en el siglo XVIII.

Por su parte, Tutino utilizó la correspondencia privada de administradores y terratenientes de las haciendas de Chalco –los papeles de Mariano Riva Palacio-, y documentos "recientemente publicados" (en los ochenta) por la Secretaría de la Defensa Nacional relacionados con los movimientos agrarios del Altiplano central. No obstante, es importante mencionar que tanto el trabajo de Tutino como el de Coatsworth, son los dos únicos que difieren del resto de los autores porque en su investigación predominan las fuentes "secundarias", es decir, tesis, artículos y

⁵¹ Ruth García-Lago, "Friedrich Katz: A Villa lo mataron Obregón y Calles", en *OpCit.*, junio de 1999, pp. 12-13.

⁵² Fowler, *op. cit.*, p. 209.

libros publicados por historiadores y estudiosos de otras disciplinas de las ciencias sociales.

Si bien los distintos objetos de estudio de estos dos autores explican tal diferencia documental, llama la atención que los esfuerzos por llevar a cabo síntesis interpretativas o ensayos historiográficos –los de Tutino y Coatsworth–, sólo pueden plantearse hasta principios de los ochenta, a casi dos décadas de producción de literatura histórica de "historia desde abajo". Sin embargo, en la perspectiva de ambos historiadores la investigación histórica es una creciente producción de escritura que progresa por acumulación, es decir, por el descubrimiento de más y más fuentes documentales. Aunque los debates teóricos o epistemológicos no forman parte de ninguno de los trabajos aquí señalados, creo importante señalar que durante la década de los ochenta algunos historiadores del vecino país y de Europa han tratado de reflexionar sobre esta idea de "progreso" de la ciencia de Clío.⁵³

La mayor disponibilidad de distintos géneros documentales (cartas, memorias, entrevistas, reportes militares, informes consulares, biografías, archivos públicos y privados, colecciones particulares, etc.), indudablemente contribuyó a la mayor producción de la narrativa histórica norteamericana interesada en el conflicto social agrario mexicano. Además del descubrimiento de nuevas fuentes documentales, otro elemento relevante fue la ascendente profesionalización de los estudios históricos en México, pues algunos de los alumnos y, posteriormente investigadores, de El Colegio de México ya habían sistematizado guías documentales sobre el periodo revolucionario, destacando Luis González y González y otros, *Fuentes de la historia contemporánea de México: Libros y folletos*, 3 vols. (México, 1961-1962); Roberto Ramos, *Bibliografía de la Revolución Mexicana*, 3 vols. (2ª. Ed., México, 1958-1959), y la colección de notas sobre artículos periodísticos y de revistas que el historiador norteamericano, Stanley R. Ross, dirigió y organizó en el Colegio: *Introducción, ordenamiento y compilación: Fuentes para la historia contemporánea de México: Periódicos y*

revistas, 2 vols., (México, 1965-1978); y Berta Ulloa, *Archivo Histórico Diplomático Mexicano; Guía para la Historia Diplomática de México, Revolución Mexicana 1910-1920*, (México, 1963).

Los textos editados por El Colegio de México a pocos años de su creación oficial (1960), fueron un valioso cuerpo de documentación que, en parte, hizo posible el aumento de estudios sobre el periodo de la revolución mexicana, tanto en la academia mexicana y como en la academia *latin americanist* de los Estados Unidos. Aunque hoy día es visible el predominio cuantitativo de la historiografía norteamericana en varios campos de la historia mexicana, debemos matizar tal posición ya que la consolidación de un "aparato técnico", del cual es parte El Colegio de México y la UNAM, precedió al "boom" de la historia social del conflicto revolucionario.

Casi veinte años después, Tutino utilizó otras colecciones documentales como las de Enrique Florescano (comp.), *Fuentes para la historia de la crisis agrícola de 1785-1786*, (Archivo General de la Nación, México, 1981) y del mismo autor y de Isabel Gil, *Fuentes para la historia económica de México*, 3 vols. (INAH, México 1973-1976).

Otra de las características más sobresalientes de los documentos históricos consultados por los historiadores norteamericanos, es la concentración de un gran número de colecciones y archivos mexicanos en bibliotecas y universidades de Estados Unidos, principalmente en universidades con departamentos de Estudios Latinoamericanos (Austin, Chicago), y en instituciones gubernamentales (colección de documentos del Departamento de Estado sobre México, localizada en los *National Archives of Washington*).

Tutino consultó los archivos de Mariano Riva Palacio en la *Benson Latin American Collection Library* de la Universidad de Texas; Hu-DeHart, por su parte, acudió al microfilm de la *Pastells Collection of Roma* ubicado en la Universidad de St. Louis; Katz revisó en los *National Archives of Washington* la correspondencia

⁵³ Alan Knight, "Reflexiones sobre las causas del descontento campesino" en *La revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, tomo 1, Grijalbo, México, 1996, pp. 175-194.

de presidentes, secretarios de Estado, embajadores y senadores, así como los informes del servicio de inteligencia norteamericano y los archivos personales de "importantes personalidades" del periodo de la revolución mexicana, adquiridos por la *Nettie Lee Benson Collection*, de la Universidad de Austin; Womack también consultó los *National Archives of Washington* en donde encontró información acerca de los zapatistas, sin embargo, a diferencia de lo que ocurrió con el movimiento villista, el gobierno de Estados Unidos casi no les prestó atención porque en Morelos "había pocos norteamericanos y pocos dólares invertidos".⁵⁴

En el Departamento de Estado del vecino país, los historiadores norteamericanos también han hecho valiosos hallazgos en cientos de documentos generados por políticos, embajadores, cónsules y empresarios estadounidenses radicados en México durante el periodo de la revolución mexicana; estas fuentes documentales han estado abiertas a la consulta pública desde hace varias décadas y es posible obtenerlas como publicación microfilmada. De esta manera, afirma Katz,

Las fuentes norteamericanas relativas a la revolución mexicana (1910-1920) han estado a disposición de los investigadores hace más tiempo que las de cualquier otro país. También, en términos generales, están mejor ordenadas y son más accesibles y voluminosas. En consecuencia, las fuentes norteamericanas tal vez hayan desempeñado un papel desproporcionado en los estudios sobre la revolución mexicana, y uno de los propósitos del presente libro (*La guerra secreta*) ha sido el de establecer un mayor equilibrio entre las fuentes norteamericanas y las de otros países.⁵⁵

En síntesis, la nueva historia social escrita por académicos latinoamericanistas en el vecino país fue posible, en parte, gracias a la disponibilidad de un enorme "aparato técnico" integrado con una gran variedad de fuentes documentales inéditas, localizado en universidades y oficinas gubernamentales de México y de los Estados Unidos, aunque el acceso a los documentos se dio de manera gradual debido a restricciones de índole política. No obstante, la consolidación de instituciones académicas mexicanas, destacando el Colegio de México y la UNAM, también fue una base importante para la sistematización y difusión de guías documentales.

⁵⁴ Womack, "Zapata", p. 406.

Sin embargo, una característica de la mayoría de las fuentes documentales utilizadas por los estudiosos del conflicto social agrario (cartas, informes gubernamentales, partes militares, periódicos, biografías, diarios, reportes diplomáticos, etc.), es que fueron generados por la elite política, económica y cultural y no por los "actores", es decir, los rebeldes campesinos. Este aspecto nos plantea varios problemas de orden metodológico que se abordan en el siguiente apartado, sobre los tipos de explicación implicados en los relatos históricos de los siete académicos norteamericanos aquí señalados.

5.4 Estilos narrativos y tipos de explicación

A pesar de que la intencionalidad explícita de los historiadores norteamericanos aquí reseñados ha sido la de relatar una historia "objetiva", ésta se ha entendido de distintas maneras pero sobresalen, principalmente, dos modos de escritura historiográfica: por un lado, la historia como pasión, es decir, la historia como arte; por el otro, la historia como explicación, o sea, la historia como ciencia nomológica. Desde luego que tal clasificación no es nada nueva, pero resulta muy adecuada para describir brevemente el "estilo" de narración histórica dominante en uno u otro autor.

Si trazamos una línea imaginaria siguiendo el estilo más o menos narrativo de los autores estudiados, podríamos ubicar a Womack, Katz y Meyers en el lado izquierdo y a Coatsworth y Tutino en el lado derecho, poniendo al centro a Fowler y Hu-DeHart. Las diferencias son varias y van, por ejemplo, desde el enunciado de Womack sobre su obra como "un relato, y no un análisis, de cómo tuvo lugar la experiencia de los campesinos de Morelos", hasta el "enfoque analítico" de Tutino que intenta explicar por qué se rebelan los pobres del campo, o la búsqueda de Coatsworth por establecer "patrones de rebelión rural" en América Latina, desde fines del siglo XVII hasta principios del XX.

La narración de *Zapata y la Revolución Mexicana* es, con mucho, la *story* mejor lograda, "Y es un relato, y no un análisis, porque la verdad de la revolución

⁵⁵ Katz, "La guerra secreta", p. 715.

de Morelos está en algo que yo no podría dar a entender con sólo definir sus factores, sino que la única manera de lograrlo es haciendo una detallada narración”, efectivamente, el lector podrá seguir a lo largo de casi cuatrocientas páginas las motivaciones de un pueblo, dirigido por su líder, para tomar las armas y permanecer en lucha durante casi una década. No sólo las determinaciones materiales, económicas o políticas sino también los sentimientos de ira, resentimiento, dignidad, odio, en pocas palabras las “virtudes y defectos” de los campesinos zapatistas, son los componentes del fino relato de Womack. La suya es una historia, para decirlo coloquialmente, de “carne y hueso” en la cual los campesinos aparecen como “hombres (que) supieron enfrentar su destino”.

Por otra parte, aunque *La guerra secreta en México* es el relato más extenso de los estudios aquí abordados, pues rebasa las seiscientas páginas en su última edición, más que una historia social fue un gran aporte a la historia diplomática del periodo revolucionario; con todo, su estudio también fue pionero en la investigación sobre la revolución en el norte de México y, con ello, del movimiento villista. Sin embargo, el espacio dedicado a los rebeldes norteros, específicamente a los colonos militares y comunidades campesinas, sólo abarca un pequeño apartado en donde señala cuáles fueron los distintos estratos rurales y urbanos que, aliados, dieron lugar a la protesta popular en Chihuahua y La Laguna⁵⁶.

A diferencia de Womack, Katz desarrolla una narración cuyo lenguaje describe a los grupos rebeldes como “estratos” sociales, es decir, como categorías sociológicas agrupadas según su composición social y económica; en lugar de atender los motivos de los rebeldes norteros, el historiador de Chicago pone énfasis en las condiciones estructurales –crisis económica, crecimiento demográfico, expansión comercial de las haciendas, opresión política, etc.- que causaron la rebelión en la sociedad fronteriza. Meyers sigue el mismo procedimiento de Katz en su relato sobre el movimiento revolucionario en La Comarca Lagunera y, a pesar de que centra su relato en un tiempo y espacio más

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 23-40, 149-153 y 161-170.

acotado que el de Katz, sus imágenes de la revuelta popular y campesina son más “frías” y “asépticas”.

Las dos historiadoras del corpus historiográfico, Hu-DeHart y Fowler, manejan una menor fluidez en sus narraciones sobre la rebelión yaqui y el movimiento campesino veracruzano, respectivamente, debido a la intercalación de esquemas e hipótesis teóricas -elaboradas desde la antropología y la sociología- en distintos momentos de su relato histórico. Pero es Fowler quien explícitamente tiene como base de su narración la formulación de conceptos y teorías sobre el por qué se rebelan los campesinos -a partir del modelo de Eric Wolf-, así que al lector poco familiarizado con las categorías y esquemas marxistas le costará trabajo seguir su relato, aunque éste sea de doscientas páginas.

Con más o menos dificultad, con mayor o menor acuerdo, estos cinco relatos pueden ser considerados, según los cánones profesionales, como trabajos históricos “tradicionales”, en el sentido de presentar una monografía amplia de qué y cómo se rebelaron los distintos grupos campesinos. En contraste, los trabajos de Tutino y Coatsworth no son monografías sino ensayos históricos; por cierto, en el caso de Tutino, un largo y bien informado ensayo de trescientas páginas.

No obstante que el relato de Tutino se apoya en fuentes primarias -para ser exactos, sólo en dos capítulos de un total de nueve-, su objetivo principal es llevar a cabo una “síntesis interpretadora”, “una explicación al hecho de que las insurrecciones agrarias se volvieran tan corrientes en México desde 1810 hasta 1930 y de que esos levantamientos ayudaran a configurar el México moderno. (Además pretende dar), “una aportación a las discusiones que comparan internacionalmente los orígenes de las insurrecciones y el papel jugado por esas violentas movilizaciones en la hechura del mundo moderno”⁵⁷. Su tarea, por lo tanto, huelga decirlo, es ofrecer un “enfoque analítico”.

Parafraseando a Womack, el trabajo de Tutino es un estudio de sociología histórica y no de historia social, y es un análisis más que un relato (tradicional, porque sí es un relato) porque la estructura de su narración sigue de cerca el

⁵⁷ Tutino, *op. cit.*, p. 9.

procedimiento de la narración sociológica. Primero, plantea un conjunto de problemas generales a resolver –por ejemplo, ¿cómo se incuban las insurrecciones? ¿por qué estallan en un momento determinado y no en otro?-, luego revisa algunas explicaciones teóricas sobre rebeliones campesinas –Moore, Wolf, Migdal, Paige, Scott y Skocpol-; después elabora un modelo explicativo propio, integrado por cuatro variables, y finalmente lo somete a prueba comparando distintos momentos y tipos de insurrección agraria que ocurrieron en México, desde 1750 hasta 1840.

Este procedimiento tiene como resultado una “trama” histórica que no es el de la narración detallada y fluida propia de la monografía, por el contrario, los datos históricos se desarrollan para destacar tendencias generales o “regularidades” sociohistóricas, presentadas como fuerzas “abstractas” e independientes de la voluntad y acción humanas, en un nivel inmediato. Estamos pues frente a una escritura historiadora que privilegia las estructuras, teóricas y sociales, a los procesos de largo plazo, y a las configuraciones sociales de gran escala –las revoluciones sociales y el Estado-, por ende, la narración historiográfica “densa” no es su opción.

Finalmente, el artículo de Coatsworth, a pesar de sus brevedad, ha sido muy controvertido por su método y lenguaje tan poco ortodoxo dado que su objetivo tan amplio: revisar la literatura historiográfica sobre rebeliones rurales en América Latina a lo largo de dos siglos para comparar el caso de México con el resto de la región, lo lleva a cabo estableciendo “patrones de rebelión rural” y algunas de sus causas socioculturales y políticas. La exposición de sus resultados es a través de cuadros de frecuencia y cuadros sinópticos que, a la manera de la historia cuantitativa, presentan a las rebeliones campesinas como “series” estadísticas o cifras abstractas. El relato de “carne y hueso” está muy lejos de aquí, pues en el relato de un hecho histórico como “serie”, los actores desaparecen y las estructuras también.

5.5 Evidencia histórica y lecturas de la acción

Los estudiosos norteamericanos que nos ocupan han tratado de mantener vivo el “noble sueño” de la objetividad, pues aspiran a narrar “lo que realmente pasó” e informar al lector del quién, cuándo, cómo, dónde y por qué sucedió determinado acontecimiento histórico. Sin embargo, existen distintas formas de atender estas preguntas que, como se acaba de señalar en el apartado anterior, dependen de la “idea de la historia” que privilegió cada uno de los autores. Por lo tanto, el estilo narrativo está relacionado con los procedimientos de análisis, la lectura de las fuentes documentales, los marcos de interpretación, en breve, con la teoría y el método.

No es casual que el estilo narrativo de Womack, tan emotivo y denso, explícitamente se contrapone al estilo “frío” y “neutro” de lo que él considera una historia “científica”, porque si bien ambas escrituras historiográficas son explicaciones, para el primero la historia no es una “suma de factores” ni la búsqueda exhaustiva de materiales históricos, sino también y sobre todo, un amor a la “belleza indispensable”.⁵⁸

Para el resto de los historiadores, el estilo de narración está centrado en la explicación nomológica que supone un esquema de si A (condiciones o “causas” más cierto tipo de leyes) entonces ocurre B, un esquema que explica los acontecimientos históricos según la relación causa-efecto. Este modelo le ayuda al historiador a explicar procesos de cambio particulares –económicos, políticos, sociales-, pero no el proceso específicamente histórico, es decir la dimensión temporal y hermenéutica de la narración en su conjunto.

Así, todos los estudiosos aquí señalados dan cuenta de las rebeliones y revoluciones campesinas como efecto de una sumatoria de factores antecedentes, entre los que podemos mencionar: la expansión del capitalismo comercial en el campo que provoca una mayor integración (y al mismo tiempo desintegración) de comunidades y grupos campesinos al mercado nacional e internacional; una crisis económica del sector agrícola (sequías, caída de los precios agrícolas, decremento de las exportaciones agropecuarias), cuyos efectos sociales se

traducen en una mayor explotación de peones, arrendatarios y rancheros, y/o el desempleo masivo de estos grupos; la escasez de alimentos que generan hambrunas también es otro factor de las rebeliones.

Aunada a esta crisis agrícola, también se mencionan crisis en otros sectores económicos relacionados con el campo (textil, minero y, en menor medida, el industrial). Paralelamente, la crisis política derivada de la división entre la elite económica y la elite gobernante se traduce en una falta de legitimidad del régimen político y cada fracción de la elite en disputa, busca aliados de otros grupos sociales –entre ellos los campesinos- en su lucha por el poder. Para Katz, Tutino y Fowler, las divisiones entre los grupos dominantes, además de ofrecer una “oportunidad” para los rebeldes también genera un “liderazgo efectivo” que es externo a los campesinos.

Ambas crisis, la económica y la política, se conjuntan en el corto plazo, en una “coyuntura” donde ocurren las “insurrecciones”, “revueltas” o “rebeliones” campesinas; pero los historiadores también consideran relevantes los cambios a largo plazo, entre ellos: los cambios demográficos y agrarios debido a la expansión del capitalismo y la formación de un Estado nacional; el relato historiográfico sobre las rebeliones campesinas se extiende hacia atrás, para observar proceso más lentos pero importantes en la configuración de los sucesos históricos. Womack, Katz y Meyers nos remiten al siglo XVIII para ver la formación de pueblos y colonias militares; Hu-DeHart hasta el siglo XVI cuando se integraron las comunidades indígenas en una “nación yaqui”; Fowler rastrea indicios de rebeliones indígenas en el siglo XIX en Veracruz; y Tutino comienza su relato a partir del siglo XVIII para describir un proceso de “compresión y descompresión agraria”, como elemento clave de la violencia agraria a lo largo de dos siglos; Coatsworth hace un recuento de las rebeliones rurales desde fines del XVII hasta principios del XX .

Para el conjunto de historiadores reseñados, la expansión capitalista y la formación del Estado nacional también fueron “causas” de, por un lado, el creciente “despojo de tierras” de comunidades indígenas y campesinas, colonos

⁵⁸ Womack, “Zapata”, p. 414.

militares, rancheros y aparceros; por otro, de las alianzas entre el Estado y los terratenientes en contra de la propiedad campesina. Todas estas variables, políticas, económicas y sociales, de corto o largo plazo, en conjunto constituyen los factores determinantes del conflicto agrario; son pues el *explanans* y su resultado, las rebeliones campesinas, el *explanandum*.

Pero, este tipo de explicación nomológica enfatiza las condiciones o variables de tipo estructural y no atiende o están difusos los motivos, los sentimientos, el "punto de vista del actor", ni las percepciones, creencias o "cultura" de los grupos rebeldes. Y esta cuestión nos lleva a una situación muy paradójica porque, a pesar de la intencionalidad de los historiadores de explicar por qué se rebelaron los campesinas, de hecho lo que hacen es establecer las condiciones o el contexto de la acción pero no dan cuenta del por qué, ante las mismas condiciones, unos grupos rurales sí se rebelaron y otros no. Nos ofrecen la causa suficiente pero no la causa necesaria.

Tal paradoja nos plantea interrogantes de tipo teórico y metodológico: ¿cómo puede explicarse la acción a partir de las estructuras? ¿qué ligas pueden establecerse entre ambas y cuáles no? ¿cómo puede el historiador acercarse y "comprender" el punto de vista de los "pobres del campo", según la formulación de Tutino, cuando existen pocas evidencias al respecto? ¿qué diferencias deben establecerse entre la opinión de los "líderes" de las rebeliones y sus "bases" campesinas? ¿son la misma entidad?. Y, si es posible acceder documentalmente a los motivos de los campesinos que se rebelaron, ¿el historiador debe asumir por entero la "verdad" de su testimonio?.

Estas interrogantes nos llevarían a distintas cuestiones epistemológicas y teóricas, pero nos interesa destacar dos en relación a la historiografía que nos ocupa: la primera se refiere a la construcción del "sujeto" de la acción, es decir, al quiénes se rebelan y cómo son representados en las narraciones historiográficas; la segunda, aborda los problemas del uso e interpretación de las fuentes documentales, con énfasis en las limitaciones que tienen los estudiosos de las rebeliones campesinas – y en general, los historiadores de la cultura popular-, relacionadas con las "lecturas" de las evidencias disponibles.

Al inicio de este capítulo señalamos que las principales representaciones de los relatos históricos sobre rebeliones campesinas, consideran a las comunidades campesinas e indígenas, pueblos, colonias militares, arrendatarios y peones agrícolas como los principales “grupos sociales” de la sociedad rural, que integraron las bases de los levantamientos agrarios y ejércitos revolucionarios. Todas estas son categorías colectivas que, por lo general, los estudiosos del conflicto social dividen en “líderes” y “bases sociales”.

Sin embargo, existe la tendencia común a explicar al “sujeto” colectivo a través de lo que fueron sus líderes, no queremos decir con ello que se establezcan como sinónimos, pero sí elaboran afirmaciones que ligan estrechamente los motivos y acciones de los principales dirigentes agrarios –si existen evidencias al respecto– con los motivos y acciones de las “masas” o “bases” rurales.

A pesar de que el relato de Womack es el más detallado en cuanto a la descripción de las comunidades y pueblos campesinos que se rebelaron en Morelos, ocasionalmente introduce voces anónimas de campesinos zapatistas, sobra decir que está centrado en Zapata, el “caudillo del sur”; Katz, todavía con menos fiñeza en el detalle descriptivo se refiere a los colonos militares, tribus indígenas y peones agrícolas como “clases” o “estratos” sociales y gran parte de su narración sobre el villismo se teje con datos biográficos de Villa y otros líderes norteros; Meyers intenta explicar ¿quién se rebeló y por qué? si bien responde a la primer pregunta, la segunda no queda clara; Hu-DeHart menciona la existencia de una “nación yaqui” pero luego utiliza el término de “pueblo yaqui” sin aclarar la diferencia; Fowler utiliza la categoría de “bloque político campesino” pero en realidad su personaje clave es el gobernador de Veracruz, Adalberto Tejeda; Tutino es el más contradictorio porque a pesar de su intención de expresar “el punto de vista” de los pobres del campo, no aparecen sus “voces” por ningún lado; Coatsworth ni siquiera está interesado en retomar la opinión de los grupos rebeldes.

El sujeto o actor aparece dibujado como un conjunto de generalizaciones sociológicas: características demográficas, actividad económica, posición social, etc. Así, las comunidades campesinas e indígenas son “unidades” ligadas por la

solidaridad, lazos de parentesco, usos y costumbres y por la propiedad colectiva de tierras y un gobierno autónomo; las colonias militares comparten varias de estas características pero sin los "lazos tradicionales" que ligan a aquéllas con las haciendas y con mayor "tradición guerrera"; por otra parte, los peones agrícolas son "masas" de trabajadores migrantes de una región a otra y de un sector económico a otro –de la agricultura a la minería, de la minería a la industria-, por ello es se describe como un grupo con amplia movilidad geográfica y sin ningún "lazo tradicional".

Sin embargo, aparte de estas características sociológicas no se sabe mucho acerca de las motivaciones de los individuos que se integraron a los levantamientos rurales, lo cual nos lleva al problema de las fuentes documentales. Hablar de los motivos de la acción es hablar de evidencias escritas que expresen directamente la "voz" de los actores, en este caso los campesinos, pero este tipo de evidencias –cartas, biografías, autobiografías, testimonios.- es casi inexistente debido a que se trata de grupos analfabetos o "iletrados", mientras que casi todas las fuentes documentales utilizadas por la historiografía norteamericana que nos interesa han sido escritas por la elite –económica, política o intelectual-. Así las cosas, resulta difícil rescatar las verdaderas "voces del pasado" de los rebeldes agrarios.

De nuevo, el más afortunado de este conjunto de académicos fue Womack quien tuvo acceso a los archivos de Zapata y de otros destacados dirigentes del movimiento zapatista, si bien no tuvo acceso a fuentes primarias de campesinos rebeldes sí tuvo la oportunidad de entrevistar a testigos y participantes de la revolución en Morelos; Katz, también en los años que reescribió su tesis doctoral no contaba con mucha información sobre los soldados villistas; Meyers inicia su trabajo criticando las amplias generalizaciones sociológicas sobre el movimiento revolucionario en La Laguna, pero finalmente declara que "El origen y el grado de interrelación de estas revueltas es muy difícil de establecer con precisión".⁵⁹

Fowler realizó entrevistas a dirigentes campesinos de tres generaciones, pero centró su cuestionario en las características sociales y políticas, pero no

incluyó indagaciones sobre los "motivos" o "pensamiento" de los líderes agrarios; Hu-DeHart se apoyó en un informe de los misioneros jesuitas sobre la rebelión yaqui (siglo XVII)⁶⁰, los reportes de funcionarios públicos y militares (siglo XIX) y algunos estudios de antropólogos norteamericanos sobre el pueblo yaqui (sigloXX).

En *De la insurrección a la revolución*, Tutino tiene como objetivo primordial "explicar los actos de la mayoría de los insurgentes que fueron seguidores de los rebeldes. Sin llegar a compartir en todo momento sus intereses con los jefes rebeldes, fueron ellos quienes arriesgaron la vida para emprender movimientos insurreccionales de masas. Pocos entre las decenas de miles de insurgentes mexicanos del campo dejaron constancia de sus metas. Pero es posible estudiar sus actos por medio de la historia social comparada"⁶¹, sin embargo, ninguna de sus fuentes documentales son evidencias directas de los rebeldes agrarios, por el contrario, éstas expresan el "punto de vista" de miembros de la elite terrateniente.

Debido a esta falta de materiales históricos sobre los motivos de los campesinos para rebelarse, es que los académicos norteamericanos –y todos los historiadores de la cultura popular-, enfatizan las condiciones o "determinaciones estructurales" del conflicto rural, pero cuando tratan de explicar quién es el sujeto y cuáles son sus motivos nos hablan de categorías sociológicas muy amplias y homogéneas. No se afirma que los estudiosos de la historia social no estén conscientes de la dificultad de ligar estructura y acción, y de los retos que

⁵⁹ Meyers, *op. cit.*, p. 125.

⁶⁰ "La *Pastells Collection* de Roma que se encuentra en microfilm en la Knights of Columbus Vatican Film Library de la Universidad de St. Louis (St. Louis, Missouri), ha reunido la mayoría de documentos relativos a la rebelión yaqui de 1740. El documento más importante de la colección es en realidad una recopilación de copias de todos los documentos importantes del caso. En junio de 1744, el virrey Conde de Fuenclara sometió a la Corona el informe final y definitivo sobre la rebelión. Además de su propia carta introductoria, bastante breve, presentó cientos de páginas de documentos copiados de todas las partes en conflicto, que en total abarcaban un periodo de diez años (...). El documento jesuita más importante sobre de revuelta de 1740 fue redactado por el padre Mateo Ansaldo y titulado "El P. Mateo Ansaldo Rector del Colegio de San Pedro y San Pablo de Méjico sobre la sublevación de los indios presenta este escrito contra las injurias que el gobernador Huidobro pone en los autos que a los R.P. entregaron" (...), como apéndice de este documento hay un informe anónimo titulado: "Hecho de la Raíz, Causas y Progresos, hasta su conclusión de la rebelión de los indios Hiaquis, Maios y convezinos en la Gobernación de Sinaloa en el año de 1740, siendo Gobernador Vitalicio Don Manuel Bernal de Huidobro", citado en Hu-DeHart, *op. cit.*, p. 306.

⁶¹ Tutino, *De la insurrección*, p. 9.

enfrentan al tratar de explicar el proceso de toma de decisiones de un objeto tan resbaladizo como lo es la "mentalidad campesina" o "cultura campesina", pero al verse obligados a apoyarse en las características sociales de los grupos rebeldes, el riesgo inherente es una explicación mecanicista del por qué se rebelan los distintos sectores de la población rural.

Hasta principios de la década de los ochenta, la información disponible sobre el periodo revolucionario en su mayor parte había sido escrita por la elite de la época, y había poco material biográfico o autobiográfico sobre los campesinos que participaron en la revolución mexicana. Estas dificultades de orden metodológico no se reducen a la ausencia de fuentes documentales, también nos remiten a otras de índole hermenéutica, es decir a problemas de ¿cómo deben leerse los documentos generados por otros grupos distintos al actor?

Conclusiones

Como se mencionó en el primer capítulo de este trabajo, la operación historiográfica es el resultado de la relación entre un lugar social, unas prácticas disciplinarias y una escritura, según la definición de De Certeau. A partir de esta concepción de la historiografía, era importante describir el lugar social desde donde se enuncia la escritura de la historia sobre las rebeliones campesinas del periodo revolucionario, en este caso: la academia norteamericana de los años 1960-1980. Este fue el tema que se desarrolló en el capítulo dos y tres de la tesis, y podemos concluir que el predominio cuantitativo de la historiografía norteamericana en el conjunto de estudios sobre el conflicto rural mexicano, está relacionado con el explosivo crecimiento institucional de la disciplina de la historia en general, y de los estudios latinoamericanos en particular, que experimentó la comunidad académica estadounidense durante el periodo de la segunda posguerra.

Desde entonces, la historiografía académica norteamericana sobre las rebeliones campesinas del periodo revolucionario, ha ocupado un lugar prominente en toda la producción historiográfica sobre México. La cantidad de artículos, reportes, ponencias, tesis y libros escritos por *scholars* estadounidenses rebasan la escritura histórica de cualquier otro país, incluyendo el nuestro. Además de su voluminosa producción historiográfica, los académicos del vecino país gozan de una gran "autoridad" e influencia entre los estudiosos de la historia mexicana, pues sus obras son referencias obligatorias para legos y eruditos.

La gran producción de investigaciones históricas en Estados Unidos refleja el desarrollo y consolidación institucional de la historiografía académica. Así, entre 1910 y 1950 se presentaron medio centenar de tesis de doctorado sobre el tema en las universidades norteamericanas, pero tan sólo en un lustro, entre 1965 y 1970, el número fue de 81 disertaciones doctorales; este crecimiento explosivo de la producción de escritura histórica no era exclusivo de la historiografía mexicanista, sino de toda la historiografía del vecino país en la década de los sesenta.

La prosperidad económica y el surgimiento de una nueva sociedad de masas durante la segunda posguerra favorecieron la expansión también masiva de las instituciones de educación superior; florecieron centenares de universidades y decenas de centros de investigación especializados en las distintas ciencias y humanidades. De esta manera, el número de miembros de la *American Historical Association* alcanzó la cifra de 1800 historiadores, a principios de la sexta década; los profesores de historia se multiplicaron cinco veces entre 1940 y 1970 y los doctorados pasaron de 150 en promedio cada año en los años treinta, a más de 1000 anualmente hacia finales de los años sesenta.

El *boom* de estudiantes y profesores en la academia norteamericana obligó a los seguidores de Clío a especializarse cada vez más en las alguna de las subdisciplinas de la historia –historia social, historia económica, historia intelectual, etc.–, o en alguno de los estudios de área, entre ellos, los *latin americanist studies*. Al mismo tiempo, la contratación académica fue más meritocrática por lo cual los grados académicos (doctorados) y las lealtades institucionales eran signos evidentes de la consolidación de la “profesión”. Además, el público destinatario de los libros de historia no era el “gran público”, sino un público “estrictamente académico”.

Otro hecho decisivo para la consolidación profesional de la historiografía norteamericana fue la defensa de los intereses geopolíticos del gobierno de los Estados Unidos en la región latinoamericana, pues el temor a la influencia alemana en el subcontinente en la década de los treinta y de la Revolución Cubana en los años sesenta, alentó el apoyo financiero gubernamental a los *latin americanist studies*. Así, en 1938 se creó una División de Relaciones Culturales para el área latinoamericana, un año después surgió la Fundación Hispana y en 1940 nació la Oficina de Coordinación de Asuntos Interamericanos; luego de un declive de la atención oficial terminada la Segunda Guerra Mundial, hacia 1960 los estudios latinoamericanos se incluyeron en los estudios financiados por el VI Título del Acta de Educación de la Defensa Nacional. Por si fuera poco, a la abundante ayuda gubernamental se agregaron los recursos financieros de instituciones privadas como la Fundación Rockefeller y la Fundación Ford.

Si bien la revolución cubana fue el Caballo de Troya de los estudios latinoamericanos en la academia norteamericana, en otros países del área y de otras regiones del mundo como Asia oriental y África surgieron revoluciones nacionalistas en las que los campesinos eran la base social de los ejércitos rebeldes. En la década de 1960, el gobierno de los Estados Unidos, a pesar de contar con el ejército más poderoso del mundo, no logró vencer a una guerrilla campesina en Vietnam y sufrió la "peor humillación" de su orgullo nacional al ser derrotado por un país del "Tercer mundo". Por otra parte, en la región latinoamericana, entre los movimientos populares más importantes estaban los movimientos campesinos de Bolivia, Brasil, Perú y Guatemala; incluso en México se levantó una guerrilla rural a principios de los setenta; en todos estos lugares, hubo apoyo de la CIA y el ejército norteamericano a las tareas de contrainsurgencia de los gobiernos de la región.

Ante este contexto de amplia movilización campesina, el interés de varios académicos norteamericanos se centró en el estudio de los campesinos y la política, un tema que no era nuevo en las ciencias sociales; lo novedoso fue la cantidad de recursos, congresos, investigaciones y publicaciones hasta el punto de crear un campo especializado: *The Peasant Studies*, este ámbito de conocimiento más que una subdisciplina, fue un espacio interdisciplinario donde participaron historiadores, sociólogos, antropólogos y politólogos. Los *latin americanists* norteamericanos contribuyeron de manera especial al estudio de los campesinos y la política.

Una vez que se habían resuelto las interrogantes sobre el enorme crecimiento cuantitativo de la historiografía académica norteamericana en los años sesenta, se trató de identificar el desarrollo cualitativo de esta producción de escritura, esto nos condujo a resaltar algunas de las características "internas" de la disciplina de Clío: preguntas, orientaciones, valores, prejuicios, conceptos y principios metodológicos. Sin embargo, es importante mencionar que debido a un profundo desconocimiento personal acerca de la historiografía estadounidense, privilegié una lectura genética y quizás muy descriptiva, por esta razón hicimos una síntesis retrospectiva sobre los orígenes, desarrollo y crisis de la historia

profesional en los Estados Unidos. Para poder diferenciar las particularidades de la historiografía académica norteamericana del periodo 1960-1980, tenían que conocerse los elementos constantes y variables de las "tradiciones historiográficas" previas a esta etapa. Estas preocupaciones se abordaron en el capítulo tres.

Al tener esta visión panorámica del desarrollo cualitativo de la disciplina de la historia norteamericana, fue posible responder la pregunta: ¿por qué la historiografía estadounidense sobre las rebeliones campesinas del periodo revolucionario, aparece en los años sesenta y no antes? Porque sólo durante los dos momentos radicales de la historiografía del vecino país del norte, en 1930 y 1960, se ha privilegiado el estudio del conflicto social, principalmente el conflicto entre los sectores populares y las élites dominantes.

Si bien no es posible afirmar, en sentido estricto, la existencia de "tradiciones" historiográficas en los Estados Unidos, podemos destacar algunas de las características que han conformado, en sentido amplio, una tradición de conocimiento norteamericana: el estudio esmerado de las fuentes documentales; una marcada concepción positivista del documento histórico; el profundo rechazo a la "filosofía" o "teoría" de la historia; la hiperespecialización y la "objetividad" del investigador. Estos aspectos no son peculiares de la academia de historiadores norteamericana, pero sí el acentuado énfasis en la "imparcialidad" del observador, el cuidado por las "técnicas" y la "exactitud" de los datos. De esta orientación nació tanto la preocupación por elaborar bibliografías y manuales especializados, como la habilidad para organizar enormes archivos y bibliotecas universitarias y gubernamentales; es indudable que el gran "aparato técnico" documental del que disponen los *scholars* norteamericanos es una de sus fortalezas institucionales.

Lo que sí parece una característica singular de la historiografía académica norteamericana es la continuidad de la discusión entre ciencia/literatura, pues mientras en Europa la narración fue descalificada como un tipo de explicación científica válida, la gran tradición literaria de los relatos históricos en los Estados Unidos hizo posible que la historia narrativa fuese aceptada y adaptada por los historiadores profesionales. No obstante, desde inicios del siglo XX hasta la

actualidad, el debate sobre el estatuto científico de la narración histórica ha dividido a la academia de historiadores en dos bandos; por un lado, hay quienes sostienen que la historia debería proceder de manera semejante a la ciencia natural y tratar de buscar las causas de los eventos históricos, empleando para ello el modelo nomológico-deductivo; por el otro, se encuentran los partidarios de explicar "narrando" una historia (story), con elegancia literaria y estricto apego a los hechos.

La primera tendencia comenzó a difundirse en la historiografía norteamericana en los años veinte y ha sido designada por la historiadora norteamericana Dorothy Ross, como una inclinación de la ciencia social estadounidense al "cientificismo"; a partir de la década de los sesenta, esta perspectiva se ha llamado a sí misma historia científico-social. La segunda perspectiva, ha subrayado el carácter "narrativo" de la explicación histórica y, por lo tanto, los relatos son concebidos como "artefactos literarios".

Otra rasgo distintivo de la historiografía del vecino país del norte, es el denominado "excepcionalismo norteamericano", es decir, la idea de los Estados Unidos como una nación única en el mundo por estar exenta de los males del Viejo Mundo y por ser *la* república liberal-democrática. Aunque este tipo de conciencia nacionalista es un fenómeno común en varios países del mundo, lo peculiar es la estrecha unión que ha habido entre este tipo de retórica nacionalista y la disciplina de la historia, pues la idea de los Estados Unidos como la sociedad democrática por excelencia ha necesitado de una compleja argumentación historiográfica escrita, en parte, desde la academia. Según la afirmación de Tenorio, lo "excepcional" de la experiencia norteamericana es que "Fue la ciencia la que se puso al servicio de la retórica nacionalista en Estados Unidos". Para Dorothy Ross, el excepcionalismo ha sido el "gran tema" de la historiografía norteamericana.

El lenguaje del excepcionalismo norteamericano ha (re)producido un conjunto de actitudes y valores políticos liberal-republicanos que influye en la formulación de preguntas e interpretación histórica de los académicos del vecino país del norte; en nuestro caso, las visiones historiográficas de los estudiosos de

las rebeliones campesinas han indagado cuál ha sido el papel del campesinado en la transición del antiguo régimen a la sociedad moderna, y han evaluado los resultados políticos de la revolución mexicana de acuerdo al binomio democracia vs autoritarismo. También la interpretación de las comunidades campesinas como entidades sociales "democráticas" y "autogestivas", está vinculada con la visión populista norteamericana que se remonta hasta la época de Jefferson.

Coincidentemente, en los dos momentos en que ha sido cuestionada la retórica del excepcionalismo norteamericano, en 1930 y 1960, han surgido enfoques radicales que tuvieron como principio básico de interpretación, el conflicto político entre los intereses del "pueblo" y los intereses "capitalistas". En ambos periodos, la mirada histórica norteamericana se dirigió a su vecino del sur; las luchas campesinas de la revolución mexicana fueron interpretadas como parte fundamental de la lucha del "pueblo" o del "proletariado" en la búsqueda de la arcadia perdida.

Pero, la historiografía académica radical de los años sesenta era más compleja y sofisticada, pues la disciplina de Clío estaba en contacto más estrecho con las ciencias sociales y otros campos de conocimiento como la lingüística y la psicología. Al interior de la academia norteamericana ocurrieron cambios teórico-metodológicos en la "percepción" del campesinado y su papel en las sociedades modernas; entre otros, destaca la creación de una teoría sobre el campesino de Eric Wolf y la historia escrita "desde abajo".

El antropólogo austríaco nacionalizado norteamericano, Eric Wolf, influyó a toda una generación de académicos latinoamericanistas, pues su obra puso en primer plano la imagen de una comunidad campesina homogénea, solidaria y con cierto grado de autonomía local, pero inmersa en una compleja red de relaciones de dominación política; del mismo modo, su libro sobre las luchas campesinas del siglo XX inspiró a jóvenes investigadores para estudiar las revueltas agrarias de distintas experiencias nacionales. Entre los académicos que reconocieron explícitamente su deuda intelectual con la obra de Wolf se encuentran Fowler, Hu-DeHart y Tutino.

Wolf también fue un agudo crítico de la historiografía occidental y su proyecto de reescribir la historia estaba fincado en el programa metodológico más amplio conocido como historia “desde abajo”; este enfoque trataba de representar la historia de la humanidad en un sentido universalista que reconociera que “la gente ordinaria fue a la vez agente del proceso histórico, víctima y testigo silencioso del mismo. Así pues, necesitamos poner al descubierto la historia de la «gente sin historia», es decir, las diversas historias activas de acosadas minorías «primitivas», de campesinos, trabajadores, inmigrantes”.¹

Otra figura relevante de la historia “desde abajo” fue Barrington Moore, un prominente sociólogo-historiador norteamericano, quien destacó el papel de los campesinos –y de los terratenientes– en la formación del mundo moderno. Para Moore y otros estudiosos de los años sesenta, la tarea del investigador era desvelar la ideología dominante en los documentos y relatos históricos. Womack guiado por este principio metodológico, consideró que: “Lo más radical que existe es la verdad sobre algo. En un mundo de muchas clases de mentiras, obligadas, compulsivas y deliberadas (...) decir la verdad no sólo es un acto comunista sino un acto revolucionario”.²

Wolf y Moore eran parte de un grupo de académicos norteamericanos que demandaban una historia crítica, una historia que tuviera bases teóricas más firmes, que fijara más su atención en las estructuras económicas, políticas y sociales y menos en la narración de acontecimientos, y que tratara de establecer regularidades o generalizaciones sociohistóricas; en pocas palabras que la historia fuese una historia “científico social”. Sin embargo, el proyecto de una historiografía científico social hizo resurgir la vieja polémica norteamericana entre Ciencia/Literatura en los recintos universitarios.

Los relatos históricos de nuestro “*corpus* historiográfico” muestran la elección de cada uno de los historiadores en uno y otro sentido. A riesgo de esquematizar demasiado, podemos ubicar los relatos de Womack, Katz, Meyers y

¹ Eric Wolf, *Europa y la gente sin historia*. Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 10.

² John Womack, “Radicalism of disclosure”, en *Studies on the Left*, t. 1., Otoño 1959, pp. 3-4, citado en Novick, *op. cit.*, p. 507.

Hu-DeHart dentro del modelo narrativo y a Tutino, Fowler y Coatsworth del lado del modelo científico social. En el marco de esta discusión es más fácil comprender la intención de Womack de hacer “un relato, y no un análisis” y el objetivo de Tutino por llevar a cabo un “enfoque analítico” de las rebeliones campesinas.

Otro cambio importante de la historiografía norteamericana, a inicios de los años sesenta, fue el surgimiento de la *New Left* en la escena política y en la academia estadounidense; de manera semejante a los enfoques radicales de principios del siglo XX, las interpretaciones históricas de la nueva izquierda se inspiraron en el marxismo, populismo, anarquismo y la democracia liberal. De nuevo, el conflicto de clases era el principio básico de interpretación de los estudios académicos de esta corriente historiográfica. Los historiadores latinoamericanistas interesados en las rebeliones campesinas del periodo revolucionario no comenzaron de cero porque recuperaron la interpretación populista de Fränk Tannenbaum, según la cual la revolución mexicana había sido fundamentalmente una “revolución agraria”, una revolución hecha por el pueblo cuya culminación sería la creación de cientos de comunidades campesinas autogestivas, gracias a la reforma agraria posrevolucionaria.

No obstante, la división entre los intereses del “pueblo” y los intereses de la “aristocracia” del dinero de la interpretación populista se planteó en términos de clase por la *New Left*, es decir, entre el proletariado y la burguesía, o entre las distintas fracciones de los sectores populares y de las élites dominantes; de aquí la necesidad de escribir la historia “desde abajo”, de rescatar del olvido a los grupos sociales marginados o poco estudiados por la historiografía profesional: obreros, mujeres, campesinos, grupos étnicos, etc.

Pero el nuevo programa metodológico siguió conservando el viejo principio epistemológico, es decir, el ideal objetivista, ya que para los historiadores izquierdistas su principal tarea era “ver las cosas tal como son”, “perseguir la verdad, ceñirse a los más rigurosos criterios de indicios y pruebas e intentar hacer de la historia una ciencia”.

El historiador profesional de orientación izquierdista era capaz de mostrar cuál era y dónde estaba la verdad de la historia, precisamente por su compromiso político con los grupos dominados; para algunos estudiosos del pasado el punto de vista de los oprimidos era el único verdadero. Varios relatos históricos de la *New Left* terminaron por representar esquemas acartonados de la “lucha de clases” entre el proletariado y la burguesía; las luchas campesinas eran parte de la lucha “socialista” en contra de la dominación “capitalista”.

Aunque este no es el caso de ninguno de los relatos históricos aquí analizados, sí se puede identificar cierto romanticismo revolucionario en las imágenes de las comunidades agrarias a las que representan como unidades sociales homogéneas y autogestivas que fueron capaces de luchar por preservar su organización social y, al lograrlo, evitaron las “desviaciones” impuestas por sociedades modernas “burocráticas”.

Ciertamente, la corriente de la *New Left* no era la única al interior de la academia norteamericana pero sí tuvo una gran influencia entre los historiadores latinoamericanistas de nuestro *corpus* historiográfico. Este enfoque de interpretación histórica tuvo su auge entre los años 1960 y 1970 pero, paulatinamente, menguó su importancia en la década de los ochenta. A partir de estos años, en la historiografía norteamericana ya no es posible identificar una *mainstream* o corriente principal, más bien lo que se puede observar es una “fragmentación” de estudios hiperespecializados dirigidos hacia múltiples direcciones. No obstante, es importante mencionar que la “nueva historia cultural” es un campo que ha atraído a un buen número de investigadores norteamericanos, aunque también de otras nacionalidades; dado que la historia social de las dos décadas previas a 1980 habían descuidado las “mentalidades”, la “cultura” y lo “simbólico”, el foco de atención de un buen número de historiadores contemporáneos son estos temas.

Los historiadores aquí revisados trataron de escribir sus historias “desde abajo”, por ello representaron en sus relatos a los diversos grupos sociales del campesinado: aparceros, rancheros, comunidades campesinas, colonos militares, peones y jornaleros agrícolas; asimismo, evaluaron el papel de los campesinos en

el transcurso de la revolución mexicana y en el devenir histórico de la sociedad mexicana. A pesar de este punto de partida común, cada uno de los relatos históricos de los siete autores analizados se distinguen entre sí por la dimensión temporal y espacial de sus narraciones, es decir, por el *tiempo histórico* que desplegaron en sus "historias contadas" (story). De la dimensión temporal de las narraciones, surgen las diversas significaciones históricas de nuestro *corpus* historiográfico.

Para Womack, la revolución zapatista consiguió, aunque fuera momentáneamente, llevar a cabo su "utopía campesina", ya que en Morelos los pueblos mantuvieron su integridad y reclamaron su participación en el progreso nacional. Por su parte, Katz y Meyers consideraron que la debilidad de la participación campesina en el movimiento villista favoreció el predominio de tendencias conservadores y militaristas en el ejército de Villa, lo cual explica, en parte, la derrota del líder popular ante Carranza.

Fowler señaló que aún cuando en Veracruz no hubo movilización campesina antes de 1910, la revolución mexicana fue el origen de las futuras organizaciones campesinas locales que tuvieron su "época dorada del agrarismo" regional gracias a su alianza con un "agente externo", el gobernador Adalberto Tejeda, a finales de los años veinte y principios de los treinta. Para Hu-DeHart las rebeliones del pueblo yaqui habían sido una constante durante todo el siglo XIX debido a la fortaleza de su "identidad cultural"; a pesar de su larga resistencia, durante la época porfirista este grupo étnico sufrió una guerra que estuvo a punto de exterminarlos, pero la revolución mexicana evitó la desaparición del pueblo yaqui. El "punto decisivo" de la historia de este grupo indígena sería el periodo cardenista cuando obtuvo sus demandas más antiguas: tierras y gobierno propios.

Finalmente, para Tutino y Coatsworth, el papel de los campesinos en la modernización de la sociedad mexicana fue activo, pues las revueltas campesinas contribuyeron a debilitar a la élite terrateniente a lo largo del siglo XIX y principios del XX; a pesar de que la revolución mexicana emprendió una ruta de modernización "desde arriba", las rebeliones agrarias no fueron totalmente derrotadas ya que lograron retrasar por un buen tiempo la desaparición de las

comunidades campesinas e insertaron el tema de la reforma agraria en la agenda política nacional.

En cuanto al aparato técnico de la historiografía académica norteamericana latinoamericanista es digno de mencionar que la nueva historia social de las décadas 1960-1980, experimentó una "revolución documental" debido a la disponibilidad de una gran cantidad de fuentes primarias inéditas en esa época, tales como archivos personales, correspondencia, testimonios, autobiografías, memorias, informes militares, etc. Los historiadores norteamericanos de los años sesenta y ochenta tuvieron más facilidades para consultar en "archivos" organizados que la generación anterior, porque en esos años las principales instituciones académicas mexicanas –El Colegio de México, el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la UNAM– habían sistematizado varias guías documentales y archivos especializados.

Además, en los Estados Unidos hubo un gran capital documental a disposición de los académicos norteamericanos debido a que los reportes de cónsules, embajadores y empresarios de origen estadounidense sobre los ejércitos de la revolución mexicana, se concentraron en los Archivos Nacionales de Washington. Este voluminoso y bien ordenado "aparato técnico" explica, en parte, el peso de las fuentes documentales norteamericanas en los estudios sobre las rebeliones campesinas del periodo revolucionario.

La historiografía académica norteamericana de las rebeliones campesinas escrita entre los años sesenta y ochenta, metodológicamente ha tratado de relatar la historia "desde abajo" pero, paradójicamente, las principales fuentes documentales consultadas por los investigadores del vecino país han sido generadas "desde arriba" por las élites económicas, políticas o intelectuales (informes militares, reportes de cónsules extranjeros, actas judiciales, periódicos, etc.). En este tipo de documentos históricos rara vez está registrada la "voz" de los grupos campesinos rebeldes –Womack es la excepción a la regla, pero él rescató más la biografía de los líderes que de las bases zapatistas–. Tal dificultad de carácter epistemológico no es una cuestión problemática para los historiadores norteamericanos que nos ocupan, pero ésta incide en la comprensión de un

elemento esencial de sus investigaciones, a saber: cuáles fueron los motivos de los campesinos para rebelarse.

Al no disponer información acerca del "punto de vista" de estos "actores" de la historia, entonces los relatos históricos de las rebeliones campesinas privilegiaron por un lado, el estudio de las estructuras agrarias; por el otro, el examen de los líderes agrarios y de la composición social de los grupos rebeldes. La "mentalidad" o la "cultura" campesinas no eran objeto de atención de la historia social norteamericana en los años sesenta y setenta, pero estas insuficiencias o lagunas serían el objeto de estudio de la "historia cultural" de la década de los noventa; empero, el análisis de los motivos de la acción y de las "mentalidades" de los grupos populares no sólo requiere de más datos históricos sino de una amplia discusión sobre cómo podemos y debemos interpretar las fuentes documentales. Esta reflexión es, sobre todo, de índole hermenéutica; he aquí la necesidad de leer, escribir y pensar en forma crítica la historiografía contemporánea.

BIBLIOGRAFIA

- Abelove, Henry (comp.). *Visions of History*, New York, 1984.
- Adams, Paul (comp.). *Los Estados Unidos de América*, Siglo XXI Editores, Colección: Historia Universal, Volumen 30, México, 1979.
- Aguirre, Rojas Carlos. *Braudel y las ciencias humanas*, Montesinos, Barcelona, 1996,
- *Los Annales y la Historiografía francesa. Tradiciones críticas de Marc Bloch a Michel Foucault*, Quinto Sol, México, 1996.
- Allen, Bushong David. "Doctoral Dissertations on Pan American Topics Accepted by United States and Canadian Colleges and Universities 1961-1965," *Latin American Research Review*, No. 2 supplement (Spring 1967).
- Appleby, Joyce, Lynn Junt y Margaret Jacob. *La verdad sobre la historia*, Andrés Bello, Barcelona, 1998.
- Bartra, Roger. *Caciquismo y poder político en el México rural*, Instituto de Investigaciones Sociales UNAM/Siglo XXI Editores, México, 1975.
- Bell, Daniel. "El 'secreto hegeliano'. La sociedad civil y el excepcionalismo norteamericano", *Vuelta*, No. 157, México, Diciembre 1989, pp. 7-12.
- "Guerras culturales. La vida intelectual norteamericana, 1965-1990", *Vuelta*, No. 186, México, mayo 1992, pp. 30-38.
- Bendix, Reinhard. *Estado nacional y ciudadanía*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1964.
- Benjamin, Thomas. "La Revolución es regionalizada. Los diversos Méxicos en la historiografía revolucionaria" en *Historia regional de la revolución mexicana*, CNCA, México, 1994, pp. 427-471.
- Bloch, Marc, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, Edición crítica preparada por Étienne Bloch, INAH/FCE, México, 1996.

- Bousquet, Helena María. "La historia como vocación. Entrevista a Richard Morse", *Secuencia*, No. 19, enero-abril, Instituto Mora, México, 1991, pp. 141-157.
- Brading, David (comp.). *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
- Braudel, Fernand. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2ª. Edición, 2 vols. , Fondo de Cultura Económica, México, 1976.
- "Historia y ciencias sociales. La larga duración" en *Escritos sobre Historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
- Burke, Peter. *Sociología e Historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.
- *Historia y teoría social*, Instituto Mora, México, 1997.
- Casillas, Miguel Angel y Adrián De Garay. "El contexto de la constitución del cuerpo académico en la educación superior 1960-1990", en Gil, Antón Manuel (coord.), *Académicos un botón de muestra*, UAM-Azcapotzalco, México, 1992, pp. 13-60.
- Coatsworth, John H., y Carlos Rico (coords.). *Imágenes de México en Estados Unidos*, FCE/Comisión sobre el futuro de las relaciones México-Estados Unidos, México, 1989.
- "Patrones de rebelión rural en América Latina: México en una perspectiva comparativa", en Katz, Friedrich (comp.), *Revuelta, Rebelión y Revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, tomo 1, Era, México, 1990, pp. 27-61.
- "Prólogo" a Friedrich Katz, *Ensayos mexicanos*, Alianza Editorial, México, 1994, pp. 9-16.
- Collingwood, R. G. *La idea de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1946.
- Cosío Villegas, Daniel. "De la necesidad de estudiar a Estados Unidos", *Anglia*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1968, pp. 9-17.
- Corcuera, de Mancera Sonia. *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Gedisa, Barcelona, 1992.

- Chevalier, François. *La formación de los latifundios en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.
- Danto, Arthur C. *Historia y narración. Ensayos de Filosofía analítica de la Historia*, Introducción de Fina Birulés, Paidós, Barcelona, 1989.
- Darnton, Robert. "Historia intelectual y cultural", *Historias*, No. 19, octubre-marzo, INAH, México, 1988, pp. 41-56.
- De Certeau, Michel. *La escritura de la historia*, 2ª. Edición, Universidad Iberoamericana, México, 1993.
- "El sol negro del lenguaje: Michel Foucault", en *Historia y Psicoanálisis*, Universidad Iberoamericana, México, 1995, pp- 10-26.
- Delpar, Helen. "Frank Tannenbaum. The Making of a Mexicanist, 1914-1933", *The Americas*, vol. XLV, No. 2, 1988, pp. 153-171.
- Durán, Norma, Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño. *Metodología III. Historia y Narración*, UAM-Azcapotzalco, México, 1997.
- Engelhardt, Tom. *El fin de la cultura de la victoria. Estados Unidos, la guerra fría y el desencanto de una generación*, Paidós, Barcelona, 1997.
- Florescano, Enrique y Ricardo Pérez Montfort. *Historiadores de México en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica/Conaculta, México, 1995.
- Fowler, Salamini Heather. *Movilización campesina en Veracruz, 1920-1938*, Siglo XXI Editores, México, 1979.
- Friedrich, Paul. *Revolución agraria en una aldea mexicana*, Fondo de Cultura Económica/Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, México, 1981.
- *Los príncipes de Naranja. Un ensayo de método antropológico*, Enlace/Grijalbo, México, 1991.
- Gibson, Charles. *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, Siglo XXI Editores, México, 1967.
- Goldfrank, Walter L., "Theories of Revolution and Revolution Without theory: The Case of Mexico", *Theory and Society*, No. 7, 1979, pp. 135-165.
- Goldman, Noemí y Leonor Arfuch. "Historia y prácticas culturales. Entrevista a Roger Chartier" *Historias* No. 35, octubre-marzo, INAH, México, 1996.

- González, Nelly. "Latin American Doctoral Dissertations of the 1960s", *Latin American Research Review*, vol. 18, No. 3, pp. 157-164.
- Grunstein, Arturo. "El populismo", en Víctor Arriaga, et. al., *Estados Unidos visto por sus historiadores*, Tomo 2, Instituto Mora/UAM, México, 1991, pp. 7-15.
- Guerra, François-Xavier. *México: Del antiguo régimen a la revolución*, 2 tomos, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
- Hale, Charles. "Frank Tannenbaum y la revolución mexicana", *Secuencia*, No. 39, Instituto Mora, México, septiembre-diciembre, 1997, pp. 127-163.
- Handlin, Oscar. *La verdad en la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.
- "Temas centrales de la historia norteamericana", *Secuencia*, No. 14, Instituto Mora, México, 1989, pp. 38-54.
- Hart, John. *El México revolucionario: gestación y proceso de la Revolución Mexicana*, Alianza Editorial, México, 1990.
- Hewitt, de Alcántara Cynthia. *Imágenes del campo. La interpretación antropológica del México rural*, El Colegio de México, México, 1988.
- Hofstadter, Richard. *Los historiadores progresistas*, Paidós, Buenos Aires, 1968.
- Hu-DeHart, Evelyn. "Rebelión campesina en el noroeste: Los indios yaquis de Sonora, 1740-1976", en Katz, Friedrich (comp.), *Reuelta, Rebelión y Revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, tomo 1, Era, México, 1990, pp. 135-163.
- Katz, Friedrich. *La Guerra secreta en México*, 2ª. Edición en un tomo, Era, México, 1998 (1ª. Edición en español, 1982).
- "Pancho Villa, los movimientos campesinos y la reforma agraria en el norte de México", en David Brading (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988, pp. 86-105.
- (comp.). *Reuelta, Rebelión y Revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, 2 tomos, Era, México, 1990.
- Knight, Alan. ¿Revolución nacionalista, burguesa o simplemente una gran rebelión?, *Cuadernos Políticos* No. 48, Era, México, 1986, pp. 4-32.

- "Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana", *Secuencia*, No. 13, Instituto Mora, México, enero-abril 1989, pp. 23-43.
- "Reflexiones sobre las causas del descontento campesino" en *La revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, tomo 1, México, Grijalbo, México, 1996, pp. 175-193.
- Lasch, Christopher. "Prólogo" en Richard Hofstadter, *La tradición política norteamericana y los hombres que la formaron*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, pp. 9-20.
- Le Roy, Ladurie Emmanuel. *Entre los historiadores*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.
- Linares, Andrés. *Historia de los grupos de izquierda en los Estados Unidos*, Castellote Editor, Madrid, 1976.
- Lockhart, James. "Charles Gibson y la etnohistoria del centro de México colonial" *Historias*, No. 20, INAH, México, abril-septiembre, 1988, pp. 25-47.
- Martin, Lipset Seymour y Richard Hofstadter (eds.). *Sociology and History: Methods*, Basic Books Inc., New York, 1968.
- Matute, Alvaro (introducción, edición e índice). *Historiografía española y norteamericana sobre México*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1992.
- Merkx, Gilbert W., "Foreword", en *Latin American Research Review. Index 1965-1995*, vol. 31, No. 4, Latin American Institute, University of New Mexico, 1996, pp. iii-ix.
- Meyers, William K., "La segunda División del Norte: formación y fragmentación del movimiento popular de La Laguna, 1910-1911", en Katz, Friedrich (comp.), *Revolución, Rebelión y Revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, tomo 2, Era, México, 1990, pp. 113-148.
- Moore, Barrington. *Orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Península, Barcelona, 1991.
- *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1996.

- Moyano, Angela, Jesús Velasco y Ana Rosa Suárez, *EUA. Síntesis de su historia*, tomo 1, Instituto Mora, México, 1988.
- Novick, Peter. *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, 2 tomos, Instituto Mora, México, 1997.
- Reina, Leticia. "Veinte años de historia del siglo XIX en revistas especializadas", *Historias*, No. 16, INAH, México, enero-marzo 1987; pp. 131-142.
- "Historia y antropología de las rebeliones indígenas y campesinas en la colonia y en el siglo XIX: un recuento", *Historias*, No. 17, INAH, México, 1987, pp. 39-55.
- Rico, Moreno Javier. *Cultura y representación historiográfica. La Revolución Mexicana en los orígenes del revisionismo*, Tesis de Maestría en Historiografía, UAM-Azcapotzalco, México, 1996.
- Ricoeur, Paul, "Entre el tiempo vivido y el tiempo universal: el tiempo histórico", en *Tiempo y Narración III*, Siglo XXI Editores, México, 1996, pp. 783-815.
- Ross, Dorothy. "Las ciencias sociales en Estados Unidos desde la perspectiva de una historiadora", *Secuencia*, No 28, Instituto Mora, México, enero-abril 1994, pp. 115-136.
- "Grand Narrative in American Historical Writing: From Romance to Uncertainty", *American Historical Review*, vol. 100, No. 3, junio de 1995, pp. 651-677.
- Semo, Enrique. "La cuestión agraria y la revolución mexicana: nuevos enfoques" *Historias*, no. 2, INAH, México, abril-junio 1988, pp. 123-133.
- Schryer, Franz J. *Una burguesía campesina en la Revolución Mexicana. Los rancheros de Pisaflores*, Era, México, 1986.
- *Ethnicity and Class Conflict in Rural Mexico: A Peasant Revolt in a Nahuatl Community*, Princeton University Press, 1991.
- Skocpol, Theda. *Los Estados y las revoluciones sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
- Stavenhagen, Rodolfo. *Neolatifundismo y explotación*, Porrúa, México, 1968.
- *Las clases sociales y las clases agrarias*, Siglo XXI Editores, México, 1971.

- Taylor, William. *Embriaguez, homicidio y rebelión en los pueblos coloniales mexicanos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- Tenorio, Mauricio. "Viejos gringos: radicales norteamericanos en los años treinta y su visión de México", *Secuencia*, No. 21, Instituto Mora, México, septiembre-diciembre, 1991, pp. 95-116.
- "De encuentros y desencuentros: la escritura de la historia en Estados Unidos. Ensayo de una visión forastera", *Historia Mexicana*, vol. XLVI, No. 4, El Colegio de México, 1996, pp. 889-925.
- *Liaisons dangereuses: Memoria y olvido historiográfico, México-Estados Unidos*", en *De cómo ignorar*, FCE/CIDE, México, 2000, pp. 146-161.
- Tobler, Hans W. *La revolución mexicana. Transformación social y cambio político, 1876-1940*, Alianza Editorial, México, 1994.
- Tutino, John. *De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria 1750-1940*, Era, México, 1990.
- "Cambio social agrario y rebelión campesina en el México decimonónico: el caso de Chalco", en Katz, Friedrich (comp.), *Revuelta, Rebelión y Revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, tomo 1, Era, México, 1990, pp. 94-134.
- "Historias del México agrario", *Historia Mexicana*, No. 2, El Colegio de México, México, 1992, pp. 177-220.
- Van Young, Erick. "To See Someone Not Seeing: Historical Studies of Peasants and Politics in Mexico", *Mexican Studies*, vol. 6, No. 1, Universidad de San Diego, California, 1990, pp.133-159.
- "El Lázaro de Cuautla. Dobles subjetivos al leer textos sobre la acción popular colectiva", *Historia y grafía*, No. 5, Universidad Iberoamericana, México, 1995, pp. 165-193.
- "Historia rural mexicana desde Chevalier: historiografía de la hacienda colonial" en *La crisis del orden colonial. Estructura agraria y rebeliones populares de la Nueva España, 1750-1821*, Alianza Editorial, México, 1994, pp. 125-196.

- Velázquez, Marco A., y Nicolás Cárdenas. *La Historiografía Revisionista, Parte I: Crisis y los Nuevos Horizontes*, Maestría en Historiografía, UAM-A, México, 1997.
- Wallerstein, Immanuel. *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI Editores, México, 1996.
- Warman, Arturo. *Y venimos a contradecir: los campesinos de Morelos y el Estado Nacional*, La Casa Chata, México, 1976.
- "Indios y campesinos en medio siglo de la Revista Mexicana de Sociología", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 51, No. 1, Instituto de Investigaciones Social, UNAM, enero-marzo 1989, pp. 135-150.
- White, Hayden. *El contenido de la forma*, Paidós, Barcelona, 1992.
- *Metahistoria. La imaginación histórica del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- Wolf, Erick. *Las luchas campesinas del siglo XX*, Siglo XXI Editores, México, 1985.
- *Europa y la gente sin historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.
- Womack, John, *Zapata y la Revolución Mexicana*, Secretaría de Educación Pública/Siglo XXI Editores, México, 1985.
- Zermeño, Guillermo. "Historia y poder: una relación problemática. (Michel De Certeau, subversión de la historia)", *Historias*, No. 17, INAH, México, 1988, pp. 27-37.
- y Alfonso Mendiola. "De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica", *Historia y Grafía* No. 4, Universidad Iberoamericana, México, 1995, pp. 245-261.